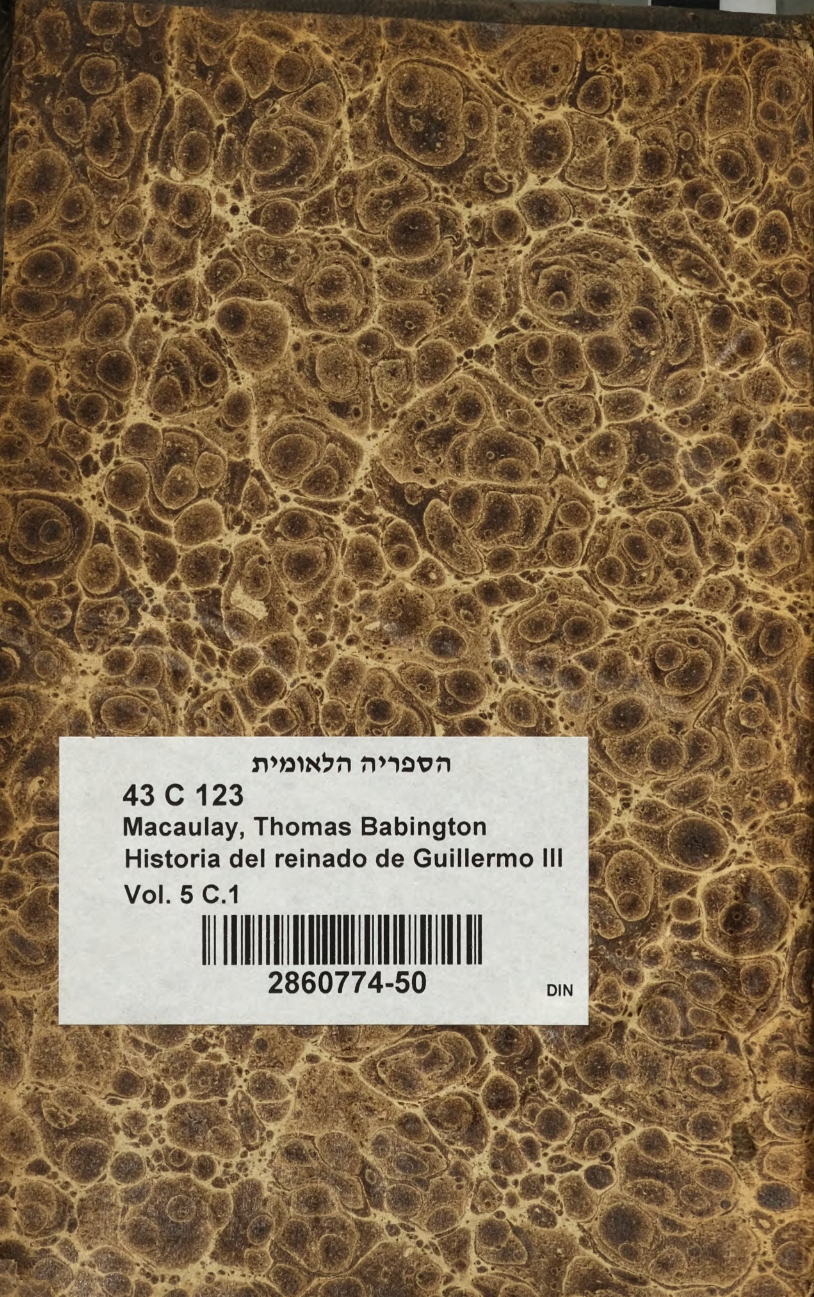
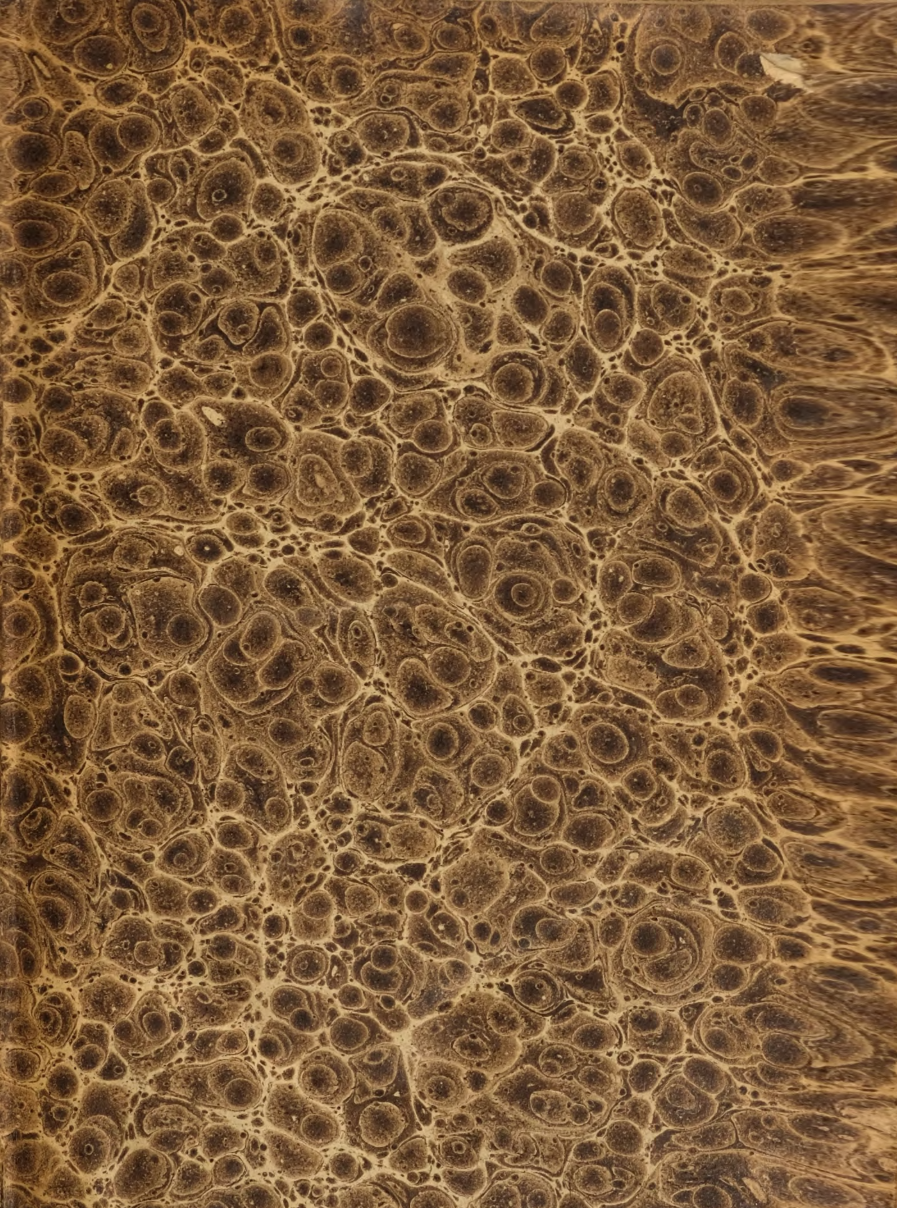






HISTORIA

DEL

REINADO DE GUILLERMO III

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XCI

HISTORIA
DEL
REINADO DE GUILLERMO III

(CONTINUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA)

POR

LORD MACAULAY

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE

D. DANIEL LÓPEZ

TOMO V

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1906



MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

HISTORIA
DEL
REINADO DE GUILLERMO III.

CAPÍTULO DÉCIMO.

(CONTINUACIÓN.)

1694.

XLII.

El Banco de Inglaterra

En el reinado de Guillermo todavía se encontraban ancianos que recordaban el tiempo en que en toda la City de Londres no había una sola casa de banca. Hasta la época de la Restauración cada comerciante tenía su caja de hierro en su casa, y cuando le presentaban alguna libranza la hacía efectiva poniendo su importe en coronas y *carlos* sobre el mostrador. Pero el aumento de la riqueza había producido su natural efecto: la subdivisión del trabajo. Antes de terminar el reinado de Carlos II, se había puesto en uso entre los comerciantes de la capital un nuevo modo de pa-

gar y recibir dinero. Surgió una clase de agentes cuyo oficio era guardar el numerario de las casas de comercio. Esta nueva rama del tráfico cayó, como era natural, en manos de los joyeros, que estaban acostumbrados á comerciar en gran escala en metales preciosos y que tenían sótanos donde guardar seguras de ladrones y del fuego grandes cantidades de oro y plata. En las tiendas de los joyeros de Lombard Street se hacían todos los pagos en metálico. Los otros comerciantes no daban ni recibían sino papel.

No se efectuó este gran cambio sin mucha oposición y muchos clamores. Quejábanse amargamente los comerciantes chapados á la antigua de que gentes que treinta años antes se habían limitado á las ocupaciones propias de su profesión, y habían obtenido muy buenas utilidades haciendo poncheras y fuentes de plata, componiendo joyas para bellas damas, y vendiendo pistolas de oro y dollars á los caballeros que marchaban al Continente, hubieran llegado á ser los tesoreros, y rápidamente se hicieran los amos de toda la City. Estos usureros, se decía, jugaban al azar con lo que había ganado el trabajo y ahorrado la economía de los demás. Si el juego salía bien, el tuno que guardaba el dinero llegaba á ser *aldermen;* si salía mal, el tonto qne proporcionaba el dinero hacía bancarrota. De otra parte, la utilidad de la moderna práctica era expuesta en lenguaje entusiasta. El nuevo sistema, decían, ahorraba trabajo y dinero. Dos dependientes sentados en un escritorio hacían lo que con el antiguo sistema requería veinte dependientes en veinte establecimientos distintos. Un billete de un joyero podía ser endosado diez veces en una mañana; y de este modo cien guineas, guardadas en su caja, cerca de la Bolsa, hacían el mismo servicio que antes hubiera requerido mil, distribuí-

das en muchas arcas situadas unas en Ludgate Hill, otras en Austin Friars y otras en Tower Street (1).

Poco á poco, aun los que más habían murmurado contra la innovación hubieron de ceder y conformarse con el uso general. El último en hacer resistencia, aunque parezca extraño, fué sir Dudley North. Cuando en 1680 regresó á Londres después de haber pasado muchos años en el extranjero, nada le produjo mayor asombro y disgusto que la práctica de hacer pagos girando letras contra los banqueros. Encontró que no podía ir á la Bolsa sin verse perseguido alrededor de la plaza de joyeros que con profundas reverencias solicitaban el honor de servirle. Se irritaba cuando sus amigos le preguntaban dónde guardaba su dinero. «¿Dónde he de guardarlo, respondía, sino en mi casa?» Con dificultad consiguieron que lo pusiera en manos de uno de los de Lombard Street, según se les llamaba. Desgraciadamente, el de Lombard Street quebró, y algunos de sus clientes sufrieron grandes pérdidas. Dudley North sólo perdió cincuenta libras; pero esta pérdida le confirmó en su disgusto por todo el misterio de la banca. En vano fué, sin embargo, que exhortara á sus conciudadanos á volver á la antigua práctica y á no exponerse á total ruina por librarse de una pequeña molestia. Se encontró solo contra toda la ciudad. Las ventajas del moderno sistema se reconocían á todas las horas del día en todas partes de Londres. Y la gente no estaba dispuesta á renunciar á aquellas ventajas por miedo á desastres que ocurrían á largos intervalos, del mismo modo que no renunciaba á construir casas

(1) Véanse, por ejemplo, el *Misterio de los joyeros ó agentes de última moda*, 1676; *¿No se ve en todo esto la mano de Joab?*, 1676, y la respuesta publicada el mismo año. Véase también la *Gloria de Inglaterra con el gran adelanto de la banca y el comercio*, 1694.

por temor á los incendios ni á construir barcos por miedo á los huracanes. Es, en realidad, curioso que el hombre que en teoría se distinguió de todos los comerciantes de su tiempo por su amplitud de miras y por sobreponerse á las preocupaciones vulgares, se hubiera distinguido, en la práctica, de todos los comerciantes de su tiempo, por su obstinado apego al antiguo sistema de negociar, mucho después que los más torpes é ignorantes habían abandonado aquel sistema por otro más adecuado á las necesidades de una gran sociedad comercial (1).

No bien llegó á ser la banca una rama separada é importante del tráfico, cuando empezó á discutirse con gran calor entre la gente la conveniencia de establecer un banco nacional. La opinión general parece haberse mostrado decididamente en favor del banco; y no debe extrañarnos, pues pocos sabían entonces que el comercio prospera, en general, mucho más, en manos de individuos que de grandes sociedades, y la banca es realmente uno de los pocos negocios que una gran sociedad puede conducir con tanta ventaja como un individuo. Dos bancos públicos gozaban antigua fama en toda Europa: el Banco de San Jorge de Génova, y el Banco de Amsterdam. La inmensa riqueza que guardaban aquellos establecimientos, la confianza que inspiraban, la prosperidad que habían creado, su estabilidad, que había triunfado de pánicos, guerras y revoluciones, eran temas favoritos de conversación. El Banco de San Jorge estaba próximo á cumplir el tercer siglo de existencia. Había comenzado á recibir depósitos y á hacer empréstitos antes que Cristobal Colón hubiera atravesado el Atlántico, antes que Vasco de Gama

(1) Véase la *Vida de Dudley North*, por su hermano Roger.

hubiera dado vuelta al Cabo de Buena Esperanza, cuando un emperador cristiano reinaba en Constantinopla, cuando un sultán mahometano reinaba en Granada, cuando Florencia era una república, cuando Holanda obedecía á un príncipe hereditario. Todas estas cosas habían cambiado. Habíanse descubierto nuevos continentes y nuevos oceanos. El Turco estaba en Constantinopla, el Castellano en Granada; Florencia tenía su príncipe hereditario, Holanda era una república, pero el Banco de San Jorge continuaba recibiendo depósitos y haciendo empréstitos. El Banco de Amsterdam contaba poco más de ochenta años de existencia; pero su crédito había estado sujeto á duras pruebas. Aun en la terrible crisis de 1672, cuando todo el delta del Rhin fué invadido por los ejércitos franceses y desde lo alto del palacio del Estatuder se podían ver las banderas blancas, había un lugar donde en medio de la confusión y consternación general se encontraban todavía tranquilidad y orden; y aquel lugar era el Banco. ¿Por qué no había de ser el Banco de Londres tan grande y duradero como los Bancos de Génova y Amsterdam? Antes de terminar el reinado de Carlos II se habían propuesto varios proyectos que fueron examinados, atacados y defendidos. Sosteníase en algunos folletos que el Banco Nacional debía estar sometido á la dirección del Rey. Otros opinaban que debía confiarse la dirección al Lord Mayor, á los Aldermen y al Consejo municipal de Londres (1). Después de la revolución se volvió á discutir este asunto con animación antes desconocida. Porque bajo la influencia de la libertad

---

(1) Véase un folleto titulado *Corporation Credit, ó un Banco de crédito, cuyos valores circulen por común consentimiento en Londres, es más útil y seguro que el dinero.*

se multiplicaron extraordinariamente los arbitristas políticos. Una multitud de proyectos, algunos de los cuales se parecen á las fantasías de un niño ó á los sueños de un delirante, fueron presentados al Gobierno. Eran especialmente notables, entre los charlatanes políticos cuyos rostros preocupados se veían diariamente en el pasillo de la Cámara de los Comunes, Juan Briscoe y Hugo Chamberlayne, dos proyectistas dignos de haber sido miembros de aquella academia que Gulliver encontró en Lagado. Estos afirmaban que el único remedio para los males del Estado era un banco territorial. Un banco territorial haría por Inglaterra milagros como los que nunca habían sido hechos por Israel; milagros que excederían á los montones de codornices y á la lluvia diaria de maná. No habría impuestos, y sin embargo, el Tesoro estaría rebosando dinero. No habría contribución de pobres, porque no habría pobres. La renta de cada propietario sería duplicada. Las utilidades de cada comerciante aumentarían. En suma, la isla sería, según las palabras de Briscoe, el Paraíso terrenal. Los únicos que perderían serían los hombres acaudalados, aquellos terribles enemigos de la nación que habían hecho más daño á la clase media y á los pequeños propietarios que el que un ejército invasor de Francia hubiera tenido la crueldad de hacer (1).

---

(1) *Proposición del doctor Hugo Chamberlayne, de Essex Street, para establecer un banco de crédito seguro y corriente, fundado en la propiedad territorial, el cual tiende al bien general de los propietarios, al gran aumento del valor de la tierra, y al beneficio no menor de la industria y el comercio*, 1695; *Proyectos para proveer á SS. MM. de dinero en buenas condiciones, exceptuando la nobleza y la gentry de los impuestos, aumentando las rentas anuales y enriqueciendo á todos los súbditos del reino con un Banco Territorial de la Nación; por John Briscoe*. «O fortunatos nimium bona si sua norint Anglicanos», tercera edición, 1696.

Estos benéficos efectos serían producidos por el banco territorial, con la simple emisión de enormes cantidades de billetes á que las tierras servirían de garantía. Los autores del proyecto sostenían la doctrina de que toda persona que tuviera una propiedad real, debía tener, además de aquella propiedad, papel moneda por todo su valor. De modo que si su hacienda valía dos mil libras, debía tener su hacienda y dos mil libras en papel moneda (1) Tanto Briscoe como Chamberlayne trataban con el mayor desprecio la idea de que pudiera haber un exceso de papel mientras por cada billete de diez libras hubiera en el país un pedazo de tierra que valiera diez libras. Nadie, decían, acusaría á un joyero de emisión excesiva mientras sus arcas contuvieran guineas y coronas por todo el valor de cuantos billetes llevaran su firma. En realidad, ningún joyero tenía en sus sótanos metálico por valor de todo su papel. ¿Y por

---

Briscoe era. al parecer, tan versado en la literatura latina como en la economía política.

(1) En confirmación de lo que se dice en el texto, extractaré un solo párrafo de las proposiciones de Briscoe. «Supongamos que un caballero no tenga más que cien libras anuales de renta, y tenga mujer y cuatro hijos: éste, pues, suponiendo que sus tierras estén libres de todo impuesto, hará bastante con irse sosteniendo, mas no podrá ahorrar nada para colocar en el mundo á sus hijos; pero con arreglo al método que proponemos, podrá dar quinientas libras á cada hijo, y aun le quedarán noventa libras anuales para vivir él y su esposa, las cuales después de la muerte de ambos podrán dejar también á cualquiera de sus hijos. Pues colocando su renta de 100 libras anuales, según se ha dicho en las proposiciones 1 y 3, podrá tener cartas de crédito por valor de dos mil libras para su uso particular, por diez chelines por ciento al año, como en la proposición número 22, lo cual no hace más que 10 libras anuales por las dos mil libras, que deducidas de su renta de 100 libras al año dan noventa, que son las que le quedan libres.» Debe observarse que este desatino llegó hasta la tercera edición.

ventura una milla cuadrada de terreno fértil en el valle de Taunton no merecía ser llamada riqueza con tantos títulos, por lo menos, como una talega de oro ó plata? Los proyectistas no podían negar que había en mucha gente preocupación en favor de los metales preciosos, y que, por tanto, si el banco territorial se viera en el caso de hacer efectivos sus billetes, se vería muy pronto obligado á suspender los pagos. Esta dificultad la resolvían proponiendo que los billetes fueran inconvertibles, y obligando á todo el mundo á aceptarlos.

Las teorías de Chamberlayne acerca del dinero podrían, tal vez, encontrar admiradores aun en nuestro tiempo. Pero á sus demás errores añadió uno que comenzó y terminó con él. Cometió la insensatez de dar por sentado en todos sus razonamientos que el valor de una finca variaba en razón directa de la duración. Sostenía que si la renta anual que se sacaba de una granja era de mil libras, un arriendo de aquella granja por veinte años debía valer veinte mil libras, y un arriendo por cien años cien mil libras. Si, pues, el dueño de una finca semejante la empeñaba por cien años al Banco Territorial, el Banco Territorial podía, con tal garantía, emitir en el acto billetes por valor de cien mil libras. En este punto Chamberlayne estaba á prueba del ridículo, de todos los razonamientos, y hasta de la demostración aritmética. Recordáronle que la propiedad libre de la tierra no valía más que el producto de veinte años. Decir, pues, que un plazo de cien años valía cinco veces el plazo de veinte, era tanto como decir que un plazo de cien años valía cinco veces la propiedad de la tierra; en otros términos, que cien era cinco veces el infinito. Los que así razonaban eran combatidos tratándolos de usureros; y á gran número de caballeros del cam-

po parecía esta respuesta refutación suficiente (1).

En diciembre de 1693 presentó Chamberlayne su proyecto, en toda su absurda desnudez, á la Cámara de los Comunes, y pidió que le concedieran una audiencia. Esperaba confiadamente sacar ocho mil libras de cada finca libre que produjera ciento cincuenta libras anuales y que fuera traída, según él decía, á su Banco Territorial, y esto sin desposeer al propietario (2). Todos los *squires* de la Cámara sabían seguramente que la propiedad libre de semejante finca apenas produciría tres mil libras en el mercado. Que lo que valía menos que la propiedad pudiera, por cualquier medio, producir ocho mil libras, hubiera parecido increíble al más iliterato de los diputados rurales que ocupaban los bancos. La penuria, sin em-

(1) Véase la *Proposición* de Chamberlayne, sus *Proposiciones apoyadas por las razones que explican el oficio del Crédito territorial* y su *Diálogo del Banco*. Véase también un excelente opúsculo en sentido contrario, que se titula *Diálogo acerca del Banco, entre el Doctor H. C. y un caballero del campo*, 1696, y *Observaciones sobre un ridículo folleto anónimo titulado Diálogo acerca del Banco entre el Doctor H. C. y un caballero del campo, en una carta á una persona de distinción.*

(2) *Commons' Journals*, dic 7, 1693. Temo hacerme sospechoso de exagerar este absurdo proyecto. Trascribiré, pues, lo más importante de la petición. «Atendiendo á que los propietarios inscribirán sus tierras en este Banco como fondo de crédito corriente que ha de ser establecido por acta del Parlamento, se propone que por cada 150 libras anuales aseguradas por ciento cincuenta años, sólo por cien pagos anuales de cien libras, exentas de todo género de impuestos y deducciones cualesquiera, reciba cada uno de esos propietarios 4.000 libras en el citado papel moneda, y tenga dos mil libras más para su beneficio personal en acciones de la compañía de Pescaderos; y quedarán además dos mil libras en reserva á disposición del Parlamento para llevar adelante la guerra actual..... El propietario no perderá nunca la posesión de su citada hacienda, á menos que la renta anual no llegue á atrasarse.»

bargo, y la animosidad habían hecho crédulos á los propietarios. Insistieron en que el proyecto de Chamberlayne pasara á una comisión, y la comisión declaró que el plan era practicable y que daría resultados beneficiosos para la nación (1). Mas por este tiempo la fuerza unida de la demostración y el ridículo había comenzado á producir sus efectos aun en los rústicos más ignorantes de la Cámara. El informe quedó sobre la mesa sin que nadie se acordara de él, y el país se salvó de una calamidad en cuya comparación la derrota de Landen y la pérdida de la flota de Smirna hubieran podido parecer beneficios.

No eran, sin embargo, todos los proyectistas de esta época agitada tan desatinados como Chamberlayne. Guillermo Paterson era un especulador de ingenio, si bien no siempre se mantenía en los límites de la prudencia. De los primeros años de su vida sólo se sabe que era natural de Escocia y que había estado en América. El objeto que le había llevado allá era una cuestión acerca de la cual diferían sus contemporáneos. Sus amigos decían que había sido misionero; sus enemigos que había sido pirata. Según parece, la naturaleza le había dotado de fértil inventiva, temperamento ardiente y grandes facultades para persuadir; y en el curso de su vida errante había adquirido perfecto conocimiento de la contabilidad.

Este, pues, sometió al Gobierno, en 1691, un proyecto de banco nacional que obtuvo favorable acogida entre los políticos y los comerciantes. Pero trascurrían los años sin que nada se hiciera, hasta que en la primavera de 1694 fué de absoluta necesidad encontrar algún nuevo modo de atender á los gastos de la guerra. Entonces, finalmente, el proyecto idea-

---

(1) *Commons' Journals*, feb. 5, 1693-94.

do por el pobre y oscuro aventurero escocés fué acogido con afán por Montague. Hallábase intimamente unido con Montague Miguel Godfrey, hermano de aquel sir Edmondsbury Godfrey cuya triste y misteriosa muerte había producido, quince años antes, una terrible explosión del sentimiento popular. Era Miguel uno de los más hábiles, honrados y opulentos entre los grandes comerciantes de Londres. Como parecía natural por su próximo parentesco con el mártir de la fe protestante, era celoso whig. Aun se conservan algunos de sus escritos, donde se ve que era hombre de entendimiento claro y vigoroso.

Estos dos hombres distinguidos patrocináron el proyecto de Paterson. Montague se puso á trabajar en la Cámara de los Comunes, Godfrey entre los comerciantes de la City. Obtúvose del comité de Arbitrios un voto favorable; y un bill, cuyo título dió ocasión á muchas burlas, fué puesto sobre la mesa. No era ciertamente fácil adivinar que un bill en el cual se trataba de imponer un nuevo derecho sobre el tonelaje para beneficio de aquellas personas que adelantaran dinero para continuar la guerra, fuese en realidad el bill que establecía la mayor institución comercial que jamás había visto el mundo.

Consistía el proyecto en que el Gobierno hiciera un empréstito de un millón y doscientas mil libras al interés, que entonces parecía moderado, de ocho por ciento. Con objeto de inducir á los capitalistas á anticipar pronto el dinero en condiciones tan favorables para el público, los suscritores formarían una corporación con el nombre de «El Gobernador y la Compañía del Banco de Inglatera.» La corporación no había de tener ningún privilegio exclusivo y sólo podría comerciar en letras de cambio, metales preciosos y fianzas confiscadas.

Tan pronto como este proyecto fué conocido por la generalidad, estalló una guerra de escritos tan violenta como la de los juramentados con los no juramentados, ó la de la antigua Compañía de la India Oriental con la nueva. Los proyectistas que no habían logrado hacerse oir del Gobierno se arrojaron como furiosos sobre su más afortunado colega. Todos los joyeros y prenderos lanzaron un grito de rabia. Algunos descontentos tories anunciaron la ruina de la monarquía. Era de notar, decían, que los bancos y los reyes nunca habían existido juntos. Los bancos eran instituciones republicanas. Había bancos florecientes en Venecia, en Génova, en Amsterdam y en Hamburgo. Pero ¿quién había oído hablar nunca de un banco de Francia ó de un banco de España? (1) De otro lado, algunos whigs descontentos anunciaban la ruina de nuestras libertades. Éste, decían, es un instrumento de tiranía más formidable que la Comisión Eclesiástica, que la Cámara Estrellada y hasta que los cincuenta mil soldados de Cromwell. Toda la riqueza de la nación estará en poder del Banco del Tonelaje—tal era el sobrenombre entonces en uso—y el Banco del Tonelaje estará en manos del Soberano. El poder del dinero, la única gran seguridad de todos los derechos de los ingleses, pasará de la Cámara de los Comunes al gobernador y directores de la nueva Compañía. Esta última consideración era realmente de alguna importancia y así lo reconocieron los autores del bill. Agregóse, pues, muy oportunamente, una cláusula por la cual se prohibía al Banco anticipar dinero á la Corona sin autorización del Parlamento. Toda infracción de esta saludable regla sería castigada con la pérdida

(1) *Descripción del proyectado Banco de Inglaterra*, 1694.

del triplo de la suma prestada; y se establecía que el Rey no pudiera remitir parte alguna de la pena.

El plan así modificado obtuvo la sanción de los Comunes más fácilmente de lo que era de esperar de los violentos clamores de los contrarios. En realidad, el Parlamento cedió á la fuerza de las circunstancias. Se necesitaba dinero, y esta era la manera más fácil de tenerlo. No sabemos lo que habrá ocurrido cuando la Cámara se constituyó en comité, pero mientras el Speaker ocupó la presidencia, no hubo ninguna votación.

El bill, sin embargo, no estaba aún salvado cuando llegó á la alta Cámara. Algunos Lores sospechaban que el proyecto de banco nacional había sido ideado para realzar la influencia del dinero á expensas de la influencia de los propietarios. Creían otros que este proyecto, fuera bueno ó malo, no debía haberles sido sometido en semejante forma. El decidir si sería prudente dar existencia á una corporación que podría un día regir todo el mundo comercial, y la manera de constituir corporación semejante, eran cuestiones que no se debían dejar sólo á una rama de la legislatura. Los Pares debían tener completa libertad para examinar todos los detalles del plan propuesto, indicar las enmiendas y solicitar cuantas conferencias creyeran oportuno. Era, pues, conducta muy poco leal que se les enviara la ley de fundación del Banco formando parte de la ley que concedía subsidios á la Corona. Los jacobitas tenían alguna esperanza de que la legislatura terminase con una disidencia entre las Cámaras, que fuera rechazado el bill de tonelaje, y que Guillermo entrase en campaña sin dinero. Era ya el mes de mayo, según el nuevo estilo. La estación, en Londres, había terminado; y muchas familias aristocráticas habían dejado Covent Garden y

Soho Square por sus bosques y sus campos. Pero se enviaron cartas de convocación al campo, y los Pares que habían marchado ya se apresuraron á volver á la ciudad. Llenáronse otra vez los bancos que últimamente estaban desiertos. Las sesiones comenzaban más temprano y se prolongaban hasta más tarde que de ordinario. El día que el bill pasó al comité duró la lucha, sin interrupción, desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Godolphin ocupaba la presidencia. Nottingham y Rochester propusieron echar abajo todos los artículos relativos al Banco. Algo se dijo del peligro de establecer una corporación gigantesca que pronto podría imponer la ley al Soberano y á los tres estados del reino. Pero los Pares dieron mucha más importancia al llamamiento que se les hizo como propietarios. Asegurábase que todo el proyecto se encaminaba únicamente á enriquecer á los usureros á expensas de la nobleza y de la *gentry*. Los que tuvieran dinero ahorrado preferirían ponerlo en el Banco á prestarlo sobre hipotecas á interés moderado. Caermarthen dijo poco ó nada en defensa de lo que, en realidad, era obra de sus rivales y enemigos. Confesó que se prestaba á graves objeciones la manera como los Comunes habían proveído al servicio público del año. ¿Pero iban los Lores á modificar un bill de subsidios? ¿Se comprometerían en una lucha que había de dar por resultado el que tuvieran que ceder, ó incurrir en la grave responsabilidad de dejar el Canal de la Mancha sin escuadra durante el verano? Este argumento prevaleció; y en una votación, la enmienda fué rechazada por cuarenta y tres votos contra treinta y uno. Pocas horas después el bill recibió la regia sanción, y el Parlamento fué prorrogado (1).

---

(1) Véanse los *Lords' Journals* de 23, 24 y 25 de abril de 1694,

En la City, el éxito del plan de Montague fué completo. Era entonces tan difícil, por lo menos, encontrar un millón al ocho por ciento, como lo sería hoy encontrar treinta al cuatro. Se había supuesto que el dinero acudiría muy lentamente, por lo cual el plazo que la ley concedía era bastante largo. Esta indulgencia no era necesaria. Tan popular se había hecho la nueva manera de colocar el dinero, que el día que se abrieron los libros llegaron las suscriciones á trescientas mil libras; en las cuarenta y ocho horas siguientes fueron inscritas otras trescientas mil; y á los diez días, con gran placer de todos los amigos del Gobierno, se anunció que la suscrición estaba cubierta. La suma total que la corporación tenía que prestar al Estado fué pagada en el Tesoro antes de terminar el plazo del primer pago parcial (1). Somers, lleno de alegría, puso el Gran Sello á una carta redactada de conformidad con las condiciones prescritas por el Parlamento; y el Banco de Inglaterra comenzó sus operaciones en la Casa del gremio de tenderos de ultramarinos. Allí pudo verse por espacio de muchos años, trabajando en diferentes partes de una espaciosa sala, á los directores, secretarios y dependientes. En un principio el número de empleados del Banco era sólo de cincuenta y cuatro. Actualmente son novecientos. El total de sueldos que se pagaba anualmente era al principio nada más que cuatro mil trescientas cincuenta libras. En la actualidad pasa de doscientas diez mil. Podemos, pues, deducir que los sueldos de los dependientes de comercio son, próximamente, tres veces mayores, en el reina-

---

y la carta de L'Hermitage á los Estados Generales, fechada á 24 de abril (mayo 4).

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, junio, 1694.

do de Victoria que en el reinado de Guillermo III (1).

Pronto se vió que Montague, aprovechándose hábilmente de las dificultades financieras del país, había prestado un servicio inestimable á su partido. Durante varias generaciones el Banco de Inglaterra fué, en realidad, una sociedad whig. Era whig, no accidentalmente, sino por necesidad. Hubiera tenido que suspender los pagos si hubiera cesado de recibir los intereses de la suma que había anticipado al Gobierno; y Jacobo no hubiera pagado ni un céntimo de aquellos intereses. Diez y siete años después de haber sido aprobado el bill de tonelaje, Addison, en una de sus más encantadoras é ingeniosas alegorías describía la situación de la Gran Compañía por cuyas manos pasaba constantemente la inmensa riqueza de Londres. Veía al Crédito Público en figura de una hermosa reina, sentada en su trono en la sala del gremio de ultramarinos, con la Magna Carta encima de la cabeza y la vista fija en el Acta de establecimiento. Todo, á su contacto, se convertía en oro. Detrás de su asiento veíanse apilados, hasta llegar al techo, sacos llenos de dinero. A su derecha y á su izquierda desaparecía el pavimento bajo pirámides de guineas. De pronto ábrese la puerta, y el Pretendiente se precipita dentro llevando en una mano una esponja y en la otra la espada que esgrime contra el Acta de establecimiento. La hermosa reina cae sin sentido. El encanto por el cual convertía en oro cuanto la rodeaba, se ha roto. Los sacos de dinero se arrugan como vejigas picadas de alfiler. Las pilas de monedas de oro se convierten en montones de harapos ó en haces de virutas (2). La verdad que esta parábola

(1) Heat. *Descripción del digno gremio de tenderos de ultramarinos;* Francis. *Historia del Banco de Inglaterra.*

(2) *Spectator*, núm. 3.

encerraba estaba presente de continuo en la mente de los directores del Banco. Tan estrecha era la unión que había entre sus intereses y el interés del Gobierno, que cuanto mayor parecía el peligro público, más prontos andaban ellos en acudir con su ayuda. En tiempos antiguos, cuando el Tesoro estaba exhausto, cuando los impuestos se recaudaban lentamente y la paga de los soldados y marinos andaba atrasada, el Canciller de Hacienda había tenido que ir con el sombrero en la mano por todo Cheapside y Cornhill, acompañado del Lord Mayor y de los *aldermen*, á reunir dinero, tomando prestadas cien libras de este comerciante de medias, y doscientas de aquel quincallero (1). Aquellos tiempos habían pasado. El Gobierno, en vez de reunir laboriosamente los subsidios de numerosas fuentecillas, podía sacar cuanto necesitase de un inmenso depósito que todas aquellas fuentecillas tenían constantemente lleno. No será excesivo decir que durante muchos años el peso del Banco, que constantemente estaba en el platillo de los whigs, casi igualó al peso de la Iglesia, que constantemente estaba en el platillo de los toríes.

XLIII.

Clausura del Parlamento.—Arreglos ministeriales.

Pocos minutos después de haber recibido la regia sanción el bill que establecía el Banco de Inglaterra, el Rey prorrogó el Parlamento con un discurso en el

(1) *Acuerdos del Club del Miércoles, sito en la calle del Viernes.*

cual daba calurosamente las gracias á los Comunes por su liberalidad. Montague fué inmediatamente recompensado de sus servicios con el puesto de Canciller de Hacienda (1).

Pocas semanas antes había consentido Shrewsbury en aceptar los sellos. Desde noviembre hasta marzo habíase mantenido firme en la negativa. Mientras trataba de encontrar excusas que pudieran satisfacer á sus amigos políticos, fué visitado por sir James Montgomery. Este era en la actualidad el ser más desdichado de la creación. Después de haber tenido parte principal en una gran revolución; después de haber sido encargado de la misión augusta de presentar la corona de Escocia á los Soberanos á quien los Estados habían elegido; después de haber dominado sin rival durante varios meses en el Parlamento de Edimburgo; después de haber visto muy de cerca los sellos de Secretario, la corona de conde, gran riqueza y poder supremo, había caído repentinamente en la oscuridad y en la más abyecta penuria Todavía conservaba su buen talento, por lo cual lo empleaban los jacobitas; pero, aunque le empleaban, era despreciado, no se fiaban de él y lo dejaban morir de hambre. Pasaba su vida yendo de Inglaterra á Francia y de Francia á Inglaterra, sin encontrar lugar de reposo en ninguno de los dos países. Asistía unas veces á la antecámara de Saint-Germain, donde los curas le miraban con ceño por ser calvinista, y donde hasta los protestantes jacobitas se advertían mutuamente en voz baja contra el antiguo republicano. Otras veces estaba oculto en los desvanes de Londres, imaginando que cada paso que oía en la esca-

(1) *Lords' Journals*, abril 25, 1694; *London Gazette*, mayo 7, 1694.

lera era el de un alguacil que traía un auto de prisión, ó el de un enviado del Rey con una orden de arresto. Consiguió actualmente ser recibido por Shrewsbury, y se aventuró á hablar como un jacobita hablaría á otro jacobita. Shrewsbury, que en modo alguno estaba dispuesto á poner su hacienda y su cabeza en poder de un hombre á quien conocía por arrebatado y pérfido, le respondió con mucha cautela. Por algún conducto que no conocemos obtuvo Guillermo noticia minuciosa de lo que había pasado en esta ocasión. Mandó buscar á Shrewsbury, y otra vez habló con empeño de la secretaría. Shrewsbury se excusó nuevamente. Dijo que estaba muy mal de salud. «No es esa, dijo Guillermo, la única razón.— No, señor, repuso Shrewsbury, no lo es.» Y comenzó á hablar de públicos abusos, y aludió á lo que había pasado con el bill Trienal que fuera presentado por él mismo. Pero Guillermo le interrumpió: «Hay otra razón además. ¿Cuándo fué la última vez que habéis visto á Montgomery?» Shrewsbury quedó como herido de un rayo. El Rey continuó repitiendo algunas cosas que Montgomery había dicho. En tanto Shrewsbury, repuesto de su terror, había recordado que en la conversación de que tanta cuenta habían dado al Gobierno, afortunadamente no había dicho nada que pudiera sonar á traición, si bien habia oído mucho en tal sentido. «Señor dijo, puesto que V. M. ha sido tan bien informado, debe saber que no he dicho nada que pudiera justificar las tentativas de aquel hombre para apartarme de vuestra obediencia.» Guillermo no negó esto; pero manifestó que tales tratos secretos con jacobitas de nota engendraban sospechas que sólo podría remover Shrewsbury aceptando los sellos. «De ese modo, dijo, me quedaré completamente tranquilo. Sé que sois hombre de honor, y que si os

comprometéis á servirme lo haréis con fidelidad.» Instado de esta manera, Shrewsbury hubo de aceptar, con gran alegría de todo su partido, recibiendo inmediatamente, en recompensa de su complacencia, el título de duque y la Jarretiera (1).

De este modo se iba formando gradualmente un ministerio whig. Había actualmente dos secretarios de Estado whigs, el Guarda del Gran Sello era whig, whig era el primer Lord del Almirantazgo y whig el Canciller de Hacienda. También se podía llamar wgih al Canciller privado, Pembroke; porque su inteligencia era de las que fácilmente se dejan imponer por otra inteligencia más fuerte con la cual se ponga en contacto. Seymour, que llevaba tiempo suficiente de Comisario del Tesoro para haber perdido gran parte de su influencia con los caballeros del campo tories que un tiempo le habían escuchado como á un oráculo, fué separado, y ocupó su puesto Juan Smith, celoso y entendido whig, que había tomado parte activa en los debates de la última legislatura (2).

Los únicos toríes que aun tenían grandes empleos en el gobierno, eran el Lord Presidente, Caermarthen, quien, aunque comenzaba á sentir que se le escapaba el poder de entre las manos, se agarraba á él desesperadamente, y el primer Lord del Tesoro, Godolphin, que apenas se ocupaba de lo que no era de su departamento, y que cumplía los deberes de éste con inteligencia y asiduidad.

---

(1) *Vida de Jacobo*, II, 520; Relación de Floyd (Lloyd) en los *Nairne Papers*, con fecha de 1.º de mayo de 1694; *London Gazette*, abril 26 y 30 de 1694.

(2) *London Gazette*, mayo 3, 1694.

XLIV.

Concesión de nuevos títulos.

Guillermo, sin embargo, aun trataba de dividir sus favores entre los dos partidos. Aunque los whigs se iban apoderando rápidamente de la esencia del poder, los toríes obtuvieron su parte en las distinciones honoríficas. Mulgrave, que durante la última legislatura había puesto sus grandes talentos parlamentarios al servicio de la política del Rey, fué creado marqués de Normanby y nombrado consejero de gabinete, pero nunca se le consultó. Obtuvo al mismo tiempo una pensión de tres mil libras anuales. Caermarthen, á quien los últimos cambios habían mortificado hondamente, hubo de consolarse algún tanto, recibiendo una señalada muestra de la real aprobación. Fué hecho Duque de Leeds. Había tardado poco más de veinte años en ascender de caballero del campo de Yorkshire hasta el más alto grado de nobleza. Dos grandes condes whigs fueron al mismo tiempo creados duques: Bedford y Devonshire. Debe mencionarse que Bedford había rehusado repetidas veces la dignidad que con alguna repugnancia aceptó ahora. Declaró que prefería su condado á un ducado, y daba una razón muy importante para esta preferencia. Un conde que tuviera numerosa familia podía dedicar un hijo al foro y hacer entrar á otro en un escritorio en la City. Pero los hijos de un duque eran todos Lores, y un Lord no podía ganarse el pan ni en el foro ni en la bolsa. Mas las objeciones del anciano hubieron de ceder, sin embargo; y las dos grandes casas de Russell y Caven-

dish, que desde largo tiempo estaban unidas por la amistad y por enlaces matrimoniales, por comunidad de opiniones, por comunes sufrimientos y triunfos comunes, recibieron el mismo día el mayor honor que puede conferir la Corona (1)

XLV.

Plan de guerra del Gobierno francés.

La *Gaceta* que publicaba estos nombramientos anunciaba también que el Rey había salido para el Continente. Antes de partir había consultado con sus Ministros acerca de los medios de combatir el plan de operaciones navales formado por el Gobierno francés. Hasta aquí la guerra marítima se había hecho principalmente en la Mancha y en el Atlántico. Pero Luis XIV había resuelto ahora concentrar sus fuerzas marítimas en el Mediterráneo. Esperaba que con su ayuda podría el Mariscal de Noailles tomar á Barcelona, sòmeter toda Cataluña, y obligar á España á pedir la paz. Así, pues, la escuadra de Tourville, formada por cincuenta y tres navíos de guerra, salió de Brest el 28 de abril y pasó el estrecho de Gibraltar el 4 de mayo.

---

(1) *London Gazette*, abril 30 y mayo 7, 1694; Shrewsbury á Guillermo, mayo 11 (21); Guillermo á Shrewsbury, mayo 22 (junio 1.º); L'Hermitage, abril 27 (mayo 7).

XLVI.

Plan de guerra del Gobierno inglés.

Determinó Guillermo, con objeto de desconcertar los planes del enemigo, enviar á Russell al Mediterráneo con la mayor parte de la escuadra combinada de Inglaterra y Holanda. En los mares ingleses quedaría una escuadra al mando del Conde de Berkeley. Talmash se embarcaría á bordo de esta escuadra con un gran cuerpo de tropas, con el cual atacaría á Brest, que en ausencia de Tourville y de sus cincuenta y tres bajeles, sería fácil de conquistar.

No podía ser un secreto que se hacían preparativos en Portsmouth para una expedición en la cual habían de tomar parte las fuerzas de tierra. Hacíanse muchos cálculos en el café de la Rosa y en el de Garraway tocante al destino de aquel armamento. Hablaban unos de la isla de Ré, otros de la de Oleron, otros de La Rochela, otros de Rochefort. Muchos siguieron creyendo, hasta que comenzó á moverse hacia el Oeste, que la expedición iba contra Dunkerke. Muchos sospechaban que fuera Brest el punto de ataque; pero no pasaba de mera sospecha, pues se guardó el secreto mucho mejor de lo que solían guardarse los secretos en aquel tiempo (1). Russell insistió en

(1) L'Hermitage, mayo 15 (25). Después de mencionar los diferentes rumores, dice: «De tous ces divers projets qu'on s'imagine, aucun n'est venu á la cognaissance du public.» Esto es importante, porque se ha dicho con frecuencia, queriendo excusar á Marlborough, que sólo comunicó á la corte de Saint-Germain lo que era objeto de conversación en todos los cafés, y que, por tanto, se hubiera llegado á saber aunque él no lo dijera.

asegurar á sus amigos jacobitas que no sabía nada hasta el momento de levar anclas. Su discreción estuvo á prueba hasta de todas las artes de Marlborough. Éste, sin embargo, tenía otras fuentes de información á las cuales acudió, logrando al cabo descubrir todo el plan del Gobierno. Escribió á Jacobo inmediatamente. Acababa de saber, le decía, que doce regimientos de infantería y dos regimientos de marina estaban para embarcár, al mando de Talmash, con el propósito de destruir el puerto de Brest y los barcos que allí se encontrasen. «Esto, añadía, sería una gran ventaja para Inglaterra. Pero no hay ni habrá consideración bastante poderosa para impedirme haceros saber lo que considero útil á vuestro servicio.» Luego procedía á prevenir á Jacobo contra Russell. «He tratado de saber esto por él hace algún tiempo; pero siempre me lo negaba, aun cuando estoy completamente seguro de que lo sabía desde hace más de seis semanas. Esto es muy mala señal de las intenciones del sujeto.»

La noticia enviada por Marlborough á Jacobo fué comunicada por éste al Gobierno francés, el cual tomó sus medidas con característica rapidez. Cierto que la prontitud era necesaria, porque cuando Marlborough escribía su carta, los preparativos que se hacían en Portsmouth estaban casi terminados, y á haber sido favorable el viento á los ingleses, la expedición hubiera conseguido su objeto sin encontrar resistencia. Pero los vientos contrarios detuvieron nuestra escuadra en el Canal durante un mes. En tanto se reunía en Brest un gran cuerpo de tropas. Vauban era encargado de ordenar todo lo relativo á la defensa; y bajo su hábil dirección se plantaban baterías que dominaban todos los lugares donde parecía probable que un invasor intentaría desembarcar.

Ocho grandes balsas armadas de muchos morteros fueron ancladas en el puerto, y algunos días antes que llegarán los ingleses todo estaba preparado para recibirlos.

XLVII.

Expedición contra Brest.

El 6 de junio toda la escuadra de los aliados estaba en el Atlántico á más de quince leguas al Oeste del cabo de Finisterre. Allí Russell y Berkeley se separaron. Russell continuó hacia el Mediterráneo. La escuadra de Berkeley con las tropas de desembarco navegó hacía la costa de Bretaña, anclando justamente á la entrada de la bahía de Camaret, junto á la boca del puerto de Brest. Talmash propuso desembarcar en la bahía de Camaret. Fué, pues, necesario conocer con exactitud el estado de la costa. El hijo mayor del Duque de Leeds, que entonces llevaba el título de Marqués de Caermarthen, trató de entrar en la bahía y obtener las necesarias noticias. La pasión que este bravo y excéntrico joven tenía por las aventuras marítimas era invencible. Había solicitado y obtenido el grado de contraalmirante, y había acompañado la expedición en sú propio yacht, el *Peregrino*, renombrado como obra maestra de la construcción naval y ya más de una vez mencionado en está historia. Cutts, que se había distinguido por su intrepidez en la guerra de Irlanda, y que había sido recompensado con un título de Par de aquel reino, se ofreció á acompañar á Caermarthen. Lord Mohun, que deseando, tal vez, borrar con honrosas hazañas la

mancha que una riña vergonzosa y desdichada había arrojado en su nombre, iba en calidad de voluntario, insistió en ser de la partida. El *Peregrino* entró en la bahía con su esforzada tripulación y salió sano y salvo, mas no sin haber corrido grandes riesgos. Caermarthen refirió que las defensas, de las cuales no había visto, sin embargo, más que una pequeña parte, eran formidables. Pero Berkeley y Talmash sospecharon que exageraba el peligro. No sabían que su designio era conocido en Versalles desde hacía mucho tiempo, que se había reunido un ejército para rechazarlos y que el primer ingeniero del mundo había sido encargado de fortificar la costa contra sus ataques. No dudaron, pues, que sus tropas podrían desembarcar fácilmente protegidas por el fuego de los barcos. Á la mañana siguiente Caermarthen recibió orden de entrar en la bahía con ocho barcos y batir las obras de defensa de los franceses. Talmash le seguiría con unos cien botes llenos de soldados. Pronto se vió que la empresa era todavía más peligrosa de lo que la víspera había parecido. Baterías que entonces habían pasado inadvertidas hicieron sobre los buques un fuego tan mortífero que algunos de ellos vieron barridas sus cubiertas en poco tiempo. Descubrieron fuertes cuerpos de infantería y caballería, y á juzgar por sus uniformes, debían ser tropas regulares. El joven contraalmirante envió un oficial á toda prisa con encargo de advertir á Talmash. Pero éste de tal modo se hallaba poseído de la idea de que los franceses no estaban preparados para rechazar un ataque, que prescindió de todas las precauciones y ni siquiera dió crédito á lo que veían sus ojos. Estaba seguro de que la fuerza que veía reunida en la orilla no era más que una multitud de aldeanos reunidos apresuradamente en la vecina comarca. Confiado en que estos soldados de burlas

huirían como corderos al verse frente á frente de verdaderos soldados, ordenó á su gente bogar hacia la orilla. Pronto tuvo que desengañarse. Un terrible fuego exterminaba sus tropas antes de que pudieran desembarcar, y él mismo apenas había saltado en tierra cuando fué herido de una bala de cañón en un muslo, siendo conducido nuevamente á su esquife. Sus tropas reembarcaron desordenadamente. Barcos y botes se apresuraron á abandonar la bahía, lo cual no consiguieron sino dejando cuatrocientos marineros y setecientos soldados fuera de combate. Durante muchos días no cesaron las olas de arrojar cadáveres destrozados sobre la costa de Bretaña. La batería de donde salió la bala que hirió á Talmash se llama todavía hoy «la Muerte del Inglés.»

El infeliz General fué colocado en su lecho y se celebró un consejo de guerra en su camarote. Opinaba él por entrar inmediatamente en el puerto de Brest y bombardear la ciudad. Pero esta idea, que indicaba claramente que había afectado su entendimiento la irritación de una herida corporal é intelectual, fué sabiamente rechazada por los jefes de la escuadra. El armamento regresó á Portsmouth. Allí murió Talmash, exclamando al lanzar su último aliento que la traición le había hecho caer en una asechanza. Manifestáronse altamente el pesar é indignación del público. La nación recordaba los servicios del infortunado General, perdonaba su precipitación, lamentaba sus sufrimientos y execraba á los ignorados traidores de cuyas maquinaciones había sido víctima. Hiciéronse muchas conjeturas y corrieron muchos rumores. Algunos ingleses, patriotas extraviados por la preocupación nacional, juraban que nunca nuestros planes serían un secreto para el enemigo mientras los emigrados franceses tuvieran

altos puestos en la milicia. Algunos celosos whigs, extraviados por el espíritu de partido, murmuraban que nunca faltarían á la corte de Saint-Germain buenas noticias mientras hubiera en el Gabinete un solo tory. Nadie nombró al verdadero criminal, y hasta que fueron explorados los archivos de la casa de Estuardo no supo el mundo que Talmash había perecido víctima de la más miserable de las mil infamias de Marlborough (1).

Nunca, sin embargo, había sido Marlborough menos jacobita que en el momento en que prestaba á la causa de Jacobo este infame y vergonzoso servicio. Puede afirmarse confiadamente que no era su objeto servir á la familia desterrada, y que era para él de importancia secundaria el congraciarse con aquella familia. Su objeto principal era obligar al Gobierno existente á echar mano de sus servicios y recobrar la posesión de aquellos puestos importantes y lucrativos que había perdido más de dos años antes. Sabía que el país y el Parlamento no sufrirían con paciencia que el ejército inglés fuera mandado por generales extranjeros. Sólo dos ingleses habían dado prueba de servir para altos puestos militares, él y Talmash. Si Talmash era derrotado y deshonrado, apenas le quedaria al Rey más que un camino. En efecto, tan pronto se supo que la expedición había fracasado, y que Talmash no existía, la voz general era que el Rey debía recibir en su favor al ilustre capitán que tan bien había servido en Walcourt, en Cork y en Kinsale. Ni es posible censurar á la multitud por semejante deseo. Porque todos sabían que Marlborough

(1) *London Gazette*, junio 14 y 18, 1694; *Gaceta de Paris*, junio 16, (julio 3); Burchett; *Diario de Lord Caermarthen*; Baden, julio 15 (25); L'Hermitage, junio 15 (25), 19 (29).

era un oficial eminente por su bravura, su pericia y su fortuna; pero muy pocos sabían que estando al frente de las tropas de Guillermo, formando parte de su consejo, haciendo servicio en su dormitorio, había formado el más artero y peligroso complot para derribarle del trono; y menos todavía sospechaban que él era el verdadero autor del reciente desastre, de la matanza en la bahía de Camaret, y de la triste suerte de Talmash. El efecto, pues, de la más vil de todas las traiciones fué levantar al traidor en la estimación pública. Él, por su parte, supo mantenerse á la altura de las circunstancias. Mientras en la Bolsa Real estaban todos consternados por este desastre, de que él era autor; mientras muchas familias vestían luto por los valientes que él había asesinado, él se dirigía á Whitehall; y allí indudablemente, con toda aquella gracia, aquella nobleza, aquella suavidad, que ocultaban á los ojos de todos los observadores vulgares una conciencia encallecida y un corazón incapaz de remordimiento, se declaraba el más devoto, el más leal de todos los súbditos de Guillermo y María, esperando que en tan críticas circunstancias le fuera permitido ofrecer su espada á SS. MM. Shrewsbury deseaba mucho que el ofrecimiento fuera aceptado; pero una breve y seca respuesta de Guillermo, que estaba entonces en los Países Bajos, puso término por el momento á toda negociación. Respecto á Talmash, el Rey se expresó con generosa ternura. «Me ha afectado mucho, escribía, la desgracia del pobre Talmash. No creo que haya obrado con mucho acierto, pues su ardiente deseo de distinguirse le impelía á intentar lo imposible» (1).

---

(1) Shrewsbury á Guillermo; junio 15 (25), 1694. Guillermo á Shrewsbury, julio 1.º; Shrewsbury á Guillermo, junio 22 (julio 2).

El armamento que había regresado á Portsmouth pronto se hizo á la vela otra vez para la costa de Francia, donde no terminó ningún hecho glorioso. Hízose una tentativa para volar el muelle de Dunkerke. Algunas ciudades habitadas por tranquilos mercaderes y pescadores fueron bombardeadas. En Dieppe apenas quedó en pie una sola casa: una tercera parte del Havre fué reducida á cenizas, y las bombas destruyeron en Calais treinta edificios particulares. Los franceses y los jacobitas protestaban á voz en grito contra la cobardía y la barbarie de hacer la guerra á una población pacífica. El Gobierno inglés se vindicaba recordando al mundo los sufrimientos del Palatinado, que fuera devastado tres veces; y por lo que respecta á Luis XIV y sus aduladores, la vindicación fué completa. Pero es tal vez dudoso que sea compatible con la humanidad y la sana política el visitar los crímenes que habían cometido en el Palatinado un príncipe absoluto y una soldadesca feroz, en tenderos y labradores, en mujeres y niños que no tenían noticia ni aun de la existencia del Palatinado.

XLVIII.

Operaciones de la escuadra de Russell en el Mediterráneo.

En tanto, la escuadra de Russell prestaba buenos servicios á la causa común. Vientos contrarios le habían detenido tanto tiempo en el Estrecho, que no llegó á Cartagena hasta mediados de julio. Por aquel tiempo el progreso de las armas francesas había esparcido el terror hasta el mismo Escorial. Noailles había derrotado en las orillas del Ter un ejército mandado por el Virey de Cataluña; y el día que se consiguió

esta victoria, la escuadra de Brest se había unido á la escuadra de Tolón en la bahía de Rosas. Palamós, atacada á un tiempo por mar y tierra, fué tomada por asalto. Gerona capituló después de una débil muestra de resistencia. Ostalrich se rindió á la primera intimación. También Barcelona se hubiera rendido, según todas las probabilidades, á no haber sabido los almirantes franceses que se acercaba el vencedor de La Hogue. Inmediatamente abandonaron la costa de Cataluña, y no se consideraron seguros hasta que se vieron al abrigo de las baterías de Tolón.

El Gobierno español manifestó profunda gratitud por tan oportuno socorro, y regaló al Almirante inglés una joya que, según se decía vulgarmente, valía cerca de veinte mil libras esterlinas. No fué difícil encontrar joya semejante entre los tesoros de ricas alhajas que Carlos V y Felipe II habían legado á una raza degenerada. Pero en todo lo que constituye la verdadera riqueza de los Estados, España era pobre ciertamente. Su Tesoro estaba exhausto; sus arsenales desprovistos; sus barcos en tal estado, que parecía que iban á abrirse al descargar sus cañones; sus soldados, hambrientos y cubiertos de harapos, mezclábanse á menudo con la multitud de mendigos á las puertas de los conventos, donde á brazo partido se disputaban un plato de sopa y un pedazo de pan. Russell tuvo que sufrir aquellas pruebas de que no se ha escapado ningún general inglés que haya tenido la desgracia de obrar de concierto con los españoles. El Virrey de Cataluña prometió mucho, no hizo nada, y lo esperó todo. Declaró que en Cartagena había dispuestas para la escuadra trescientas cincuenta mil raciones. Resultó que no había en todos los almacenes de aquel puerto provisiones suficientes para una sola fragata durante una semana. Sin embargo, S. E. se creyó

autorizado á quejarse porque Inglaterra no hubiera enviado con la escuadra un ejército de tierra, y porque el Almirante hereje no quiso exponer su escuadra á total destrucción atacando á los franceses bajo el fuego de los cañones de Tolón. Russell imploró de las autoridades españolas que atendieran á los arsenales y que trataran de tener para la próxima primavera una pequeña escuadra que á lo menos pudiera flotar; mas no pudo conseguir de ellos que hicieran carenar un solo buque. Obtuvo difícilmente, con duras condiciones, permiso para enviar á tierra á hospitales de marina algunos de sus enfermos. A pesar de todas las molestias ocasionadas por la imbecilidad é ingratitud de un Gobierno que generalmente ha hecho más daño á sus aliados que á sus enemigos, él salió bien de su empresa. Debe decirse, en justicia, que desde que fué nombrado Primer Lord del Almirantazgo se notó una gran mejora en la administración marítima. A pesar de permanecer muchos meses con su escuadra cerca de una costa inhospitalaria y á gran distancia de Inglaterra, no hubo quejas respecto á la calidad ni á la cantidad de las provisiones. Las tripulaciones tenían mejor alimento y mejor bebida que nunca; aquellas comodidades que España nos suministraba eran llevadas de la metrópoli; y, sin embargo, se gastaba lo mismo que cuando, en tiempo de Torrington, el marinero era envenenado con bizcocho podrido y cerveza descompuesta.

Como todas las fuerzas marítimas de Francia estaban en el Mediterráneo, y parecía probable que el año siguiente se hiciera una tentativa contra Barcelona, Russell recibió orden de invernar en Cádiz. En octubre se dirigió á aquel puerto, donde se ocupó en reparar sas barcos con una actividad, incomprensible para los funcionarios españoles, que tranquila-

mente dejaban pudrirse á su vista los miserables restos de la que un tiempo había sido la mayor marina del mundo (1).

XLIX.

La guerra en el Continente.

En el curso de este año se hizo la guerra con languidez en la frontera oriental de Francia. En el Piamonte y en el Rhin los más importantes sucesos de la campaña fueron pequeñas escaramuzas é incursiones cuyo único objeto era el robo. Luis XIV permaneció en Versalles, y envió á su hijo el Delfín para que lo representara en los Países Bajos; pero el Delfín fué colocado bajo la tutela de Luxemburgo, y fué el discípulo más sumiso. Duránte varios meses los ejércitos hostiles se observaron mutuamente. Los aliados hicieron un rápido movimiento de avance con intención de llevar la guerra al territorio francés; pero Luxemburgo, con una marcha forzada que excitó la admiración de las personas versadas en el el arte militar, frustró aquel designio. Guillermo, por otra parte, consiguió apoderarse de Huy, que era entonces una fortaleza de tercer orden. No se dió ninguna batalla; ninguna ciudad importante fué sitiada; pero los confederados quedaron satisfechos de la campaña. Cada uno de los cuatros años anteriores había sido señalado por algún gran desastre. En 1690, Waldeck había sido derrotado en Fleurus. En 1691 se había rendido Mons.

(1) He tomado principalmente de Burchett este relato de la expedición de Russell al Mediterráneo.

En 1692 fué tomada Namur á la vista del ejército aliado, y á esta desgracia había sucedido inmediatamente la derrota de Steinkerke. En 1693 se había perdido la batalla de Landen, y Charleroi había caído en poder del vencedor. Por último, en 1694, la fortuna había comenzado á cambiar. Las armas francesas no habían conseguido ventaja alguna. Lo ganado por los aliados no era mucho en verdad, pero la más pequeña ventaja fué recibida con alegría por aquellos á quienes una larga serie de desgracias había desalentado.

En Inglaterra era opinión general que, á pesar del desastre de la bahía de Camaret, la guerra, en conjunto, marchaba satisfactoriamente así por mar como por tierra. Pero algunas partes de la administración interior excitaron, durante este otoño, mucho descontento.

L.

Quejas de la administración de Trenchard.

Desde que Trenchard había sido nombrado secretario de Estado, la situación de los agitadores jacobitas era mucho más desagradable que anteriormente. Sidney había sido demasiado indulgente y aficionado á los placeres para causarles mucha inquietud Nottingham era un ministro diligente y honrado, pero tan buen tory como podía serlo un fiel súbdito de Guillermo y María. Amaba y estimaba á muchos de los *nonjurors;* y aunque sabía mostrar severidad, cuando éste era el único medio de salvar el Estado, no pecaba de excesivamente celoso en descubrir las

faltas de sus antiguos amigos, ni alentaba á los delatores á que fueran á Whitehall con relatos de conspiraciones descubiertas. Pero Trenchard era, al mismo tiempo que empleado activo, ardiente whig. Y aun cuando él fuera de suyo inclinado á la indulgencia, los que le rodeaban le hubieran impulsado á la severidad. Tenía constantemente á su lado á Hugo Speke y Aarón Smith, para quienes la caza de un jacobita constituía el placer supremo. La voz general entre los descontentos era que Nottingham había tenido sujetos á los sabuesos, pero que Trenchard les había dado suelta. Todo hombre honrado que amase la Iglesia y aborreciese á los holandeses estaba en peligro de muerte. Había un constante bulle bulle en el despacho del Secretario, una corriente constante de delatores que entraban y de enviados que salían con órdenes de prisión. Decíase también que estas órdenes estaban mal redactadas, que no especificaban la persona, que no especificaban el crimen; y sin embargo, con la autoridad que daban estos documentos, se entraba en las casas, se registraban escritorios y gabinetes, se llevaban papeles de importancia, y hombres de buena estirpe y buena crianza eran arrojados en la cárcel entre los criminales (1). Á esto contestaban el Ministro y sus agentes que abiertos estaban los tribunales; que si alguno había sido preso ilegalmente no tenía más que formular su denuncia; que jurados había muy dispuestos á escuchar á todo el que se creyera oprimido por crueles y tiránicos gobernantes, y que, ya que ninguno de los presos cuyos sufrimientos se describían tan patéticamente se había atrevido á acudir á esta manera sencilla y fácil de obtener reparación, podía deducirse racionalmente que no se había

(1) Carta á Trenchard, 1694.

hecho nada que no estuviera justificado. El clamor de los descontentos, sin embargo, produjo gran impresión en la opinión pública; y finalmente, un suceso en el que Trenchard fué más desgraciado que culpable, trajo sobre él y sobre el Gobierno de que formaba parte un gran descrédito por el momento.

LI.

Los procesos de Lancashire.

Entre los delatores que frecuentaban su despacho había un vagabundo irlandés que había tenido varios nombres y había profesado varias religiones. Llamábase ahora Taaffe. Había sido sacerdote de la Iglesia católica y secretario de Adda, el nuncio pontificio; pero desde la revolución se había hecho protestante, había tomado esposa, y se había distinguido por su actividad en descubrir los bienes ocultos de los jesuitas y de los benedictinos que durante el último reinado habían sido instalados en Londres. Los ministros le despreciaban, pero no desconfiaban de él. Imaginaban que con su apostasía, y por la parte que había tenido en el despojo de las órdenes religiosas, se había cortado toda retirada, y que no teniendo que esperar de Jacobo sino la horca, por necesidad sería fiel á Guillermo (1).

Este, pues, tropezó con un agente jacobita llamado Lunt, que desde la revolución había trabajado repetidas veces entre los descontentos de la *gentry* de Che-

(1) Burnet, II, 141 y 142, y la nota de Onslow; Kingston, *Verdadera historia*, 1697.

shire y Lancashire, y que había tenido conocimiento de aquellos planes de insurrección que había venido á desconcertar la batalla del Boyne en 1690, y la batalla de La Hogue en 1692. Lunt ya había estado preso por sospechoso de traición; pero no pudiéndose tener prueba legal de su delito, había sido puesto en libertad. No era más que un instrumento pagado, y sin dificultad se dejó inducir por Taaffe á delatar á sus cómplices. Los dos amigos se fueron á ver á Trenchard. Lunt hizo su relación; mencionó los nombres de algunos *squires* de Cheshire y Lancashire á quienes, según afirmaba, había entregado reales despachos de Saint-Germain, y de otros que, según él sabía, tenían depósitos secretos de armas y municiones. Su simple juramento no hubiera sido bastante para sostener una acusación de alta traición; pero presentó otro testigo cuya declaración pareció hacer el caso completo. La narración fué ya coherente y lógica, y, en realidad, aun cuando haya sido embellecida por ficciones, no hay duda de que en sustancia era cierta (1). Enviáronse mensajeros á Lancashire con orden de practicar las necesarias averiguaciones. El mismo Aarón Smith fué allá, y Taaffe en su compañía. Algunos de los muchos traidores que comían el pan de Guillermo habían dado la voz de alarma. Algunos de los acusados habían huído, y otros enterrado sus sables y mosquetes, y quemado sus papeles. Se hicieron descubrimientos que confirmaron las declaraciones de Lunt. Detrás del enmaderamiento del antiguo palacio de una familia católica se encontró un nombramiento firmado por Jacobo. Otra casa, cuyo dueño se había ocultado, fué registrada escrupulosamente á despecho de las solemnes aseveraciones de su esposa y sus criados de

(1) Véase la *Vida de Jacobo*, II, 521.

que no había allí armas ocultas. Mientras la dama, con la mano sobre el corazón, protestaba por su honor que su marido era falsamente acusado, observaron los enviados que el respaldo de la chimenea no parecía estar muy firme. Removiéronlo, y vino al suelo un montón de hojas de sables de caballería. En uno de los desvanes se encontraron, cuidadosamente cubiertas por ladrillos, treinta sillas de montar, igual número de pretales y sesenta espadas de caballería. Trenchard y Aarón Smith creyeron que la evidencia era completa, y determinaron que los delincuentes que habían sido presos fueran juzgados por una comisión especial (1).

Taaffe esperaba ahora confiadamente la recompensa de sus servicios, pero fué fríamente recibido en el Tesoro. Había ido á Lancashire con objeto principalmente de poder, protegido por una orden para practicar registros, apoderarse de joyas y monedas de oro guardadas en secretos cajones. Su ligereza de manos no había pasado, sin embargo, completamente inadvertida á la observación de sus compañeros. Descubrieron que se había apoderado de la vajilla de comunión de las familias católicas, cuyos secretos cajones había ayudado á saquear. Así, pues, cuando pidió recompensa fué despedido, no sólo con una negativa, sino con una severa reprimenda. Marchó fuera de sí de codicia y despecho. Un camino le quedaba, sin embargo, para obtener dinero y venganza, y éste fué el camino que tomó. Hizo proposiciones á los amigos de los presos. Él, y nadie más que él, podía deshacer lo hecho, salvar de la horca á los acusados, cubrir de infamia á los acusadores, arrojar de sus empleos al Secretario y al Solicitor, que eran el terror

(1) Kingston; Burnet, II, 142.

de todos los amigos del rey Jacobo. Por mucha repugnancia que inspirase Taaffe á los jacobitas, no era su oferta para desdeñada. Recibió una suma en el acto. Se le aseguró que una vez terminado el negocio se impondría á su nombre una buena anualidad de por vida, y fué enviado al campo y guardado en estrecha reclusión hastá el día de la vista (1).

En tanto, circulaban por todo el reino, y especialmente en el condado que había de dar el jurado, folletos clandestinos en que el complot de Lancashire era clasificado con el de Oates, con el de Dangerfield, con el de Fuller, con el de Young, con el de Whitney. De estos folletos, el más largo, el mejor y el más sangriento, titulado *Carta al Secretario Trenchard*, era comúnmente atribuído á Ferguson. No deja de ser probable que éste haya suministrado algunos materiales y haya llevado el manuscrito á la imprenta. Pero hay muchos pasajes escritos con un arte y un vigor que seguramente él no tenía. Los que juzguen por interna evidencia podrán tal vez creer que en algunos pasajes de este notable opúsculo se descubre el último resplandor del malicioso genio de Montgomery. Pocas semanas después de la aparición de esta *Carta* descendía al sepulcro, sin que nadie honrase su memoria ni lamentase su pérdida (2).

No había entonces más periódico impreso que la *Gaceta de Londres*. Pero á partir de la Revolución, la carta noticiera había venido á ser una máquina política de importancia antes desconocida. Las cartas noticieras de un escritor llamado Dyer alcanzaban gran circulación en manuscrito. El autor se decía tory y

---

(1) Kingston. Para el hecho de haber sido sobornado Taaffe, Kingston cita las declaraciones tomadas por los Lores bajo juramento.

(2) *Diario de Narciso Luttrell*, oct. 6, 1694.

partidario de la alta Iglesia, y era, por consiguiente, mirado por todos los hacendados rurales del reino como un oráculo. Había estado ya dos veces preso; pero sus ganancias habían compensado ampliamente sus sufrimientos, y continuaba redactando sus noticias de manera que pudieran adaptarse al gusto de los caballeros del campo. En la actualidad puso en ridículo el complot de Lancashire; declaró que los fusiles que se habían encontrado eran antiguas escopetas para la caza del zorro, que las sillas eran también para la caza, y que las espadas eran mohosas reliquias de Edge Hill y Marston Moor (1). El efecto producido en la opinión pública por todas estas invectivas y estas burlas debe haber sido considerable. Hasta en la Embajada holandesa, donde seguramente no dominaban las tendencias jacobitas, predominaba la opinión de que había sido una imprudencia llevar los presos ante los tribunales. En Lancashire y Cheshire eran los sentimientos predominantes, compasión por los acusados, y odio á los perseguidores. El Gobierno, sin embargo, se mantuvo firme. En octubre fueron enviados cuatro jueces á Manchester. Actualmente la población de aquella ciudad se compone de personas nacidas en todas partes de las Islas Británicas, y no tiene, por consiguiente, simpatía especial por los colonos, propietarios y labradores de los vecinos distritos. Pero en el siglo XVII el habitante de Manchester era natural de Lancashire. Sus ideas políticas eran las de su condado. Inspirábanle profundo respeto las antiguas familias de su condado del partido de los *caballeros;* y se ponía furioso á la idea de que se iba á derramar sangre de la mejor de su condado por un grupo

---

(1) Para la carta noticiera de Dyer, véase el *Diario de Narciso Luttrell* de junio y agosto de 1693, y de setiembre de 1694.

de leguleyos *cabezas redondas* venidos de Londres. Acudieron á la ciudad, cuyas calles llenaban multitud de gentes de las vecinas aldeas, que veían con lástima é indignación el aparato de espadas desnudas y carabinas cargadas que rodeaba á los acusados. Las disposiciones de Aarón Smith no parecen haber sido muy hábiles. El abogado principal de la Corona era sir Guillermo Williams, el cual, aunque ya entrado en años y poseyendo una gran fortuna, continuaba practicando. Una falta había arrojado negra mancha sobre la última parte de su vida. El recuerdo del día que se había levantado en Westminster Hall, en medio de risas é insultos, á defender la prerrogativa de dispensa y á atacar el derecho de petición, le había tenido desde la Revolución apartado de los honores. Era hombre despechado y desengañado, y en modo alguno estaba dispuesto á hacerse impopular en defensa de un Gobierno al cual nada debía y del cual nada esperaba.

No ha llegado hasta nosotros ninguna relación detallada del proceso; pero tenemos una relación whig y otra jacobita (1). Parece que los presos que fueron juzgados primero no solicitaron separación, y fueron por consecuencia juzgados juntos. Williams examinó, ó más bien volvió á examinar sus propios testigos fundándose en las declaraciones prestadas por ellos anteriormente, con una severidad que los confundió. La multitud que llenaba el tribunal se reía y gritaba. Lunt, en particular, se turbó de tal modo, que confundió una persona con otra, y no volvió en sí hasta que los jueces le sacaron de manos del abogado de la Corona. Algunos de los presos alegaron ausencia de

---

(1) Kingston trae la narración whig; la narración jacobita de autor anónimo ha sido publicada recientemente por la Chatham Society. Véase también una *Carta de Lancashire á un amigo en Londres, dando alguna noticia de los últimos procesos*, 1694.

los lugares cuando se había cometido el delito. También se presentaron testimonios para probar lo que era cierto de toda certidumbre, que Lunt era un hombre de carácter despreciable. El resultado, sin embargo, parecía dudoso, cuando con gran asombro de los perseguidores apareció Taaffe en el tribunal. Juró con imperturbable serenidad que toda la historia del complot era una mentira completa forjada por él y por Lunt. Williams arrojó al suelo el legajo del proceso, y en verdad, un abogado más honrado que él hubiera hecho lo mismo. Los presos que estaban en la barra fueron inmediatamente absueltos; los que aun no habían sido juzgados fueron puestos en libertad; los testigos de la acusación fueron arrojados á pedradas de Manchester; el Secretario de la Corona escapó con vida á duras penas, y los jueces partieron en medio de insultos y silbidos.

LII.

Reunión del Parlamento.—Muerte de Tillotson.

Pocos días después de terminado el proceso de Manchester regresó Guillermo á Inglaterra. El 12 de noviembre, sólo cuarenta y ocho horas después de haber llegado á Kensington, se reunieron las Cámaras. Felicitólas el Rey por el buen aspecto de los negocios. Por mar y tierra los acontecimientos del año que estaba á punto de terminar habían sido, en general, favorables á los aliados; los ejércitos franceses no habían tenido ventaja alguna, las escuadras francesas no se habían atrevido á presentarse; sin embargo, sólo podía obtenerse una paz honrosa y segura prosiguiendo vigorosamente la guerra, y no se podía proseguir vigorosamente la guerra sin grandes subsidios. Guillermo recordó entonces á los Comunes que

la ley por cuya virtud se había concedido á la Corona el tonelaje y los derechos de introducción de las mercancías durante cuatro años estaba próxima á espirar, manifestando su esperanza de que sería renovada.

Terminado el discurso del Rey, los Comunes, por alguna razón que ningún escritor ha explicado, suspendieron sus sesiones por una semana. En este tiempo ocurrió un suceso que causó gran tristeza en Palacio y en todas las clases del partido de la baja Iglesia. Tillotson se puso malo súbitamente mientras se ocupaba en el culto público en la capilla de Whitehall. Si hubiera acudido prontamente á curarse, tal vez se hubiera salvado. Pero no quiso interrumpir las plegarias, y antes que terminaran los oficios la enfermedad estaba ya fuera del alcance de la medicina. Había perdido casi el habla; pero sus amigos recordaron largo tiempo con placer algunas frases entrecortadas que demuestran que disfrutó de la paz del espíritu hasta el último instante. Fué sepultado en la iglesia de San Lorenzo Jewry, cerca de la Casa Consistorial. Allí era donde había ganado su inmensa reputación de orador. Allí había predicado durante los treinta años que precedieron á su elevación al trono de Canterbury. Su elocuencia había hecho acudir al corazón de la City multitud de letrados y de gente elegante, de los barrios habitados por los legistas y de los palacios señoriales de Saint James y de Soho Una parte considerable de su congregación había consistido generalmente en eclesiásticos jóvenes que venían á aprender el arte de predicar á los pies de aquel que era universalmente considerado como el primero de los predicadores. A esta iglesia fueron trasladados sus restos á través de una población cubierta de luto. El féretro fué seguido de un interminable séquito de espléndidas carrozas desde Lambeth

por Southwark y el Puente de Londres. Burnet pronunció la oración fúnebre. Su bondadoso y honrado corazón estaba abrumado por tan tiernos recuerdos, que en medio de su discurso se detuvo y rompió á llorar, mientras un fuerte gemido de tristeza salía de todo el auditorio. La Reina no podía hablar de su maestro favorito sin derramar lágrimas. Hasta Guillermo estaba visiblemente conmovido. «He perdido—decía—el mejor amigo que tuve nunca y el hombre más bueno que conocí.» El único inglés que es mencionado siempre con cariño en el gran montón de cartas que el Rey escribió á Heinsius, es Tillotson. El Arzobispo dejaba una viuda, á la cual Guillermo concedió una pensión de cuatrocientas libras anuales, que después aumentó hasta seiscientas. Hace honor á sus sentimientos el interés con que trataba de que recibiera regularmente y sin embarazos su renta. Al final de cada trimestre hacía que le trajeran el dinero á él sin ninguna deducción, é inmediatamente se lo enviaba á la viuda. Tillotson no le había dejado más bienes que un gran número de sermones manuscritos. Tan grande era la fama que gozaba entre sus contemporáneos, que los libreros compraron aquellos sermones por la suma casi increíble de dos mil quinientas guineas, equivalente, en el triste estado que se encontraba entonces la moneda de plata, á tres mil seiscientas libras lo menos. Cantidad semejante no se había dado nunca en Inglaterra por ninguna obra. Por el mismo tiempo, Dryden, que estaba entonces en el zenit de su reputación, recibió mil trescientas libras por su traducción de las obras completas de Virgilio, y se le consideró espléndidamente remunerado (1).

(1) Birch, *Vida de Tillotson;* la oracion fúnebre predica la por Burnet; Guillermo á Heinsius, nov. 23 (dic. 3), 1694.

LIII.

Tenison, Arzobispo de Canterbury.—Debates sobre los procesos de Lancashire.

No era fácil proveer dignamente el alto puesto que Tillotson había dejado vacante. María dió su voto en favor de Stillingfleet, é hizo valer sus derechos con todo el calor de que era capaz cuando más empeño tenía en una cosa. En talento y saber pocos le aventajaban en el clero. Pero aunque probablemente hubiera sido considerado como partidario de la baja Iglesia por Jane y South, no así por Guillermo, para quien resultaba muy partidario de la alta; así que Tenison fué el designado. El nuevo primado no era eminente por su elocuencia ni su saber; pero era honrado, prudente, laborioso y benévolo; había sido buen rector de una extensa parroquia, y buen obispo de una extensa diócesis; la murmuración aun no había tenido que decir de él, y muy bien podría creerse que un hombre de buen sentido, moderación é integridad era más á propósito que un hombre de genio brillante y altivo espíritu para salir airoso en la ardua empresa de apaciguar una Iglesia descontenta y dividida.

En tanto, los Comunes habían comenzado la resolución de los negocios. Votaron sin dificultad dos millones cuatrocientas mil libras para el ejército, é igual suma para la armada. Fijóse otra vez en cuatro chelines por libra el impuesto territorial de aquel año; la ley de tonelaje fué renovada por un plazo de cinco años; y se estableció un fondo sobre el cual se auto-

rizó al Gobierno á hacer un empréstito de dos millones y medio.

También dedicaron algún tiempo ambas Cámaras á la discusión del proceso de Manchester. Si los descontentos hubieran sido prudentes, se habrían dado por satisfechos con la ventaja conseguida. Sus amigos habían sido puestos en libertad. Los perseguidores habían logrado difícilmente librarse de las manos de una multitud irritada. El Gobierno había sido gravemente perjudicado. Acusábase á los Ministros en prosa y verso, unas veces en serio, otras en estilo jocoso, de haber alquilado una banda de rufianes para que, jurando en falso, hicieran perder la vida á honrados caballeros. Hasta los políticos moderados, que no daban crédito á estas repugnantes acusaciones, confesaban que Trenchard debía haber recordado las infamias de Fuller y Young, y estar en guardia contra miserables como Taaffe y Lunt. La salud y el esfuerzo del infortunado Secretario no habían podido resistir á tantos ataques. Decíase que se estaba muriendo; y era cierto que no continuaría largo tiempo encargado de los sellos. Los tories habían ganado una gran victoria; pero en su afán de sacar partido de ella, la convirtieron en derrota.

Al principiar la legislatura, Howe se quejó, con su ordinaria vehemencia y aspereza, de las indignidades á que personas distinguidas é inocentes, pertenecientes á nobles familias y gozando de gran estimación, se habían visto sometidas por Aarón Smith y los miserables á quienes tenía á sueldo. Los principales whigs, con muy buen acuerdo, pidieron que se abriera una información. Entonces los tories comenzaron á ceder. Sabían muy bien que una información no podía fortalecer más su causa, y podía debilitarla. El resultado, decían, ya se había visto; un jurado

había pronunciado el fallo; el veredicto era definitivo, y sería monstruoso dar á los falsos testigos, que habían sido arrojados á pedradas de Manchester, ocasión de repetir sus habilidades. A este argumento era fácil responder. El veredicto era definitivo respecto á los acusados, pero no respecto á los acusadores. Estos eran ahora á su vez acusados, y tenían derecho á todos los privilegios de tales. De que los caballeros de Lancashire hubieran resultado, y muy justamente, inocentes de traición, no se deducía que el Secretario de Estado ó el Solicitor del Tesoro hubieran procedido de mala fe, ni siquiera con precipitación. La Cámara, por ciento diez y nueve votos contra ciento dos, resolvió hacer comparecer á Aarón Smith y á los testigos de ambas partes. Pasaron varios días en interrogatorios y declaraciones; y varías sesiones duraron hasta hora avanzada de la noche. Pronto se vió con claridad que al emprender la persecución no se había obrado con ligereza, y que algunas de las personas que habían sido absueltas habían tenido parte en planes de traición. Los tories se hubieran contentado ahora con un simulacro de batalla; pero los whigs no estaban dispuestos á ceder su ventaja. Hízose la moción de que había habido motivo suficiente para justificar el proceso encargado á la comisión especial, y esta moción fué aprobada sin votar. Propuso la oposición que se añadieran algunas palabras indicando que los testigos de la Corona habían sido perjuros; pero estas palabras fueron rechazadas por ciento treinta y seis votos contra ciento nueve, y quedó resuelto, por ciento treinta y tres contra noventa y siete, que había habido una conspiración peligrosa. Los Lores, entretanto, habían estado deliberando sobre el mismo asunto, y habían llegado á idéntica conclusión. Enviaron á Taaffe preso por pre-

varicación, y aprobaron resoluciones absolviendo al Gobierno y á los jueces de toda censura. El público, sin embargo, continuó creyendo que los procesados de Manchester habían sido perseguidos injustamente, hasta que un complot jacobita singularmente atroz, demostrando con testimonios decisivos la culpabilidad de los conjurados, produjo una violenta reacción de la opinión pública (1).

En tanto, tres bills, que repetidas veces habían sido discutidos en años precedentes, y dos de los cuales habían sido llevados en vano á los pies del Trono, fueron presentados de nuevo: el bill de empleados, el bill reglamentando los procesos en casos de alta traición y el bill Trienal.

LIV.

Bill de empleados.—Bill reglamentando los procesos de alta traición.—Bill Trienal.

El bill de empleados no llegó á la Cámara de los Lores; fué leído tres veces en la Cámara baja, pero no se aprobó. En el último momento fué rechazado por ciento sesenta y cinco votos contra ciento cuarenta y dos. Howe y Harley fueron los encargados del escrutinio por la minoría (2).

---

(1) Véanse los *Diarios* de las dos Cámaras; la única relación que tenemos de estos debates se encuentra en las cartas de L'Hermitage.

(2) *Commons' Journals*, feb. 20, 1694-95. Como este bill no llegó nunca á los Lores, no se encuentra en sus archivos. No hay, pues, manera de descubrir si difería en algo del bill del año anterior.

El bill reglamentando los procesos en casos de traición fué otra vez á la Cámara de los Pares. Sus señorías le volvieron á añadir el artículo que ya antes le había sido fatal. Los Comunes volvieron á negarse á conceder ningún nuevo privilegio á la aristocracia hereditaria. Otra vez hubo conferencias; otra vez se cambiaron razones. Ambas Cámaras se mantuvieron firmes como antes, y, como antes, se perdió el bill (1).

El bill Trienal fué más afortunado. Presentáronlo el primer día de la legislatura, y pasó fácil y rápida mente por ambas Cámaras. La única cuestión acerca de la cual hubo alguna seria disidencia fué la relativa al tiempo que había de durar el Parlamento existente. Después de varios debates acalorados, se fijó el mes de noviembre de 1696 como máximum de su duración. El bill de Tonelaje y el bill Trienal siguieron casi al mismo tiempo todos sus trámites. Ambos estaban el 22 de diciembre preparados para la regia sanción. Guillermo vino aquel día oficialmente á Westminster. La asistencia de miembros de ambas Cámaras era considerable. Cuando el Secretario de la Corona leyó las palabras «Bill para la frecuente convocación y reunión de los Parlamentos», hubo gran ansiedad, pero cuando el Secretario del Parlamento contestó: «Le roy et la royne le veulent», un prolongado murmullo de contento y entusiasmo salió de los bancos y de la barra (2). Guillermo había resuelto muchos me-

(1) Puede leerse la historia de este bill en los *Diarios* de las Cámaras. La lucha, que no fué muy vehemente, duró hasta el 20 de abril.

(2) «Los Comunes—dice Narciso Luttrell—prorrumpieron en un gran murmullo.» «Le murmure qui est la marque d'applaudissement fut si grand qu'on peut dire qu'il estoit universel.»—L'Hermitage, dic. 25 (enero 4).

ses antes no negar por segunda vez su sanción á una ley tan popular (1). Hubo algunos, sin embargo, que creyeron que no hubiera hecho tan gran concesión á haber sido aquel día completamente dueño de sí. Veíase con claridad que estaba extrañamente agitado y abatido. Habíase anunciado que comería en público en Whitehall. Pero la multitud que en tales ocasiones acudía á la corte hubo de quedarse con la curiosidad, pues el Rey se apresuró á volver á Kensington (2).

LV.

Muerte de María.

Tenía sobrado motivo para estar inquieto. Desde hacía dos ó tres días la Reina se sentía muy mal, y la noche precedente se habían presentado graves síntomas. Sir Tomás Millington, médico del Rey, creyó que era el sarampión. Pero Radcliffe, que con rudas maneras y escaso estudio de los libros había llegado á tener la mejor clientela de Londres, principalmente por su rara habilidad en los diagnósticos, pronunció palabras más alarmantes: la viruela. Esta enfermedad, sobre la cual ha conseguido la ciencia una serie de gloriosas y benéficas victorias, era entonces el más terrible de todos los ministros de la muerte. El estrago de la peste había sido mucho más rápido; pero nadie recordaba que la peste hubiera visitado nuestras cos-

(1) Así lo dice L'Hermitage en su despacho de 20 (30) de noviembre.
(2) Burnet, II, 187; Van Citters, dic. 25 (enero 4).

tas sino una ó dos veces, mientras que la viruela estaba presente siempre, llenando los cementerios de cadáveres, atormentando con temores constantes á aquellos á quienes aun no había herido, dejando á los que había perdonado la vida las repugnantes huellas de su poder, transformando al niño de pecho en otro ser á cuya vista la madre se estremecía, convirtiendo los ojos y mejillas de la desposada en objetos de horror para su amante. Hacia fines del año de 1694, esta pestilencia fué más terrible que de ordinario. Por último, la infección entró en Palacio y alcanzó á la joven y sonrosada Reina. Recibió la intimación del peligro con verdadera grandeza de alma. Dió orden de que todas sus camareras y damas de honor, que todos los sirvientes de rango más humilde que no hubieran tenido la viruela, salieran inmediatamente del palacio de Kensington. Se encerró durante breve tiempo en su gabinete, quemó algunos papeles, puso otros en orden, y luego aguardó tranquilamente su suerte.

Durante dos ó tres días hubo muchas alternativas de esperanza y de temor. Los médicos se contradecían mutuamente y á sí mismos de una manera que basta para indicar el estado de la ciencia médica en aquel siglo. Ya calificaban la enfermedad de sarampión, ó de fiebre escarlatina, ó de tabardillo pintado, ó de erisipela. En un momento algunos síntomas que en realidad demostraban que el caso era casi desesperado, fueron acogidos como señales de que volvía la salud. Al fin desapareció toda duda. La opinión de Radcliffe resultó cierta. Era evidente que la Reina se moría de viruela de la más maligna.

En todo este tiempo Guillermo permanecía día y noche al lado de la enferma. La cama en que dormía cuando estaba en campaña había sido colocada en la antecámara; pero apenas hacía uso de ella. «La vista

de su dolor—escribía el enviado holandés—era capaz de ablandar el corazón más duro.» No era posible reconocer en él al hombre cuya serena fortaleza había sido asombro de viejos soldados en la desastrosa jornada de Landen, y de viejos marineros aquella terrible noche que pasó entre los témpanos de hielo y los bancos de arena de la costa de Gorea. Hasta los criados vieron correr las lágrimas por aquel rostro cuya severa compostura rara vez había alterado el triunfo ó la derrota. Varios prelados estaban de servicio. El Rey llamó á Burnet á un lado y desahogó la angustia que le afligía. «No hay esperanza—exclamó.—Yo era el hombre más feliz de la tierra, y ahora soy el más desdichado. No tenía ningún defecto, ninguno: vos la conocíais bien; pero ni vos ni nadie podía conocer su bondad como yo.» Tenison fué el encargado de anunciar á la enferma que iba á morir. Temía que semejante noticia, dada bruscamente, la agitara con violencia, y comenzó con mucho tacto. Mas pronto comprendió ella lo que quería decirle, y con aquel dulce valor femenil que tantas veces avergüenza nuestra bravura, se sometió á la voluntad de Dios. Pidió que la trajeran un pequeño escritorio donde guardaba sus papeles más importantes, y dió orden que tan pronto dejara de existir fuera entregado al Rey, y desde aquel momento apartó el espíritu de todos los cuidados mundanos. Recibió la Eucaristía, y repitió su parte del oficio con entera inteligencia y sin que le faltara la memoria, aunque con débil voz. Observó que Tenison llevaba mucho tiempo al lado de su lecho, y con aquella dulce cortesía que le era habitual, ordenó que se sentara, repitiendo sus órdenes hasta ser obedecida. Después de recibir el sacramento decayó rápidamente, y sólo pronunció algunas palabras entrecortadas. Dos veces

trató de dar el último adiós á aquel á quien tanto había amado; pero no pudo hablar. Guillermo tuvo una serie de accesos tan alarmantes, que sus consejeros privados, que estaban reunidos en la cámara vecina, llegaron á temer por su razón y por su vida. El Duque de Leeds, á petición de sus colegas, se aventuró á asumir la amistosa tutela de que inteligencias extraviadas por el dolor estaban necesitadas. Pocos minutos antes de expirar la Reina, Guillermo fué trasladado casi sin conocimiento á otra habitación.

María murió en paz con Ana. Antes que los médicos hubieran declarado el caso desesperado, la Princesa, que estaba entonces muy delicada de salud, había enviado un recado cariñoso, y María había mandado una cariñosa respuesta. La Princesa había propuesto entonces venir en persona; pero Guillermo, en términos muy amables, había rehusado el ofrecimiento. «La excitación de una entrevista—dijo—podría ser perjudicial á las dos hermanas. Si ocurría una crisis favorable, S. A. R. sería muy bien venida á Kensington.» Pocas horas después todo habia terminado (1).

Grande y general fué la tristeza entre el pueblo. Porque la intachable vida de María, sus muchas caridades y sus afables maneras le habían conquistado los corazones de sus súbditos. La primera vez que se reunieron los Comunes después de su muerte, permanecieron durante algún tiempo en profundo silencio. Por fin se propuso, y quedó acordado, presentar al Rey un mensaje de pésame; y entonces la Cámara se disolvió sin proceder al examen de otros negocios.

(1) Burnet, II, 136 y 138; *Diario de Narciso Luttrell;* Van Citters, dic. 28 (enero 7), 1694-95; L'Hermitage, dic. 25 (enero 4), diciembre 28 (enero 7), enero 1.º (11); Vernon á Lord Lexington, diciembre 21, 25 y 28, enero 1.º; Tenison, *Oración fúnebre*.

El enviado holandés informó á los Estados Generales que muchos diputados se llevaban el pañuelo á los ojos. En la calle llamaba la atención de todos los observadores la tristeza que se leía en los rostros de los transeuntes. El luto fué aún más general que cuando la muerte de Carlos II. El domingo que siguió á la muerte de la Reina, sus virtudes fueron celebradas en casi todas las iglesias parroquiales de la capital, y en casi todas las grandes congregaciones de disidentes (1).

Los más estimables jacobitas respetaron la tristeza de Guillermo y la memoria de María. Mas para los más implacables fanáticos del partido, ni el enlutado hogar ni la tumba eran sagrados. En Brístol, los amigos de sir Juan Knight tocaron las campanas como en celebración de una victoria (2). Hase repetido con frecuencia, y en modo alguno es inverosímil que un teólogo *nonjuror*, en medio de las generales lamentaciones, predicó sobre el texto: «Id, buscad esta mujer maldita y sepultadla: porque es hija de un rey.» Es cierto que algunos de los sacerdotes destituídos la persiguieron con sus insultos hasta la tumba. Su muerte, decían, era sin duda alguna el castigo de su crimen. Dios había prometido desde la cima del Sinaí, entre truenos y relámpagos, larga vida á los hijos que honrasen á sus padres; y en esta promesa iba evidentemente envuelta una amenaza. ¿Qué padre había sido

---

(1) *Diario de Evelyn*; *Diario de Narciso Luttrell*; *Commons Journals*, dic. 28, 1694; Shrewsbury á Lexington, en igual fecha; Van Citters, en la misma fecha; L'Hermitage, enero 1:º (11), 1695. Entre los sermones sobre la muerte de María, son dignos de especial mención el de Sherlock, que predicó en Temple Church, y los de Howe y Bates, predicados en las grandes congregaciones presbiterianas.

(2) *Diario de Narciso Luttrell.*

nunca peor tratado por sus hijas que Jacobo por María y Ana? María había muerto, segada en lo mejor de la existencia, en todo el esplendor de la belleza, en la cumbre de la prosperidad; y Ana haría bien en aprovechar esta advertencia. Wagstaffe fué más allá, y se extendió mucho sobre ciertas maravillosas coincidencias de tiempo. Jacobo había sido arrojado de su palacio y de su país en la semana de Navidad. María había muerto en la semana de Navidad. No había duda que si los secretos de la Providencia nos fueran revelados, encontraríamos que las alternativas de la enfermedad de la hija, en diciembre de 1694, tenían exacta analogía con las alternativas de la fortuna del padre, en diciembre de 1688. El padre había huído de Rochester á media noche, y á media noche había espirado la hija. Tal era la profundidad y tal el ingenio de aquel á quien los cismáticos jacobitas miraban justamente como uno de sus jefes de más talento (1).

Pronto tuvieron los whigs ocasión de tomar la revancha. Relataban triunfalmente que un usurero del Burgo, acérrimo partidario del derecho hereditario, al celebrar el castigo que había sufrido la Reina cayó muerto de repente (2).

LVI.

Funerales de María.

Los funerales se recordaron largo tiempo como la ceremonia más triste y más augusta que Westmins-

---

(1) *Remarks on some late Sermons*, 1695; *A Defence of the Archbishop's Sermon*, 1695.

(2) *Diario de Narciso Luttrell*.

ter había presenciado jamás. Mientras los restos de la Reina permanecieron en Whitehall, las calles vecinas se llenaban todos los días, desde la salida hasta la puesta del sol, de una multitud que hacía imposible todo tránsito. Las dos Cámaras con sus mazas seguían el féretro; los Lores con sus vestiduras de escarlata y armiño; los Comunes con largos mantos negros. Ningún soberano había sido acompañado nunca á la tumba por un Parlamento, porque hasta entonces el Parlamento había espirado siempre con el soberano. Cierto que había circulado un papel donde, con toda la lógica de un agudo picapleitos, se trataba de demostrar que los edictos publicados en nombre de Guillermo y María cesaban de estar en vigor desde el momento que Guillermo reinaba solo. Pero este despreciable sofisma había fracasado por completo. Ni aun había sido mencionado en la Cámara baja, y en la Alta se había mencionado tan solo para rechazarlo despreciativamente. Todos los magistrados de la City asistieron al entierro. Las banderas de Inglaterra y Francia, de Escocia é Irlanda eran llevadas por grandes señores delante del cadáver. El palio fué llevado por los jefes de las ilustres casas de Howard, Seymour, Grey y Stanley. En el rico ataúd de púrpura y oro se veían la corona y el cetro del reino. El día fué muy propio para la ceremonia. El cielo estaba negro y revuelto, y algunos pálidos copos de nieve caían sobre las negras plumas del carro fúnebre. Dentro de la Abadía, la nave, el coro y el crucero resplandecían con la luz de innumerables cirios. El cuerpo fué depositado bajo un magnífico dosel en el centro de la iglesia durante el sermón del Primado. Las pedantescas divisiones y subdivisiones afearon la primera parte de su oración; pero hacia el final refirió lo que él mismo había visto y oído, con una sencillez

y un calor más conmovedores que los más hábiles recursos oratorios. Mientras duró la ceremonia se oía de minuto en minuto el lejano estampido del cañón de las baterías de la Torre. La amable Reina duerme entre sus ilustres deudos en la nave meridional de la capilla de Enrique VII (1).

LVII.

Fundación del hospital de Greenwich.

Pronto se atestiguó el cariño con que su esposo guardaba su memoria con un monumento, el más soberbio que jamás fué erigido á soberano alguno. Ningún proyecto había pertenecido tan enteramente á María, ninguno le había sido tan caro como el de convertir el palacio de Greenwich en retiro para los marinos. Habíasele ocurrido cuando tropezó con las dificultades de proporcionar buen asilo y buena asistencia á los millares de valientes que habían regresado á Inglaterra heridos, después de la batalla de La Hogue. Mientras ella vivió apenas se había dado ningún paso para la realización de su proyecto favorito. Mas diríase que tan pronto como su esposo la perdió, comenzó á reconvenirse por no haber realizado sus deseos. No se perdió tiempo alguno. Wren hizo el plano, y muy pronto un edificio que aventajaba al asilo que el magnífico Luis XIV había construído para sus soldados, se levantó en la margen del Támesis. Todo el que lea la inscripción que corre en torno

(1) L'Hermitage, marzo 1.º (11), 6 (16), 1695; *London Gazette*, marzo 7; Tenison, *Sermón fúnebre*; *Diario de Evelyn*.

del friso de la sala, observará que Guillermo no reclama parte alguna del mérito de la ideá y que el elogio es sólo para María. A haberse prolongado la vida del Rey hasta la terminación de las obras, una estatua de la que era verdadera fundadora de la institución hubiera ocupado lugar principal en aquel patio que presenta dos altas cúpulas y dos graciosas columnatas á las multitudes que perpetuamente pasan y remontan la corriente del rio imperial. Pero aquella parte del plan no se llevó nunca á efecto; y pocos de los que ahora contemplan el más hermoso de los hospitales europeos, saben que es una memoria de las virtudes de la buena reina María, del amor y tristeza de Guillermo y de la gran victoria de La Hogue.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

1695-1696.

I.

Efecto de la muerte de María en el Continente.

En el Continente la noticia de María excitó diferentes emociones. Los hugonotes, en todas las partes de Europa á donde habían tenido que emigrar, deploraron la muerte de la Dama Escogida, que había disminuído el lujo de su casa para poder dar pan y asilo al perseguido pueblo de Dios (1). En las Provincias Unidas, donde era bien conocida y donde siempre había sido popular, fué sinceramente llorada. Mateo Prior, cuyo talento é ilustración le habían valido la protección del magnífico Dorset, y que estaba entonces agregado á la Embajada del Haya, escribió diciendo que la más fría y menos apasionada de las naciones se había conmovido; hasta el mismo mármol, dice, había llorado (2). Las lamentaciones de Cambrid-

(1) Véase Claude, *Sermón en la muerte de María*.

(2) Prior á Lord y Lady Lexington, enero 14 (24), 1695. La carta se encuentra entre los papeles de Lexington, colección importante y bien editada.

ge y Oxford tuvieron eco en Leyden y Utrecht. Los Estados Generales se pusieron de luto. Las campanas de todas las iglesias de Holanda tañían tristemente uno y otro día (1). Jacobo en tanto prohibía severamente toda manifestación de tristeza en Saint-Germain, y obtenía de Luis XIV prohibición semejante para Versalles. Algunos de los más ilustres nobles de Francia, y entre ellos los Duques de Bouillon y de Duras, eran parientes de la casa de Nassau, y siempre que la muerte había visitado aquella casa, habían observado escrupulosamente el decoroso ceremonial de la tristeza. Prohibióseles ahora vestir de negro, y ellos obedecieron; pero no estaba en manos del gran Rey impedir que sus altivos é ingeniosos cortesanos murmurasen que era lamentable cosa que los vivos tomaran venganza semejante de los muertos, que un padre se vengara así de su hija (2).

Desde el día de la batalla de La Hogue, Jacobo y sus compañeros de destierro no habían tenido nunca tantas esperanzas como ahora. En efecto, la opinión general de los políticos, tanto en Inglaterra como en el Continente, era que Guillermo no podría sostenerse mucho tiempo en el trono. Decíase que, á no ser por la ayuda de su esposa, habría caído ya. La afabilidad de María había conciliado á muchos á quienes las frías miradas y breves respuestas de Guillermo

(1) *Monthly Mercury* de enero de 1695. Un orador que pronunció un elogio de la Reina, en Utrecht, llevó su desatino hasta decir que consagró su último aliento á rogar por la prosperidad de las Provincias Unidas. «Valeant et Batavi—estas son las últimas palabras de María;—sint incolumes; sint florentis; sint beati; stet in æternum, stet immota præclarissima illorum civitas, hospitium aliquando mihi gratissimum, optime de me meritum.» Véanse también las oraciones de Pedro Francius, de Amsterdam, y de Juan Ortwinius, de Delft.

(2) *Journal de Dangeau; Mémoires de Saint-Simon.*

habían apartado de su causa. Los sentimientos y afciones inglesas de la joven Reina, así como su acento inglés, habían encantado á muchos á quienes disgustaban el acento y hábitos holandeses de Guillermo. Aunque ella no pertenecía al partido de la alta Iglesia, gustaba de aquel ritual á que se había acostumbrado desde la infancia, y cumplía con satisfacción y reverencia algunas ceremonias que para él no eran ciertamente pecaminosas, pero sí pueriles, y en las cuales difícilmente se avenía á tomar parte. Mientras durase la guerra, Guillermo tendría que pasar casi la mitad del año fuera de Inglaterra. Hasta aquí, cuando él estaba ausente ella había ocupado su puesto, y lo había ocupado bien. ¿Quién iba á reemplazarle ahora? ¿En quién podía depositar igual confianza? ¿A quién miraría la nación con igual respeto? Todos los hombres de Estado de Europa convenían, pues, en que la posición de Guillermo, difícil y peligrosa por lo menos, había venido á ser mucho más difícil y peligrosa con la muerte de la Reina. Pero todos los hombres de Estado de Europa se engañaron; y, cosa extraña, su reinado fué indudablemente más próspero y más tranquilo después de la muerte de María que durante su vida.

II.

Muerte de Luxemburgo.

Pocas horas después de haber perdido á la más tierna y amada de todas sus amigas, se vió libre del más formidable de todos sus enemigos. La muerte no había estado ociosa en París mientras se había mos-

trado activa en Londres. Al mismo tiempo que Tenison oraba junto al lecho de María, Bourdaloue administraba la Extremaunción á Luxemburgo. El gran general francés no había sido nunca favorito de la corte de Francia; pero cuando se supo que su débil cuerpo, agotado por la guerra y los placeres, perecía víctima de una peligrosa enfermedad, el valor de sus servicios fué por primera vez plenamente apreciado: el Rey envió sus médicos á asistirle, las hermanas de Saint-Cyr recibieron orden de rogar por él; pero medicinas y oraciones fueron en vano. «¡Qué alegre se pondrá el Príncipe de Orange—dijo Luis XIV—cuando reciba la noticia de nuestra pérdida!» Se engañaba. Cuando Guillermo recibió aquella noticia no podía pensar en otra pérdida que la que él había sufrido (1).

III.

Aflicción de Guillermo.

Durante el mes que siguió á la muerte de María, el Rey se encontró incapacitado para todo trabajo. Hasta á las comunicaciones de las dos Cámaras sólo contestó con algunos sonidos inarticulados. Las respuestas que aparecen en los diarios no fueron pronunciadas por el Rey, sino entregadas por escrito. Aquellos negocios cuya tramitación no podía dilatarse fueron despachados por intervención de Portland, que por su parte estaba abrumado de tristeza. Durante algunas semanas la importante correspondencia confidencial entre el Rey y Heinsius fué suspendida. Por

(1) Saint-Simon; Dangeau; *Monthly Mercury* de enero de 1695.

último, Guillermo se impuso el deber de reanudar aquella correspondencia; pero su primera carta fué la carta de un hombre agobiado por el pesar. Hasta su ardor marcial parecía haber sido vencido por la desgracia. «Os digo en confianza—escribía—que no me siento ya capaz del mando militar. Trataré, sin embargo, de cumplir con mi deber, y espero que Dios me dará fuerzas.» Tan desesperanzado estaba antes de comenzar la más brillante y afortunada de sus muchas campañas (1).

IV.

Acuerdos del Parlamento.—Emancipación de la prensa.

No se interrumpió la marcha de los negocios del Parlamento. Mientras la Abadía estaba tendida de negro para el funeral de la Reina, los Comunes llegaron á un acuerdo que por entonces llamó poco la atención, que no produjo excitación alguna, que minuciosos analistas han dejado pasar inadvertido, y cuya historia sólo imperfectamente puede trazarse en los archivos del Parlamento, pero que ha contribuído más á la libertad y á la civilización que la Magna Carta ó el Bill de Derechos. Al principiar la legislatura se había nombrado una comisión para examinar qué estatutos aprobados por tiempo limitado estaban á punto de espirar, informando también acerca de cuáles sería oportuno mantener. Hízose la informa-

(1) L'Hermitage, enero 1.° (11), 1695; Vernon á Lord Lexington, enero 1.° y 4; Portland á Lord Lexington, enero 15 (25); Guillermo á Heinsius, enero 22 (feb. 1.°).

ción, y todas las recomendaciones en ella contenidas fueron adoptadas, excepto una sola. Entre las leyes que la comisión aconsejó á la Cámara renovar, estaba la ley de censura literaria. Hízose la pregunta de si la Cámara convenía con la comisión en que el acta titulada «Acta para impedir abusos en la impresión de libelos sediciosos excitando á la traición y no presentados á la censura, y para reglamentar las imprentas é impresiones», había de continuar en vigor. El Speaker declaró que era mayor el número de los que decían que no, y los contrarios no creyeron oportuno pedir votación.

Un bill para que continuasen en vigor todas las demás leyes temporales que, á juicio de la comisión, no convenía dejar espirar, fué presentado, aprobado y enviado á los Lores. Estos lo devolvieron muy pronto con una enmienda importante. Los Lores habían insertado en la lista de las actas que debían continuar en vigor la que ponía á la prensa bajo la inspección de la censura. Los Comunes resolvieron no aceptar la enmienda; pidieron una conferencia y nombraron una comisión de *managers.* Era el principal de éstos Eduardo Clarke, acérrimo whig, que representaba la ciudad de Taunton, baluarte en cincuenta años de turbulencias de la libertad civil y religiosa.

Clarke entregó á los Lores en la Cámara Pintada un papel que contenía las razones que habían determinado á la Cámara Baja á no renovar la ley de censura. Este documento vindica por completo la resolución tomada por los Comunes. Pero prueba al mismo tiempo que no sabían la importancia de aquel acto, la revolución que estaban haciendo, el poder á que estaban dando existencia. Señalaron de una manera concisa, clara, contundente, y á veces con grave ironía

sin traspasar los límites de la conveniencia, lo desatinado é inicuo del estatuto que estaba á punto de espirar. Pero todas sus objeciones se refieren únicamente á puntos de detalle. En la gran cuestión de principios, sobre la cuestión de si la libertad de imprenta es en general un beneficio ó un perjuicio para la sociedad, no se dice una palabra. La ley de la censura es condenada, no porque sea un mal por sí misma, sino á causa de los pequeños abusos, de las exacciones, de los agios, de las restricciones comerciales, de las visitas domiciliarias que trae consigo. Declárase perjudicial porque permite á la Compañía de libreros sacar dinero á los editores, porque autoriza á los agentes del Gobierno á que fundándose en órdenes generales practiquen registros en las casas, porque limita el comercio de libros extranjeros al puerto de Londres, porque detiene valiosas remesas de libros en la aduana hasta que las páginas están apolilladas. Quéjanse los Comunes de que no se haya fijado el importe de los derechos que puede pedir el censor. Quéjanse de que no puedan los empleados de aduanas abrir una caja de libros que vengan de fuera, sino en presencia de uno de los censores de la prensa. ¿Cómo ha de conocer el empleado, preguntaban muy oportunamente, que hay libros en la caja hasta después de haberla abierto? Tales fueron los argumentos con los cuales se consiguió lo que no había podido conseguir la *Areopagítica* de Milton.

Los Lores cedieron sin luchar. Esperaban probablemente que pronto les sería enviado algún bill no tan discutible, y, en efecto, bill semejante fué presentado en la Cámara de los Comunes, leído dos veces y sometido á una comisión. Pero la legislatura terminó antes que la comisión hubiera informado; y la literatura inglesa quedó emancipada, y emancipada para

siempre, de la intervención del Gobierno (1). Este gran acontecimiento pasó inadvertido. Evelyn y Luttrell no lo creyeron digno de ser mencionado en sus *Diarios*. El Ministro holandés no lo consideró digno de ser mencionado en su despachos. No se hace alusión á él en los *Mercurios*. La atención pública estaba ocupada por otros asuntos mucho más interesantes.

V.

Muerte de Halifax.

Era uno de éstos la muerte del más cumplido, del más ilustrado, y, á pesar de sus grandes faltas, del más estimable de los hombres de Estado que se formaron en la corrompida y licenciosa corte de la Restauración. Un mes próximamente después de las espléndidas exequias de María, un entierro casi ostentoso por su misma sencillez daba la vuelta al altar de Eduardo el Confesor y entraba en la capilla de Enrique VII. Allí, á muy corta distancia de los restos de María, yacen los de Jorge Savile, Marqués de Halifax.

Halifax y Nottingham eran antiguos amigos, y Lord Eland, hijo único de Halifax, había sido prometido á Lady María Finch, hija de Nottingham. Fijóse el día de la boda; reunióse una alegre sociedad en Burley, en el Hill, donde estaba el palacio del padre de la no-

(1) Véanse los *Commons' Journals* de 11 de feb., y 17 de abril, y los *Lords' Journals* de 8 y 18 de abril de 1695. Desgraciadamente, hay una laguna en el *Diario de los Comunes* de 12 de abril, de suerte que es ahora imposible descubrir si hubo votación para aceptar la enmienda hecha por los Lores.

via, que desde una de las más hermosas terrazas de la isla domina magníficos bospues de hayas y robles, el fértil valle de Catmos y la torre de Oakham. El padre del novio fué detenido en Londres por una indisposición que no se suponía peligrosa. De pronto su enfermedad tomó forma alarmante. Dijéronle que sólo le quedaban algunas horas de vida. Recibió la intimación con tranquila fortaleza. Propusiéronle enviar un propio á buscar á su hijo. Pero Halifax, bondadoso hasta el último instante, no quiso enturbiar la felicidad del día de boda. Dió órdenes estrictas de que su entierro fuera sin pompa alguna; se preparó para el gran cambio con devociones que llenaron de asombro á los que le tenían por ateo, y murió con la serenidad de un filósofo y de un cristiano, mientras sus amigos y deudos, muy ajenos de lo que sucedía, se entregaban al vino y al contento (1). Su posteridad masculina y sus títulos no tardaron en extinguirse. Ninguna parte de su ingenio y elocuencia fué here dado por el hijo de su hija, Felipe Stanhope, cuarto conde de Chesterfield. Pero tal vez no es de todos conocido que algunos aventureros que sin ventajas de la fortuna ó el rango se hicieron notables sólo á fuerza de tálento, heredaron la sangre de Halifax. Dejó un hijo natural, Enrique Carey, cuyos dramas hicieron un tiempo acudir numeroso público á los teatros, y algunos de cuyos alegres é ingeniosos versos viven todavía en la memoria de cientos de millares de personas. De Enrique Carey descendía aquel Edmundo Kean que en nuestro tiempo se trasformaba tan maravillosamente en Shylock, Yago y Otelo.

Más de un historiador ha sido tachado de parcial con Halifax. Lo cierto es que la memoria de Halifax

---

(1) L'Hermitage, abril 10 (20), 1695; Burnet, II, 149.

tiene especial derecho á la protección de la historia. Porque lo que le distingue de todos los hombres de Estado ingleses, es que en una larga vida pública, y á través de frecuentes y violentas revoluciones del público sentimiento, la opinión que casi siempre tuvo en las grandes cuestiones de su tiempo es la que finalmente ha adoptado la historia. Llamáronle inconstante porque la posición relativa en que se encontró respecto á los partidos contendientes varió perpetuamente. Del mismo modo podría llamarse inconstante á la estrella polar porque unas veces esté á Oriente y otras á Occidente de las agujas. El haber defendido la constitución antigua y legal del reino contra un populacho sedicioso, en una ocasión, y contra un Gobierno tiránico, en otra; el haber sido el primer defensor del orden en el turbulento Parlamento de 1680, y el primer defensor de la libertad en el Parlamento servil de 1685; el haber sido justo y clemente con los católicos en tiempo de la conjura papista, y con los exclusionistas en tiempo de la conspiración de Rye House; el haber hecho cuanto estaba en su mano por salvar la cabeza á Stafford y á Russell; esta era una conducta que los contemporáneos, enardecidos por la pasión y alucinados por nombres y divisas, podían muy bien llamar voluble, pero que merece nombre muy diferente ante la inapelable justicia de la posteridad.

Hay una mancha profunda, y solo una, en la memoria de este hombre eminente. Es triste pensar que él, que había desempeñado papel tan importante en la Convención, haya podido después rebajarse á tener comunicación con Saint-Germain. El hecho no se puede poner en duda; tiene, sin embargo, excusas que no pueden alegarse por otros que fueron reos del mismo crimen. Él no hizo, como Marlborough, Rus-

sell, Godolphin y Shrewsbury, traición á un amo que tenía confianza en él y que le había colmado de beneficios. La ingratitud y la maldad de los whigs le obligaron por un momento á buscar asilo entre los jacobitas. Puede añadirse que pronto se arrepintió del error á que la pasión le había inducido; que aunque nunca se reconcilió con la corte, se distinguió por su celo en favor de la vigorosa prosecución de la guerra, y que su última obra fué un tratado en que exhortaba á sus compatriotas á recordar que las cargas públicas, por muy pesadas que parecieran, eran ligeras en comparación del yugo de Francia y de Rema (1).

Unos quince días después de la muerte de Halifax, una desgracia mucho más cruel que la muerte ocurrió á su antiguo rival y enemigo el Lord Presidente. Aquel hábil, ambicioso y atrevido hombre de Estado fué otra vez derribado del poder. En su primera caída, á pesar de ser tan terrible, había habido alguna dignidad; y gracias á aprovecharse con rara habilidad de una crisis extraordinaria en los negocios públicos, se había levantado de nuevo al puesto más alto que podía ocupar un súbdito inglés. La segunda ruina fué, en verdad, menos violenta que la primera, pero ignominiosa é irreparable.

(1) *Ensayos sobre los impuestos calculados para el actual estado de los negocios*, 1693.

VI.

Información parlamentaria acerca de la corrupción de los empleados públicos.

La defraudación y la venalidad con que los empleados públicos de aquel siglo solían enriquecerse, había excitado en el espíritu público un sentimiento que más tarde ó más temprano no podía menos de manifestarse en alguna formidable explosión. Pero las ganancias eran inmediatas; el día de la retribución era incierto; y los despojadores del público se mostraban tan ávidos y audaces como siempre, cuando la venganza, que desde largo tiempo les amenazaba, cayó súbitamente sobre el más altivo y poderoso de todos ellos.

Los primeros signos de la tormenta que se acercaba no indicaban en modo alguno la dirección que tomaría, ni la furia con que iba á estallar. Un regimiento de infantería, que estaba acuartelado en Royston, había impuesto una contribución á los habitantes de aquella ciudad y de las cercanías. La suma exigida no había sido cuantiosa. En Francia ó en Brabante hubiera causado asombro la moderación de la demanda. Mas, felizmente, para los tenderos y labradores ingleses, las extorsiones militares eran completamente nuevas y de todo punto insoportables. Enviaron una petición á los Comunes. Acusados y acusadores fueron citados por éstos á la barra. Pronto se vió que se había cometido un grave delito, pero que los delincuentes no carecían completamente de excusa. El dinero que había salido del Tesoro público para sus pagas y sub-

sistencia había sido detenido fraudulentamente por su coronel y por el agente de éste. No era extraño que hombres que tenían armas y se veían privados de lo necesario se cuidaran muy poco de la petición y de la Declaración de derechos. Pero era monstruoso que mientras el ciudadano tenía que sufragar impuestos onerosos para pagar al soldado el mayor sueldo militar conocido en Europa, el soldado se viera obligado por pura necesidad á despojar al ciudadano. Esto expresaba enérgicamente una representación que los Comunes presentaron á Guillermo. Guillermo, que desde largo tiempo venía luchando contra abusos que gravemente afectaban la organización de su ejército, se alegró de la fuerza que le daba este suceso. Prometió completa reparación, arrojó de las filas al coronel culpable, dió órdenes severas para que las tropas recibieran su paga con regularidad, y estableció un tribunal militar encargado de descubrir y castigar abusos como el que había ocurrido en Royston (1).

Pero toda la administración se encontraba en tal estado, que no era casi posible seguir las huellas de un delincuente sin tropezar con diez más. En el curso de la información relativa á la conducta de las tropas en Royston, se descubrió que Enrique Guy, miembro del Parlamento por Heydon, y secretario del Tesoro, había recibido un donativo de doscientas guineas. Guy fué inmediatamente enviado á la Torre, no sin

(1) *Commons' Journals*, enero 12 feb. y 26, mar. 6; *Colección de los debates y acuerdos del Parlamento en* 1694 y 1695 *sobre la información acerca de los recientes sobornos y corruptelas*, 1695; L'Hermitage á los Estados Generales, mar. 8 (18); Van Citters, marzo 15 (25); L'Hermitage dice: «Si par cette recherche la Chambre poûvoit remédier au désodre qui régne, elle rendroit un service trés utile et trés agréable au Roy.»

mucha ostentación por parte de los whigs; porque era uno de aquellos instrumentos que, juntamente con los edificios y muebles de las oficinas públicas, había pasado de Jacobo á Guillermo; se decía partidario de la alta Iglesia, y era conocido por su intimidad con algunos de los jefes del partido tory, y especialmente con Trevor (1).

Otro nombre, que después llegó á ser muy célebre, fué conocido primero del público por este tiempo. Jacobo Craggs había comenzado su carrera siendo barbero. Después había sido lacayo de la Duquesa de Cleveland. A su talento, eminentemente vigoroso, aunque no desarrollado por la educación, debía el haber crecido en el mundo, y ahora entraba en una carrera que debía terminar después de veinticinco años de prosperidad en total miseria y desesperación. Habíase hecho proveedor de paños del ejército. Fué examinado respecto á sus tratos con los coroneles de los regimientos, y como se negase obstinadamente á presentar sus libros, fué enviado á hacer compañía á Guy á la Torre (2).

Pocas horas después de haber entrado Craggs en la prisión, un comité, que había sido nombrado para investigar la verdad de una petición firmada por alguno de los cocheros de alquiler de Londres, puso sobre la mesa de la Cámara un informe que excitó universal disgusto é indignación. Resultó que estos infelices, condenados á tan duro trabajo, habían sido cruelmente perjudicados por la dirección bajo cuya auto-

(1) *Commons' Journals*, feb. 16, 1695; *Colección de los debates y acuerdos del Parlamento en* 1694 y 1695; *Vida de Wharton;* Burnet, II, 144.

(2) Nota del Speaker Onslow á Burnet, II, 583; *Commons' Journals*, mar. 6 y 7, 1695. Se hallará la historia del terrible fin de este hombre en los folletos del año del Mar del Sur.

ridad los había colocado un acta de la legislatura precedente. Habían sido robados é insultados, no sólo por los comisarios, sino por el lacayo de uno y por la querida de otro. Los Comunes se dirigieron al Rey, y el Rey destituyó á los delincuentes (1).

Mas por este tiempo comenzaban á inquietarse delincuentes mucho más poderosos y de rango mucho más elevado. A cada nueva delación hacíase mucho más intensa la excitación dentro y fuera del Parlamento. El terrible alcance que habían llegado á tener el soborno, la corrupción y la extorsión, eran donde quiera objeto de todas las conversaciones. Un libelista contemporáneo comparó el estado del mundo político en esta ocasión, con el estado de una ciudad en donde acaba de descubrirse la peste, y donde se ven ya sobre algunas puertas las terribles palabras: «El Señor tenga piedad de nosotros» (2). Rumores que en otra ocasión se hubieran extinguido muy pronto y serían dados al olvido, crecían ahora, convirtiéndose primero en murmullos y luego en clamores. Corrió el rumor de que las dos corporaciones más ricas del reino, la City de Londres y la Compañía de la India Oriental, habían hecho grandes gastos para conseguir la corrupción de altos empleados, y se mencionaban los nombres de Trevor, Seymour y Leeds.

La mención de estos nombres produjo un movimiento en las filas whigs. Trevor, Seymour y Leeds eran toríes los tres, y por diferentes modos tenían mayor influencia tal vez que todos los demás toríes del reino. Si se les pudiera arrojar á un tiempo de la vida pública de una manera ignominiosa, los whigs

(1) *Commons' Journals*, mar. 8, 1695; *Colección completa de los debates y acuerdos del Parlamento* en 1694 y 1695; L'Hermitage, marzo 8 (18).

(2) *Colección completa de los debates del Parlamento.*

dominarían completamente en el Parlamento y en el Gabinete.

Wharton no era hombre que dejara escapar oportunidad semejante. No hay duda que en el café de White, entre aquellos jovenes aristócratas que eran sus discípulos en política y en disipación, se habría reído de todas veras de la furia con que de pronto había comenzado la nación á perseguir á la gente por hacer lo que todo el mundo había hecho siempre y siempre trataría de hacer. Pero si el pueblo era tonto, correspondía al político sacar partido de su tontería. Los alardes de moralidad política no eran tan familiares á los labios de Wharton como la blasfemia y las obscenidades; pero eran sus talentos tan mudables y tan consumado su descaro, que se atrevió á presentarse ante el mundo como un austero patriota que deploraba la venalidad y perfidia de un siglo degenerado. Mientras animado por aquel fiero espíritu de partido que en hombres honrados hubiera parecido vicio, pero que en él era casi una virtud, instaba con vehemencia á sus amigos á que solicitaran una información para ver lo que había de verdad en los rumores que circulaban, súbitamente y de una manera extraña fué puesto el asunto sobre la mesa. Acaeció que, estando discutiendo un bill de escaso interés en la Cámara de los Comunes, llegó el correo con numerosas cartas dirigidas á los diputados, y la distribución se hizo en la barra, siendo tal el ruido de las conversaciones que ahogaba las voces de los oradores. Seymour, cuyo carácter imperioso le había arrastrado siempre á mandar y regañar, reconvino á los que hablaban por la escandalosa inconveniencia de su conducta, y solicitó del Speaker que los reprendiese. Siguióse una discusión acalorada, y uno de los provocados por Seymour llegó á hacer una alusión á

los rumores que corrían acerca de Seymour y del Speaker. «Cierto que está mal hablar mientras se discute un bill; pero mucho peor es tomar dinero por hacerlo aprobar. Si nos mostramos muy severos por una leve infracción de forma, ¡cuál no habrá de ser nuestra severidad con aquella corrupción que está haciendo desaparecer la esencia misma de nuestras instituciones!» Esto fué bastante; la chispa había caído, la mecha estaba dispuesta, la explosión fué inmediata y terrible. Después de un debate tumultuoso en el que se oyó repetidas veces el grito de «á la Torre», Wharton trató de conseguir su deseo. Antes de levantarse la sesión fué nombrada una comisión para examinar los libros de la City de Londres y de la Compañía de la India Oriental (1).

VII.

Voto de censura al Presidente de la Cámara de los Comunes. Foley elegido presidente.

Ocupó Foley la presidencia de la comisión. Una semana después anunciaba en su informe que el Speaker, sir John Trevor, había recibido de la City, en la legislatura precedente, mil guineas por el despacho de un bill de interés privado. Este descubrimiento produjo gran satisfacción á los whigs que siempre habían aborrecido á Trevor, y tampoco desagradó

(1) L'Hermitage, mar. 8 (18), 1695. La narración del L'Hermitage está confirmada por el *Diario* de la Cámara, mar. 7, 1694-95. Resulta que, momentos antes de nombrarse la comision, resolvió la Cámara que durante la sesión no se entregaran cartas á los diputados.

para muchos de los toríes. Durante seis legislaturas importantes su sórdida rapacidad le había hecho objeto de general aversión. Los emolumentos legítimos de su empleo ascendían á unas cuatro mil libras anuales; pero se creía que había sacado lo menos diez mil (1). Su disipación é insolencia habían llegado á hacerle antipático aun al angelical carácter de Tillotson. Decíase que el bondadoso Arzobispo había pronunciado la palabra miserable, cuando el Speaker pasaba por su lado (2). Pero si grandes eran las culpas de este mal hombre, su castigo fué completamente proporcionado á ellas. Tan pronto como se hubo leído el informe de la comisión, se propuso que había sido reo de un gran crimen y desacato. Tuvo que levantarse y hacer la pregunta. Resonó un gran vocerío diciendo que *sí*. Llamó en seguida á los que dijeran que *no*, y apenas se oyó una sola voz. Vióse forzado á declarar que los que habían dicho que *sí* habían ganado. Otro hombre hubiera muerto de remordimiento y vergüenza; y la indescriptible ignominia de aquel momento dejó su huella aun en el corazón encallecido y frente de bronce de Trevor. Si hubiera regresado á la Cámara al día siguiente, hubiera tenido que hacer la pregunta en una moción en que se trataba de expulsarle. Pretextó, pues, estar enfermo, y se encerró en su dormitorio. No tardó Wharton en traer un mensaje del Rey autorizando á los Comunes para elegir otro Speaker.

Los jefes whigs deseaban poner á Littleton en la presidencia; pero no pudieron conseguir su objeto. Foley fué elegido, presentado y aprobado. Aunque últimamente había votado casi siempre con los to-

---

(1) L'Hermitage, mar. 19 (29), 1695.

(2) Birch, *Vida de Tillotson.*

ríes, seguía llamándose whig, y á muchos whigs no desagradó su elección. Tenía el talento y el saber necesarios para presidir dignamente los debates; pero lo que, en las circunstancias especialísimas en que se encontraba la Cámara, pareció, y no sin motivo, su principal recomendación, fué aquel implacable odio á la corrupción y al agio de que hacía, tal vez, excesivo alarde, y que indudablemente sentía con sinceridad. Al otro día de haber tomado posesión fué expulsado su predecesor (1).

VIII.

Examen de las cuentas de la Compañía de la India Oriental.

La indiscreción de Trevor había igualado á su bajeza, y su delito había resultado evidente á la primera inspección de las cuentas de la City. Las cuentas de la Compañía de la India Oriental no estaban tan claras. La comisión refirió que se había constituído en Leadenhall Street, que había examinado documentos, interrogado á directores y dependientes, pero que no había podido llegar al fondo del misterio de iniquidad. Había descubierto algunas partidas muy sospechosas, que figuraban en la cuenta de *Servicio Especial.* Los gastos de la cuenta de servicio especial, en el año de 1693, pasaban de ochenta mil libras. Se demostró que para el empleo de este dinero los directores habían depositado implícita confianza en el gobernador, sir Tomás Cook. Este sólo les había dicho

(1) *Commons' Journals*, mar. 12, 13, 14, 15 y 16, 1694-95; Vernon á Lexington, mar. 15; L'Hermitage, mar. 15 (25).

en términos generales que había tenido que gastar veintitrés mil libras en una ocasión, veinticinco mil en otra, en otra treinta mil en la cuestión de la Carta; y el tribunal de directores, sin pedirle cuenta detallada, le había dado gracias por sus cuidados, mandando abonar en el acto tan cuantiosas sumas. Resultó que algunos directores más revoltosos habían murmurado de tan inmenso gasto y habían pedido una cuenta detallada. Pero la única respuesta que pudieron obtener de Cook fué que había algunas personas importantes á quienes era necesario gratificar.

La comisión refirió también que había encontrado un convenio por el cual la Compañía se había comprometido á dar á una persona llamada Colston doscientas toneladas de salitre. A primera vista parecía esta transacción perfectamente mercantil y legal. Pero no tardó en descubrirse que Colston era sólo un agente de Seymour. Aviváronse las sospechas. Los términos complicados del contrato fueron examinados severamente, y se encontró que estaba redactado de tal manera que en todos los casos posibles Seymour salía siempre ganando por valor de diez ó doce mil libras. La opinión de todos los inteligentes era que este contrato no era más que una manera de disfrazar un donativo. Pero el disfraz estaba hecho tan hábilmente, que los caballeros del campo estaban en duda, y los abogados no aseguraban que el testimonio de corrupción fuera suficiente para convencer á un tribunal de justicia. Seymour libró hasta sin un voto de censura, y continuó teniendo parte principal en los debates de los Comunes (1). Pero la autoridad que

---

(1) On vit qu'il étoit impossible de le poursuivre en justice, chacun toutefois demeurant convaincu que c'étoit un marché fait à la main pour lui faire présent de la somme de 10.000 *l.*, et qu'il avoit été plus habile que les autres novices qui n'avoient

por largo tiempo había ejercido en la Cámara y en los condados occidentales de Inglaterra, aunque no destruída, disminuyó visiblemente, y mientras vivió, su tráfico de salitre fué tema favorito de libelistas y poetas whigs (1).

IX.

Bill contra sir Tomás Cook.

El haber librado tan bien Seymour sólo sirvió á inflamar el ardor de Wharton y de sus confederados. Estaban decididos á descubrir en qué se habían empleado las ochenta ó noventa mil libras que para servicios secretos había confiado á Cook la Compañía de la India Oriental. Cook, que era diputado por Colchester, fué interrogado en la Cámara; se negó á contestar, fué enviado á la Torre, y se presentó un bill estableciendo que si antes de cierto día no declaraba toda la verdad, quedaría incapacitado perpetuamente para el desempeño de los empleos y tendría que reintegrar á la Compañía el total de la inmensa suma que le fuera confiada, pagando además á la Corona una multa de veinte mil libras (2). A pesar de su riqueza, esto le hubiera reducido á la miseria. La actitud de los Comunes

pas su faire si finement leurs affaires.—L'Hermitage, mar. 29 (abril 8). *Commons' Journals*, mar. 12; Vernon á Lexington, abril 26; Burnet, II, 145.

(1) En un poema titulado *La Profecía* (1703), hay un verso que dice: «Cuando Seymour desprecia el dinero del salitre.» En otra sátira se dice: «El sobornado Seymour denuncia los sobornos.»

(2) *Commons' Journals* desde el 26 de marzo hasta el 8 de abril de 1695.

era tal, que aprobaron el bill sin una sola votación. Cierto que Seymour, aunque su contrato del salitre era objeto de todas las conversaciones, salió con gran serenidad á la defensa de su cómplice; pero su descaro no hizo más que perjudicar la causa que defendía (1). En la Alta Cámara el bill fué condenado en los términos más enérgicos por el Duque de Leeds. Poniendo la mano sobre el corazón, declaró por su fe, por su honor, que no tenía interés personal en la cuestión, y que no le impulsaba otro móvil que el amor de la justicia. Contribuyeron poderosamente al efecto de su elocuencia las lágrimas y lamentaciones de Cook, el cual desde la barra suplicaba á los Pares que no le sometieran á una especie de tortura desconocida en las templadas leyes de Inglaterra. «En vez de este cruel bill, decía, aprobad un bill de indemnidad y lo diré todo.» Los Lores creyeron que su petición no era completamente absurda. Después de algunas comunicaciones cruzadas con los Comunes, se determinó nombrar una comisión de individuos de las dos Cámaras para examinar cómo se había gastado el dinero destinado á servicios secretos por la Compañía de la India Oriental; y se aprobó rápidamente un acta resolviendo que si Cook revelaba todo sinceramente á esta comisión, sería absuelto de los crímenes que pudiera confesar, y que hasta que hiciera semejante revelación permaneciera en la Torre. Leeds hizo en público cuanta oposición podía hacer decorosamente á este arreglo. En particular los que estaban complicados en el asunto emplearon numerosos artificios para evitar toda información. Se murmuraba que iban á salir á relucir cosas que todo buen inglés hubiera deseado tener ocultas, y que la mayor parte de

(1) L'Hermitage, abril 10 (20), 1695.

las enormes sumas que habían pasado por la mano de Cook habían sido entregadas á Portland para uso de S. M. Pero el Parlamento y la nación estaban decididos á saber la verdad, sin reparar en quién pudiera padecer porque se supiera (1).

X.

Averiguaciones de la comisión mixta de Lores y Comunes.

Tan pronto como el bill de indemnidad recibió la regia sanción, la comisión mixta, formada por doce Lores y veinticuatro miembros de la Cámara de los Comunes, se reunió en la Cámara de Hacienda. Wharton fué puesto en la presidencia, y al cabo de pocas horas se habían hecho grandes é interesantes descubrimientos.

El Rey y Portland salieron de la investigación con inmaculada honra. No sólo no había recibido el Rey parte alguna del dinero gastado por Cook en servicios secretos, sino que durante algunos años no había recibido siquiera el presente que en los reinados anteriores acostumbraba la Compañía á depositar anualmente á los pies del Trono. Resultó que se habían ofrecido á Portland nada menos que cincuenta mil libras que él había rehusado. Por espacio de un año entero había estado á su disposición aquella suma que podría percibir en el momento que cambiara de opinión. Él, por último, dijo á los que le ofrecían esta inmensa cantidad, que si persistían en insultarle con

(1) *Colección completa de los debates y acuerdos del Parlamento.*

tal ofrecimiento, tendrían en él un enemigo de la Compañía. Á muchos maravilló la probidad de que dió muestra en esta ocasión, porque se le creía generalmente interesado y codicioso. La verdad parece ser que era aficionado al dinero, pero que era hombre de severa integridad y honor. Tomaba sin escrúpulo lo que le parecía que podía tomar honradamente, pero era incapaz de descender á ningún acto de bajeza. Pareciéronle, en realidad, insultos las felicitaciones que por su conducta en esta ocasión recibía (1). La integridad de Nottingham no debía sorprender á nadie. Le habían ofrecido diez mil libras y no las había querido recibir. El número de casos en que se ponía de manifiesto el soborno era muy corto. Una gran parte de la suma que Cook había sacado del Tesoro de la Compañía fuera absorbida probablemente por los agentes de que se había valido en la obra de corrupción; y no era fácil saber lo que había sido del resto por los testigos que con gran repugnancia tuvieron que venir á declarar ante la comisión. Vislumbróse, sin embargo, un rayo de luz, gracias al cual se llegó á un descubrimiento de la mayor importancia. Una suma cuantiosa había sido pagada por Cook á un agente llamado Firebrace y por éste á otro agente llamado Bates, muy conocido por sus íntimas relaciones con el partido de la alta Iglesia y especialmente con Leeds. Fué citado Bates, pero se ocultó; enviáronse mensajeros en su busca, fué cogido, traído á la Cámara de Hacienda y juró decir verdad. La historia referida por él demostró que estaba trastornado entre el temor de perder las orejas y el temor de hacer daño á su protector. Confesó que había tra-

(1) L'Hermitage, abril 30 (mayo 10), 1695; Portland á Lexington, abril 23 (mayo 13).

tado de sobornar á Leeds; que para tal intento le habían dado cinco mil quinientas guineas; que se las había ofrecido á Su Gracia, y que con permiso de Su Gracia las había dejado en su casa bajo la custodia de un suizo llamado Robart, que era el agente confidencial de negocios del Duque. Parecería que estos hechos no tenían más que una interpretación. Bates, sin embargo, juró que el Duque no había querido aceptar ni un maravedí. «¿Cómo, pues, le preguntaron, dejasteis el dinero con su consentimiento, en su casa y en manos de su criado?—Porque, contestó Bates, yo no sé contar el dinero. Supliqué á Su Gracia que me permitiera dejarlo allí para que Robart lo contara por mí, y Su Gracia fué tan bueno que me permitió hacerlo así.» Era evidente que si esta extraña historia fuera cierta, á las pocas horas hubiera vuelto á recoger el dinero. Pero Bates tuvo que confesar que había estado medio año en el mismo sitio. Cierto que, finalmente—y esta era una de las circunstancias que hacían sospechar más—había sido abonado por Robart la misma mañana que la comisión se reunió por primera vez en la Cámara de Hacienda. ¿Quién podía creer que si el negocio hubiera estado exento de toda mancha de corrupción, el dinero hubiera estado detenido mientras Cook no había tenido que hablar, y hubiera sido reintegrado precisamente el primer día que se decidió á declarar? (1).

(1) Justamente observa L'Hermitage, abril 30 (mayo 10) 1695, que la manera de devolver el dinero confirma la verdad de la acusación contra Leeds.

XI.

Acusación de Leeds.

Pocas horas después de ser examinado Bates, refirió Wharton á los Comunes lo que había pasado en la Cámara de Hacienda. La indignación fué vehemente y general. «Ahora comprenderéis—decía Wharton—por qué á cada paso se han arrojado obstáculos en nuestro camino, por qué hemos tenido que ir sacando la verdad gota á gota, por qué se ha hecho uso arteramente del nombre de S. M. para impedirnos ahondar en una investigación de la cual no ha salido nada que no sea para honra del Rey. ¿Qué extraño es que nuestras dificultades hayan sido grandes, cuando consideramos el poder, la habilidad, la experiencia del que secretamente las suscitaba? Tiempo es que demostremos al mundo de una manera señalada que ningún criminal, por astuto que sea en su doblez, puede escapar á nuestras pesquisas, y que tampoco puede estar tan alto que no le alcance nuestro poder. Nunca se vió caso más horrible de corrupción. No ha habido nunca delincuente que fuera menos acreedor á indulgencia. Las obligaciones que el Duque de Leeds ha contraído con su país no son de escasa importancia. Hemos cancelado generosamente una gran deuda; pero el pago que ha tenido nuestra generosidad nos obliga á recordar que hace mucho tiempo se le acusó de recibir dinero de Francia. ¿Cómo hemos de estar seguros mientras un hombre cuya venalidad está probada logra hacerse oir del Rey? Las empresas mejor trazadas han fracasado. Nuestros

consejos más secretos han sido descubiertos. ¿Y qué tiene de extraño? ¿Podemos dudar que al mismo tiempo que en el interior se hace este comercio con las cartas de las Compañías mercantiles, se hace un comercio provechoso de nuestros secretos con el extranjero? ¿Puede dudarse que el que nos vende los unos á los otros, pagándoselo bien, no nos venderá á todos al enemigo común?» Wharton terminó proponiendo que Leeds fuera acusado de grandes crímenes y desacatos (1).

Leeds tenía muchos amigos y dependientes en la Cámara de los Comunes, mas poco pudieron decir. La moción de Wharton se aprobó sin votación, y se le ordenó ir á la barra de los Lores, y, en nombre de los Comunes de Inglaterra, formular la acusación contra el Duque. Pero antes que esta orden pudiera ser obedecida, se anunció que Su Gracia estaba á la puerta y pedía audiencia.

Mientras Wharton hacía su informe en los Comunes, Leeds había estado arengando á los Lores. Negó con las más solemnes aseveraciones que hubiera tomado dinero alguno para él. Pero confesó, casi jactándose de ello, que había ayudado á Bates á obtener dinero de la Compañía, pensando, al parecer, que nada había más natural sino que el que estaba en el poder prestara servicios semejantes á un amigo. En efecto, en aquella época establecían muchos una distinción, la más absurda y perniciosa, entre el ministro que empleaba su influencia en obtener presentes para sí, y el que la empleaba en obtener presentes para sus hechuras. El primero era corrompido: el segundo sólo era bondadoso. Leeds procedió á referir

(1) Me parece indudable que el diputado á quien se llama D en la *Colección completa*, no puede ser otro que Wharton.

con gran complacencia un suceso relativo á él mismo, que en nuestros días bastaría para expulsar á un hombre público no sólo del gobierno sino de la buena sociedad. «Milores: Cuando yo era Tesorero, en tiempo del rey Carlos, se trató de arrendar los consumos. Había varios licitadores. Harry Savile, que tenía conmigo gran amistad, me informó de què todos le habían pedido que interpusiera conmigo su influencia, y me pidió que les dijera que había hecho por ellos cuanto había podido.—¡Cómo! exclamé yo, ¿he de decirles eso á todos, cuando sólo uno ha de obtener el arriendo?—No importa, dijo Harry: decídselo á todos, y el que lo consiga creerá que me lo debe á mí.—Vinieron los licitadores, y yo les fuí diciendo á cada uno separadamente:—Debéis estar muy agradecido á Mr. Savile: Mr. Savile ha dado pruebas de ser vuestro verdadero amigo.—En resolución, Harry obtuvo un magnífico regalo, y yo le dí la enhorabuena. Yo era entonces su protector, así como ahora soy el protector de Mr. Bates.»

Apenas había terminado el Duque de referir esta anécdota, que tan notablemente ilustra el estado de la moralidad política en aquella generación, cuando le dijeron que en la Cámara de los Comunes se había hecho una moción para acusarle. Corrió allá, pero antes que llegase, habíase propuesto la cuestión y había sido aprobada. Él, sin embargo, se obstinó en entrar, y fué admitido. Pusieron, según antigua usanza, una silla para él dentro de la barra, y se le anunció que la Cámara estaba pronta á escucharle.

Habló, pero con menos tacto y discreción que de ordinario. Hizo un gran elogio de los servicios que había prestado á la nación. Á no haber sido por él, decía, esta Cámara de los Comunes que ahora le acusaba, ni siquiera existiría: alarde tan extravagante,

que, como era natural, hizo que sus oyentes le negaran la alabanza que realmente merecía por su conducta en tiempo de la Revolución. Respecto á la acusación formulada contra él, apenas dijo más sino que era inocente; que desde hacía mucho tiempo había el malicioso proyecto de causar su ruina; que no quería entrar en detalles; que los hechos que se habían probado tenían dos interpretaciones, y que lealmente debía adoptarse de las dos la más favorable. Se retiró, después de suplicar á la Cámara que examinara de nuevo el acuerdo que acababa de aprobar, y si esto no podía ser, que le hiciera pronta justicia.

Sus amigos comprendieron que su discurso no era una defensa, y no intentaron revocar la resolución aprobada pocos momentos antes que empezara á hablar. Wharton, con numeroso acompañamiento, se dirigió á los Lores, informándoles de que los Comunes habían resuelto acusar al Duque. Una comisión de *managers* fué nombrada para redactar los artículos y preparar la prueba (1).

Los artículos fueron redactados en seguida; pero faltaba un eslabón para enlazar la cadena de los testimonios. Según todas las probabilidades, si Robart hubiera sido examinado severamente y careado con otros testigos, hubiera tenido que suministrar aquel eslabón. Fué citado á la barra de los Comunes. Un mensajero llevó la citación á casa del Duque de Leeds, y allí le informaron de que el suizo no estaba, que faltaba desde hacía tres días, y que el portero no sabía dónde se le podría encontrar. Los Lores presentaron inmediatamente una instancia al Rey para que diera

(1) Para los acuerdos de este día tan importante, que era el 26 de abril de 1695, véanse los *Diarios* de las dos Cámaras y la *Colección completa.*

orden de que se cerraran los puertos y detuvieran al fugitivo. Pero Robart estaba ya en Holanda, camino de sus montañas nativas.

Su fuga imposibilitó á los Cómunes para la continuación del proceso. Acusaban con vehemencia á Leeds de haber hecho desaparecer al único testigo que podía suministrar pruebas legales de lo que ya legalmente estaba demostrado. El Duque, á su vez, tranquilo ahora respecto al resultado de la acusación, se daba el aire de un hombre ofendido. «Milores—decia:—La conducta de los Comunes no tiene precedente. Me acusan de un grave crimen; se comprometen á probarlo; advierten luego que no tienen medios de probarlo, y me insultan porque no se los proporciono yo. No debían seguramente haber formulado un cargo como éste, sin examinar bien si tenían ó no prueba suficiente en que apoyarlo. Si, como ahora dicen, el testimonio de Robart era indispensable, ¿por qué no lo hicieron comparecer y oyeron su declaración antes de resolver nada? Á su propia intemperancia, á su precipitación, han de atribuir su fuga. Él es extranjero, es tímido; dícenle que un asunto en que ha tenido parte es declarado altamente criminal por la Cámara de los Comunes; que su amo ha sido acusado, que su amigo Bates está preso, y que ahora le va á llegar la vez á él. Naturalmente, se asusta, huye á su país, y, según mis noticias, puedo anunciar que pasará mucho tiempo antes que vuelva á hallarse al alcance de las órdenes del Speaker. ¿Pero qué tengo yo que ver con esto? ¿He de estar toda mi vida bajo el estigma de una acusación semejante, sólo porque la violencia de mis acusadores ha hecho huir de Inglaterra á su propio testigo? Yo pido que se me juzgue inmediatamente. Yo solicito de vuestras señorías que resuelvan que, á menos que los Comunes fallen esta

causa antes del fin de la legislatura, la acusación sea rechazada.» Oyéronse las voces de algunos amigos que gritaban: «Bien propuesto.» Pero los Pares no estaban en general dispuestos á adoptar una medida que hubiera sido ofensiva en el más alto grado para la Cámara Baja y para el gran cuerpo representado por aquella Cámara. La moción del Duque cayó en el vacío, y pocas horas después el Parlamento suspendía sus sesiones (1).

XII.

Desgracia de Leeds.—Nombramiento de Lores Justicias.

No se volvió á hablar de la acusación. No había prueba suficiente para obtener un veredicto formal de culpabilidad; pero éste apenas hubiera servido tan bien al propósito de Wharton, como el veredicto que sin formas legales había pronunciado ya toda la nación. La obra estaba terminada. El poder era de los whigs. Leeds no era ya primer ministro, no era realmente ministro en absoluto. Guillermo, por respeto probablemente á la memoria de la amada esposa á quien había perdido recientemente, y á la cual Leeds había mostrado peculiar adhesión, evitó cuanto pudiera tener aspecto de dureza. El Ministro caído conservó durante largo tiempo el título de Lord Presidente, y en las ceremonias públicas se le veía entre el Guarda del Gran Sello y el Canciller Privado. Pero se

(1) *Colección completa; Lords' Journals*, mayo 3, 1695; *Commons' Journals*, mayo 2 y 3; L'Hermitage, mayo 3 (13); *London Gazette*, mayo 13.

le dijo que haría bien en no presentarse en el Consejo; los negocios y la influencia política hasta de aquel departamento de que era jefe nominal, pasaron á otras manos, y el puesto que ostensiblemente ocupaba se consideró, en los círculos políticos, como realmente vacante (1).

Se retiró al campo, donde durante algunos meses se ocultó á las miradas del público. Sin embargo, cuando el Parlamento volvió á reunirse, salió de su retiro. Aunque era muy entrado en años y las enfermedades le torturaban cruelmente, su ambición era ardiente como nunca. Con infatigable energía comenzó á subir por tercera vez, según él se lisonjeaba, hacia aquel brillante pináculo al cual dos veces había llegado y del cual por dos veces había caído. Tomó parte importante en los debates; pero aunque su elocuencia y saber le aseguraban siempre la atención de sus oyentes, no volvió nunca á tener, ni aun cuando el partido tory estaba en el poder, la menor participación en la dirección de los negocios.

Tuvo que sufrir una gran humillación. Guillermo debía tomar el mando del ejército de los Países Bajos, y era necesario que antes que se hiciera á la vela determinase quién había de encargarse del gobierno durante su ausencia. Hasta aquí, María había tenido la regencia cuando él estaba fuera de Inglaterra; pero María había muerto. Delegó, pues, su autoridad en siete Lores Justicias: Tenison, Arzobispo de Canterbury; Somers, Guarda del Gran Sello; Pembroke, Guarda del Sello Privado; Devonshire, Lord Senescal; Dorset, Lord Chambelán; Shrewsbury, Secretario de Estado, y Godolphin, Primer Comisario del Tesoro.

---

(1) L'Hermitage, mayo 10 (20), 1695; Vernon á Shrewsbury, junio 22, 1697.

Fácil es juzgar por esta lista de nombres hacia qué lado se inclinaba la balanza del poder. De los siete, solo Godolphin era tory. El Lord Presidente, que continuaba en lugar secundario y que pocos días antes era el más poderoso de los grandes dignatarios laicos del reino, fué omitido; y la omisión se consideró universalmente como un anuncio oficial de su desgracia (1).

XIII.

Reconciliación de Guillermo con la princesa Ana.

Admiró á algunos que la Princesa de Dinamarca no fuera nombrada regente. La reconciliación, que había comenzado en los últimos momentos de María, después de su muerte, al menos en apariencia, había sido completa. Era esta de aquellas ocasiones en las cuales Sunderland era especialmente útil. Tenía admirables disposiciones para arreglar las cuestiones personales, suavizar los resentimientos, calmar el lastimado orgullo, elegir entre cuanto puede ser objeto del humano deseo el cebo que podía ser más codiciado por la persona con quien trataba. En esta ocasión, la empresa no era difícil. Tenía dos excelentes ayudas, Marlborough entre los servidores de Ana, y Somers en el Gabinete de Guillermo.

Marlborough tenía ahora tanto deseo de apoyar al Gobierno como antes había tenido de derribarlo. La muerte de María había producido un cambio completo en todos sus planes. Había un acontecimiento

(1) *London Gazette*, mayo 6, 1695.

que él aguardaba con la más profunda ansiedad: el advenimiento de la Princesa al trono de Inglaterra. No había duda que el día que ella comenzara á reinar sería él en su corte lo que Buckingham había sido en la corte de Jacobo I. Marlborough, además, debía sentirse dueño de facultades de un orden muy diferente de las que Buckingham había poseído, un genio político no inferior al de Richelieu, y un genio militar no inferior al de Turena. Tal vez el caído general preveía en la oscuridad y la inacción el día en que su poder para favorecer y perjudicar en Europa igualaría al de los príncipes más poderosos, cuando sería servilmente halagado de una parte por el César, y de la otra por Luis el Grande, y en que cada año añadiría cien mil libras á la mayor fortuna que jamás había acumulado ningún súbdito inglés. Todo esto podría suceder si Mistress Morley subía al trono. Pero hasta hacía muy poco tiempo no había habido grandes probabilidades de que Mr. Freeman llegara á ver en el trono á Mistress Morley. María era más joven y robusta que él, y gozaba de tan buena salud como su hermana. No parecía probable que Guillermo tuviera sucesión; pero se creía generalmente que moriría pronto. Su viuda podía volverse á casar y tener hijos que la sucedieran en la Corona. En tales circunstancias, natural era que pensara Marlborough que muy poco podía ganar en mantener el arreglo de la Corona hecho por la Convención. Nada podía servir mejor á su propósito que el desorden, la guerra civil, otra revolución, otra abdicación, otra vez el trono vacante. Tal vez la nación, irritada contra Guillermo, pero no reconciliada con Jacobo, y dividida entre el odio de los extranjeros y el odio de los jesuitas, podría preferir al Rey holandés y al Rey papista uno que era al mismo tiempo natural del país y miembro

de la Iglesia nacional. Que esta era la verdadera explicación de los tenebrosos y complicados proyectos de Marlborough, lo creían firmemente algunos de los más celosos jacobitas y es probable en el más alto grado. Es cierto que durante varios años no había economizado esfuerzo alguno por encender el ejército y la nación contra el Gobierno. Pero ahora todo había cambiado. María había muerto. Por el Bill de Derechos la Corona debía pasar á la Princesa de Dinamarca á la muerte de Guillermo. La muerte de Guillermo no podía estar muy distante. En realidad, todos los médicos que le asistían se admiraban de que todavía estuviera vivo, y agregando los riesgos de la guerra á los de la enfermedad, parecía probable que al cabo de pocos meses estuviera en el sepulcro. Marlborough comprendió que ahora sería locura fomentar el desorden y dejarlo todo al azar. Había hecho cuanto había podido por conmover el trono, mientras parecía poco probable que Ana pudiera ocuparlo de otra manera que por medios violentos. Pero trató de afianzarlo sólidamente tan pronto llegó á ser altamente probable que fuera pronto llamada á ocuparlo, siguiendo el curso regular de la naturaleza y de la ley.

Poco trabajo costó á los Churchills inducir á la Princesa á que escribiera al Rey una sumisa y cariñosa carta de pésame. El Rey, que nunca había sido muy aficionado á falsos cumplimientos, y que estaba todavía en los primeros momentos de su dolor, se mostró poco dispuesto á corresponder á las insinuaciones de Ana. Pero Somers, que comprendía la importancia de lo que se arriesgaba, fué á Kensington y se hizo introducir en el gabinete del Rey. Allí estaba Guillermo, tan profundamente sumido en su tristeza, que no advirtió siquiera que una persona había entrado en la Cámara. El Lord Guarda Sellos, después de una pausa

respetuosa, rompió el silencio, y con aquella prudente delicadeza que le era peculiar y que le hacía eminentemente apto para tocar las cuestiones delicadas sin lastimar, suplicó al Rey que se reconciliase con la Princesa. «Haced lo que queráis—dijo Guillermo;—yo no puedo ahora pensar en los negocios.» Con esta autorización no tardaron los mediadores en concluir un tratado (1). Ana vino á Kensington y fué muy bien recibida; diósele por alojamiento el palacio de Saint-James; hubo otra vez á su puerta guardia de honor; y otra vez la *Gaceta*, después de un largo intervalo, anunció que los Ministros extranjeros habían tenido el honor de ser recibidos por la Princesa (2). Permitióse otra vez á los Churchills habitar en el Real Palacio. Pero Guillermo no los incluyó al principio en la paz que había hecho con su señora. Marlborough continuó excluído de todos los cargos políticos y militares, y no sin mucha dificultad fué admitido en el círculo de Kensington y se le permitió besar la Real mano (3). El sentimiento con que el Rey miraba á Marlborough explica por qué Ana no fué nombrada regente. La regencia de Ana hubiera sido la regencia de Marlborough, y no es extraño que no se confiara todo el gobierno del reino á un hombre á quien no parecía seguro confiar ningún cargo político ni militar.

Si Marlborough hubiera sido orgulloso y vengativo, hubiera tal vez promovido otra disputa en la real familia, y hubiera conspirado otra vez con el ejército. Pero todas sus pasiones, excepto la ambición y la ava-

(1) Carta de Mistress Burnet á la Duquesa de Marlborough, 1704, citada por Coxe; Shrewsbury á Russell, enero 24, 1695; Burnet, II, 149.

(2) *London Gazette*, abril 8, 15 y 29, 1695.

(3) Shrewsbury á Russell, enero 24, 1695; *Diario de Narciso Luttrell*.

ricia, estaban severamente contenidas. Estaba destituído igualmente del sentimiento de la gratitud y del sentimiento de la venganza. Había conspirado contra el Gobierno cuando el Gobierno le colmaba de favores. Ahora lo apoyaba, aun cuando pagaba su apoyo con el desprecio. Comprendía perfectamente sus intereses; tenía completo dominio sobre sí mismo; sufrió decorosamente las amarguras de su actual situación, contentándose con aguardar un cambio que le compensara ampliamente de algunos años de paciencia. Cierto que no interrumpió sus relaciones con la corte de Saint-Germain; pero la correspondencia fué gradualmente entibiándose, y por lo que á él respecta, parece haberse limitado á vagas protestas y frívolas excusas.

El acontecimiento que había cambiado radicalmente todas las miras de Marlborough, había llenado de insensatas esperanzas y atroces proyectos la mente de políticos más exaltados y pertinaces.

XIV.

Complots jacobitas contra la persona de Guillermo.

Durante los dos años y medio que siguieron á la ejecución de Grandval, no se había formado ningún serio proyecto contra la vida de Guillermo. Cierto que algunos exaltados descontentos habían trazado planes para secuestrarle ó asesinarle; pero mientras vivió María, Jacobo no había dado su asentimiento á semejantes proyectos. Jacobo no sentía y, si hemos de hacerle justicia, tampoco fingía sentir el menor escrúpulo en deshacerse de sus enemigos por aquellos

medios que con justicia había calificado de bajos é infames cuando sus enemigos los habían empleado contra él. Si algún escrúpulo semejante se hubiera levantado en su espíritu, no faltaban á su lado casuistas competentes para tranquilizar su conciencia con sofismas como los que habían corrompido los caracteres mucho más nobles de Antonio Babington y Everardo Digby. Poner en duda la legalidad del asesinato en los casos en que el asesinato podía promover los intereses de la Iglesia, era poner en duda la autoridad de los más ilustres jesuitas, de Bellarmino y Suarez, de Molina y Mariana; más aún, era rebelarse contra la cátedra de San Pedro. Un Pontífice había ido en procesión á la cabeza de sus Cardenales, había proclamado un jubileo, había mandado disparar los cañones de Sant Angelo, en honor de la pérfida carnicería en que había perecido Coligny. Otro Papa había ensalzado en una alocución solemne el asesinato de Enrique III de Francia en lenguaje entusiasta, tomado de la oda del profeta Habacuc, poniendo al asesino por encima de Fineas y de Judith (1). Guillermo era mirado en Saint-Germain como un monstruo, en cuya comparación eran santos Coligny y Enrique III. Jacobo, sin embargo, durante algunos años, negó su sanción á toda tentativa contra la vida de su yerno. Las razones en que fundaba su negativa han llegado hasta nosotros, tales como por su propia mano las escribió. Él no piensa que el asesinato sea un pecado que haya de mirar con horror todo cristiano, ó una villanía indigna de un caballero; dice únicamente que las dificultades eran grandes, y que no quería lanzar á sus amigos á extremo peligro cuando no estaría en su mano el se-

(1) De Thou, LIII, XCVI.

cundarlos eficazmente (1). Cierto que mientras vivió María era dudoso que el asesinato de su marido fuera realmente un servicio para la causa jacobita. Con la muerte de Guillermo perdería en realidad el Gobierno la fuerza que sus eminentes cualidades personales le daban, pero al mismo tiempo se vería libre del peso de su impopularidad. Todo su poder recaería en su viuda; y la nación probablemente se reuniría en torno de ella con entusiasmo. Si el talento político de María no igualaba al de su marido, ella en cambio no tenía sus maneras repulsivas, su acento extranjero, su parcialidad por todo lo que fuera holandés y calvinista. Muchos que habían creído á María culpablemente destituída de piedad filial, serían entonces de opinión que por lo menos estaba absuelta de todo deber para con un padre manchado con la sangre de su marido. Toda la máquina de la administración continuaría funcionando sin aquella interrupción que ordinariamente seguía á cada cambio de soberano. No se disolvería el Parlamento; no se suspenderían las aduanas y los consumos; los reales despachos conservarían su fuerza, y lo único que Jacobo habría conseguido con la muerte de su enemigo hubiera sido una estéril venganza.

La muerte de la Reina todo lo cambió. Si se podía hacer llegar ahora una daga ó una bala al corazón de Guillermo, era probable que inmediatamente se produjera una anarquía general. El Parlamento y el Consejo Privado dejarían de existir. La autoridad de ministros y jueces espiraría con aquel de quien se derivaba. No dejaba de ser probable que en tales mo-

(1) *Vida de Jacobo*, II, 515. Mem. Orig. Como es natural, Jacobo no emplea la palabra asesinato. Habla únicamente de coger al Príncipe de Orange y llevarlo fuera de Inglaterra.

mentos pudiera efectuarse una restauración sin descargar un solo golpe.

Así, pues, apenas había sido María depositada en la tumba, cuando hombres revoltosos y criminales comenzaron á conspirar seriamente contra la vida de Guillermo. Singularmente se distinguía entre éstos, por su talento, valor y energía, Roberto Charnock. Había recibido educación liberal, y en el reinado anterior había sido miembro de Magdalene College, en Oxford. Él solo en aquella gran sociedad había hecho traición á la causa común, había consentido en ser el instrumento de la Comisión eclesiástica, había apostatado públicamente de la Iglesia anglicana, y mientras su colegio fué seminario papista había tenido el cargo de vicepresidente. Vino la Revolución, y alteró súbitamente todo el curso de su vida. Arrojado del tranquilo claustro y de la antigua alameda de robles á orillas del Cherwell, buscó asilos de especie muy diferente. Durante varios años hizo la vida peligrosa y agitada del conspirador; hizo varios viajes á Francia, encargado de misiones secretas; en Londres mudaba de casa con frecuencia, y en cada café era conocido con un nombre diferente. Sus servicios habían sido recompensados con un despacho de capitán firmado por el Rey desterrado.

Con Charnock estaba íntimamente unido Jorge Porter, aventurero que se hacía llamar católico y realista, pero que, en realidad, estaba destituído de todo principio religioso y político. Los amigos de Porter no podían negar que era un calavera y un lechuguino, que bebía, juraba, decía mentiras estupendas acerca de sus amoríos, y que estaba convicto de homicidio de una puñalada que había dado en una riña en el teatro. Sus enemigos afirmaban que era afecto á repugnantes y horribles clases de libertinaje, y que se

procuraba los medios de satisfacer sus infames gustos valiéndose del engaño y del robo; que formaba parte de una gavilla de cercenadores de moneda; que algunas veces montaba á caballo á hora avanzada y salía disfrazado, y que al volver de estas misteriosas excursiones, su aspecto justificaba la sospecha de que había estado ocupado en Hounslow Heath ó en Finchley Common (1).

Cardell Goodman, llamado vulgarmente Scum Goodman, más perdido todavía, si era posible, que Porter, estaba en el complot. Goodman había sido actor, y, como otros muchos más eminentes que él, había vivido á expensas de la Duquesa de Cleveland, que le había llevado á su casa, le había colmado de donativos, y él, en cambio, le había pagado sobornando á un curandero italiano para que envenenase dos hijos de su protectora. Como el veneno no se había llegado á administrar, Goodman sólo pudo ser perseguido por desacato. Fué juzgado, convicto y sentenciado á una multa ruinosa. Desde entonces había sido uno de los más distinguidos falsificadores de billetes de Banco (2).

Sir Guillermo Parkyns, caballero rico dedicado al foro, que se había distinguido entre los tories en tiempo del bill de Exclusión, era uno de los miembros más importantes de la conjuración. Era mucho más honrado que la mayor parte de sus cómplices, pero en un respecto era más culpable que todos ellos. Porque, á fin de conservar un lucrativo

(1) Todo lo malo que se sabía de Porter salió á luz en las *Causas de Estado* de 1696.

(2) Para Goodman véanse las declaraciones en el proceso de Pedro Cook; Cleverskirke, febrero 28 (mar. 9), 1696; L'Hermitage, abril 10 (20), 1696; y una pasquinada que se titula «Memorial de la Duquesa de Cleveland.»

empleo que tenía en la Chancillería, había jurado obediencia al Príncipe contra cuya vida ahora conspiraba.

Dióse parte del proyecto á sir Juan Fenwick, famoso por el cobarde insulto que había inferido á la difunta Reina. Fenwick, si hemos de dar crédito á su propio aserto, quería entrar en una insurrección, pero le repugnaba la idea del asesinato, y manifestó lo que sentía con bastante claridad para hacerle sospechoso á sus menos escrupulosos cómplices. Guardó el secreto, sin embargo, con tanto rigor como si hubiera deseado la realización del proyecto.

Parece que al principio los conspiradores, por una repugnancia natural, no calificaban su designio con la palabra propia. Aun en sus conferencias secretas no hablaban de matar al Príncipe de Orange. Tratarían de apoderarse de él y de llevarlo vivo á Francia. Si había alguna resistencia, se verían obligados á hacer uso de sus espadas y pistolas, y nadie podía ser responsable de las consecuencias de un golpe ó de un tiro. En la primavera de 1695, el plan de asesinato, así ligeramente velado, se comunicó á Jacobo, solicitando encarecidamente su sanción. Pero las semanas se sucedían y no se recibía respuesta alguna. No hay duda que guardaba silencio en la esperanza de que, después de una breve dilación, sus partidarios se aventurarían á obrar bajo su propia responsabilidad, y de este modo se aprovecharía de las ventajas de su crimen sin que le tocara parte alguna del escándalo que debía producir. Ellos también parece que lo comprendieron así. No había autorizado su plan, decían, pero tampoco lo había prohibido; y enterado como estaba del complot, la falta de prohibición era mandato suficiente. Determinaron, pues, dar el golpe; pero antes que pudieran hacer los necesarios prepa-

rativos salió Guillermo para Flandes, y el complot contra su vida hubo de suspenderse necesariamente hasta su regreso.

XV.

Legislatura del Parlamento escocés.—Información acerca de la matanza de Glencoe.

Era el 12 de mayo cuando el Rey salió de Kensington para Gravesend, donde debía embarcarse para el Continente. Tres días antes de su partida, el Parlamento de Escocia, después de una vacación de dos años próximamente, volvió á reunirse en Edimburgo. Hamilton, que en la legislatura precedente había ocupado el trono y empuñado el cetro, había muerto, y fué necesario nombrar un nuevo Lord Gran Comisario. La persona elegida fué Juan Hay, marqués de Tweedale, canciller del reino, hombre envejecido en los negocios, bien informado, prudente, humanitario, intachable en la vida privada, y, en general, tan digno de respeto como cualquier Lord escocés que desde larga fecha hubiera tenido gran participación en la política de aquellos tiempos turbulentos.

Su tarea no carecía de dificultades. Cierto que se sabía que los Estados se allanaban generalmente á prestar su apoyo al Gobierno. Pero también era bien sabido que había un asunto que exigiría el más hábil y delicado tacto. La voz de la sangre derramada más de tres años antes en Glencoe se había por fin hecho oir. Á fines del año 1693, los rumores que al principio fueran despreciados como calumnias inventadas por la animosidad de los partidos, comenzaron á ser mira-

dos generalmente como dignos de seria atención. Mucha gente poco dispuesta á poner confianza en todo lo que viniera de las secretas prensas de los jacobitas, declaraba que, siquiera para justificación del Gobierno, debía haberse hecho alguna información. La bondadosa María había quedado muy sorprendida de lo que oyera. Á petición de ella, Guillermo había autorizado al Duque de Hamilton y á otros varios escoceses de nota para que investigaran toda la verdad. Pero el Duque murió; sus colegas anduvieron poco diligentes en el cumplimiento de su deber, y el Rey, que sabía muy poco y se cuidaba menos de Escocia, se olvidó de darles prisa (1).

Vióse ahora que el Gobierno hubiera obrado prudentemente, al mismo tiempo que con justicia, anticipándose á los deseos del país. La horrible relación que pertinazmente y llenos de confianza repetían los *nonjurors*, de una manera tan circunstanciada que casi obligaba á darles crédito, había por fin sublevado toda Escocia. La sensibilidad de un pueblo eminentemente patriota se sintió lastimada por los insultos de los libelistas del Mediodía, que preguntaban si al norte del Tweed no había ley, ni justicia, ni humanidad, ni valor para pedir reparación aun de los más infames atropellos. Cada uno de los dos partidos extremos, diametralmente opuestos en política, era impulsado por un sentimiento especial á pedir la información. Los jacobitas estaban llenos de contento á la idea de poder poner en claro un hecho que contribuiría al descrédito del usurpador, y que podría ser presentado enfrente de los muchos delitos atribuídos por los whigs á Claverhouse y Mackenzie. Los presbiterianos celosos no estaban menos contentos á

(1) Véase el preámbulo de la *Commission*, de 1695.

la idea de poder causar la ruina del Master de Stair. No habían olvidado ni perdonado el servicio que él hiciera á la casa de Estuardo en tiempo de la persecución. Sabían que, si bien había contribuído sinceramente á la revolución política que los había emancipado de la aborrecida dinastía, había visto con disgusto aquella revolución eclesiástica, que para ellos era todavía más importante. Sabían que el gobierno de la Iglesia era para él únicamente cuestión de Estado, y que como cuestión de Estado prefería el régimen episcopal al de los sínodos. No podían ver sin inquietud que tan hábil y elocuente enemigo de la religión pura siguiera constantemente los pasos del Rey, y constantemente le hiciera oir sus consejos. Deseaban, pues, con impaciencia una investigación, que, á ser cierto la mitad de lo que se murmuraba, debía producir revelaciones fatales al poder y fama del Ministro de quien desconfiaban. Ni tampoco podía aquel Ministro confiar en el cordial apoyo de todos los que desempeñaban empleos de la Corona. Su genio é influencia habían excitado la envidia de muchos cortesanos menos afortunados, y especialmente de su colega el secretario Johnstone.

De este modo, en vísperas de reunirse el Parlamento escocés, el nombre de Glencoe estaba en boca de los escoceses de todos los partidos y de todas las sectas. Guillermo, que estaba justamente á punto de salir para el Continente, supo que en esta cuestión debía dejarse obrar á los Estados, y que lo mejor que podía hacer era acaudillar un movimiento que le sería imposible resistir. Una comisión autorizando á Tweedale y á otros varios consejeros privados para examinar plenamente la cuestión que tanto preocupaba la opinión pública fué firmada por el Rey en Kensington, enviada á Edimburgo y sellada allí con el Gran Sello del reino. Hízose

todo esto muy á tiempo (1). Apenas había entrado el Parlamento en el examen de los negocios, cuando se levantó un miembro á proponer una información acerca de las circunstancias de lo ocurrido en Glencoe. Tweedale pudo informar á los Estados de que la bondad de S. M. se había anticipado á sus deseos, y que pocas horas antes una orden de pesquisa había pasado por todos sus trámites, y que los Lores y caballeros mencionados en aquel documento celebrarían su primera reunión antes que llegara la noche (2). El Parlamento dió por unanimidad un voto de gracias al Rey por esta muestra de solicitud paternal; pero algunos de los que emitieron este voto de gracias manifestaban temor muy natural de que la segunda investigación terminara de una manera tan poco satisfactoria como la primera. Tratábase, decían, de la honra del país; y los individuos de la comisión estaban obligados á proceder con tal diligencia que el resultado de la información fuera conocido antes que acabara la legislatura. Tweedale dió tales seguridades, que por algún tiempo impuso silencio á los murmuradores (3). Pero pasadas tres semanas, muchos miembros comenzaron á sospechar y á mostrarse hostiles. El 14 de junio se hizo una moción para que la comisión recibiera orden de informar. La moción no fué aprobada, pero no pasaba día sin que se renovase. En tres sesiones sucesivas, Tweedale pudo contener el ardor de la asamblea; mas cuando al fin anunció que la información había terminado, pero que no se presentaría á los Estados hasta después de haber sido sometida al Rey, hubo una explosión de

(1) Se hallará la *Commission* en las minutas del Parlamento.
(2) Act. Parl. Scot., mayo 21, 1695; *London Gazette*, mayo 30.
(3) Act. Parl. Scot., mayo 23, 1695.

violencia. El público tenía gran curiosidad, porque la investigación se había hecho á puerta cerrada, y así los de la comisión como los escribientes habían jurado guardar reserva. El Rey estaba en los Países Bajos. Debían pasar algunas semanas antes que se pudiera saber su voluntad, y la legislatura no podía durar mucho más tiempo. En el cuarto debate hubo algunas señales que convencieron al Lord Gran Comisario de que era conveniente ceder, y se presentó el informe (1).

Es un documento altamente honroso para los que lo redactaron; un excelente digesto de los testimonios, claro, desapasionado y severamente justo. Ninguna fuente que pudiera proporcionar informes de importancia ha sido descuidada. Glengarry y Keppoch, aunque notoriamente desafectos al Gobierno, habían sido autorizados para conducir el proceso en defensa de sus infelices deudos. Algunos de los Macdonalds que habían escapado de la matanza de aquella noche habían sido examinados, y entre ellos el Mac Ian reinante, hijo mayor del jefe asesinado. La correspondencia del *Master* de Stair con los jefes militares que mandaban en las montañas había sido sometida á examen severo, pero no apasionado. La conclusión á que llegaron los comisionados, y en la que todo investigador honrado é inteligente estará de acuerdo con ellos, fué que la matanza de Glencoe había sido un bárbaro asesinato, y que el único móvil y causa de este bárbaro asesinato eran las cartas del *Master* de Stair.

No se probó que Breadalbane fuera cómplice en el crimen; pero tampoco salió completamente libre. En

(1) Act. Parl. Scot., junio 14, 18 y 20, 1695; *London Gazette*, junio 27.

el curso de la investigación se descubrió incidentalmente que al mismo tiempo que distribuía el dinero de Guillermo entre los jefes montañeses, profesaba delante de ellos el más ardiente celo por los intereses de Jacobo, y les había aconsejado que tomaran cuanto pudieran del usurpador, pero que vigilaran constantemente una oportunidad favorable para traer de nuevo al Rey legítimo. La defensa de Breadalbane consistía en que era mucho más infame de lo que sus acusadores imaginaban, y que se había fingido jacobita con el solo objeto de conocer intimamente los planes de los jacobitas. En realidad, el fondo de maldad de este hombre era insondable. Era imposible decir cuáles de sus traiciones eran, según la clasificación italiana, traiciones sencillas y cuáles eran traiciones dobles. En esta ocasión el Parlamento le supuso reo de una sola traición y le envió al Castillo de Edimburgo. El Gobierno, después de examen detenido, dió crédito á su aserto de que había sido reo de una doble traición, y le puso otra vez en libertad (1).

El informe de la comisión fué tomado en consideración por los Estados. Resolvieron, sin que una sola voz se levantara en contra, que la orden firmada por Guillermo no autorizaba la matanza de Glencoe. Resolvieron luego, pero esto no parece que fuera por unanimidad, que la matanza era un asesinato (2). Procedieron á adoptar varios acuerdos, cuya sustancia se resumió, finalmente, en un mensaje al Rey. Acerca de la redacción de aquella parte del mensaje que se refería al *Master* de Stair hubo un largo debate. Se pidieron y fueron leídas varias de sus cartas, y se pusieron diferentes enmiendas al acuerdo. Los

(1) Burnet, II, 157; Act. Parl., junio 10, 1695.
(2) Act. Parl., junio 26, 1695; *London Gazette*, julio 4.

jacobitas y los presbiterianos más exaltados se inclinaban, con razón sobrada, del lado de la severidad. La minoría, hábilmente manejada por el Lord Gran Comisario, se contentaba con palabras que imposibilitarían al ministro culpable para continuar en el poder, pero no le atribuían culpabilidad tan grande que pudiera poner en peligro su vida y su hacienda. Censurábanle, pero en términos muy suaves. Condenaban su celo inmoderado contra el infeliz clan, y sus órdenes vehementes de que la ejecución se hiciera por sorpresa. El exceso de celo que demostraban sus cartas era declarado por ellos causa de la matanza; pero en vez de pedir que fuera procesado como asesino, declararon que, en atención á su ausencia y á su alto empleo, dejaban á la discreción del Rey el hacer lo que juzgara necesario para vindicar la honra del Gobierno.

La indulgencia mostrada al principal delincuente no se extendió á sus subordinados. Hamilton, que había huído y había sido llamado en vano citándolo públicamente en la cruz de la ciudad para que se presentara delante de los Estados, fué declarado manchado de la sangre de los asesinados en Glencoe. Glenlyon, el capitán Drummond, el teniente Lindsey, el abanderado Lundie y el sargento Barbour eran todavía más distintamente calificados de asesinos y se pedía al Rey que diera orden de perseguirlos al Lord Procurador.

El Parlamento de Escocia se mostró, indudablemente, en esta ocasión, severo donde no debía, y donde no debía, indulgente. La crueldad y bajeza de Glenlyon y de sus camaradas excita todavía, después del trascurso de ciento sesenta años, emociones que hacen difícil el razonar con calma. Sin embargo, todo el que examine la conducta de estos hombres con jui-

ciosa imparcialidad, será probablemente de opinión de que no podían, sin gran detrimento de los intereses de la república, ser tratados como asesinos. A nadie habían matado á quien su jefe no les hubiera dado orden terminante de matar. Se habría acabado para siempre aquella subordinación sin la cual un ejército es la peor de todas las multitudes, si los soldados fueran responsables de la justicia de todas las órdenes en virtud de las cuales disparan sus fusiles. El caso de Glencoe era, á no dudar, un caso extremo; pero no es fácil distinguirlo, en principio, de aquellos casos que en la guerra ocurren ordinariamente. Muy terribles ejecuciones militares son algunas veces indispensables. La misma clemencia puede hacerlas necesarias. ¿Quién, pues, ha de decidir si el caso es de aquellos que hacen de la severidad la más segura clemencia? ¿Quién ha de determinar si es ó no necesario reducir á cenizas una ciudad próspera, diezmar un numeroso cuerpo que se haya amotinado, exterminar una gavilla entera de bandidos? ¿Ha de hacerse responsable al oficial superior, ó á las clases y soldados á quienes da la voz de preparen, apunten y fuego? Y si es regla general que la responsabilidad caiga sobre el oficial superior y no sobre los que le obedecen, ¿es posible encontrar razón alguna para declarar que el suceso de Glencoe es una excepción á aquella regla? Es de notar que ningún miembro del Parlamento escocés propuso que se persiguiera por asesinato á ninguno de los soldados del regimiento de Argyle. Hubo para todos la impunidad más absoluta desde el sargento para abajo. ¿Y en virtud de qué principio se hizo esto? Seguramente, si la obediencia militar no era defensa suficiente, todo el que hubiera hecho fuego sobre un Macdonald aquella horrible noche era un asesino. Y si la obediencia militar era de-

fensa suficiente para el mosquetero que ejecutaba las órdenes del sargento Barbour, ¿por qué no había de serlo para Barbour, que obraba por orden de Glenlyon? ¿Y por qué no había de serlo para Glenlyon, que obraba por orden de Hamilton? No es posible sostener que el soldado tiene más obligación de cumplir las órdenes de un oficial que manda sin autorización, que este oficial las del capitán ó el capitán las del coronel.

Puede decirse que las órdenes dadas á Glenlyon eran de índole tan especial que, si él hubiera sido hombre virtuoso, hubiera rasgado su nombramiento, hubiera arrostrado el disgusto del coronel, del general y del Secretario de Estado, hubiera incurrido en la pena más severa que puede imponer un tribunal marcial, antes que desempeñar la parte que le fuera asignada, y esto es perfectamente cierto; pero la cuestión no es aquí saber si él obró como hombre virtuoso: trátase de determinar si su conducta ha sido tal que, sin infringir una regla esencial de la disciplina militar y de la seguridad de las naciones, merezca ser ahorcado por asesino. En este caso la desobediencia era seguramente un deber moral; pero de esto no se deduce que la obediencia fuera, legalmente, un crimen.

Parece, pues, que el delito de Glenlyon y sus secuaces no caía debajo del dominio del derecho penal. El único castigo que propiamente se les podía imponer era aquel contra el cual protestó Caín, diciendo que era superior á sus fuerzas: andar errantes sobre la haz de la tierra, y llevar á donde quiera que fuesen una marca que aun á los malvados haría apartar la vista con horror.

No era así con el *Master* de Stair. Había sido declarado solemnemente, tanto por la comisión informadora como por los Estados del reino en pleno Par-

lamento, autor original de la matanza. Cuantos argumentos puedan presentarse para no castigar al soldado que ejecuta las órdenes injustas é inhumanas de su superior, son otros tantos argumentos para castigar con todo el rigor de la ley al superior que da órdenes inhumanas é injustas. Donde no puede haber responsabilidad abajo, debe haber doble responsabilidad arriba. Lo que el Parlamento de Escocia debía haber pedido á una voz era, no que un pobre é ignorante sargento, que apenas era más responsable que su alabarda del crimen que había cometido, fuera ahorcado en Grassmarket, sino que el verdadero asesino, el más político, el más elocuente, el más poderoso de los hombres de Estado escoceses, fuera sometido á un proceso público, y si resultaba culpable, sufriese la muerte del criminal. Sólo tal sacrificio podía expiar crimen semejante. Por desgracia, los Estados, al atenuar la culpa del principal delincuente y al mismo tiempo pedir que sus humildes agentes fueran tratados con una severidad superior á la de la ley, hicieron más ancha y profunda que antes la mancha que la carnicería había arrojado sobre la honra de la nación.

Y no es posible absolver al Rey de una gran falta en el cumplimiento de su deber. Es en verdad altamente probable que hasta que recibió el informe de su comisión conociera de manera muy imperfecta las circunstancias de la matanza. Apenas podemos suponer que fuera muy aficionado á la lectura de libelos jacobitas; y si en efecto lo era, habría encontrado en ellos tal cantidad de absurdas y reconrosas invectivas contra su persona, que se sentiría muy poco inclinado á dar crédito á ninguna acusación que pudiera arrojar sobre sus servidores. Hubiérase visto acusado en un folleto de ser papista en secreto; en otro de

haber envenenado á Jeffreys en la Torre; en un tercero, de haber intentado hacer que Talmash fuera cogido en Brest. Hubiera visto asegurar que en Irlanda mandó una vez quemar vivos á cincuenta soldados ingleses que habían sido heridos peleando á sus órdenes. Hubiera visto que el inalterable afecto que sintió desde la infancia hasta la muerte por tres ó cuatro de los más bravos y fieles amigos que jamás príncipe alguno tuvo la dicha de poseer, servía de fundamento para que le acusaran de abominaciones tan repugnantes como las que están sepultadas bajo las aguas del mar Muerto. Era, pues, natural que no se apresurase á dar crédito á terribles acusaciones lanzadas por escritores que, como él sabía, tenían el hábito de mentir, contra un hombre de Estado cuyo talento tenía en alta estima y del cual en algunas grandes ocasiones había recibido servicios importantes. Pero después de haber leído los documentos que le fueran trasmitidos desde Edimburgo por Tweedale, no podía abrigar ya duda acerca del crimen del *Master* de Stair. Visitar aquel crimen con ejemplar castigo era deber sagrado de un Soberano que había jurado, con la mano levantada hacia el cielo, que reprimiría en su reino de Escocia, en todos los estados y condiciones, toda opresión, y que haría justicia sin distinción de personas, y sino, que no encontrase clemencia en el Padre de la clemencia suma. Guillermo se contentó con separar al *Master* de su empleo. Para esta gran falta, falta que constituye un crimen, Burnet trató de encontrar, no defensa, pero excusa. Pretende hacernos creer que el Rey, alarmado al ver cuántas personas habían tenido parte en la matanza de Glencoe, consideró más conveniente conceder una amnistía general, que castigar una matanza con otra matanza. Pero esto es

precisamente el reverso de la verdad. No hay duda que se habían empleado numerosos instrumentos en aquella obra de muerte; pero todos habían recibido su impulso, directa ó indirectamente, de una sola inteligencia. Dominando por encima de la multitud de delincuentes se veía uno solo, preeminente por su talento, su saber, su poder y su rango. En cambio de las numerosas víctimas inmoladas por la traición, la justicia no demandaba más que una víctima, y siempre será considerado como una mancha en la fama de Guillermo el haberse negado á satisfacer aquella demanda.

El 17 de julio se cerró el Parlamento de Escocia. Los Estados habían votado liberalmente un subsidio proporcionado á la pobreza del país que representaban. Habíales puesto, ciertamente, muy contentos la idea de haber encontrado la manera de que aquel pobre país se hiciera rico en poco tiempo. Su atención había estado dividida entre la información acerca de la matanza de Glencoe y algunos especiosos proyectos comerciales, cuya naturaleza se explicará y de cuyo resultado se dará cuenta en otro capítulo.

XVI.

Guerra en los Países Bajos.—El mariscal Villeroy.

En este tiempo toda Europa dirigía la vista con ansiedad hacia los Países Bajos. El gran guerrero que había vencido en Fleurus, en Steinkerke y en Landen no había dejado sucesor que le igualase. Pero aún poseía Francia mariscales aptos para grandes mandos. Ya Catinat y Boufflers habían dado pruebas de

pericia, de resolución y de celo por los intereses del Estado. Cualquiera de estos distinguidos Generales hubiera sido digno sucesor de Luxemburgo y antagonista digno de Guillermo; pero su amo, desgraciadamente para él, prefirió á entrambos el Duque de Villeroy. El nuevo general había sido compañero de la infancia de Luis XIV, había llegado á ser favorito y nunca había estado en desgracia. En aquellos talentos superficiales que daban fama en toda Europa á la aristocracia francesa, Villeroy era de los más distinguidos. Era de elevada estatura; tenía el rostro hermoso, las maneras elegantes con cierto aire de nobleza y altivez; su traje, sus muebles, sus trenes, su mesa, eran magníficos. Nadie refería un cuento con más gracia; nadie regía con más gallardía su caballo en la caza; nadie había hecho el amor con más fortuna; nadie aventuraba y perdía montones de oro con más agradable indiferencia; nadie conocía más íntimamente las aventuras, las predilecciones, las enemistades de los grandes señores y de las damas que diariamente llenaban los salones de Versalles. Había dos caracteres, especialmente, que este elegante caballero había estudiado durante muchos años y cuyos pliegues y revueltas conocía: el carácter del Rey, y el de aquella que en todo era reina menos en el nombre. Pero aquí terminaban los talentos de Villeroy. Era profundamente ignorante de los libros y de los negocios. En el Consejo nunca abría la boca sin ponerse en ridículo. Para la guerra no tenía una sola condición, excepto el valor personal, que era cualidad común á todos los de su clase. En todas las grandes crisis de su vida política y militar viósele alternativamente ebrio de arrogancia y sumido en la desesperación. En el momento de adoptar una resolución importante, su confianza era ilimita-

da; no prestaba oídos á sugestión alguna; no quería admitir la idea de que fuera posible el fracaso. Al primer contratiempo dábalo todo por perdido, se hacía incapaz de dirigir y corría de un lado para otro en la más completa desesperación. Luis XIV, sin embargo, le amaba; y él, si hemos de hacerle justicia, amaba también al Rey. La bondad del soberano se sobrepuso á todos los desastres que trajo sobre su reino la impremeditación y flaqueza del servidor; y la gratitud del servidor se manifestó en más de una ocasión de una manera honrosa, aunque no discreta, después de la muerte del soberano (1).

XVII.

El Duque de Maine.

Tal era el general á quien se confió la dirección de la campaña de los Países Bajos. El Duque de Maine fué enviado á aprender el arte de la guerra con este preceptor. El Duque, hijo natural de Luis XIV, que lo había tenido en la Duquesa de Montespan, había sido educado desde la infancia por Mme. de Maintenon, y era amado de Luis XIV con el amor de un padre, por Madame de Maintenon con el amor no menos tierno de una nodriza. Algunas personas graves se escandalizaban de la manera ostentosa con que el Rey, al mismo tiempo que hacía grandes demostraciones de piedad, manifestaba su inclinación á este hijo, producto de un doble adulterio. No hay duda, decían, que el

(1) Hay un excelente retrato de Villeroy en las *Memorias de Saint Simon*.

padre debe amar á su hijo; pero también el soberano está obligado á guardar el decoro debido á su pueblo. A despecho de estas murmuraciones, el mancebo había sido reconocido públicamente, colmado de riquezas y dignidades, creado duque y par, colocado por acto extraordinario del poder real por encima de duques y pares más antiguos, casado con una princesa de sangre real y nombrado gran maestre de la artillería del reino. Con talento y valor hubiera podido hacer gran papel en el mundo. Pero su inteligencia era limitada, sus nervios eran débiles, y las mujeres y los sacerdotes que le habían educado habían contribuído eficazmente á la obra de la naturaleza. Era ortodoxo en sus creencias, de moral correcta, insinuante en la conversación, hipócrita, malicioso y cobarde.

Esperábase en Versalles que durante este año, Flandes sería el principal teatro de la guerra. Aquí, pues, se reunió un gran ejército. Formáronse fuertes líneas desde Lys hasta el Escalda, y Villeroy fijó su cuartel general cerca de Tournay. Boufflers, con unos doce mil hombres, guardaba las orillas del Sambre.

Por la otra parte, las tropas inglesas y holandesas que estaban al mando inmediato de Guillermo se reunieron en las cercanías de Gante. El Elector de Baviera, á la cabeza de un gran ejército, estaba cerca de Bruselas. Una fuerza menor, que principalmente consistía en brandemburgueses, estaba acampada no lejos de Huy.

A principios de junio comenzaron las operaciones militares. Los primeros movimientos de Guillerno no pasaron de meros amagos para que los generales franceses no sospecharan su verdadera intención. Todo su empeño estaba puesto en recobrar á Namur. La pérdida de Namur había sido el más mortificante desastre de una guerra desastrosa. La importancia de

Namur, desde el punto de vista militar, siempre había sido grande, y se había hecho mayor que nunca durante los tres años que habían transcurrido desde el último sitio. Nuevos trabajos, obra maestra de Vauban, habían sido añadidos á las antiguas defensas que habían sido construídas con todo el talento de Cohorn. Tan hábilmente habían emulado los dos ilustres ingenieros y cooperado con la naturaleza, que la fortaleza pasaba por la primera de Europa. Sobre una puerta habían puesto una pomposa inscripción desafiando á los aliados á arrancar aquella presa de las garras de Francia.

Tan bien supo Guillermo guardar su secreto, que no se traslució ni la menor sospecha. Unos creyeron que su objetivo era Dunquerque, otros Ipres. Las marchas y escaramuzas con que disfrazó su designio fueron comparadas por Saint-Simon á los movimientos de un hábil jugador de ajedrez. Feuquieres, mucho más hondamente versado en la ciencia militar que Saint-Simon, nos informa de que algunos de estos movimientos fueron arriesgados, y que no hubiera podido impunemente hacer semejante juego contra Luxemburgo, lo cual es muy probable; pero Luxemburgo había muerto, y lo que Luxemburgo había sido para Guillermo, era ahora Guillermo para Villeroy.

XVIII.

Complóts de los jacobitas contra el Gobierno durante la ausencia de Guillermo.

Mientras el Rey se ocupaba de este modo, los jacobitas, no pudiendo, por su ausencia, realizar el plan que tenían contra su persona, se contentaban con

conspirar contra su Gobierno. No estaban sometidos á tan estrecha vigilancia como durante el año precedente, porque el resultado de los procesos de Manchester había desalentado á Aarón Smith y sus agentes. Trenchard, cuya vigilancia y severidad le habían hecho objeto de terror y odio, había muerto, sucediéndole en lo que puede llamarse la Secretaría de Estado inferior, sir Guillermo Trumball, hombre ilustrado y experimentado diplomático, de opiniones moderadas y de carácter precavido hasta llegar á la timidez (1). Los descontentos se envalentonaron con la lenidad de la administración. Apenas se había hecho Guillermo á la vela para el Continente, cuando celebraron una gran reunión en uno de sus centros favoritos, *La Cabeza del Rey Viejo*, en Leadenhall Street. Asistieron Charnock, Porter, Goodman, Parkyns y Fenwick. Estaba allí el Conde de Aylesbury, persona cuya adhesión á la casa desterrada era notoria, pero que siempre negó que se le hubiera ocurrido nunca hacer la restauración por medios inmorales. Su negativa le hubiera dado derecho á más crédito si al prestar los juramentos al Gobierno contra el cual estaba constantemente intrigando no hubiera perdido el derecho á ser considerado como hombre de conciencia y honor. En la asamblea estaba sir Juan Friend, *nonjuror* de muy escaso ingenio, pero que había hecho una gran fortuna fabricando cerveza, fortuna que gastaba conspirando. Después de comer—porque los jacobitas trataban generalmente sus planes después del vino, y generalmente conservaban alguna huella de su origen,—se resolvió que era llegado el tiempo de hacer una insurrección y llamar una invasión fran-

(1) En el *Diario* de Pepys en Tánger se hallarán algunos rasgos curiosos del carácter de Trumball.

cesa, y que un mensajero especial debía llevar á Saint Germain la opinión de la asamblea. Fué elegido Charnock. Se encargó de la comisión, cruzó el Canal, vió á Jacobo y celebró entrevistas con los ministros de Luis XIV, pero no pudo conseguir nada. Los descontentos ingleses no querían moverse hasta que diez mil soldados franceses estuvieran en la isla, y no se podían sacar sin gran riesgo diez mil soldados del ejército que estaba peleando contra Guillermo en los Países Bajos. Cuando Charnock volvió con la nueva de que su embajada no había dado resultado, encontró á algunos de sus confederados en la cárcel. Durante su ausencia se habían entretenido, como solían, en promover un tumulto en Londres el 10 de Junio, cumpleaños del infortunado Príncipe de Gales. Se reunieron en una taberna en Drury Lane, y con la cabeza caliente por el vino, salieron, espada en mano, acaudillados por Porter y Goodman, tocaron tambores, desplegaron banderas y comenzaron á encender fuegos. Pero la ronda, sostenida por el populacho, había sido más fuerte que los jacobitas. Fueron puestos en derrota; la taberna donde habían comido fué saqueada por la multitud; los jefes del motín aprehendidos, juzgados, multados y encerrados en la cárcel, pero recobraron la libertad en tiempo suficiente para tomar parte en un designio mucho más criminal (1).

(1) *Postboy*, junio 13, julio 9 y 11, 1695; *Intelligence Domestic and Foreign*, junio 14; *Pacquet Boat from Holland and Flanders*, julio 9.

XIX.

Sitio de Namur.

Por este tiempo todo estaba dispuesto para la ejecución del plan que Guillermo había formado. Fué comunicado á los otros jefes de las fuerzas aliadas, y en todos encontró entusiasta aprobación. Vaudemont quedó en Flandes con un ejército considerable para vigilar á Villeroy. El Rey, con el resto del ejército, marchó derechamente sobre Namur. Al mismo tiempo, el Elector de Baviera avanzaba hacia aquel punto por un lado, y los de Brandemburgo por otro. Tan bien concertados habían estado estos movimientos, y con tal rapidez se ejecutaron, que el hábil y enérgico Boufflers no tuvo más que el tiempo necesario para arrojarse dentro de la fortaleza. Acompañábanle siete regimientos de dragones, un fuerte cuerpo de artillería, zapadores y mineros, y un oficial llamado Megrigny, que era tenido por el primer ingeniero del ejército francés, después de Vauban. Pocas horas después de haber entrado Boufflers en la plaza, las tropas sitiadoras la rodearon por todas partes, formando rápidamente las líneas de circunvalación.

La noticia no causó la menor alarma en la corte de Francia. No se dudaba allí que pronto se vería Guillermo obligado á abandonar su empresa con grave pérdida é ignominia. La ciudad era fuerte, el castillo pasaba por inexpugnable; los almacenes estaban llenos de provisiones, y tenían munición suficiente para sostener la defensa hasta el tiempo en que los ejércitos de aquel siglo solían retirarse á cuarteles de

invierno; la guarnición consistía en diez y seis mil hombres de las mejores tropas del mundo; estaban mandadas por un general excelente, al cual asistía un excelente ingeniero, y no se dudaba que Villeroy marcharía con su gran ejército en ayuda de Boufflers, y que los sitiadores correrían entonces mucho más peligro que los sitiados.

Los despachos de Villeroy contribuían á alimentar estas esperanzas. Dijo que se proponía aniquilar primero al ejército de Vaudemont, y arrojar después á Guillermo de Namur. Vaudemont podía tratar de evitar una acción, pero no podía escapar. El Mariscal llegó hasta prometer á su Soberano la nueva de una completa victoria para de allí á veinticuatro horas. Luis XIV pasó un día entero en impaciente expectación. Por último, en vez de un oficial de alto rango, cargado de banderas inglesas y holandesas, llegó un correo con la noticia de que Vaudemont había efectuado una retirada sin experimentar casi pérdida alguna, y estaba en salvo bajo los muros de Gante. Guillermo elogió la pericia de su teniente en los términos más afectuosos. «Primo mío (escribía): Habéis demostrado ser más gran maestro en el arte de la guerra que si hubierais ganado una batalla campal» (1). En el campo francés, sin embargo, y en la corte de Francia era opinión general que Vaudemont se había salvado más por la torpeza de los que peleaban contra él que por su habilidad. Algunos echaban toda la culpa á Villeroy, y Villeroy no intentó vindicarse. Pero se creía generalmente que, en gran parte al menos, hubiera podido hacerlo, si no hubiera preferido el favor real á la fama militar. Decíase que su

(1) El despacho de Vaudemont y la contestación de Guillermo se hallarán en el *Monthly Mercury* de julio de 1695.

plan hubiera podido salir bien á no haber confiado la ejecución al Duque de Maine. Á la primera aparición del peligro, el corazón del bastardo había desfallecido. No había sido capaz de ocultar su cobardía. Se había puesto á temblar, á tartamudear, llamando á su confesor, mientras los oficiales veteranos le rodeaban con lágrimas en los ojos, suplicándole que avanzara. Durante breve tiempo la deshonra del hijo pudo permanecer oculta á los ojos del padre. Pero el silencio de Villeroy demostró que había un secreto; los chistes de las *Gacetas* holandesas no tardaron en aclarar el misterio, y Luis XIV supo, si no toda la verdad, lo suficiente para hacerle desgraciado. En todo su largo reinado no se le había visto nunca tan conmovido. Durante algunas horas su sombría irritabilidad llenó de terror á sus servidores, á sus cortesanos, hasta á sus sacerdotes. Hasta tal punto llegó á olvidar aquella gracia y dignidad que le daban fama en todo el mundo, que á la vista del espléndido círculo de caballeros y damas que presenciaban su comida en Marly, rompió un bastón en las costillas de un lacayo persiguiendo al pobre hombre con el pedazo que le había quedado en la mano (1).

En tanto, los aliados estrechaban vigorosamente el sitio de Namur. La parte científica de las operaciones se hacía bajo la dirección de Cohorn, el cual era excitado por la emulación para desplegar toda su habilidad. Tres años antes había tenido que sufrir la mortificación de ver tomada la ciudad, tal como él la había fortificado, por su gran maestro Vauban. El recobrarla, ahora que las fortificaciones habían recibido las últimas mejoras de Vauban, hubiera sido hermosa

(1) Véanse las *Memorias de Saint-Simon* y su nota sobre Dangeau.

venganza. El 2 de junio se abrieron las trincheras. El 8 una valiente salida de los dragones franceses fué bizarramente rechazada; y á hora avanzada de la misma noche un fuerte cuerpo de infantería, á cuya cabeza iban los infantes de la Guardia, se apoderó, después de un sangriento combate, de las obras exteriores que estaban del lado de Bruselas. El Rey en persona dirigió el ataque, y sus súbditos se llenaron de gozo al saber que en lo más recio de la pelea, poniendo la mano sobre el hombro al Elector de Baviera, exclamó: «¡Mirad, mirad mis bravos ingleses!» Distinguíase por su bravura, aun entre aquellos valientes, Cutts. En aquel valor de perro de presa que no retrocede ante ningún peligro, por terrible que sea, no tenía rival. No era difícil encontrar atrevidos voluntarios alemanes, holandeses é ingleses para acometer una empresa desesperada; pero Cutts era el único hombre que parecía considerar semejante expedición como una partida de placer. Tan á gusto se encontraba en medio del más vivo fuego de las baterías francesas, que sus soldados le dieron el sobrenombre honroso de la Salamandra (1).

El día 17 fué atacada la primera contraescarpa de la ciudad. Los ingleses y holandeses fueron rechazados tres veces con gran matanza, y tres veces volvieron á la carga. Por último, á despecho de los esfuerzos de los oficiales franceses, que espada en mano peleaban valientemente en el glacis, los asaltantes quedaron en posesión de las disputadas obras. Cuando el combate era más empeñado, Guillermo, que estaba

---

(1) *London Gazette*, julio 22, 1695; *Monthly Mercury* de agosto de 1695. Diez años después escribió Swift una sátira contra Cutts, tan estúpida y tan groseramente insultante, que Ward ó Gelpon se hubieran avergonzado de ella, titulada *Descripción de una Salamandra*.

dando sus órdenes bajo una lluvia de balas, vió con sorpresa y cólera entre los oficiales de su Estado Mayor á Miguel Godfrey, el delegado gobernador del Banco de Inglaterra. Había venido al cuartel general del Rey con objeto de hacer algunos arreglos para el pronto y seguro envío de dinero desde Inglaterra al ejército de los Países Bajos, y tenía curiosidad de ver la verdadera guerra. Guillermo no podía tolerar semejante curiosidad. «Mr. Godfrey, vos no debíais correr estos peligros; vos no sois soldado, y aquí no nos podéis servir de nada.—Señor, respondió Godfrey, el mismo riesgo corro que V. M.—Nada de eso, dijo Guillermo; yo estoy donde el deber me obliga á estar, y puedo, sin presunción, encomendar mi vida á la guarda de Dios; pero vos.....» Mientras así hablaban, una bala de cañón de las trincheras tendió á Godfrey muerto á los pies del Rey. No bastó, sin embargo, el temor de ser *Godfreyado*—tal fué durante algún tiempo la frase común—para impedir que los curiosos vinieran á las trincheras (1). Aunque Guillermo prohibía á sus cocheros, lacayos y cocineros exponerse á estos riesgos, repetidas veces pudo verlos andando á salto de mata cerca de los sitios más peligrosos para poder ver la pelea. Algunas veces, dicen, tuvo que sacarlos á latigazos fuera del alcance de los cañones franceses; historia que, verdadera ó falsa, es muy característica.

(1) *London Gazette*, julio 29, 1695; *Monthly Mercury* de agosto de 1695; Stepney á lord Lexington, agosto 15 (25); Roberto Fleming, *Semblanza del rey Guillermo*, 1702. En el ataque del 17 (27 de julio recibió el capitán Shandy la famosa herida en la ingle.

XX.

Rendición de la ciudad de Namur.

El 20 de julio los bávaros y brandemburgueses, bajo la dirección de Cohorn, se hicieron dueños, después de una lucha empeñada, de una línea de obras que Vauban había cortado en la sólida roca, desde el Sambre hasta el Mosa. Tres días después, los ingleses y holandeses, Cutts como de ordinario al frente, ocuparon la segunda contraescarpa. Todo estaba dispuesto para un asalto general, cuando apareció una bandera blanca en las murallas. La fuerza efectiva de la guarnición era actualmente poco más de la mitad que cuando se habían abierto las trincheras. Boufflers temía que no fuera posible que ocho mil hombres defendieran todo el circuito de las murallas por mucho más tiempo; pero confiaba en que esta fuerza sería bastante para defender la fortaleza de lo alto de la roca. Ajustáronse rápidamente las condiciones de capitulación. Entregóse una puerta á los aliados. Los franceses tuvieron cuarenta y ocho horas para retirarse al castillo, y se les aseguró que los heridos que dejaban en la plaza, en número de mil quinientos próximamente, serían bien tratados. El día 6 hicieron su entrada los aliados. La lucha por la posesión de la ciudad había terminado, y comenzaba una segunda y más terrible lucha por la posesión de la ciudadela (1).

---

(1) *London Gazette*, agosto 1 y 5, 1695; *Monthly Mercury* de agosto de 1695, donde pueden verse las cartas de Guillermo y Dykvelt á los Estados Generales.

Al mismo tiempo, Villeroy había hecho algunas pequeñas conquistas. Dixmuyde, que podía haber hecho alguna resistencia, le había abierto sus puertas, no sin grave sospecha de traición por parte del gobernador. Deinse, que estaba en peor situación para defenderse, había seguido su ejemplo. Las guarniciones de ambas ciudades fueron, á pesar de un pacto que se había hecho para el canje de prisioneros, enviadas á Francia. El Mariscal avanzó entonces hacia Bruselas, esperando tal vez que, amenazando aquella hermosa capital, podría inducir á los aliados á levantar el sitio del castillo de Namur. Durante treinta y seis horas descargó una lluvia de granadas y balas rojas sobre la ciudad. La Electora de Baviera, que estaba dentro de los muros, abortó de terror. Seis conventos perecieron. Mil quinientas casas fueron incendiadas á un tiempo. Toda la parte baja de la ciudad hubiera ardido hasta los cimientos, á no haber cortado el fuego los habitantes haciendo volar numerosos edificios. Inmensas cantidades de los más finos encajes y tapicerías fueron destruídas; porque la industria y el comercio, que daban fama á Bruselas en todo el mundo, hasta entonces habían sufrido muy poco por la guerra. Varios de los soberbios edificios que daban á la plaza del Mercado fueron convertidos en ruinas. La misma casa de la ciudad, el más hermoso de los muchos hermosos edificios de este género construídos por los burgueses de los Países Bajos, corrió inminente peligro. Toda esta devastación, sin embargo, no produjo otro efecto sino muchas desgracias entre los particulares. Guillermo no se intimidó ni se sintió provocado hasta soltar la firme garra con que tenía sujeta á Namur. El fuego que sostenían sus baterías en torno del castillo era como nunca se había conocido en la guerra. Los artilleros franceses se vieron literal-

mente arrojados de sus piezas por la lluvia de balas, teniendo que refugiarse en galerías subterráneas abovedadas. Cohorn apostó con gran seguridad cuatrocientas pistolas con el Elector de Baviera á que la plaza se rendiría para el 31 de agosto, nuevo estilo. Cierto que el gran ingeniero perdió su apuesta, pero la perdió solamente por algunas horas (1).

Boufflers conoció entonces que su única esperanza estaba en Villeroy. Este había continuado desde Bruselas á Enghien; había reunido allí todas las tropas francesas que había podido sacar de las más remotas fortalezas de los Países Bajos, y á la cabeza de más de ochenta mil hombres, marchó hacia Namur. Vaudemont en tanto se unió á los sitiadores. Guillermo, pues, se consideró bastante fuerte para presentar batalla á Villeroy, sin interrumpir un momento las operaciones contra Boufflers. Confióse al Elector de Baviera la dirección inmediata del sitio. El Rey de Inglaterra ocupó al Oeste de la ciudad una fuerte posición bien atrincherada, y aguardó allí á los franceses, que avanzaban del lado de Enghien. Todo parecía indicar la inminencia de una gran batalla. Estaban frente á frente dos de los ejércitos más numerosos y mejor ordenados que Europa había visto. El 15 de agosto los defensores del castillo vieron desde las torres de sus vigías el poderoso ejército de sus compatriotas. Pero entre aquella hueste y la ciudadela estaba formada en orden de batalla la hueste no menos poderosa de Guillermo. Villeroy, con una salva de noventa cañonazos, comunicó á Boufflers la promesa de un pronto socorro; y llegada la noche, Boufflers, por medio de fuegos que se veían á gran dis-

(1) *Monthly Mercury* de agosto de 1695; Stepney á lord Lexington, agosto 16 (26).

tancia en la vasta llanura del Mosa y el Sambre, instó á Villeroy á que cumpliera su promesa sin dilación. Tanto en la capital de Francia como en la de Inglaterra había gran ansiedad. Luis XIV se encerró en su oratorio, confesó, recibió la eucaristía y mandó poner de manifiesto en su capilla. Su esposa hacía orar á todas sus monjas (1). Londres se hallaba en un estado casi de locura por una serie de rumores, obra de jacobitas los unos y de agiotistas los otros. Una mañana temprano se aseguraba confiadamente que había habido una batalla, que los aliados habían sido derrotados, que el Rey había sido muerto, que se había levantado el sitio. Tan pronto se abrió la Bolsa se llenó de una multitud de gente que acudió á saber si la mala nueva era cierta. Durante todo el día impedían el tránsito en las calles los grupos donde se hablaba de la guerra. Por la tarde, la *Gaceta*, que había sido esperada con impaciencia y que fué leída con avidez por miles de personas, calmó la excitación, aunque no por completo, pues se sabía que los jacobitas recibían algunas veces por medio de piratas y contrabandistas, que se hacían á la mar sin reparar en el mal tiempo, más pronta noticia que la que llegaba por conductos regulares á la Secretaría de Estado en Whitehall. Antes de la noche, sin embargo, la agitación se había calmado por completo; pero fué reanimada súbitamente por una atrevida impostura. Un jinete, vestido con el uniforme de la guardia real, atravesó la City á escape, anunciando que el Rey había sido muerto. Hubiera producido probablemente un serio tumulto, si algunos aprendices, celosos defensores de la revolución y de la religión

---

(1) *Monthly Mercury* de agosto de 1695; Carta de París de 26 de agosto (5 de setiembre) 1695, en los Lexington Papers.

protestante, no le hubieran derribado del caballo, llevándole á Newgate. El corresponsal confidencial de los Estados Generales les anunció que, á pesar de cuantas historias pudiera inventar y circular el partido desafecto, la creencia general era que los aliados triunfarían. La piedra de toque de la sinceridad en Inglaterra, decía, eran las apuestas. Los jacobitas estaban siempre dispuestos á probar que Guillermo saldría necesariamente derrotado, cuando no aseguraban que ya lo había sido; pero no darían ventaja alguna, y apenas se atrevían á apostar aun ofreciéndoles ventaja moderada. Los whigs, por otra parte, estaban prontos á aventurar miles de guineas por la pericia y buena fortuna del Rey (1).

El éxito justificó la confianza de los whigs y la torpeza de los jacobitas. El 16, el 17 y el 18 de agosto el ejército de Villeroy y el ejército de Guillermo estuvieron frente á frente. Todos esperaban que el 19 sería el día decisivo. Los aliados estaban sobre las armas desde el alba. A las cuatro montó Guillermo á caballo, y estuvo hasta las ocho de la noche cabalgando de uno en otro puesto, disponiendo sus tropas y vigilando los movimientos del enemigo. El cual se acercó á sus líneas por varios puntos lo suficiente para ver que no sería fácil desalojarle; pero no hubo lucha. Se retiró á descansar, esperando ser atacado al salir el sol, pero al salir el sol vió que los franceses habían retrocedido algunas millas. Inmediatamente mandó decir al Elector de Baviera que diera el asalto al castillo sin dilación. Mientras se hacían los preparativos, Portland fué enviado á intimar la rendición por última vez. Era indudable, dijo á Boufflers, que Villeroy había perdido toda esperanza de poder le-

(1) L'Hermitage, agosto 13 (23). 1695.

vantar el sitio. Sería, pues, inútil derramamiento de sangre el prolongar la lucha. Boufflers, sin embargo, consideró necesario al honor de las armas francesas otro día de matanza, y Portland se volvió sin obtener mejor resultado (1).

A primera hora de la tarde dieron el asalto en cuatro sitios á la vez cuatro divisiones del ejército confederado. Atacaron por un punto los de Brandemburgo, por otro los holandeses, por el tercero los bávaros y por el cuarto los ingleses. Al principio los ingleses no fueron tan afortunados como de ordinario. Cierto que la mayor parte de los regimientos de tropas veteranas habían marchado con Guillermo al encuentro de Villeroy. Tan pronto como se dió la señal haciendo volar dos barriles de pólvora, Cutts, á la cabeza de un pequeño cuerpo de granaderos, salió el primero de las trincheras con banderas desplegadas y tambor batiente. Esta bizarra tropa debía ser apoyada por cuatro batallones que nunca habían entrado en acción, y que, aunque llenos de valor, carecían de la firmeza que tan terrible servicio requería. Pronto se quedaron sin oficiales. Todos los coroneles y tenientes coroneles fueron muertos ó gravemente heridos. Cutts recibió un tiro en la cabeza que por algún tiempo le inutilizó. Los reclutas, viéndose casi sin dirección, adelantaron impetuosamente hasta que se encontraron en desorden y sin aliento, con un precipicio delante, bajo un fuego terrible y bajo una lluvia no menos terrible de pedazos de roca y de muro. Se desanimaron y retrocedieron en confusión, hasta que Cutts, cuya herida ya había sido vendada, consiguió reunirlos. Condújolos entonces, no al lugar

(1) *London Gazette*, agosto 26, 1695; *Monthly Mercury*; Stepney a Lexington, agosto 20 (30).

de donde les habían hecho retroceder, sino á otro sitio donde se estaba dando una terrible batalla. Los bávaros habían acometido valientemente, pero con poca fortuna; su general había caído, y ya comenzaban á vacilar cuando la llegada de la Salamandra y sus soldados cambió el éxito de la jornada. Doscientos voluntarios ingleses, resueltos á reparar á todo evento la deshonra de la reciente derrota, fueron los primeros en abrir un camino, espada en mano, por entre las empalizadas, en tomar una batería que había hecho gran estrago entre los bávaros y en volver los cañones contra la guarnición. Al mismo tiempo los de Brandemburgo, perfectamente disciplinados y mandados, habían hecho sin grandes pérdidas la parte que les fuera asignada. Los holandeses habían salido igualmente victoriosos. Cuando cerró la noche los aliados habían ocupado las obras exteriores del castillo en una milla de extensión. Esta ventaja les había costado la pérdida de dos mil hombres (1).

Y entonces Boufflers creyó haber hecho todo lo que su deber requería. Al otro día pidió una tregua de cuarenta y ocho horas para dar sepultura á los centenares de cadáveres que llenaban los fosos, y que no hubieran tardado en traer la peste entre sitiados y sitiadores. Concediéronle lo que pedía, y antes de espirar el plazo anunció que estaba dispuesto á capitular. Entregaría el castillo, dijo, pasados diez días, si antes no era socorrido. Contestáronle que los aliados no admitirían semejantes condiciones, y que debía consentir en rendirse inmediatamente ó disponerse para un nuevo asalto. Hubo de ceder, y se convino en

(1) Boyer, *Historia del Rey Guillermo III*, 1703; *London Gazette*, agosto 29, 1695; Stepney á Lexington, agosto 20 (30); Blathwayt á Lexington, setiembre 2.

que saldría con sus soldados dejando á los vencedores la ciudadela, la artillería y las provisiones. Tres disparos de todos los cañones del ejército confederado anunciaron á Villeroy la rendición de la fortaleza que en vano había intentado socorrer. Inmediatamente se retiró hacia Mons, permitiendo á Guillermo gozar sin molestia un triunfo que hacía doblemente agradable el recuerdo de muchos desastres.

XXI.

Rendición del castillo de Namur.

El 26 de agosto fué el día fijado para un espectáculo que el soldado más viejo de Europa no había visto nunca y que pocas semanas antes apenas hubiera esperado el más joven llegar á ver. Desde la primera batalla de Condé hasta la última batalla de Luxemburgo, la suerte de las armas había favorecido sin ninguna seria interrupción á los franceses. La suerte había cambiado. Por primera vez, se decía, desde que Francia tenía mariscales, era entregada una fortaleza por un mariscal de Francia á un enemigo victorioso.

Las fuerzas de los aliados, infantes y caballos, formadas en dos líneas, hacían una magnífica avenida desde la brecha, tan desesperadamente disputada hasta la orilla del Mosa. El Elector de Baviera, el Landgrave de Hesse y muchos oficiales de distinción estaban á caballo en las inmediaciones del castillo. Guillermo estaba cerca de ellos en su coche. La guarnición, reducida á unos cinco mil hombres, salió á tambor batiente y con banderas desplegadas. Boufflers y su Estado Mayor cerraban la procesión.

Habían surgido algunas dificultades respecto á la forma del saludo que debía cambiar con los Soberanos aliados. Un Elector de Baviera no tenía casi derecho á que el Mariscal le hiciera el saludo con la espada. Un Rey de Inglaterra tenía derecho indudablemente á semejante muestra de respetò; pero Francia no reconocía á Guillermo como rey de Inglaterra. Por último, Boufflers consintió en hacer el saludo sin señalar á cuál de los dos Príncipes lo dirigía. Bajó la espada, y sólo Guillermo contestó al saludo. Siguióse una breve conversación. El Mariscal, á fin de evitar el uso de las palabras *Sire* y *Majestad*, se dirigió únicamente al Elector, quien con las mayores muestras de respeto refirió á Guillermo la conversación, y Guillermo gravemente se llevó la mano al sombrero. Los oficiales de la guarnición llevaron á su país la noticia de que el advenedizo á quien en París llamaban sólo Príncipe de Orange, era tratado por los más orgullosos potentados del cuerpo germánico con tan profundo respeto como el que Luis XIV exigía de los gentileshombres de su cámara (1).

XXII.

Arresto de Boufflers.

El ceremonial había terminado, y Boufflers siguió adelante; pero apenas había andado una corta distancia cuando fué detenido por Dykvelt, que acompañaba el ejército aliado como delegado de los Estados

(1) Postdata al *Monthly Mercury* de agosto de 1695; *London Gazette*, setiembre 9; Saint-Simon; Dangeau.

Generales. «Debéis volver á la ciudad, señor, dijo Dykvelt. El Rey de Inglaterra me ha ordenado informaros de que sois su prisionero.» Boufflers no cabía en sí de cólera. Sus oficiales le rodearon, jurando morir en su defensa. Pero toda resistencia era inútil. Un fuerte cuerpo de caballería holandesa se acercó, y el brigadier que lo mandaba pidió la espada al Mariscal. El Mariscal pronunció algunas frases de indignación. «Esta es una manera infame de faltar á lo pactado. Mirad las condiciones de la capitulación. ¿Qué he hecho yo para merecer tal afrenta? ¿No me he portado como un hombre de honor? ¿No debo ser tratado como tal? Pero mirad lo que hacéis, señores. Sirvo á un amo que puede vengarme y me vengará.—Soy soldado, señor, respondió el brigadier, y lo único que tengo que hacer es cumplir las órdenes que recibo, sin cuidarme de las consecuencias.» Dykvelt, con mucha calma y cortesía, replicó á las airadas frases del Mariscal. «El Rey de Inglaterra ha seguido con repugnancia el ejemplo dado por vuestro amo. Los soldados que daban guarnición en Dixmuyde y Deynse, á despecho de lo pactado, han sido enviados prisioneros á Francia. El Príncipe á quien sirven faltaría á las obligaciones que tiene con ellos si no tomara represalias. S. M. podría con perfecta justicia haber detenido todos los franceses que estaban en Namur. Pero no seguirá hasta tal extremo un precedente que desaprueba. Ha determinado arrestaros á vos y á nadie más; y ved, señor, que no debéis mirar como una afrenta lo que en realidad es una prueba de muy particular estima. ¿Qué más puede hacer en vuestro honor que demostrar que os considera equivalente á los cinco ó seis mil hombres que vuestro Soberano tiene injustamente cautivos? Más todavía: hasta se os permitirá proseguir, con tal que empeñéis vuestra palabra

de honor de volver aquí si en el término de quince días no son puestas en libertad las guarniciones de Dixmuyde y Deynse.—Ignoro en absoluto, respondió Boufflers, por qué el Rey, mi amo, detiene á esos hombres, y por tanto no puedo comprometerme á que los ponga en libertad. Tenéis un ejército á vuestras espaldas, y yo estoy solo: haced lo que os plazca.» Entregó su espada, regresó á Namur y de allí fué enviado á Huy, donde pasó algunos días en cómodo reposo, dejándole entera libertad de pasear por donde quisiera á pie ó á caballo, y siendo tratado con gran respeto por los que le guardaban. En el tiempo más breve que era posible que desde el lugar de su detención fuera y volviera un correo á la corte de Francia, recibió plenos poderes para prometer que las guarniciones de Dixmuyde y Deynse serían puestas en libertad. Inmediatamente se le dejó libre, y partió para Fontainebleau, donde le aguardaba un honroso recibimiento. Fué creado duque y par, y á fin de que pudiera llevar decorosamente sus nuevas dignidades, se le consignó una suma considerable de dinero, y en presencia de toda la aristocracia de Francia Luis XIV le dió la bienvenida con un afectuoso abrazo (1).

En todos los países que estaban unidos contra Francia la noticia de la toma de Namur fué recibida con alegría; pero en Inglaterra el entusiasmo fué mayor que en parte alguna. Desde hacía varias generaciones nuestros antepasados no habían conseguido ningún triunfo notable por tierra contra enemigos extranjeros. Cierto que alguna que otra vez habíamos suministrado á nuestros aliados pequeñas ban-

(1) Boyer, *Historia del Rey Guillermo III*, 1703; Postdata al *Monthly Mercury* de agosto de 1695; *London Gazette*, septiembre 9 y 12; Blathwayt á Lexington, setiembre 6; Saint-Simon; Dangeau.

das de auxiliares que habían mantenido bien el honor de la nación. Pero desde el día que los dos bravos Talbots, padre é hijo, habían perecido en la vana tentativa de reconquistar á Guiena, hasta la Revolución, no había habido en el Continente ninguna campaña en que los ingleses tuvieran parte principal. Por fin nuestros antepasados, después de un intervalo de dos siglos y medio casi, habían vuelto á disputar á los guerreros de Francia la palma de las proezas militares. La lucha había sido reñida. El genio de Luxemburgo y la consumada disciplina de las tropas de la Casa Real de Luis XIV habían prevalecido en dos grandes batallas; pero el éxito de aquellas batallas había sido largo tiempo dudoso, la victoria había costado cara y el vencedor había ganado poco más que el honor de quedar dueño del campo. En tanto, él mismo disciplinaba á sus adversarios. Los reclutas que sobrevivían á tan severa disciplina pronto se hacían veteranos. Steinkerke y Landen habían formado los voluntarios que siguieron á Cutts por entre las empalizadas de Namur. La opinión de todos los grandes guerreros que todas las naciones de la Europa occidental habían enviado á la confluencia del Sambre y el Mosa era que el subalterno inglés en nada cedía á ningun subalterno de otra nación. y el soldado á ningún soldado de la Cristiandad. Los oficiales ingleses de alta graduación apenas parecían dignos de mandar tal ejército. Cierto que Cutts se había distinguido por su intrepidez. Pero los que más le admiraban reconocían que no tenía el talento ni la ciencia necesarios á un general. Contribuía á aumentar la alegría de los vencedores el recuerdo de la derrota que habían sufrido tres años antes en el mismo sitio, y de la insolencia con que el enemigo había hecho alarde de su triunfo. Ahora triunfaban

ellos á su vez. Los holandeses acuñaban medallas. Los españoles cantaban *Te Deums*. Se publicaron muchos poemas serios y jocosos, de los cuales sólo uno ha sobrevivido. Prior ridiculizó con admirable talento é ingenio los enfáticos versos con que había celebrado Boileau la primera toma de Namur. Las dos odas, que se imprimieron juntas, fueron leídas en Londres con gran placer, y los críticos del café de Will declaraban que en la lucha del ingenio como en la de las armas, Inglaterra había salido victoriosa.

La toma de Namur fué el gran acontecimiento de este año. La guerra contra el Turco distrajo una gran parte de las fuerzas del Emperador, que se ocuparon en operaciones indecisas en el Danubio. Nada digno de mención ocurrió en el Piamonte ni en el Rhin. En Cataluña los españoles obtuvieron algunas pequeñas ventajas, ventajas debidas á sus aliados ingleses y holandeses, los cuales hicieron, al parecer, cuanto hacerse podía por ayudar á una nación nunca muy dispuesta á ayudarse á sí misma. La superioridad marítima de Inglaterra y Holanda quedaba ahora plenamente establecida. Durante todo el año, Russell había sido sin disputa señor del Mediterráneo, había pasado y repasado entre España é Italia, había bombardeado á Palamós, esparcido el terror en toda la costa de Provenza, y tenido la escuadra de Francia encerrada en el puerto de Tolón. En tanto, Berkeley era dueño absoluto del Canal de la Mancha. Iba de un lado para otro á la vista de las costas de Artois, Picardía, Normandía y Bretaña; arrojaba algunas bombas en Saint-Malo, Calais y Dunquerque, y hacía arder Granville hasta los cimientos. La armada de Luis XIV, que cinco años antes había sido la más formidable de Europa; que había recorrido los mares británicos sin encontrar oposición desde las Dunas hasta el cabo

Land's End; que había anclado en Torbay y reducido Teignmouth á cenizas, no daba ahora más señal de existencia que apoderarse de los buques mercantes que navegaban sin convoy. En esta guerra lucrativa habían sido muy afortunados los piratas franceses á fines del verano. Habían cogido algunos barcos cargados de azúcar procedentes de las Barbadas. Las pérdidas de la infortunada Compañía de la India Oriental, ya rodeada de dificultades y empobrecida por aquella ilimitada prodigalidad en la corrupción, fueron enormes. Cinco grandes barcos que volvían de los mares orientales, con cargamentos cuyo valor se estimaba generalmente en un millon de libras esterlinas, cayeron en poder del enemigo. Estos desastres produjeron algunas murmuraciones en la Bolsa Real. Pero, en general, la actitud de Londres y de la nación era más favorable que desde hacía algunos años.

En tanto, ocurrían en Londres algunos sucesos que ningún historiador, hasta ahora, se ha dignado mencionar, pero que tienen mucha más importancia que las hazañas del ejército de Guillermo y de la escuadra de Russell. Estábase haciendo un gran experimento. Una gran revolución estaba en progreso. Habían salido los primeros periódicos.

XXIII.

Efecto de la emancipación de la imprenta en Inglaterra.

Mientras la ley de censura había estado en vigor no había habido en Inglaterra más periódico que la *Gaceta de Londres*, que estaba dirigida por un empleado de la Secretaría de Estado, y que no contenía más

que lo que el Secretario de Estado quería comunicar á la nación. Cierto que había muchas publicaciones periódicas; pero ninguna de ellas podría llamarse un periódico. Welwood, celoso whig, publicaba un diario llamado el *Observador;* pero este *Observador*, como el que había tenido Lestrange anteriormente, no contenía noticias, sino tan sólo disertaciones sobre política. Un librero medio loco, llamado Juan Dunton, publicaba el *Mercurio Ateniense;* pero el *Mercurio Ateniense* no hacía más que discutir cuestiones de filosofía natural, de casuística y de galantería. Un miembro de la Sociedad Real, llamado Juan Houghton, publicaba lo que él llamaba Colección para el adelanto de la industria y el comercio; pero su Colección casi no contenía más que explicaciones acerca de los precios corrientes, la manera de hacer negocios en la City, bombos de nuevos proyectos, y anuncios de libros, medicinas empíricas, chocolate, agua de Spa, gatos de algalia, cirujanos que deseaban encontrar barcos donde colocarse, criados que solicitaban amos, y damas que querían encontrar maridos. Si alguna vez imprimía alguna noticia política, la copiaba de la *Gaceta*. La *Gaceta* era una crónica de los acontecimientos tan parcial y deficiente que á pesar de no tener competidores tenía muy poca circulación. No se tiraban más que ocho mil números, mucho menos que uno por cada parroquia del reino. Realmente la persona que hubiera estudiado la historia de su tiempo sólo en la *Gaceta* ignoraría muchos sucesos de la mayor importancia. No hubiera sabido, por ejemplo, que Torrington había sido juzgado por un tribunal marcial, ni hubiera tenido noticia de los procesos de Lancashire, ni de que había sido quemada la carta pastoral del Obispo de Salisbury, ni de la acusación del Duque de Leeds. Pero las deficiencias de la *Gaceta* eran suplidas hasta

cierto punto, en Londres, por los cafés, y por las cartas noticieras en el campo.

El 3 de mayo de 1695 espiró la ley que sometía la prensa á la censura. En la quincena siguiente, un acérrimo y veterano whig llamado Harris, que en tiempo del bill de Exclusión había intentado fundar un periódico titulado *Noticias del Interior y del Extranjero*, y que pronto se había visto obligado á abandonar su proyecto, anunció que las *Noticias del Interior y del Extranjero*, suprimidas catorce años antes por la tiranía, iban á publicarse nuevamente. Diez días después de publicarse el primer número de las *Noticias del Reino y del Extranjero* salió el primer número del *Diario Inglés*. Vino luego el *Correo de Holanda y de Flandes*, el *Pegaso*, la *Carta Noticiera de Londres*, la *Posta de Londres*, la *Posta Volante*, el *Antiguo Maestro de Postas*, el *Postboy* y el *Postman*. La historia de los periódicos ingleses, desde aquel tiempo hasta nuestros días, forma una de las partes más interesantes é instructivas de la historia del país. Al principio eran pequeños y de aspecto grosero. Aun el *Postboy* y el *Postman*, que eran, al parecer, los que estaban mejor dirigidos y los más prósperos, salían muy mal impresos en fragmentos de papel oscuro que hoy no serviría ni para las coplas de ciego. No se publicaba más que dos veces por semana, y el contenido de un número apenas excedía á lo que se encuentra en una sola columna de un periódico diario de nuestro tiempo. Lo que hoy se llama artículo de fondo rara vez aparecía, excepto cuando había escasez de noticias, cuando los correos de Holanda eran detenidos por los vientos del Oeste, cuando los *Rapparees* estaban tranquilos en el pantano de Allen, cuando ninguna diligencia había sido atacada por salteadores, cuando ninguna congregación de *nonjurors* ha-

bía sido dispersada por las constables, cuando ningún embajador había hecho su entrada con un largo séquito de carrozas de seis caballos, cuando ningún Lord ni ningún poeta había sido sepultado en la Abadía, y cuando por consecuencia era difícil llenar cuatro pequeñas páginas. Sin embargo, los artículos de fondo, aun cuando solo se insertaban, según parece, á falta de original más agradable, no son en modo alguno despreciables.

Es digno de notarse que todos estos nuevos periódicos estuvieran de parte del rey Guillermo y de la revolución. Este hecho puede explicarse en parte por la circunstancia de que los directores quisieran al principio portarse bien. No estaba en absoluto claramente demostrado que su comercio no fuera en sí mismo ilegal. Cierto que ningún estatuto prohibía la impresión de periódicos. Pero á fines del reinado de Carlos II, los jueces habían declarado que era un delito de derecho común el publicar noticias políticas sin licencia del Rey. Es cierto que los jueces que habían sentado esta doctrina eran amovibles según la voluntad Real, y en todas ocasiones se mostraban deseosos de ensalzar la regia prerrogativa. No se podía asegurar cómo resolverían la cuestión Holt y Treby, caso de que volviera á surgir; y el efecto de esta duda era que los Ministros de la Corona se mostraran indulgentes, y los periodistas fueran precavidos. Ninguna de las dos partes deseaba que se resolviera definitivamente la cuestión de derecho. El Gobierno, pues, fué cómplice en la publicación de los periódicos, y los directores de los periódicos se abstuvieron cuidadosamente de publicar nada que pudiera irritar ó alarmar al Gobierno. Es cierto que en uno de los primeros números de uno de los nuevos periódicos apareció un párrafo que parecía indicar que la princesa Ana no se

regocijaba sinceramente de la toma de Namur. Pero el impresor se apresuró á reparar su falta con las más humildes excusas. Durante largo tiempo las *Gacetas* no oficiales, aunque mucho más gárrulas y divertidas que la *Gaceta* oficial, eran casi tan cortesanas como ella. Todo el que las examine verá que el Rey es siempre mencionado con profundo respeto. En cuanto á los debates y votaciones de las dos Cámaras se guarda reverente silencio. Hay muchas invectivas, pero casi siempre contra los jacobitas y los franceses. Parece cierto que el Gobierno de Guillermo ganó mucho con la sustitución de estos periódicos impresos, compuestos bajo el temor constante del Procurador general, en vez de las antiguas cartas noticieras escritas con ilimitada licencia (1).

Los libelistas no estaban tan sujetos como los periodistas; sin embargo, todo el que haya estudiado con atención las controversias políticas de aquel tiempo no podrá menos de haber notado que los libelos contra la persona y el gobierno de Guillermo fueron mu-

(1) En el Museo Británico hay una hermosa Colección, que supongo que es la única que existe, de los periódicos del tiempo de Guillermo. La he recorrido toda, página por página. Es extraño que ni Luttrell ni Evelyn hayan mencionado la primera aparición de los nuevos periódicos. En un despacho de L'Hermitage, fechado el 12 (22) de julio de 1695, es donde he encontrado mencionados por primera vez aquellos periódicos. Trascribiré aquí sus palabras: «Depuis quelque tems on imprime ici plusieurs feuilles volantes en forme de gazette, qui sont remplies de toutes sortes de nouvelles. Cette licence est venue de que le Parlement n'a pas achévé un projet d'acte qui avoit été porté dans la Chambre des Communes pour régler l'imprimerie et empecher que ces sortes de choses n'arrivassent. Il n'y avoit ci-devant qu'un des commis des Secrétaires d'Etat qui eut le pouvoir de faire des gazettes: mais aujourd'hui il s'en fait plusieurs sous d'autres noms.»—L'Hermitage menciona el párrafo atacando á la Princesa y las excusas del libelista.

cho menos groseros y violentos durante la segunda mitad de su reinado que durante la primera. Y la razón es sin duda que la prensa, que había estado encadenada durante la primera mitad de su reinado, durante la segunda estuvo libre. Mientras existió la censura, ningún folleto que atacase, aun en lenguaje templado y decoroso, la dirección de ningún departamento público podía imprimirse con la aprobación del censor. El publicarlo sin licencia era ilegal. Así, pues, en general los enemigos moderados y respetables de la corte, no pudiendo publicar de la manera prescrita por la ley, y no creyendo justo ó seguro el publicar de una manera que la ley prohibía, guardaban silencio y dejaban la crítica de la administración á dos clases de hombres: á fanáticos *nonjurors* que sinceramente creían que el Príncipe de Orange era tan poco acreedor á ser tratado con caridad ó cortesía como el Príncipe de las tinieblas, y á escritorzuelos de Grub Street, ignorantes, bajos, maliciosos y deslenguados. De este modo apenas se encontraba un hombre de criterio, de carácter é integridad entre los muchos que tenían el hábito de escribir contra el Gobierno. En realidad, el hábito de escribir contra el Gobierno producía, por sí solo, efecto desfavorable en la persona que lo hacía. Porque todo el que tuviera el hábito de escribir contra el Gobierno, tenía el hábito de infringir la ley; y el hábito de infringir la ley, aun tratándose de una ley contraria á la razón, tiende á hacer á los hombres completamente irreverentes con las leyes. Por muy absurda que sea una tarifa, el contrabandista tiene mucho adelantado para ser un canalla y un miserable. Por muy opresiva que sea una ley de caza, el cazador furtivo fácilmente se convierte en asesino. Y de igual modo, aun cuando se puede decir muy poco en favor de los estatutos que impo-

nían restricciones á la literatura, había mucho riesgo de que el hombre que estaba constantemente violando aquellos estatutos no fuera un hombre de honor muy severo y de rígida integridad. El autor que estaba resuelto á imprimir una obra y no podía obtener la aprobación del censor, debía emplear los servicios de gente hambrienta y desesperada que, perseguidos por los alguaciles y obligados á cambiar cada semana de nombre y de disfraz, ocultaban el papel y los tipos en aquellas guaridas del vicio que son peste y vergüenza de las grandes capitales. Malvados semejantes tenían que ser comprados para guardar su secreto y correr el riesgo de ser azotados y de que les cortaran las orejas en lugar del autor. El hombre que se rebajaba á tener tales compañeros y á emplear semejantes medios, no era posible que conservara íntegra la delicadeza del sentimiento de lo justo y de lo conveniente. La emancipación de la imprenta produjo un grande y saludable cambio. Los hombres más honrados y más sabios de la oposición se encargaron ahora de una tarea que hasta aquí había estado abandonada á gentes exaltadas ó sin principios. Se escribieron folletos contra el Gobierno en estilo digno de hombres de Estado y de caballeros; y hasta las composiciones de la clase más baja y violenta de los descontentos, fueron algo menos brutales y groseras que en tiempo de la censura.

Algunas personas timoratas habían creído que la religión y la moral tenían necesidad de la protección de la censura. El resultado probó de manera señalada que estaban en un error. La verdad es que la censura apenas se había ocupado en perseguir los escritos licenciosos ó impíos. En poco estuvo que no mutilasen el *Paraíso Perdido*, porque el *Paraíso Perdido* era obra de un autor cuyas ideas políticas detestaba el

Gobierno. Pero *Ella hubiera querido si pudiera,* de Etherege; la *Provinciana,* de Wycherley, y las *Traducciones del Libro Cuarto de Lucrecio,* de Dryden, obtuvieron el *Imprimatur* sin dificultad; porque Dryden, Etherege y Wycherley eran cortesanos. Desde el día en que la emancipación de nuestra literatura fué un hecho, comenzó también su purificación. Esta se efectuó, no por medio de asambleas ó magistrados, sino por la opinión de la mayoría de los ingleses educados, ante los cuales se exponía lo bueno y lo malo para que eligiesen. Durante ciento sesenta años la libertad de nuestra imprenta ha ido aumentando constantemente, y durante estos ciento sesenta años las restricciones que la opinión general del público impone á los autores han sido cada vez más severas. Por último, aun aquella clase de obras que parecían anteriormente propias para recreo de una imaginación voluptuosa, canciones de amor, comedias, novelas, han llegado á ser más decentes que los sermones del siglo XVII. En la actualidad, extranjeros que no se atreven á imprimir una palabra que pueda molestar al Gobierno de su país, no aciertan á explicarse cómo la prensa más libre de Europa es la más circunspecta.

XXIV.

Vuelta de Guillermo á Inglaterra.—Disolución del Parlamento.

El 10 de octubre el Rey, dejando su ejército en cuarteles de invierno, llegó á Inglaterra y fué recibido con inusitado entusiasmo. Al atravesar la capital para ir á su palacio, tocaban las campanas de todas las iglesias, y todas las calles estaban iluminadas.

Era ya tarde cuando, abriéndose paso por entre la entusiasta multitud, llegó á Kensington. Pero tarde y todo, celebró consejo inmediatamente. Había un punto importante que decidir. ¿Se permitiría á la Cámara de los Comunes volver á reunirse, ó debía ser inmediatamente disuelta? El Rey tal vez hubiera querido conservar aquella Cámara hasta el fin de su reinado. Pero no estaba en su mano el hacer esto. El Acta trienal había fijado el 25 de marzo como el último día hasta el cual podía durar el Parlamento existente. Por consiguiente, si no había elecciones generales en 1695, debía haberlas en 1696; ¿y quién podía decir cómo estaría el país en 1696? Podía haber una campaña desgraciada. Podía haber, y en realidad sobraban motivos para creerlo, una terrible crisis comercial. En cualquiera de estos casos era probable que el pueblo estuviera muy descontento. La campaña de 1695 había sido brillante; la nación estaba en una situación de ánimo excelente, y Guillermo determinó con mucho acierto aprovechar la dorada oportunidad. Publicáronse inmediatamente dos proclamas. Una anunciaba, en la forma ordinaria, que S. M. había resuelto disolver el Parlamento, ordenando se publicaran los edictos convocando otro nuevo. La otra no tenía precedente. Manifestaba ser voluntad del Rey que todos los regimientos acuartelados en los sitios donde hubieran de celebrarse las elecciones, abandonaran su residencia el día antes de verificarse, y no volvieran hasta que el pueblo hubiera hecho su elección. De esta orden, que se consideró generalmente como muestra de laudable respeto á los derechos del pueblo, quedaban necesariamente exceptuadas las guarniciones de los castillos y plazas fuertes.

Pero aunque Guillermo se abstuvo cuidadosamente

de disgustar al cuerpo electoral con nada que pudiera tener aire de coerción ó amenaza, no se desdeñó en influir en sus votaciones por medios más suaves. Resolvió destinar las seis semanas de las elecciones generales á dejarse ver del pueblo de muchos distritos que nunca había visitado. De este modo esperaba adquirir una popularidad que podría ejercer considerable efecto en las elecciones. Se impuso, pues, el deber de mostrar una afabilidad y gracia de que generalmente carecía; y la consecuencia fué que en todas las etapas de su viaje recibiese muestras de la buena voluntad de sus súbditos. Antes de partir visitó oficialmente á su cuñada, quedando muy complacido del recibimiento que le hizo. El Duque de Gloucester, que no tenía más que seis años, salió con un pequeño mosquete al hombro al encuentro de su tío y le presentó armas. «Estoy aprendiendo el ejercicio—dijo el niño—para ayudaros á batir á los franceses.» El Rey se rió mucho, y pocos días después recompensó al joven soldado con la Jarretiera (1).

XXV.

Viaje de Guillermo.

El 17 de octubre salió Guillermo para Newmarket, sitio actualmente de negocios más bien que de recreo, pero en los otoños del siglo XVII, el lugar más alegre y elegante de la isla. No era extraordinario que toda la Corte y el Gabinete asistieran á las reuniones. Joyeros y modistas, comediantes y músicos, venales ingenios y bellezas venales seguían en multitud.

(1) L'Hermitage, oct. 15 (25), nov. 15 (25), 1695.

Las calles estaban intransitables por el gran número de coches de seis caballos. En los centros públicos de reunión los Pares galanteaban á las damas de honor; y oficiales de la Guardia de corps, cubiertos de plumas y encajes de oro, se confundían con los profesores de bonete y sotana. Porque la vecina universidad de Cambridge enviaba siempre sus más altos funcionarios con leales arengas, y eligió sus mejores teólogos para que predicaran delante del Soberano y de su espléndido séquito. En los días licenciosos de la Restauración difícilmente hubiera podido el más sabio y elocuente teólogo reunir un auditorio elegante, especialmente si Buckingham decía que pensaba hablar; porque algunas veces Su Gracia entretenía el aburrimiento de las mañanas de los domingos, dirigiendo al círculo de elegantes damas y caballeros una exhortación licenciosa, que él llamaba un sermón. Pero la corte de Guillermo era más decente; y los dignatarios académicos fueron tratados con marcado respeto. Mezclábanse con Lores y damas de Saint-James y Soho, y con doctores del Colegio de la Trinidad y del Colegio del Rey, la aristocracia provinciana, los rústicos *squires* y sus sonrosadas hijas, que habían venido en coches de familia de aspecto raro, tirados por caballos de carro, desde las más remotas parroquias de tres ó cuatro condados á ver á su Soberano. Cubría el césped en vasta extensión una especie de campamento de gitanos; pues la esperanza de poderse alimentar con los relieves de muchas mesas suntuosas, y de recoger algunas de las guineas y coronas que los derrochadores de Londres arrojaban á su paso, atraía millares de aldeanos en el circuito de muchas millas (1).

---

(1) *London Gazette*, oct. 24, 1695. Véase la Descripción de

Guillermo, después de tener corte algunos días en este alegre sitio y de recibir el homenaje de Cambridgeshire, Huntingdonshire y Suffolk, continuó hacia Althorpe. Parece extraño que en el curso de lo que realmente era una excursión electoral hubiera honrado con semejante muestra de favor á un hombre tan generalmente sospechoso y tan odiado como Sunderland. Pero el pueblo estaba decidido á no disgustarse. Todo el Northamptonshire acudió á besar la mano al Rey en aquella hermosa galería que había embellecido el pincel de VanDyke y que la musa de Waller había hecho clásica: y el Conde trató de conciliar á sus vecinos, obsequiándolos en ocho mesas, todas resplandecientes de vajilla. Desde Althorpe continuó el Rey á Stamford. El Conde de Exeter, cuyo regio castillo era y es todavía uno de los mejores palacios de Inglaterra, no había prestado los juramentos, y á fin de evitar una entrevista que debía serle desagradable, encontró un pretexto para marchar á Londres; pero había dejado orden de que se recibiera al ilustre huésped con digna hospitalidad. Guillermo era aficionado á la arquitectura y á la jardinería; y nada le halagaba tanto como que sus nobles consultaran su opinión acerca del mejoramiento de sus posesiones. En una época en que numerosos cuidados ocupaban su espíritu, se tomaba gran interés en la construcción del castillo de Howard; y un modelo de madera de aquel edificio, el más bello ejemplo de un estilo vicioso, fué enviado á Kensington para que él lo inspeccionara. No debe, pues, maravillarnos que tuviera un verdadero placer en esta visita á Burleigh. No se

---

Newmarket en 1671 por Evelyn; y Pepys, julio 18 de 1668. De los despachos de Tallard, escritos después de la paz de Ryswick, resulta que las reuniones de otoño no eran menos numerosas ni espléndidas en tiempo de Guillermo que en tiempo de sus tíos.

contentó ciertamente con verlo una vez, sino que madrugó al día siguiente para examinar de nuevo el edificio. Desde Stamford continuó á Lincoln, donde fué recibido por el clero, vestido de pontifical; por los magistrados, que lucían túnicas de escarlata, y por una multitud de *baronets*, *caballeros* y *squires* de todas partes de la inmensa llanura que se extiende entre el Trent y el mar de Alemania. Después de asistir á los oficios divinos en la magnífica catedral, continuó su viaje, dirigiéndose hacia Levante. En la frontera del Nottinghamshire, el Lord Lugarteniente del condado, Juan Holles, duque de Newcastle, con numeroso séquito salió al encuentro del Rey, escoltándole hasta su castillo de Welbeck, rodeado de gigantescos robles que apenas si parecen hoy más viejos que el día que la espléndida procesión pasó á su sombra. La casa en que se hospedó Guillermo durante algunas horas pasó mucho después de su muerte, por línea femenina, de los Holles á los Harleys, y de los Harleys á los Bentincks, y actualmente contiene los originales de aquellas interesantísimas cartas que se cruzaron entre él y su fiel amigo y servidor Portland. En Welbeck estaban reunidos los grandes del Norte. El Lord Mayor de York acudió allí con un séquito de magistrados, y el Arzobispo de York con un séquito de eclesiásticos. Guillermo cazó varias veces en aquella selva, la más hermosa del reino, que antiguamente dió abrigo á Robin Hood y á Little John, y que está actualmente dividida entre las posesiones, dignas de un soberano, de Welbeck, Thoresby, Clumber y Worksop. Cuatrocientos caballeros acompañaron al Rey en la cacería. Los *squires* de Nottinghamshire se llenaron de placer al oirle decir en la mesa, después de haber cazado un hermoso ciervo, que esperaba que no sería ésta la última vez que ca-

zaba con ellos, y que pensaba arrendar un pabellón de caza en aquellos magníficos bosques. Volvió entonces hacia el Sur. Obsequióle durante un día el Conde de Stamford en Bradgate, lugar donde lady Juana Grey leía en la soledad las últimas palabras de Sócrates, mientras el venado volaba á través del parque seguido del torbellino de perros y cazadores. Al otro día, Lord Brock recibió á su Soberano en el castillo de Warwick, la más hermosa de aquellas fortalezas de la Edad Media que habían sido convertidas en residencias pacíficas. La torre de Guy estaba iluminada. Bebiéronse ciento veinte galones de ponche á la salud de S. M.; y un gran montón de leña ardía en mitad del espacioso patio á que dan sombra ruinas cubiertas con la verde hiedra de muchos siglos. A la mañana siguiente el Rey, acompañado de una multitud de *gentlemen* del Warwickshire montados á caballo, continuó hacia la frontera del condado de Gloucester. Se desvió del camino para comer con Shrewsbury en su apartado palacio de los Wolds, y por la tarde continuó hacia Burford. Toda la población salió á su encuentro, suplicándole que aceptara una pequeña muestra de su cariño. Burford era entonces famosa por las sillas de montar. De un habitante de la ciudad decían especialmente los ingleses que era el mejor guarnicionero de Europa. Dos de sus obras maestras fueron respetuosamente ofrecidas á Guillermo, que las recibió con mucho agrado, ordenando que las reservaran para su uso particular (1).

En Oxford fué recibido con gran pompa, cumpli-

---

(1) He tomado principalmente esta descripción del viaje de Guillermo de las *Gacetas de Londres*, de los despachos de L'Hermitage, del *Diario de Narciso Luttrell* y de las cartas de Vernon, Yard y Cartwright, que se encuentran en los Lexington Papers.

mentado en una oración latina, obsequiado con algunas de las más bellas producciones de la imprenta académica, divertido con música, é invitado á un suntuoso festín en el Teatro Sheldoniano. Partió á las pocas horas, alegando como excusa por tan breve permanencia que ya había visto antes los colegios, y que su visita no era de curiosidad, sino de afecto. Como todos sabían que no amaba á los oxonienses ni era de ellos amado, este apresuramiento fué ocasión de algunos ociosos rumores que encontraron crédito en el vulgo. Decíase que se había apresurado á partir sin aceptar el costoso banquete que le habían preparado, porque fuera advertido por medio de un anónimo que si comía ó bebía en el teatro era hombre muerto. Pero cuesta trabajo creer que un Príncipe á quien las más vehementes súplicas de sus amigos apenas podían inducir á tomar las más comunes precauciones contra asesinos de cuyos planes tenía completa evidencia, se hubiera dejado intimidar por tan estúpido engaño; y es desde luego cierto que las etapas de su viaje estaban marcadas con anticipación, y que permaneció en Oxford todo el tiempo que los arreglos hechos de antemano permitían (1).

Al regresar á su capital, fué obsequiado con un espléndido espectáculo preparado á gran costa durante su ausencia. Sidney, actualmente conde de Romney y maestre de la artillería, había resuelto asombrar á Londres con una exhibición que nunca se había visto en Inglaterra en tan gran escala. Empleóse toda la habilidad de los pirotécnicos de su departamento en producir un lujo de fuegos artificiales capaz de competir con lo mejor que se hubiera visto en los jardines

(1) Véase la carta de Yard á Lexington de 8 de noviembre de 1695, y la nota del editor de los Lexington Papers.

de Versalles ó en el gran estanque del Haya. Saint-James's Square fué el lugar elegido para el espectáculo. Todos los grandes palacios de las partes septentrional, oriental y occidental estaban llenos de gente elegante. El Rey se presentó en una ventana en el salón de Romney. La Princesa de Dinamarca, su marido y su corte ocupaban una casa vecina. Todo el Cuerpo diplomático se reunió en la residencia de las Provincias Unidas. Una gran pirámide de fuego arrojaba desde el centro de la plaza brillantes cascadas que pudieron ser vistas por los cientos de millares de personas que llenaban las calles y parques vecinos. Los Estados Generales fueron informados por su representante de que, á pesar de haberse reunido tan gran multitud, la noche había pasado sin el menor desorden (1).

XXVI.

Las elecciones.

Por este tiempo las elecciones habían casi terminado. Habíase hecho manifiesto en todo el país que el cuerpo electoral era, en su mayoría, celoso partidario del Rey y de la guerra. La ciudad de Londres, que había elegido cuatro toríes en 1690, eligió cuatro whigs en 1695. De lo sucedido en Westminster ha llegado hasta nosotros una relación más circunstanciada que de ordinario. En 1690, los electores, disgustados por el artículo adicional de Sacheverell, habían elegido dos toríes. En 1695, tan pronto se supo que iba á convocarse un nuevo Parlamento, se cele-

(1) L'Hermitage, nov. 15 (25), 1695.

bró un *meeting* en el cual se resolvió enviar una comisión á invitar á dos comisarios del Tesoro, Carlos Montague y sir Stephen Fox. Sir Walter Clarges estaba del lado de los toríes. El día del nombramiento unos cinco mil electores aparecieron á caballo en las calles. Estaban divididos en tres bandas, y á la cabeza de cada una cabalgaba uno de los candidatos. Fácilmente se podía calcular al primer golpe de vista la fuerza comparativa de los partidos. Porque la cabalgata que seguía á Clarges era la menos numerosa de las tres, y se sabía que los partidarios de Montague votarían por Fox y los de Fox por Montague. Interrumpióse la ocupación del día por estrepitosos clamores. Los whigs gritaban vergüenza sobre el candidato jacobita, que pretendía obligar á los ingleses á ir á misa, á comer ranas y calzar zuecos. Los toríes insultaban á los dos empleados públicos, que estaban reuniendo grandes fortunas con los despojos de la pobre y abrumada nación. De las palabras, las irritadas facciones, habían pasado á los golpes, y hubo un tumulto que costó algún trabajo dominar. El gran Bailío dió luego la vuelta en torno de las tres compañías de jinetes, y declaró que, á simple vista, Montague y Fox eran los elegidos. Pidióse votación por lista. Los toríes hicieron cuanto les fué posible. No se economizó dinero ni tinta. Clarges gastó dos mil libras en pocas horas, cantidad muy grande en una época en que la renta ordinaria de un miembro del Parlamento se calculaba en unas ochocientas libras anuales. Durante la noche que siguió á la elección se esparcieron por toda la capital hojas llenas de insultos contra los dos advenedizos de la Corte, á quien la falta de dignidad había elevado de la oscuridad y la pobreza á la opulencia y el poder. El Obispo de Londres trabajó sin rebozo contra el Gobierno, pues la interven-

ción de los Pares en las elecciones no había sido aún declarada por los Comunes infracción de privilegio. Pero todo fué en vano. Clarges estaba al fondo de la lista sin esperanza de poder salir. Se retiró, y Montague fué llevado en hombros de una inmensa multitud desde la Abadía de Westminster hasta su oficina en Whitehall (1).

El mismo sentimiento se manifestó en otros muchos lugares. Los electores de Cumberland encargaron á sus representantes que apoyaran al Rey y que votaran cuantos subsidios fueran necesarios para proseguir la guerra con vigor, y este ejemplo fué seguido por varios condados y ciudades (2). Russell no llego á Inglaterra hasta después de publicados los edictos de convocación. Pero no tuvo que hacer más que elegir distrito. Su popularidad era inmensa, porque sus infamias estaban secretas, y sus servicios públicos eran universalmente conocidos. Había ganado la batalla de La Hogue. Había mandado dos años en el Mediterráneo. Había encerrado las escuadras francesas en el puerto de Tolón y hecho retroceder á los ejércitos franceses en Cataluña. Había tomado muchos bajeles, entre ellos dos navíos de línea, y durante su larga ausencia en un mar remoto no había perdido un solo barco por la guerra ni por el mal tiempo. Había hecho que la roja cruz de San Jorge fuera signo de terror para todos los príncipes y repúblicas de Italia. El efecto de sus triunfos fué que se pusieran en camino desde Florencia, Génova y Venecia embajadas con tardías felicitaciones á Guillermo por su advenimiento. Los méritos de Russell, artificiosamente exagerados por los whigs, hicieron tal

(1) L'Hermitage, oct. 25 (nov. 4), oct. 29 (nov. 8), 1695.
(2) L'Hermitage, nov. 5 (15), 1695.

impresión, que fué elegido miembro del Parlamento, no sólo en Portsmouth, donde su situación oficial le daba gran influencia, y por el Cambridgeshire dondo tenía muchos bienes, sino también por Middlesex. Esta última distinción la debió principalmente al nombre que llevaba. Antes de su llegada á Inglaterra era opinión general que saldrían elegidos dos toríes por el condado de la Metrópoli. Somers y Shrewsbury creyeron que la única manera de evitar tal desgracia era oponer el nombre del más virtuoso de todos los mártires de la libertad inglesa. Suplicaron á lady Russell que permitiera que su hijo mayor, que tenía á la sazón quince años y estaba á punto de comenzar sus estudios en Cambridge, se presentara candidato. Por un día tenía que dejar su nuevo título de Marqués de Tawistock y llamarse lord Russell. No habría gasto alguno. No habría lucha. Millares de *gentlemen* a caballo le escoltarían al tablado; nadie se atrevería á presentarse contra él, y no sólo triunfaría, sino que haría triunfar otro whig. En una carta escrita con todo el buen sentido y lealtad que le distinguía, se negó la viuda á sacrificar su hijo á su partido. Su educación, dijo, sería interrumpida; se le trastornaría la cabeza; su triunfo sería para él muy perjudicial. Así las cosas, llegó el Almirante. Hizo su aparición entre los electores de Middlesex reunidos en lo alto de Hampstead Hill, y fué elegido sin oposición (1).

Al mismo tiempo algunos enemigos notorios del Gobierno recibían muestras del público desagrado. Juan Knight, el más faccioso é insolente de aquellos jacobitas que deslealmente habían jurado fidelidad al

(1) L'Hermitage, nov. 5 (15), 15 (25), 1695; sir James Forbes á lady Russell, oct. 3, 1695; lady Russell á lord Eduardo Russell; El *Postman*, nov. 16, 1695.

rey Guillermo para poder entrar en el Parlamento, cesó de representar la gran ciudad de Brístol. En Exeter, la capital del Oeste, había violenta agitación. Creíase desde hacía largo tiempo que el talento, la elocuencia, la experiencia, la gran fortuna y noble alcurnia de Seymour haría imposible el derrotarle. Pero su carácter moral, que nunca había rayado á gran altura, en los tres ó cuatro últimos años había ido bajando constantemente. Habíase mostrado violento en la oposición mientras no le dieron un empleo. En el tiempo que estuvo empleado había defendido los actos más impopulares del Gobierno. Tan pronto cayó del poder, volvió á mostrarse tan violento como antes en la oposición. Su contrato del salitre había arrojado una profunda mancha en su honra personal. Pusiéronle enfrente dos candidatos; y una lucha, la más larga y empeñada de aquel siglo, fijó la atención de todo el reino, y fué observada con interés aun por Gobiernos extranjeros. La lista estuvo abierta cinco semanas. Los gastos de una y otra parte fueron enormes, los electores de Exeter, que mientras duraba la elección eran tratados á cuerpo de rey, no tenían la menor impaciencia porque tan espléndido carnaval terminase. Comían y bebían en grande; salían todas las noches armados de buenos garrotes á pelear por la Iglesia madre ó por el rey Guillermo; pero los votos acudían muy lentamente. Hasta la víspera de la reunión del Parlamento no se hizo el escrutinio. Seymour fué derrotado con gran mortificación, teniendo que refugiarse en el pequeño distrito de Totness (1).

Es de notar que en estas elecciones, como en las

(1) En los despachos de L'Hermitage hay una interesantísima descripción de esta lucha.

anteriores, Juan Hampden no pudo obtener un distrito. Desde que había cesado de ser miembro del Parlamento había ocupado constantemente su espíritu la triste idea de su mala suerte, de su indeleble vergüenza; y algunas veces desahogó su mal humor en violentos libelos contra el Gobierno. Cuando los whigs llegaron á ser el partido dominante en la Corte y en la Cámara de los Comunes; cuando Nottingham se había retirado y Caermarthen fuera acusado en la Alta Cámara, Hampden, á lo que parece, volvió á abrigar la esperanza de poder desempeñar gran papel en la vida pública. Pero los jefes de su partido no querían, tal vez, un aliado de carácter tan acre y turbulento. Se encontró excluído, como antes, de la Cámara de los Comunes. Durante algunos meses arrastró una vida miserable, tratando unas veces de olvidar sus cuidados entre los elegantes jugadores y frágiles bellezas que llenaban el salón de la Duquesa de Mazzarino, y otras sumido en religiosa melancolía. La idea del suicidio había cruzado muchas veces por su espíritu. Pronto hubo una vacante en la representación de Buckinghamshire, el condado que repetidas veces le había enviado á él y á sus progenitores al Parlamento; y esperaba, con ayuda de Wharton, cuyo dominio sobre los whigs del Buckinghamshire era absoluto, ser elegido sin dificultad. Wharton, sin embargo, dió su influencia á otro candidato. Este fué el golpe final. Produjo gran agitación en la ciudad la noticia de que Juan Hampden se había cortado el cuello; que había sobrevivido á su herida algunas horas; que se había declarado profundamente arrepentido de sus pecados; que había solicitado las oraciones de Burnet, y había enviado una solemne advertencia á la Duquesa de Mazzarino. Un jurado presidido por un *Coroner* le declaró loco. El infeliz había entrado en la vida con el más

bello porvenir. Llevaba un nombre que era mejor que si fuera noble. Era heredero de una pingüe hacienda y de un patrimonio mucho más precioso, la confianza y adhesión de cientos de millares de sus compatriotas. Su talento era notable y había sido cuidadosamente cultivado. Desgraciadamente la ambición y el espíritu de partido le hicieron colocarse en una situación llena de peligro. No tuvo fortaleza bastante para sobreponerse á aquel peligro. Descendió á humillaciones que le salvaron cubriéndole de oprobio. Desde aquel momento no conoció más la paz del espíritu. Su carácter se pervirtió, y su entendimiento fué pervertido por su carácter. Buscó alivio en la devoción y en la venganza, en la disipación elegante y en el torbellino de la política. Pero la negra sombra no se desvaneció nunca de su espíritu hasta que en el duodécimo año de su humillación terminó una vida infeliz con una muerte no menos desdichada (1).

El resultado de las elecciones generales demostró que Guillermo había elegido el momento más oportuno para la disolución. El número de diputados nuevos era de unos ciento sesenta, conocidos la mayor parte por su entera conformidad con las ideas del Gobierno (2).

---

(1) *Postman*, dic. 15 y 17, 1696; Vernon á Shrewsbury, dic. 13 y 15; *Diario de Narciso Luttrell*; Burnet, I, 647; Saint-Evremond, Versos á Hampden.

(2) L'Hermitage, nov. 19 (29), 1695.

XXVII.

Estado alarmante de la moneda.

Era de la más alta importancia que la Cámara de los Comunes estuviera dispuesta en aquel momento á ayudar sinceramente al Rey. Porque era de absoluta necesidad poner remedio á un mal interior que de una manera lenta y gradual había llegado á adquirir terribles proporciones. La plata acuñada, que era entonces la base del sistema monetario del reino, se hallaba en un estado que llenaba de espanto á los más atrevidos é ilustrados estadistas (1).

Hasta el reinado de Carlos II se había acuñado nuestra moneda por un procedimiento que databa del siglo XIII. Eduardo I había hecho venir hábiles artistas de Florencia, que en su tiempo era, respecto de Londres, lo que Londres en tiempo de Guillermo III era en comparación de Moscow. Durante muchas generaciones los instrumentos que habían sido introducidos entonces para la acuñación continuaron empleándose con leves alteraciones. El metal era recortado con grandes tijeras, dándole forma después y estampándolo con el martillo. En estas operaciones quedaba

(1) He encontrado noticias muy importantes acerca de este punto en un manuscrito del Museo Británico, Lansdowne Collection, num. 801. Titúlase *Breves memorias relativas á las monedas de oro y plata de Inglaterra, con una historia de la corrupción de la moneda vieja, y de la reforma introducida por la gran acuñacion llevada á cabo últimamente en la Torre y en las Casas de la Moneda de provincias, por Hopton Haynes, maestro ensayador de la Casa de la Moneda.*

mucho á la mano y al ojo del artífice. Acontecía necesariamente que algunas piezas contenían un poco más, y otras un poco menos de la cantidad justa de plata: pocas piezas eran exactamente redondas, y los bordes no estaban marcados. Descubrióse, pues, en el curso de los años que el cercenar la moneda era uno de los fraudes más fáciles y lucrativos. En el reinado de Isabel se había creído necesario disponer que el que cercenase la moneda incurriera, como de largo tiempo sucedía con el monedero falso, en la pena de alta traición (1). Sin embargo, la práctica de mermar las piezas era demasiado lucrativa para que con sólo esto desapareciera; y hacia el tiempo de la Restauración comenzó la gente á observar que una gran parte de las coronas, medias coronas y chelines que pasaban de mano en mano habían sufrido alguna leve mutilación.

Fué aquella época fecunda en experimentos, en invenciones en todas las ramas de la ciencia. Indicóse un gran adelanto en la manera de dar forma y acuñar la moneda. Establecióse en la Torre de Londres un molino, cuya fuerza grandemente aventajaba á la mano del hombre. Este molino era movido por caballos, y no hay duda que á los modernos ingenieros parecería máquina tosca y de escaso poder. Las piezas que fabricaba, sin embargo, se podían comparar con las mejores de Europa. No era fácil falsificarlas, y por ser de figura circular, y tener en los bordes una leyenda, no había que temer que fueran cercenadas (2). Las monedas antiguas y las nuevas corrían al mismo tiempo. Eran recibidas sin distinción por el Estado, y, por consiguiente, también por los particulares. Los

(1) Stat., 5; Eliz., cap. XI y XVIII; Eliz., cap. I.
(2) *Diario de Pepys*, nov. 23, 1663.

hacendistas de aquel siglo creían, al parecer, que la nueva moneda, que era excelente, haría desaparecer pronto la antigua, que estaba muy mermada. Sin embargo, toda persona de mediano entendimiento hubiera sabido que cuando el Estado concede igual valor á la moneda completa y á la que está falta de peso, la moneda completa no arroja á la defectuosa de la circulación, antes lo que sucede es lo contrario. Una corona recortada, en territorio inglés, era lo mismo para el pago de una contribución ó de una deuda que una corona de las nuevas. Pero la corona nueva, tan pronto se echaba en el crisol ó era llevada al otro lado del Canal, tenía mucho más valor que la corona cercenada. Podría, pues, haberse anunciado, con la confianza con que puede anunciarse cuanto depende de la voluntad humana, que las piezas inferiores quedarían en el único mercado en que podrían tener el mismo precio que las superiores, y que éstas cambiarían de forma ó huirían á cualquier sitio donde pudieran sacar alguna ventaja de su superioridad (1).

(1) El primer escritor que mencionó el hecho de que donde se arrojan á un tiempo á la circulación buena moneda y mala moneda, la mala hace desaparecer la buena, fué Aristófanes. Debe haber creído que la preferencia que daban sus conciudadanos á las monedas faltas de peso había de atribuirse á un gusto depravado, como el que les hacía confiar á hombres como Cleón é Hipérbolo la dirección de grandes negocios. Pero si bien sus doctrinas económicas no resisten á la crítica, sus versos son excelentes:

πολλάκις γ' ἡμῖν ἔδοξεν ἡ πόλις πεπονθέναι
ταὐτὸν ἔς τε τῶν πολιτῶν τοὺς καλούς τε κἀγαθοὺς
ἔς τε τἀρχαῖον νόμισμα καὶ τὸ καινὸν χρυσίον.
οὔτε γὰρ τούτοισιν οὖσιν οὐ κεκιβδηλευμένοις
ἀλλὰ καλλίστοις ἁπάντων, ὡς δοκεῖ, νομισμάτων,
καὶ μόνοις ὀρθῶς κοπεῖσι, καὶ κεκωδωνισμένοις
ἔν τε τοῖς Ἕλλησι καὶ τοῖς βαρβάροισι πανταχοῦ,

Los políticos de aquel siglo prescindieron, sin embargo, en su mayoría, de tan sencillas consideraciones. Causóles gran maravilla la general perversión de usar la moneda defectuosa en vez de la buena. En otros términos, se maravillaban de que nadie quisiera pagar doce onzas de plata si con diez conseguía el mismo resultado. El caballo de la Torre seguía dando vueltas como antes. La máquina continuaba arrojando nuevas cargas de buena moneda, y, sin embargo, tan pronto se daban al público, desaparecían. Unos las fundían en gran cantidad; otros, las exportaban; otros, las guardaban; pero apenas se encontraba una pieza de las nuevas en el cajón de una tienda, ó en la bolsa de cuero que el campesino llevaba á casa al volver de la feria del ganado. En los ingresos y pagos de la Hacienda apenas si en cien libras se encontraban diez chelines de moneda nueva. Un escritor de aquel tiempo menciona el caso de un comerciante, que en una suma de treinta y cinco libras recibió solamente una pieza de media corona de plata nueva. En tanto, las tijeras de los cercenadores trabajaban sin descanso. También los monederos falsos se multiplicaban y prosperaban; pues cuanto peor era la moneda corriente, mayor facilidad había en imitarla. Desde hacía más de treinta años este mal había ido creciendo constantemente. Al principio había sido desatendido; pero al fin se había hecho una calamidad

---

χρώμεθ' οὐδέν, ἀλλὰ τούτοις τοῖς πονηροῖς χαλκίοις,
χθές τε καί πρώην κοπεῖσι τῷ κακίστῳ κόμματι.
τῶν πολιτῶν θ' οὓς μὲν ἴσμεν εὐγενεῖς καὶ σώφρονας
ἄνδρας ὄντας, καὶ δικαίους, καὶ καλούς τε κἀγαθούς,
καὶ τραφέντας ἐν παλαίστραις καὶ χοροῖς καὶ μουσικῇ,
προυσελοῦμεν· τοῖς, δὲ χαλκοῖς, καὶ ξένοις, καὶ πυῤῥίαις,
καὶ πονηροῖς, κἀκ πονηρῶν, εἰς ἅπαντα χρώμεθα.

insoportable para el país. De nada servía que se hicieran cumplir severamente leyes rigurosas contra los falsificadores y cercenadores. Todas las veces que se reunía el tribunal de Old Bailey se hacían terribles escarmientos. No pasaba mes sin que fueran arrastrados á lo alto de Holborn Hill serones con cuatro, cinco ó seis infelices convictos de falsificar ó mutilar la moneda del reino. Una mañana fueron ahorcados siete hombres y quemada una mujer por cercenar la moneda. Pero todo era en vano. Las utilidades eran tan grandes, que para la gente que no respeta la ley parecían compensar ampliamente los riesgos. Decíase que algunos cercenadores habían hecho grandes fortunas. Uno especialmente ofreció seis mil libras por el indulto. Su ofrecimiento fué rechazado; pero la fama de sus riquezas contribuyó mucho á destruir el efecto que el espectáculo de su muerte debía haber producido (1). Más aún; la severidad del castigo contribuía á fomentar el crimen, pues la práctica de cercenar la moneda, con ser tan perniciosa, no excitaba en la opinión pública tan gran aborrecimiento como el asesinato, el incendio, los robos de salteadores y aun el hurto. El perjuicio que todo el cuerpo de cercenadores causaba á la sociedad era, en conjunto, inmenso; pero cada uno de estos actos, considerado aisladamente, apenas tenía importancia. Hacer pasar una pieza de media corona, después de haberle quitado un penique de plata, parecía una falta pequeña y casi imperceptible. Aun en la época en que eran más violentas las quejas de la nación por la miseria

(1) El *Diario de Narciso Luttrell* está lleno de relatos de estas ejecuciones: «Le métier de rogneur de monnoye—dice L'Hermitage—est si lucratif et paroit si facile que, quelque chose qu'on fasse pour les détruire, il s'en trouve toujours d'autres pour prendre leur place. Oct. 1 (11), 1695.»

que el estado de la moneda había producido, todo el que sufría la pena capital por haber contribuído á traer aquel estado de la moneda, tenía de su parte las simpatías de la generalidad. Prestábanse con repugnancia los constables á detener á los delincuentes. Los justicias los acusaban contra su voluntad. Los testigos no querían decir toda la verdad. Costaba trabajo á los jurados pronunciar la palabra culpable. En vano se decía al pueblo llano que los mutiladores de la moneda hacían mucho más daño que todos los salteadores y ladrones de la isla. Pues con ser tan grande el mal que hacían, en conjunto, al malhechor sólo se le acusaba de una parte infinitesimal de aquellos males. Había, pues, una conspiración general para impedir que la ley siguiera su curso. El número de acusados, por grande que pueda parecer, resultaba pequeño, si se atiende al número de delitos; y los delincuentes que eran castigados se consideraban como víctimas de asesinato, creyendo firmemente que su delito, caso de que lo fuera, era tan venial como el del muchacho que se va á coger nueces al bosque del vecino. Apenas bastaba toda la elocuencia del sacerdote para hacer que se ajustasen á la saludable práctica de reconocer en sus últimos momentos la enormidad de su culpa (1).

---

(1) Para las simpatías que al público inspiraban los cercenadores de moneda, véase el curiosísimo sermón que Fleetwood, después obispo de Ely, predicó delante del Lord Mayor en diciembre de 1694. Fleetwood dice que «una perniciosa compasión disminuía el celo de los magistrados, mantenía apartados á los funcionarios inferiores, corrompía á los jurados, y hacía que no se presentasen los testigos.» Menciona la dificultad de convencer á los mismos criminales de que habían hecho mal. Véase también un sermón predicado en el castillo de York por Jorge Halley, clérigo de la catedral, á algunos cercenadores de moneda que debían ser ahorcados al otro día. Menciona como, en general, morían

El mal siguió adelante, ganando siempre en velocidad. Por último, en el otoño de 1695, no podía casi decirse que el país poseyera para los usos prácticos medida alguna común del valor de las mercancías. Que lo que se llamaba un chelín valiese realmente diez peniques, ó seis, ó cuatro, era producto de la casualidad. Merece mencionarse el resultado de algunos experimentos que se hicieron por entonces. Los empleados de Hacienda pesaron cincuenta y siete mil doscientas libras esterlinas de moneda vieja que se habían recaudado recientemente. Si la moneda tuviera el peso, debía exceder de doscientas veinte mil onzas, pero no llegó á ciento catorce mil (1). Tres joyeros eminentes de Londres fueron invitados á enviar cien libras cada uno en moneda corriente para probarlas en la balanza. Trescientas libras debían haber pesado unas mil doscientas onzas; no pesaron, sin embargo, más que seiscientas veinticuatro. La misma prueba se hizo en diferentes partes del reino. Resultó, pues, que cien libras, que debían haber pesado unas cuatrocientas onzas, pesaron en Brístol doscientas cuarenta, en Cambridge doscientas tres, en Exeter ciento ochenta, y en Oxford sólo ciento diez y seis (2).

impenitentes estos criminales, y hace lo posible por despertar las conciencias de sus oyentes. Se detiene en una agravación de su crimen, que no se me hubiera ocurrido. «Si en nuestro tiempo se hiciera como en lo antiguo—dice—aquella pregunta, ¿de quién es esta imagen y esta inscripción?, no podríamos responderla en su totalidad. Podremos adivinar lo que la imagen representa; pero no podemos decir de quién sea por la inscripción, pues ha desaparecido totalmente.» El testimonio de estos dos eclesiásticos está confirmado por el de Tom Brown, que refiere una chistosa historia que no me atrevo á copiar, respecto á una conversación entre el ordinario de Newgate y un cercenador de moneda.

(1) Lowndes, *Ensayo sobre el mejoramiento de la moneda de plata*, 1695.

(2) L'Hermitage, nov. 29 (dic. 9), 1695.

Cierto que había algunos distritos del Norte en los cuales sólo ahora comenzaba á introducirse la moneda recortada. Un honrado cuákero, que vivía en uno de estos distritos, apuntó en algunas notas, que aún se conservan, el asombro con que al viajar por el Mediodía contemplaban los tenderos y posaderos las anchas y pesadas medias coronas en que él pagaba. Preguntábanle de dónde venía y dónde se encontraba dinero como aquél. La guinea que compró por veintidós chelines en Lancaster tenía valor diferente en cada una de las paradas de su viaje. Cuando llegó á Londres valía treinta chelines, y aún hubiera valido más á no haber fijado el Gobierno en aquella cifra el valor máximo del oro en el pago de los impuestos (1).

Los males producidos por semejante estado de la moneda no eran de los que, en general, parecen dignos de ocupar lugar eminente en la historia. Sin embargo, es probable que todas las desgracias que hubo de sufrir la nación inglesa en veinticinco años por efecto de malos reyes, malos ministros, malos Parlamentos y malos jueces, igualasen á las desgracias producidas, sólo en un año, por las malas coronas y malos chelines. Aquellos sucesos que suministran los mejores temas para la elocuencia patética ó iracunda, no son siempre los que más directamente afectan á la gran mayoría del pueblo. El mal gobierno de Carlos y Jacobo, con ser tan perjudicial, no había impedido que los negocios comunes de la vida siguieran firme y prósperamente su marcha. Mientras el honor é independencia del Estado eran vendidos á una potencia

---

(1) Las *Memorias* de este cuákero de Lancashire han sido publicadas hace pocos años en un periódico de gran respetabilidad, el *Manchester Guardian*.

extranjera; mientras se atropellaban las franquicias y se violaban leyes fundamentales, cientos de millares de familias pacíficas, honradas é industriosas trabajaban y comerciaban, comían y se entregaban al descanso tranquilas y seguras. Que los gobernantes fueran whigs ó toríes, protestantes ó jesuitas, el aldeano llevaba su ganado al mercado; el tendero de ultramarinos pesaba sus mercancías; el comerciante de paños medía sus telas; el bullicio de los compradores y vendedores era mayor que nunca en las ciudades; la abundancia de la cosecha se celebraba con la alegría de siempre en las aldeas; la leche rebosaba en las colodras de Cheshire; fermentaba la sidra en las prensas del condado de Hereford; en los hornos del Trent brillaba la loza amontonada, y los carretones de carbón eran arrastrados con rapidez por los rails de madera del Tyne. Pero cuando el gran instrumento de cambio se encontró completamente lesionado, todo comercio, toda industria, fueron como atacados de parálisis. El mal se sentía diariamente y á todas horas, en casi todos los lugares y por casi todas las clases, en la granja y en la era, junto al telar y junto al yunque, sobre las olas del Océano y en las profundidades de la mina. No se podía comprar nada sin tener una disputa. Desde la mañana á la noche cada mostrador era un campo de batalla. El obrero y el que le empleaba reñían necesariamente al llegar el sábado. En días de feria ó de mercado, los gritos, los reproches, los insultos, las maldiciones eran incesantes; y menos mal si no venía abajo el puesto de algún vendedor y no salía alguno con la cabeza rota (1). Ningún comerciante se comprometía á entregar mercancías sin

(1) Lowndes, *Ensayo*.

estipular antes la clase de moneda en que se le había de pagar. Hasta los hombres de negocios se encontraban á menudo trastornados por la confusión que reinaba en todas las transacciones pecuniarias. Los simples y los descuidados eran saqueados sin piedad por gentes cuyas demandas crecían aun más rápidamente de lo que desaparecía el dinero. El precio de las cosas necesarias á la vida, del calzado, de la cerveza, de la avena, subía rápidamente. El labrador veía que el pedazo de metal que cuando él lo recibía se llamaba chelín, si quería comprar un jarro de cerveza ó un pan de centeno apenas se lo recibían por seis peniques. En aquellos sitios donde obreros de cierta inteligencia estaban reunidos en gran número, como en el arsenal de Chatham, podían hacer oir sus quejas y obtener alguna reparación (1). Pero el rústico ignorante é indefenso se veía cruelmente sacrificado, de un lado por los que le daban el dinero según su valor nominal, y de otro por los que lo tomaban sólo al peso. Sin embargo, sus sufrimientos apenas excedían á los de la raza infortunada de los autores. Fácilmente puede formarse idea de la manera como eran tratados los escritores oscuros por las cartas que aun se conservan de Dryden á su librero Tompson. Un día le manda Tompson cuarenta chelines de bronce, esto sin contar las piezas mermadas. Otro día paga una deuda con monedas tan malas que ninguna pasaba. El gran poeta se las devuelve todas, y pide en su lugar guineas á razón de veintinueve chelines cada una. «Espero buena plata—le dice en una carta,—no como la que me habéis mandado antes.» «Si tenéis alguna plata que pase—dice en otra carta—mi esposa os lo agradecerá. He perdido treinta chelines ó más en las

(1) L'Hermitage, dic. 21 (enero 3), 1695.

últimas cincuenta libras que cobré.» Estas quejas y peticiones, que se han librado de la destrucción merced tan solo á la importancia del escritor, no son sin duda más que un ejemplo de la correspondencia que durante varios meses llenó todos los sacos del correo en Inglaterra.

En medio de la pública miseria, una clase prosperaba grandemente, los banqueros; y entre los banqueros ninguno podía en habilidad ó suerte compararse con Carlos Duncombe. Pocos años antes había sido joyero de no gran caudal. Tal vez, según costumbre de los de su profesión, había salido á buscar clientes á los soportales de la Bolsa Real, había saludado á los mercaderes con profundas reverencias, y había pedido que le concedieran el honor de guardar su numerario. Pero tan hábilmente supo ahora aprovecharse de las ocasiones de utilidad que la general confusión de precios daba al cambista, que en el momento en que el comercio del reino se encontraba en peor situación, entregó cerca de noventa mil libras por la finca de Helmsley en el North Riding de Yorkshire. Aquella gran propiedad había sido concedida en una época de turbulencias por los Comunes de Inglaterra á su victorioso general Fairfax, y había formado parte de la dote que la hija de Fairfax había llevado al brillante y disoluto Buckingham. A aquella finca había llevado Buckingham los débiles restos de su hermoso cuerpo y de su hermoso espíritu, después de haber malgastado en loca intemperancia sensual é intelectual los más codiciados bienes de la naturaleza y la fortuna; y allí había acabado su combatida existencia bajo aquel humilde techo y en aquel mísero camastro que el gran satírico de la generación siguiente describió en versos inmortales. Aquella vasta posesión pasó á una nueva raza; y á

los pocos años un palacio espléndido y costoso como nunca lo había habitado el magnífico Villiers, se levantaba en medio de los hermosos bosques y fuentes que le habían pertenecido, siendo designado con el nombre un tiempo humilde de Duncombe.

Desde la revolución el estado de la moneda había sido objeto de varias discusiones en el Parlamento. En 1689 los Comunes nombraron una comisión para que examinara este asunto, pero no emitió informe; en 1690 otra comisión había dicho que inmensas cantidades de plata eran exportadas del reino por los judíos que, se decía, no reparaban en nada con tal de sacar utilidad. Formáronse proyectos para fomentar la importación y disminuir la exportación de los metales preciosos. Uno tras otro se presentaban y eran rechazados bills de todo punto insensatos. Por último, á principios del año de 1695, la cuestión llegó á tomar aspecto tan grave que las Cámaras se consagraron seriamente á buscar remedio. El único resultado práctico de sus deliberaciones fué una nueva ley penal, de la que se esperaba que impediría la merma de la moneda antigua y la fundición y exportación de la nueva. Disponíase que todo el que delatase á un mermador de moneda tendría derecho á una recompensa de cuarenta libras; que todo mermador que delatase á otros dos tendría derecho á ser perdonado, y que todo aquel á quién se le encontrasen limaduras ó recortes de plata sería marcado en el rostro con un hierro candente. Autorizóse á algunos funcionarios para buscar metal en bruto. Si se encontraba en una casa ó á bordo de un barco, el dueño estaba obligado á probar que nunca había formado parte de la moneda del reino. Si no lograba hacer de manera satisfactoria la historia de cada barra, incurría en severas penas. Esta ley, como era de esperar, resultó completamente ineficaz.

Durante el verano y el otoño siguientes las monedas siguieron mermando, y los gritos que la miseria arrancaba en todos los condados del reino fueron más fuertes y más desesperados.

Más felizmente para Inglaterra, había entre sus gobernantes algunos que claramente advirtieron que no con la horca y el hierro candente se volvería á hacer prosperar su decaída industria y comercio. El estado de la moneda, desde hacía algún tiempo, ocupaba seriamente la atención de cuatro hombres eminentes íntimamente unidos por vínculos públicos y privados. Dos de ellos eran políticos que, en medio de sus trabajos oficiales y parlamentarios, no habían cesado de amar y honrar la filosofía; y los otros dos eran filósofos en quien los hábitos de profundas meditaciones no habían menguado el práctico buen sentido, sin el cual hasta el genio es perjudicial en política. Nunca había habido ocasión que con mayor urgencia reclamase talentos prácticos y teóricos; y nunca había visto el mundo los más altos talentos prácticos y los más altos talentos teóricos unidos en alianza tan estrecha, tan armoniosa y tan honrosa como la que unía á Somers y Montague, á Locke y Newton.

Es muy de lamentar que no tengamos una historia minuciosa de las conferencias de los hombres á quienes debe Inglaterra la restauración de la moneda y la larga serie de años prósperos que datan de aquel suceso. Sería interesante ver cómo el oro puro de la verdad científica, encontrada por los dos filósofos, fué mezclada por los dos estadistas con la cantidad justa de aleación que era necesaria para ponerla en práctica; sería curioso estudiar los muchos planes que fueron propuestos, discutidos y rechazados, unos por ineficaces, otros por injustos, unos por muy costosos

otros por muy aventurados, hasta que al fin se ideó un plan cuya sabiduría se probó con el mejor de los testimonios, el éxito completo.

Newton no ha dejado á la posteridad ninguna exposición de sus opiniones acerca de la moneda. Mas felizmente aun se conservan los tratados de Locke sobre este asunto; y es dudoso que en ninguno de sus escritos, ni aun en aquellos ingeniosos y profundamente meditados capítulos que forman tal vez la parte más valiosa del *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*, aparezca de manera más notable el vigor de su espíritu. No se sabe si había conocido á Dudley North. En carácter moral, había entre los dos poca semejanza. Pertenecían á diferentes partidos, y puede asegurarse que si Locke no hubiera buscado asilo contra la tiranía en Holanda, tal vez hubiera sido enviado á Tyburn por un jurado que Dudley North hubiera reunido. Intelectualmente, sin embargo, tenían mucho de común el tory y el whig. Había imaginado cada uno de ellos con gran trabajo una teoría de economía política, la misma en sustancia que Adam Smith expuso más adelante. Y aun en ciertos respectos la teoría de Locke y North era más completa y simétrica que la de su ilustre sucesor. Hase atacado muchas veces con justicia á Adam Smith por sostener, en directa oposición con todos sus principios, que el tanto de interés debe ser fijado por el Estado; lo cual es tanto más de censurar, por cuanto mucho antes de que naciera Adam Smith, Locke y North habían enseñado que era tan absurdo hacer leyes fijando el precio del dinero como fijando el precio de los paños ó de la cuchillería (1).

(1) Siempre debe recordarse, para honra de Adam Smith, que la *Defensa de la usura* le convirtió completamente, haciéndole confesar, con ingenuidad digna de un verdadero filósofo, que la doctrina establecida en la *Riqueza de las Naciones* era errónea.

Dudley North murió en 1693. Poco tiempo antes de su muerte publicó, sin darle su nombre, un pequeño tratado que contiene el conciso bosquejo de un proyecto para restaurar la moneda. Este proyecto era el mismo, en sustancia, desarrollado después extensamente y hábilmente defendido por Locke.

Una cuestión que fué, á no dudar, objeto de muchas deliberaciones importantes, fué el determinar si había de hacerse algo mientras duraba la guerra. Fuera cualquiera el camino que se emprendiese para remediar el estado de la moneda, tenían que hacerse grandes sacrificios, ya por toda la sociedad, ya por una parte de ella. Y pedir tales sacrificios en una época en que la nación estaba ya pagando impuestos que diez años antes ningún hacendista hubiera creído posible levantar, era, indudablemente, un procedimiento muy peligroso. Los políticos timoratos estaban por la dilación; pero la convicción deliberada de los grandes caudillos whigs era de que se debía arriesgar algo para no perderlo todo. De Montague se dice, en particular, que expresó en lenguaje enérgico su determinación de matar ó curar. Cierto que si hubiera habido alguna esperanza de que el mal continuaría en el mismo estado, lo prudente hubiera sido diferir hasta que se hiciera la paz un experimento que debía poner á dura prueba la resistencia del cuerpo político. Pero el mal progresaba diariamente de una manera casi imperceptible á simple vista. La reforma de la moneda hubiera podido hacerse en 1694 con la mitad del riesgo que en 1696, y por grande que fuera el riesgo en 1696, sería doble el que se correría aplazando la reforma hasta 1698.

No perjudicaban tanto los políticos que estaban por la dilación, como otros que querían que se hiciera una acuñación general inmediatamente, insistiendo

en que el nuevo chelín no debía valer más que nueve peniques ó nueve peniques y medio. Á la cabeza de este partido estaba Guillermo Lowndes, secretario del Tesoro y miembro del Parlamento por el distrito de Seaford, uno de los más respetables y laboriosos de los empleados públicos, pero mucho más versado en los detalles de su oficina que en las partes superiores de la filosofía política. No tenía la menor idea de que un pedazo de metal con la cabeza del Rey era una mercancía cuyo valor se regía por las mismas leyes que rigen el de un pedazo de metal en forma de cuchara ó de hebilla, y que tanto poder tenía el Parlamento para aumentar la riqueza del reino llamando á las coronas libras, como para aumentar sus dimensiones llamando á los estadios millas. Pensaba seriamente, por increíble que parezca, que si la onza de plata se dividiera en siete chelines, en vez de cinco, los extranjeros nos venderían sus vinos y sus sedas por menor número de onzas. Tenía un partido considerable formado de gente estúpida que realmente creía lo que él decía, y de hombres astutos que sinceramente deseaban que la ley los autorizase á pagar cien libras con ochenta. Si sus argumentos hubieran prevalecido, hubieran tenido que añadirse los males de una vasta confiscación á todos los otros males que afligían al país; el crédito público, que aun estaba en su tierna y combatida infancia, hubiera sido destruído, y se hubiera corrido gran peligro de una insurrección general del ejército y la armada. Por fortuna Lowndes fué completamente refutado por Locke en un papel que éste redactó para uso de Somers. Somers quedó encantado del tratadito, y quiso que se imprimiera. Pronto vino á ser el libro de texto de todos los más ilustrados políticos del reino, y todavía puede leerse con placer y provecho. El efecto del

perspicuo y contundente razonamiento de Locke aparece grandemente realzado por su evidente afán de llegar á la verdad, y por la cortesía, singularmente generosa y magnánima, con que trata á un antagonista, de facultades muy inferiores á las suyas. Flamsteed, el astrónomo real, describió muy bien la controversia, diciendo que el punto que se discutía era saber si cinco eran seis ó solamente cinco (1).

Hasta aquí Somers y Montague estaban completamente de acuerdo con Locke; pero en cuanto á la manera como debía efectuarse la reforma de la moneda, había alguna diferencia de opinión. Locke recomendaba, como Dudley North lo había hecho, que el Rey fijase por una proclama un día próximo, después del cual la moneda antigua no se recibiera en todos los pagos más que por peso. Las ventajas de este plan eran indudablemente grandes y fáciles de comprender. Era el más sencillo y al mismo tiempo el más eficaz. Lo que las pesquisas, las multas, el hierro candente, la horca y la hoguera no habían podido hacer, se haría en un instante. Cesaría la merma de las piezas antiguas y la fundición de las nuevas. Saldrían grandes cantidades de buena moneda de secretos cajones y de detrás de los enmaderamientos que cubrían las paredes. La plata mutilada entraría gradualmente en la Casa de la Moneda, de donde volvería á salir en una forma que haría la mutilación imposible. Al cabo de poco tiempo toda la moneda del reino sería buena, y mientras se realizaba tan gran cambio no habría nunca, en ningún momento, escasez de moneda.

(1) Lowndes, *Ensayo para el mejoramiento de la moneda de plata;* Locke, *Nuevas consideraciones respecto al aumento del valor de la moneda;* Locke á Molyneux, nov. 20, 1695; Molyneux á Locke, dic. 24, 1695.

Estas consideraciones eran poderosas; y la autoridad unida de North y Locke, en semejante cuestión, es muy digna de respeto. Debe, sin embargo, confesarse que su plan se prestaba á una grave objeción, que no les pasó completamente inadvertida, pero de la cual se ocuparon muy poco, al parecer. La reforma de la moneda era un beneficio para toda la sociedad. ¿En virtud, pues, de qué principio habían de imponerse solo á una parte de la sociedad los gastos de la reforma de la moneda? Era, á no dudar, muy conveniente que las palabras libra y chelín tuvieran otra vez una significación fija, que todos supieran la significación de sus contratos y el valor de su hacienda. Pero ¿era justo llegar á fin tan excelente valiéndose de medios cuyo efecto sería que todo labrador que hubiera separado cien libras para pagar su renta, todo industrial que hubiera reunido cien libras para hacer efectivos sus compromisos, encontraran en un momento sus cien libras reducidas á cincuenta ó sesenta? Ni el labrador, ni el industrial tenían la culpa de que sus coronas y medias coronas estuvieran faltas de peso. El mismo Gobierno era el culpable. El Estado tenía obligación de reparar el mal que él mismo había producido; y sería evidentemente una injusticia arrojar la carga de la reparación sobre una clase particular, sólo porque esa clase estaba en situación tal que se la podía saquear sin inconveniente. La misma razón había para obligar á los comerciantes de madera á sufragar los gastos de armar la escuadra del Canal, ó para obligar á los armeros á suministrar armas á los regimientos de Flandes, que para reformar la moneda del reino á expensas de aquellos individuos en cuyo poder se hallaba casualmente en un momento dado la plata mermada.

Locke declaró que lamentaba la pérdida que, caso

de aceptarse su consejo, experimentarían los que tuvieran moneda falta de peso. Pero, á su jucio, la nación debía elegir entre distintos males. Y en realidad era mucho más fácil prescindir de la proposición general, que los gastos ocasionados por la reforma de la moneda debían ser sufragados por el público, que encontrar algún procedimiento que sin gran dificultad y peligro permitiera hacerlo así. ¿Se anunciaría que todo el que en el término de un año ó de seis meses llevara á la Casa de la Moneda una corona recortada recibiría en cambio una de las nuevas, y que la diferencia entre el valor de las dos piezas correría á cargo del presupuesto? Esto hubiera equivalido á ofrecer un premio por recortar la moneda. Las tijeras hubieran estado más activas que nunca. La moneda defectuosa lo sería cada día más. La diferencia que los pagadores de contribución hubieran tenido que abonar, probablemente hubiera excedido en más de un millón al finalizar el plazo que al principio; y este millón hubiera sido íntegro para recompensa de malhechores. Si el plazo concedido para la entrega de la moneda vieja era muy breve, el peligro de nuevas mermas disminuiría proporcialmente, pero se correría otro riesgo. La plata acudiría á la Casa de la Moneda con mucha más rapidez de la que podría salir, y durante algunos meses habría una perjudicialísima escasez de dinero.

Ocurriósele á Somers, y fué aprobado por Guillermo, un expediente singularmente ingenioso y atrevido. Consistía éste en preparar con gran secreto un bando, y publicarlo al mismo tiempo en todo el reino. Esta proclama anunciaría que en lo sucesivo la moneda vieja no se abonaría más que por peso. Pero todo el poseedor de moneda de esta clase podía entregarla en término de tres días, en un paquete

sellado, á las autoridades. Las monedas serían examinadas, numeradas, pesadas y devueltas al dueño con una nota que le daba derecho á percibir del Tesoro en época futura la diferencia entre la cantidad efectiva de plata de las monedas y la cantidad que debían tener (1). Si se hubiera adoptado este plan, se hubiera puesto término inmediato á la merma, la fundición y la exportación; y los gastos de la reforma de la moneda hubieran sido sufragados, como era justo, por el público. El inconveniente producido por la escasez de moneda hubiera sido de muy corta duración, porque las piezas mutiladas sólo hubieran estado detenidas el tiempo necesario para numerarlas y pesarlas; hubieran sido luego devueltas á la circulación, y la acuñación se hubiera hecho gradualmente y sin ninguna suspensión ni alteración perceptible del tráfico. Pero contra estas grandes ventajas surgirían dificultades que Somers estaba dispuesto á arrostrar, pero las cuales no es extraño que hayan asustado á políticos de menos elevación. El procedimiento que él recomendaba á sus colegas era ciertamente el más seguro para el país, pero en modo alguno era el más seguro para ellos. Su plan no podía dar buen resultado si la ejecución no era inmediata; la ejecución no podía ser inmediata sino se pedía y obtenía la previa sanción del Parlamento, y dar un paso de tan terrible importancia sin la previa sanción del Parlamento era exponerse á la censura, la acusación, el encarcelamiento, la ruina. El Rey y el Lord Guarda Sellos se encontraron solos en el Consejo. Hasta Montague se asustó, y se resolvió no hacer nada sin la autorización del Parlamento. Montague se encargó de someter á los Comunes un proyecto que no carecía cier-

(1) Burnet, II, 147.

tamente de peligros y dificultades, pero que era probablemente el mejor que podía esperar poner por obra.

XXVIII.

Reunión del Parlamento.—Lealtad de la Cámara de los Comunes.

El 22 de noviembre se reunieron las Cámaras, en cuyo día fué elegido Foley Speaker. Al día siguiente fué presentado y aprobado. El Rey abrió la legislatura con un discurso redactado con mucha habilidad. Felicitó á sus oyentes por el resultado de la campaña del Continente, resultado que atribuyó, en lenguaje que debe haber sido muy grato á sus oyentes, á la bravura del ejército inglés. Habló de los males que habían surgido por el estado deplorable de la moneda, y de la necesidad de poner pronto remedio. Manifestó con mucha claridad su opinión de que los gastos que ocasionase la reforma de la moneda fueran sufragados por el Estado; pero declaró que dejaba toda esta cuestión á la sabiduría de su Gran Consejo. Antes de terminar se dirigió especialmente á la recién elegida Cámara de los Comunes, expresando con calor cómo aprobaba la excelente elección hecha por su pueblo. El discurso fué recibido con un débil, pero muy significativo murmullo de aprobación de uno y otro lado de la barra, encontrando tan favorable acogida en el público como en el Parlamento (1). En los Comunes,

(1) *Commons' Journals*, nov. 22, 23 y 26, 1695; L'Hermitage, nov. 26 (dic. 6).

Wharton propuso un voto de gracias, débilmente combatido por Musgrave, adoptado sin votación y llevado por toda la Camara á Kensington. En el Palacio la lealtad de todos los diputados se manifestó de una manera que apenas parecería hoy compatible con la gravedad senatorial. Cuando sirvieron los refrescos en la antecámara, el Speaker llenó su vaso y propuso dos brindis, á la salud del rey Guillermo el uno, á la confusión de Luis XIV el otro, y ambos fueron recibidos con grandes aclamaciones. Sin embargo, observadores atentos pudieron advertir que aunque los representantes de la nación fueran, como cuerpo, celosos de la libertad civil y de la religión protestante, y aun cuando estuvieran preparados á sufrirlo todo antes que ver á su país reducido nuevamente al vasallaje, parecían intranquilos y desalentados. Todos pensaban en el estado de la moneda; todos decían que era preciso hacer algo, y todos confesaban que no sabían qué hacer. «Mucho temo, dijo un diputado que expresaba la opinión de otros muchos, que la nación no pueda resistir la enfermedad ni el remedio» (1).

Había, en efecto, una minoría que observaba con malicioso placer las dificultades y peligros de aquella crisis; y de aquella minoría el jefe más atrevido, más violento y más faccioso era Howe, á quien la pobreza había hecho más violento que nunca. Propuso que se constituyera la Cámara en comité para tratar del estado de la nación; en lo cual el Ministerio—pues ya ahora puede emplearse con propiedad esta palabra—consintió prontamente. En realidad, la gran cuestión relativa al estado de la moneda no podía ser pre-

(1) *Commons' Journals*, nov. 26, 27, 28 y 29, 1695; L'Hermitage, nov. 26 (dic. 6), nov. 29 (dic. 9), dic. 8 (18).

sentada más oportunamente que en tal comité. Cuando el Speaker abandonó la presidencia, Howe arengó contra la guerra con tanta vehemencia como en años anteriores había arengado porque se hiciera. Pedía la paz, la paz en cualesquiera condiciones. La nación, decía, semejaba á un herido que seguía luchando desesperadamente mientras de sus heridas salía la sangre á borbotones. Durante breve tiempo el espíritu podía sostener el cuerpo; pero la debilidad no podía tardar en sobrevenir. No había energía moral capaz de resistir largo tiempo contra el agotamiento físico. Encontró muy poco apoyo. La gran mayoría de sus oyentes estaba completamente decidida á arriesgarlo todo antes que someterse á Francia. Observóse burlonamente que el estado de su propia hacienda le había sugerido la imagen del hombre que se desangraba hasta morir, y que si se le hubiera administrado un cordial en forma de sueldo se hubiera cuidado muy poco de las exhaustas venas de la república. «Nosotros, dijeron los oradores whigs, no nos hemos rebajado á pedir la paz cuando nuestra bandera era arrojada del Canal, cuando la escuadra de Tourville estaba fondeada en Torbay, cuando la nación irlandesa estaba en armas contra nosotros, cuando todos los correos de los Países Bajos traían la noticia de algún desastre, cuando teníamos que luchar con el genio de Louvois en el gabinete y el de Luxemburgo en el campo. ¿Y hemos de suplicar, ahora que ninguna escuadra enemiga se atreve á presentarse ni aun en el Mediterráneo, cuando nuestras armas vencen en el Continente, cuando Dios se ha llevado al gran político y al gran general cuyos talentos frustraron largo tiempo nuestros esfuerzos, y cuando la debilidad de la administración francesa indica de manera que no deja lugar á duda el ascen-

diente de una favorita?» La idea de Howe fué desdeñosamente rechazada, y el comité pasó á tomar en consideración el estado de la moneda (1).

XXIX.

Controversia acerca del estado de la moneda. Acuerdos del Parlamento en este punto.

En tanto, las recién emancipadas imprentas de la capital no descansaban un momento. Innumerables follctos y hojas acerca de la moneda se veían en los mostradores de las librerías, y eran puestos en manos de los miembros del Parlamento en el pasillo. En uno de los más curiosos y divertidos salían Luis XIV y sus Ministros manifestando la mayor inquietud de que Inglaterra fuera á hacerse la nación más rica del mundo con el sencillo procedimiento de llamar chelín á nueve peniques, y anunciando con entera confianza que, de continuar el antiguo sistema de equivalencias, habría otra revolución. Unos escritores objetaban con vehemencia contra la idea de que el público hubiera de sufragar los gastos ocasionados por la reforma de la moneda; otros instaban al Gobierno para que aprovechara esta oportunidad de asimilar el dinero de Inglaterra al de las naciones vecinas; un proyectista quería que se acuñasen guilders; otros que se acuñasen dollars (2).

(1) *Commons' Journals*, nov. 28 y 29, 1695; L'Hermitage, diciembre 3 (13).

(2) L'Hermitage, nov. 22 (dic. 2), dic. 6 (16), 1695; *Extracto de las consultas y debates entre el Rey de Francia y su Consejo respecto á la nueva moneda que se piensa hacer en Inglaterra, en-*

Dentro del recinto del Parlamento continuaron los debates con gran interés durante algunos días. Por fin Montague, después de derrotar primero á los que querían dejar las cosas en tal estado hasta que se hiciera la paz y después á los que querían rebajar el valor del chelín, hizo adoptar once resoluciones en las cuales aparecían los contornos de su plan. Resolvióse que la moneda del reino fuera acuñada de nuevo según el antiguo modelo, tanto en peso como en calidad; que todas las nuevas piezas tuvieran marcados y estampados los bordes; que la pérdida de las piezas mermadas fuera sufragada por el público; que se fijara una época después de la cual no se admitiera la moneda cercenada sino en los pagos al Estado. No puede fijarse el número de votaciones que hubo en el comité. Cuando se dió cuenta de las resoluciones, hubo una votación para decidir si había de conservarse el antiguo peso. Dijeron que *no* ciento catorce, y doscientos veinticinco dijeron que *sí* (1).

Se mandó redactar un bill fundado en estas resoluciones. Pocos días después, el Canciller de Hacienda explicaba á los Comunes en la Comisión de Arbitrios el plan por el cual se proponía sufragar los gastos de

---

viado secretamente por un amigo de los confederados desde la corte de Francia á su hermano de Bruselas, dic. 12, 1695; *Discurso que contiene las nociones generales de la moneda, el comercio y los cambios, por Mr. Clement, de Bristol; Carta de un comerciante inglés de Amsterdam á su amigo de Londres; Fondo para conservar y proveer lo necesario á nuestra moneda; Ensayo para regularizar la moneda, por A. V.; Proposición para suministrar á S. M. un millon y doscientas mil libras mejorando la moneda y conservando, sin embargo, el antiguo modelo del reino.* Tales son los títulos de algunos de los folletos que en esta ocasión fueron distribuídos entre los miembros del Parlamento.

(1) *Commons' Journals*, dic. 10, 1695; L'Hermitage, dic. 3 (13), 6 (16), 10 (20).

la reacuñación. Era imposible calcular con exactitud á cuánto ascenderían las faltas de la moneda mermada. Pero seguramente se necesitarían lo menos un millón doscientas mil libras, suma que el Banco de Inglaterra se comprometió á adelantar con buena garantía. Era máxima recibida entre los hacendistas que ninguna de cuantas seguridades podía ofrecer el Gobierno era tan buena como lo había sido el antiguo impuesto del hogar. Aquel impuesto, con ser tan odioso á la gran mayoría de los que lo pagaban, era recordado con pesar en el Tesoro y en la City. Ocurrióselе al Canciller de Hacienda que se podía establecer un impuesto sobre las casas, que fuera tan productivo y seguro como el impuesto del hogar, pero que no pesara tan duramente sobre el pobre y fuera recaudado con un procedimiento menos vejatorio. El número de familias que habitan en cada casa no se puede averiguar sin visitas domiciliarias. Un recaudador puede contar las ventanas sin pasar el umbral. Montague propuso que los habitantes de las cabañas á quienes los recaudadores del impuesto del hogar habían hecho sufrir cruelmente quedaran por completo exceptuados de la nueva contribución. Su plan fué aprobado por el Comité de Arbitrios y sancionado por la Cámara sin ninguna votación. Tal fué el origen del impuesto de las ventanas, impuesto que, siendo, á no dudar, un gran mal, debe considerarse como un beneficio si se le compara con la calamidad de que libró á la nación (1).

Hasta aquí todo había ido bien. Pero sobrevino entonces una crisis que exigió el más delicado tacto. La noticia de que el Parlamento y el Gobierno estaban determinados á hacer una reforma en la moneda

(1) *Commons' Journals*, dic. 13, 1695.

produjo un pánico, resultado de la ignorancia, entre el pueblo llano. Todos deseaban librarse de las coronas y de las medias coronas mermadas. Nadie quería recibirlas. Había riñas que casi eran tumultos en la mitad de las calles de Londres. Los jacobitas, siempre llenos de alegría y esperanza en los días de adversidad y público peligro, se mostraban en todas partes muy animados y habladores. Se brindaba públicamente por el rey Jacobo en tabernas y cervecerías. Muchos miembros del Parlamento, que hasta aquí habían dado su apoyo al Gobierno, comenzaron á vacilar; y para que nada faltase á las dificultades del momento, surgió una disputa entre las Cámaras sobre una cuestión de privilegio. El bill de reacuñación, redactado de conformidad con las resoluciones de Montague, había sido enviado á los Pares, quienes habían añadido enmiendas, algunas de las cuales, en opinión de los Comunes, no tenían derecho á hacer sus señorías. La crisis era muy seria para admitir dilación. Montague presentó un nuevo bill, que era, en rigor, el mismo de antes, modificado en algunos puntos para satisfacer los deseos de los Lores; éstos, aunque no del todo satisfechos con el nuevo bill, lo aprobaron sin ninguna alteración, recibiendo inmediatamente la sanción del Rey. El 4 de mayo, fecha que se recordó largo tiempo en todo el reino, y especialmente en la capital, se fijó como el día en que el Gobierno debía cesar de recibir la moneda mermada en el pago de los impuestos (1).

(1) Stat. 7; Guil. 3, cap. 1; *Diarios de los Lores y de los Comunes*; L'Hermitage, dic. 31 (enero 10), enero 7 (17), 10 (20), 14 (24), 1696. L'Hermitage describe en lenguaje enérgico los grandes perjuicios causados por las disputas entre las Cámaras: «La longueur qu'il y a dans cette affaire est d'autant plus désagréable qu'il n'y a point de sujet sur lequel le peuple en général puisse souffrir

Los principios en que se funda el acta de reacuñación son excelentes, pero algunos de los detalles, tanto de aquella acta como de un acta suplementaria que fué aprobada más adelante en la misma legislatura, parecen demostrar que Montague no había considerado bien lo que la legislación puede y lo que no puede efectuar. Por ejemplo, hizo que el Parlamento calificara de penable el dar ó tomar más de veintidós chelines por una guinea. Puede afirmarse confiadamente que esta disposición no fué sugerida ni aprobada por Locke. Él bien sabía que el alto precio del oro no era el mal que afligía al Estado, sino únicamente un síntoma de aquel mal, y que inevitablemente la baja del oro sucedería, sin que fuerzas ni ingenio humano pudieran hacerla preceder, á la reacuñación de la plata. En efecto, el anuncio de esta ley penal no produjo, al parecer, resultado alguno bueno ni malo. Hasta que la plata nueva estuvo en circulación, la guinea continuó, á despecho de la ley, pasando por treinta chelines. Cuando hubo abundancia de plata nueva, la guinea bajó, no á veintidós chelines, que era el precio más alto concedido por la ley, sino á veintiún chelines y seis peniques (1).

A principios de febrero el pánico producido por los

---

plus d'incommodité, puisqu'il n'y a personne qui, á tous moments, n'aye occasion de l'esprouver.»

(1) Deduzco yo que Locke no era partidario de que se bajara el precio del oro por medio de leyes penales, de un pasaje en que menciona las quejas de Lowndes por el alto precio de las guineas. «El único remedio—dice Locke—para ese mal, como para otros muchos, es poner término á que la moneda mermada pase por su valor nominal» (Locke, *Nuevas consideraciones*). Que, como era de esperar, las penas resultaron ineficaces, se deduce de varios pasajes de los despachos de L'Hermitage y aun de las *Breves Memorias* de Haynes, no obstante ser éste devoto partidario de Montague.

primeros debates acerca de la moneda desapareció; y desde aquella fecha hasta el 4 de mayo la falta de moneda no fué causa de grandes perjuicios. Comenzó la reacuñación. Estableciéronse los hornos en el jardín que había á espaldas del Tesoro, y diariamente grandes montones de coronas y chelines mutilados y desfigurados eran convertidos en macizas barras que inmediatamente salían para la Casa de la Moneda, establecida en la Torre (1).

XXX.

Aprobación del acta reglamentando los procesos en casos de alta traición.

Intimamente unida con la ley para la restauración de la moneda, había otra ley que algunos años antes fuera examinada por el Parlamento, y había producido disputas acaloradas entre la rama hereditaria y la rama electiva de la representación nacional. Apenas había comenzado la legislatura, cuando fué puesto nuevamente sobre la mesa de la Cámara de los Comunes el bill reglamentando los procesos en casos de alta traición. Nada se sabe de los debates á que dió lugar, excepto una circunstancia interesante que ha sido conservada por la tradición. Entre los mantenedores del bill se distinguía un joven whig de alto rango, pingüe fortuna y gran talento asiduamente cultivado por el estudio. Era éste, Antonio Ashley Cooper, Lord Ashley, hijo mayor del segundo Conde de Shaftesbury, y nieto de aquel famoso polí-

(1) L'Hermitage, enero 14 (24), 1696.

tico que en tiempo de Carlos II había sido, en una época, el ministro más inmoral, y en otra el más inmoral de todos los demagogos. Ashley acababa de ser elegido diputado por el distrito de Poole, y tenía veinticinco años. En el curso de su peroración vaciló, tartamudeó y pareció perder el hilo del razonamiento. La Cámara, entonces como ahora indulgente con los novicios, y entonces como ahora conociendo que en el primer discurso la vacilación, que es efecto de la modestia y el temor, es tan buena señal como la facilidad de palabra y soltura en las maneras, le animó á que prosiguiera. «¿Qué argumento podría yo aducir, señor Presidente, dijo el joven orador reponiéndose, que tuviera más fuerza en apoyo de este bill que mi propia turbación? No se trata de aventurar mi fortuna, mi reputación ni mi vida. Estoy hablando á un auditorio cuya benevolencia debería inspirarme valor. Y, sin embargo, á efecto sólo de los nervios, sólo por falta de costumbre de hablar ante asambleas numerosas, he perdido la memoria de lo que iba á decir, y no puedo continuar mi razonamiento. ¿Cuál no debe ser, pues, la situación del infeliz que, no habiendo despegado sus labios en público, tiene que contestar, sin un momento para prepararse, á los más hábiles y experimentados abogados del reino, y cuyas facultades están paralizadas por la idea de que si no logra convencer á sus oyentes, morirá á las pocas horas en la horca, dejando en la indigencia y en la infamia á los seres que le son más queridos?» Es muy de creer que la turbación de Ashley y el uso ingenioso que supo hacer de ella, habían sido cuidadosamente preparados. Su discurso, sin embargo, hizo honda impresión, y probablemente engendró esperanzas que no se realizaron. Su salud era delicada; su gusto era refinado hasta el punto de que

casi nada le contentaba; pronto dejó la política á otros cuya contextura física é intelectual era más tosca que la suya; se entregó por completo á los placeres del espíritu, perdiéndose en los laberintos de la antigua filosofía académica, y aspirando á la gloria de resucitar la elocuencia de la antigua Academia. Su dicción afectada y florida, pero á menudo singularmente bella y armoniosa, fascinó á muchos jóvenes entusiastas. Su vida fué breve; pero vivió lo suficiente para fundar una nueva secta de librepensadores ingleses, opuesta diametralmente en opiniones y sentimientos á aquella secta de librepensadores cuyo oráculo era Hobbes. Durante muchos años los *Caracteres* del uno fueron el Evangelio de los descreídos románticos y sentimentales, mientras que el Evangelio de los descreídos de carácter frío y reflexivo era el *Leviatán*.

El bill tantas veces presentado, y siempre sin éxito, fué aprobado en los Comunes sin votación, y pasó á los Lores. Pronto lo devolvieron con la tan disputada cláusula relativa á la constitución del Tribunal del Gran Senescal. Un fuerte partido entre los representantes del pueblo se obstinaba en no conceder ningún nuevo privilegio á la nobleza; pero el momento era crítico. La disidencia que había surgido entre las Cámaras con motivo del bill de reacuñación había producido dificultades capaces de alarmar aun á políticos atrevidos. Fué necesario comprar una concesión con otra. Los Comunes, por ciento noventa y dos votos contra ciento cincuenta, aprobaron la enmienda en que durante cuatro años tan obstinadamente habían insistido los Lores, y éstos, en cambio, aprobaron inmediatamente el bill de reacuñación sin enmienda alguna.

Habíase discutido largamente respecto á la época

en que debía comenzar á regir el nuevo sistema de procedimiento para los casos de alta traición, y ya una vez se había perdido el bill á causa de la disputa á que este punto había dado lugar. Muchos opinaban que no debía introducirse el cambio hasta después de terminada la guerra. Era notorio, decían, que el enemigo de fuera estaba apoyado por gran número de traidores del reino; y en ocasión semejante, la severidad de las leyes que protegían la República contra las maquinaciones de los malos ciudadanos, no debía ser disminuída. Acordóse, por último, que la nueva ley comenzara á regir el 25 de marzo, que era el primer día, según el antiguo calendario, del año de 1696.

XXXI.

Acuerdos del Parlamento respecto á la concesión de tierras de la Corona hecha á Portland en Gales.

El 21 de enero sancionó el Rey el bill de reacuñación y el que reglamentaba los procesos en casos de alta traición. Al día siguiente fueron los Comunes á Kensington con una misión nada agradable para ellos ni para el Rey. Estaban firmemente resueltos á apoyarle á toda costa y riesgo contra todos los enemigos interiores y exteriores; pero al mismo tiempo, estaban celosos, como cualquier asamblea de quinientos trece caballeros ingleses que por cualquier procedimiento se llegara á reunir lo hubiera estado, del favor que el Rey mostraba á sus amigos de la juventud. Guillermo tenía empeño en que la casa de Bentinck pudiera competir en riqueza y esplendor con las casas de Howard y Seymour, de Russell y Cavendish.

Algunas de las mejores fincas hereditarias de la Corona habían sido concedidas á Portland, no sin alguna murmuración por parte de los whigs y de los toríes. Cierto que no se había hecho nada que no estuviera en entera conformidad con la letra de la ley y con una larga serie de precedentes. Desde tiempo inmemorial los soberanos ingleses consideraban las tierras que habían heredado por virtud de su dignidad como propiedad privada. Todas las familias que habían ocupado el primer rango en Inglaterra, desde los De Vere hasta los Hydes, habían sido enriquecidas por regias donaciones. Carlos II había sacado de sus tierras hereditarias haciendas ducales para sus bastardos. Ni tampoco el Bill de Derechos contenía una palabra que pudiera significar que el Rey no era perfectamente libre de enajenar como quisiera los bienes de la Corona. Por eso, al principio, la liberalidad de Guillermo con sus compatriotas, aunque causó mucho descontento, no excitó representación alguna por parte de las Cámaras. Pero últimamente había ido demasiado lejos. En 1695 mandó á los Lores del Tesoro redactar una escritura concediendo á Portland una magnífica finca en Denbighshire. Decíase que esta finca valía más de cien mil libras; la renta anual, por tanto, apenas bajaría de seis mil, y la renta reservada anualmente á la Corona era solamente de seis libras y ocho peniques. Esto, sin embargo, no era lo peor. Con la propiedad iban inseparablemente unidos extensos privilegios que la población del Norte de Gales no podía ver pacientemente en manos de ningún súbdito. Más de un siglo antes había concedido Isabel una parte del mismo territorio á su favorito Leicester. En aquella ocasión los habitantes de Denbighshire se habían levantado en armas; y después de muchos tumultos y de varias ejecuciones, Leicester había

creído conveniente devolver el donativo á su señora. La oposición que se mostró á Portland fué menos violenta, pero no menos eficaz. Algunos de los más importantes caballeros del principado hicieron enérgicas representaciones á los Ministros por cuyas oficinas debía pasar la concesión, sometiendo, finalmente, el asunto á la consideración de la Cámara Baja. Votóse por unanimidad una instancia pidiendo al Rey que detuviera la concesión. Portland manifestó que no quería ser causa de una disputa entre su amo y el Parlamento; y el Rey, aunque muy mortificado, accedió al deseo general de la nación (1).

Este desdichado negocio, aunque terminó sin abierto rompimiento, dejó impresión muy dolorosa. El Rey estaba enojado con los Comunes, y todavía más con los Ministros whigs, que no se habían aventurado á defender su concesión. El leal afecto que el Parlamento le había manifestado en los primeros días de la legislatura, se había enfriado de manera perceptible, y casi era tan impopular como antes, cuando ocurrió un suceso que súbitamente le devolvió los corazones de millones de personas, haciéndole por algún tiempo el ídolo de la nación, como lo había sido á fines de 1688 (2).

---

(1) *Commons' Journals*, enero 14, 17 y 23, 1696; L'Hermitage, enero 14 (24); *Gloria Cambriae, ó Discurso de un atrevido británico contra un holandés, príncipe de Gales*, 1702; *Vida del honorable Roberto Price*, etc. 1734. Price era el atrevido británico cuyo discurso—que según creo jamás se pronunció—fué impreso en 1702. Mejor hubiera merecido el título de atrevido si hubiera publicado esta impertinencia en vida de Guillermo. La *Vida de Price* es una obra desdichada, llena de errores y anacronismos.

(2) L'Hermitage menciona el cambio desfavorable que se operó en la actitud de los Comunes, y á esto alude Guillermo repetidas veces en sus cartas á Heinsius, enero 21 (31), 1696, enero 28, (feb. 7).

XXXII.

Dos complóts jacobitas.

El plan de asesinato trazado en la primavera anterior fué abandonado con motivo de la partida de Guillermo para el Continente. El plan de insurrección que había sido formado en el verano se abandonó por no recibir ayuda de Francia. Pero antes que acabara el otoño se volvió á tratar de la realización de ambos planes. Guillermo había regresado á Inglaterra, y se volvió á discutir seriamente la posibilidad de deshacerse de él con un tiro certero ó una puñalada. Las tropas francesas se habían retirado á cuarteles de invierno, y la fuerza que Charnock había pedido en vano cuando se estaba haciendo la guerra en los alrededores de Namur, se le podría conceder ahora sin gran inconveniente. Trazóse, pues, un plan más formidable que ninguno de cuantos hasta entonces habían amenazado el trono y la vida de Guillermo; ó por mejor decir, como más de una vez ha sucedido en nuestra historia, se trazaron dos planes, uno dentro del otro. El objeto del más importante era levantar una insurrección que sería sostenida por un ejército extranjero. En este complot estaban más ó menos complicados casi todos los jacobitas de nota. Unos reunieron armas; otros compraron caballos; algunos hacían listas de los servidores y colonos en quienes podrían depositar entera confianza. Los menos belicosos del partido podían siquiera beber á la salud del Rey que estaba allende el mar, indicando con significativos gestos y palabras á media

voz que no continuaría allí mucho tiempo. Observóse universalmente que los descontentos se mostraban más discretos que de ordinario cuando estaban serenos, y alardeaban como nunca cuando estaban ebrios (1). Del otro complot, que tenía por objeto asesinar á Guillermo, sólo algunos traidores escogidos tenían conocimiento.

Cada uno de estos complóts estaba dirigido por un jefe enviado especialmente de Saint-Germain. La misión más honrosa fué confiada á Berwick. Estaba encargado de ponerse en comunicación con la nobleza y la *gentry* jacobita, de cerciorarse de las fuerzas que podían poner en el campo, y de fijar la época del levantamiento. Tenía autorización para asegurarles que el Gobierno francés reunía tropas y trasportes en Calais, y que tan pronto como se supiera allí que la rebelión había estallado en Inglaterra, se embarcaría su padre con doce mil soldados veteranos, y á las pocas horas estaría entre ellos.

XXXIII.

El complot para asesinar al Rey.—Sir Jorge Barclay.

La parte más aventurada se confió á un emisario de rango inferior, pero muy hábil, activo y valiente. Era éste sir Jorge Barclay, caballero escocés que se había acreditado sirviendo á las órdenes de Dundee, y que después de haber terminado la guerra en las montañas se había retirado á Saint-Germain. Barclay

(1) Van Cleverskirke dice que durante algún tiempo llamó la atención la alegría que mostraban los jacobitas; feb. 25 (marzo 6), 1696.

fué llamado al gabinete del Rey, recibiendo sus órdenes de labios del Monarca. Se le ordenó cruzar el canal y presentarse en Londres. Díjosele que algunos oficiales y soldados escogidos le seguirían prontamente en grupos de dos y de tres. Para que no les fuera difícil encontrarle, él se pasearía los lunes y los jueves en la plaza de Covent Garden, después de anochecido, con un pañuelo blanco pendiente del bolsillo de la casaca. Se le proveyó de una suma considerable de dinero y de un real despacho que iba no sólo firmado, sino escrito desde el principio al fin por el mismo Jacobo. Este despacho autorizaba al portador á hacer de tiempo en tiempo contra el Príncipe de Orange y sus partidarios aquellos actos de hostilidad que le parecieran más conducentes al servicio del Rey. La explicación que verbalmente le dió Jacobo de estas palabras de tan amplia significación, no hemos podido averiguarla.

Para que la ausencia de Barclay de Saint-Germain no fuera motivo de sospecha, se dijo que su vida disipada le había obligado á someterse á los cuidados de un médico de París (1). Marchó con ochocientas libras en la maleta, se apresuró á llegar á la costa, y embarcó á bordo de un pirata que servía á los jacobitas de correo regular entre Francia é Inglaterra. Este barco le llevó á un lugar desolado en Romney Marsh. Como á una media milla del punto de desembarco vivía un contrabandista llamado Hunt en un triste é insalubre pantano, sin más vecindad que algunos rudos pastores. La situación de su morada era singularmente favorable al contrabando de mercancías francesas. Repetidas veces habían desembarcado en aquella triste soledad cargamentos de seda de Lyon

(1) Declaración de Harris, marzo 28, 1696.

y encajes de Valenciennes en cantidad suficiente para cargar treinta caballos. Pero desde la revolución Hunt había descubierto que de todos los cargamentos ninguno pagaba tan bien como el cargamento de traidores. Su solitaria morada se vió frecuentada por hombres de alto rango condes y barones, caballeros de las órdenes y doctores en teología. Algunos de ellos estuvieron alojados muchos días bajo su techo aguardando hasta poder pasar. Establecióse una posta clandestina entre su casa y Londres. Los correos estaban constantemente yendo y viniendo; hacían sus viajes siempre á pie; pero parecían personas de distinción, y se decía que uno de ellos era hijo de un título. Las cartas que venían de Saint-Germain eran pocas y de corta extensión. Las que iban para allá numerosas y abultadas; las envolvían como géneros de modas, y permanecían enterradas en el pantano hasta que el pirata las recogía.

En este lugar desembarcó Barclay en enero de 1696, y de aquí se puso en camino para Londres. Fué seguido, á los pocos días, de un mancebo de elevada estatura, que ocultaba su nombre, pero que presentó credenciales de grande autoridad. Este también siguió para Londres. Hunt supo después que su humilde morada había tenido el honor de albergar al Duque de Berwick (1).

La parte confiada á Barclay era difícil y peligrosa; así que no omitió precaución alguna. Había estado poco en Londres, y su rostro era, por consiguiente, desconocido de los agentes del Gobierno. Sin embargo, sabía mudar de fisonomía; se disfrazaba tan bien que sus más antiguos amigos no le hubieran conocido en pleno día, á pesar de lo cual rara vez se dejaba ver

(1) Declaración de Hunt.

en las calles como no fuera á favor de la oscuridad. Su agente principal era un fraile que con nombres diferentes confesaba y decía misa, exponiéndose á que lo ahorcaran. Este, pues, indicó á algunos de los fanáticos con quienes se comunicaba que había un agente especial de la real familia con quien se podía hablar en Covent Garden ciertas noches, á cierta hora y al cual se podría conocer por ciertos signos (1). De este modo se puso Barclay en relación con algunos hombres capaces de secundar sus planes. Las primeras personas á quienes se confió fueron Charnock y Parkyns. Habláronle del complot que en unión de algunos amigos habían formado la primavera precedente contra la vida de Guillermo. Charnock y Parkyns declararon que el proyecto se podía ejecutar fácilmente, que no faltaba gente de corazón resuelto entre los realistas, y que lo único que se necesitaba era alguna señal de la aprobación de S. M.

Entonces Barclay presentó su real despacho. Demostró á sus dos cómplices que Jacobo ordenaba terminantemente á todos los buenos ingleses, no sólo que se levantaran en armas, no sólo que hicieran la guerra al gobierno del usurpador, no sólo que se apoderaran de las ciudades y fortalezas, sino también que de tiempo en tiempo, hicieran contra el Príncipe de Orange cuantos actos de hostilidad creyeran convenientes al real servicio. Estas palabras, dijo Barclay, autorizaban claramente un ataque contra la persona del Príncipe. Charnock y Parkyns quedaron convencidos. En efecto, ¿cómo era posible que dudaran de que el agente confidencial de Jacobo interpretaba fielmente las palabras de su amo? Más aún, ¿cómo era posible que entendieran las vagas palabras

(1) Declaraciones de Fisher y Harris.

del despacho, sino en este sentido, aun cuando Barclay no hubiera estado allí para comentarlas? Cierto que si Jacobo no hubiera tenido noticia de los proyectos de sus parciales contra la vida de Guillermo, podría creerse que aquellas palabras habían salido de su pluma sin ninguna significación determinada. Pero repetidas veces le habían informado de que sus amigos de Inglaterra meditaban un hecho sangriento, y que sólo aguardaban su aprobación. Habíanle importunado para que dijera una palabra, para que diera una señal. Durante largo tiempo había guardado silencio, y ahora que al fin hablaba, les decía nada más que hicieran cuanto pudiera ser beneficioso para él y perjudicial para el usurpador. Esto equivalía á una autorización expresada con toda la claridad que el caso permitía (1).

Lo único que faltaba era encontrar número suficiente de amigos fieles y animosos, preparar caballos y armas, y fijar el sitio y la hora de la ejecución. Con cuarenta ó cincuenta hombres se creyó que habría suficiente. Los guardias de Jacobo que habían seguido á Barclay desde Francia formaban casi la mitad de aquel número. Jacobo había recibido á algunos de estos soldados antes que salieran de Saint-Germain, les había dado dinero para el viaje, les había dicho el nombre que cada uno debía adoptar en Inglaterra, mandándoles obedecer en todo á Barclay, á quien podrían encontrar en el sitio que él les dijo, agregando las señas que debían servirles para conocerle (2). Recibieron orden de partir en pequeñas partidas, pretextando causas diferentes para el viaje. Unos se iban

(1) Relación de Barclay en la *Vida de Jacobo*, II, 548; Papel escrito por Charnock, en los MSS. Nairne de la Biblioteca Bodleiana.

(2) Declaración de Harris.

por enfermos; otros no querían servir más; Cassels, uno de los más revoltosos y profanos, anunció que ya que no podía adelantar en la carrera de las armas iba á entrar en el Colegio escocés y estudiar para una de las profesiones sabias. Con tales pretextos unos veinte hombres escogidos abandonaron el palacio de Jacobo, y desembarcando en Romney Marsh, continuaron hacia Londres, y encontraron á su capitán paseando á la incierta luz de los faroles de la Piazza con el pañuelo pendiente del bolsillo. Uno de estos militares era Ambrosio Rookwood, brigadier que gozaba de gran fama de pundonoroso y de valiente; otro era el mayor Juan Bernardi, aventurero de familia genovesa, cuyó nombre alcanzó triste celebridad por un castigo tan extrañamente prolongado que al fin llegó á disgustar á una generación que no tenía memoria de su crimen (1).

En estos aventureros de Francia era en quien Barclay principalmente confiaba. En un momento de entusiasmo llegó á llamarles sus jenízaros, y expresó la esperanza de ganar con su ayuda la condecoración de San Jorge y la Jarretiera. Pero se necesitaban por lo menos otros veinte asesinos. Los conspiradores probablemente esperaban valiosa ayuda de sir John Friend, que había recibido el despacho de coronel firmado por Jacobo y había desplegado gran actividad alistando soldados y reuniendo armas para el día en que se presentaran los franceses en la costa de Kent. Comunicáronle su designio; mas parecióle tan desesperado el proyecto y tan deshonroso y funesto para la buena causa, que no quiso prestar ayuda á sus amigos, aunque guardó religiosamente el se-

(1) Declaración de Harris. No debe darse entero crédito á la autobiografía de Bernardi.

creto (1). Charnock se encargó de buscar ocho hombres fieles y valientes. Comunicó el designio á Porter, no muy á gusto de Barclay, á quien parecía que un camorrista de taberna que recientemente había estado preso por fanfarronear borracho por las calles dando vivas al Príncipe de Gales, no debía tener conocimiento de un secreto de tan terrible importancia. Porter entró en el complot con entusiasmo y prometió buscar algunos más que pudieran ser útiles. Entre los que trajo estaba su criado Tomás Keyes. Este era un conspirador mucho más formidable de lo que su humilde situación podría indicar. Las tropas de la Casa real eran en su mayoría fieles á Guillermo; pero los Azules no le eran muy afectos. Los principales conspiradores habían hablado ya con algunos católicos que servían en aquel regimiento; y Keyes se encontraba en excelentes condiciones para contribuir á esta obra, pues en otro tiempo había sido trompeta del cuerpo, y aunque había dejado el servicio, todavía continuaba tratándose con algunos de los antiguos soldados en cuya compañía había vivido á discreción entre los labradores del Somersetshire después de la batalla de Sedgemoor.

Parkyns, que estaba viejo y gotoso, no podía tomar parte personalmente en el crimen. Pero fué empleado en buscar caballos, sillas y armas para sus más jóvenes y activos cómplices. En esta empresa le ayudó Carlos Cranburne, el cual desde hacía largo tiempo servía de agente comercial entre los conspiradores jacobitas y los comerciantes de armas blancas y armas de fuego. Barclay encargó especialmente que las espadas sirvieran más bien para herir de punta que de filo. Él mismo alistó á Eduardo Lowick, que

(1) Véase su proceso.

había sido mayor en el ejército irlandés y el cual desde la capitulación de Limerick vivia oscuramente en Londres. El fraile que había sido el primer confidente de Barclay recomendó dos activos papistas, Ricardo Fisher y Cristóbal Knightley; y esta recomendación pareció suficiente. Knightley trajo á Eduardo King, caballero católico de caráctar arrebatado é inquieto; y King procuró la asistencia de un francés jugador y matón llamado De la Rue (1).

En tanto, los jefes de la conspiración celebraban frecuentes reuniones en tabernas de traidores á fin de trazar el plan de operaciones. Varios proyectos fueron propuestos, aplaudidos y, después de examen detenido, abandonados. Uno de estos consistía en un ataque nocturno al palacio de Kensington, plan que, á los conjurados, parecía ofrecer esperanzas de éxito. No sería difícil escalar la muralla exterior. Una vez que estuvieran cuarenta hombres armados dentro del jardín, podrían sin gran trabajo asaltar ó incendiar el palacio. Otros opinaban que lo mejor sería dar el golpe un domingo cuando Guillermo salía de Kensington para asistir al oficio divino en la capilla del palacio de Saint-James. Los asesinos se reunirían cerca del sitio donde están ahora el palacio de Apsley y la plaza de Hamilton. En el momento que el coche real saliera de Hyde Park y fuera á entrar en lo que después se ha llamado el Green Park, treinta de los conspiradores bien montados caerían sobre los guardias. Estos generalmente no pasaban de veinticinco; serían completamente cogidos por sorpresa; probablemente la mitad quedarían fuera de combate antes de que pudieran descargar un golpe. En tanto, diez ó doce hombres re-

(1) Declaración de Fisher; Declaración de Knightley; Proceos de Cranburne; Declaración de De la Rue.

sueltos á pie detendrían el carruaje, matando los caballos, y entonces, sin dificultad despacharían al Rey. Dióse, por último, la preferencia á un plan primeramente ideado por Fisher y desarrollado por Porter. Guillermo solía salir de Kensington todos los sábados para ir á cazar al parque de Richmond. No había entonces puente sobre el Támesis entre Londres y Kingston. El Rey iba, pues, en un coche, escoltado por algunos de sus guardias, por Turnham Green hasta el río. Allí entraba en un bote, cruzaba el Támesis y encontraba otro coche con otra sección de guardias en la orilla correspondiente á Surrey. El primer coche y la primera sección de guardias aguardaban su regreso en la orilla septentrional. Los conspiradores se cercioraron con gran precisión de todo el orden de estas expediciones, y examinaron cuidadosamente el terreno de ambas orillas del Támesis. Creyeron que atacarían al Rey con más ventaja en la orilla de Middlesex que en la de Surrey, y mejor á la vuelta que á la ida. Porque á la ida le acompañaba con frecuencia hasta la orilla un gran séquito de Lores y caballeros; pero á la vuelta era acompañado sólo de sus guardias. Se fijó el lugar y la hora. El lugar sería un estrecho y tortuoso camino que conducía desde el desembarcadero, al Norte del río, hasta Turnham Green. Todavía puede encontrarse fácilmente el sitio elegido. El terreno ha sido después desecado por medio de zanjas. Pero en el siglo XVII era un terreno cenagoso, por el cual el coche del Rey adelantaba muy lentamente y con dificultad. El día fijado fué el sábado 15 de febrero por la tarde. Aquel día los cuarenta se reunirían en grupos poco numerosos en las tabernas inmediatas al Green. Tan pronto se diera la señal de que el coche se acercaba, montarían á caballo y acudirían á sus puestos. Cuando la cabalgata entrara en este camino, Char-

nock atacaría la escolta por retaguardia, Rookwood por un flanco, Porter por el otro. En tanto Barclay, con ocho hombres de confianza, detendría el coche y haría lo demás. Para que ningún movimiento del Rey pasara inadvertido, se ordenó á dos individuos que vigilaran el palacio. Uno de éstos, que era un flamenco activo y valiente llamado Durant, tuvo el encargo especial de tener á Barclay bien informado. El otro, que debía comunicarse con Charnock, era un miserable llamado Chambers, que había servido en el ejército irlandés, fuera gravemente herido en el pecho en el Boyne, y á causa de aquella herida profesaba salvaje odio personal á Guillermo (1).

XXXIV.

Fracasa el complot de Berwick.

Mientras Barclay hacía todos los preparativos para el asesinato, Berwick se esforzaba por persuadir á la aristocracia jacobita para que se levantara en armas. Pero esto no era fácil empresa. Celebráronse varias conferencias, y hubo una gran revista del partido, con el pretexto de una mascarada, para la cual se distribuyeron tarjetas entre los iniciados á razón de una guinea cada una (2). Todo terminó, sin embargo, en conversar, cantar y beber. Muchos personajes de rango y fortuna declararon estar dispuestos á sacar la espada tan pronto como su legítimo Soberano estuviera en la isla al frente de un ejército francés; Berwick dijo que había sido autorizado para asegurarles

(1) Véanse los procesos y declaraciones.
(2) L'Hermitage, marzo 3 (13).

que el ejército francés vendría tan pronto como ellos hubieran sacado la espada. Pero entre lo que ellos pedían y lo que él estaba autorizado á conceder, había una diferencia que no admitía arreglo posible. Luis XIV, en la situación en que se encontraba, no quería arriesgar diez ó doce mil soldados excelentes, fiado sólo de promesas. Promesas semejantes le habían hecho en 1690; y sin embargo, cuando la escuadra de Tourville se presentó en la costa de Devonshire, los condados occidentales se habían levantado como un solo hombre en defensa del Gobierno, y ni un solo descontento se había atrevido á pronunciar ni un murmullo en favor de los invasores. Promesas semejantes le habían hecho en 1692, y á la confianza que había puesto en aquellas promesas debía atribuirse el gran desastre de La Hogue. El Rey de Francia no estaba dispuesto á dejarse engañar por tercera vez. Ayudaría con mucho gusto á los realistas ingleses, pero antes quería ver que ellos hicieran algo. Todo esto era muy razonable, pero tampoco faltaba razón á los jacobitas en lo que decían. Si tenían que levantarse, decían, sin contar con el apoyo de un solo regimiento disciplinado, contra un usurpador sostenido por un ejército regular, todos habrían perecido antes de que llegara á Versalles la noticia de que estaban en armas. Como Berwick no podía dar esperanzas de que la invasión precediera á la insurrección, y como sus amigos ingleses permanecían firmes en su determinación de no insurreccionarse hasta después de la invasión, nada le quedaba que hacer en Inglaterra y deseaba impacientemente partir.

Su impaciencia era mayor porque el 15 de febrero se acercaba. Pues Berwick estaba en comunicación constante con Barclay, y le eran perfectamente conocidos todos los detalles del crimen que debía perpe-

trarse aquel día. Considerábasele generalmente como hombre de firme y aun ruda integridad. Pero de tal modo habían trastornado sus ideas acerca de lo justo y lo injusto el celo en favor de los intereses de su familia y su respeto á las lecciones de los clérigos, que; como él mismo ha confesado ingenuamente, no se creyó en manera alguna obligado á disuadir á los asesinos de la ejecución de su proyecto. Cierto que sólo tenía una objeción que oponer á su designio, objeción que se reservó para sí. Consistía sencillamente en que todos los que tomaban parte en aquella empresa tenían muchas probabilidades de morir ahorcados. Esto, sin embargo, á ellos importaba, y si preferían correr tal riesgo por la buena causa, no era él quien debía desanimarlos. Su misión era completamente distinta de la de ellos; no tenía que obrar de concierto con los asesinos, ni tampoco sentía inclinación á sufrir con ellos. Se apresuró, pues, á volver á Romney Marsh, de donde pasó á Calais (1).

En Calais encontró todo dispuesto para un desembarco en Kent. Las tropas llenaban la ciudad; los trasportes ocupaban el puerto. Boufflers había recibido orden de salir de Flandes para Calais y tomar el mando de la expedición. El mismo Jacobo era esperado de un día á otro. En efecto, ya había salido de Saint-Germain. Berwick, sin embargo, no quiso aguardar. Tomó el camino de París, encontró á su padre en Clermont y le relató minuciosamente el estado de las cosas en Inglaterra. Su embajada había fracasado; los realistas de la nobleza y de la *gentry* estaban resueltos á no levantarse mientras no hubiera en la isla un ejército francés; pero aun quedaba una esperanza: probablemente de allí á muy pocos

(1) Véanse las *Memorias de Berwick*.

días llegaría la noticia de la muerte del usurpador, y semejante nueva haría cambiar por completo el aspecto de las cosas. Jacobo determinó continuar hasta Calais y aguardar allí el resultado del complot de Barclay. Berwick se apresuró á marchar á Versalles para dar explicaciones á Luis XIV. Por la narración del mismo Berwick conocemos la naturaleza de estas explicaciones. Dijo claramente al Rey de Francia que una pequeña banda de hombres leales haría en breve una tentativa contra la vida del gran enemigo de Francia. El primer correo podía traer la noticia de un acontecimiento que probablemente derribaría el Gobierno inglés y disolvería la coalición. Parecería que un Príncipe que ostentosamente afectaba el carácter de devoto cristiano y cumplido caballero tomaría en el acto las convenientes medidas para comunicar á su rival un aviso que aun podía llegar á tiempo, y que hubiera reprendido severamente á los huéspedes que tan torpemente abusaban de su hospitalidad. No fué tal, sin embargo, la conducta de Luis XIV. Si hubieran solicitado su sanción para un asesinato, probablemente la hubiera rehusado con indignación. Pero no se indignó al saber que sin su aprobación estaba á punto de cometerse un crimen que sería mucho más beneficioso para sus intereses que diez victorias como la de Landen. Mandó órdenes á Calais para que la escuadra estuviera dispuesta á fin de poder aprovecharse de la gran crisis que parecía inminente. Mayor era todavía la impaciencia con que Jacobo aguardaba en Calais la señal de la muerte de su sobrino. Esta señal se la daría una hoguera, para la cual ya estaba hacinada la leña en las rocas de Kent, y que sería visible desde el otro lado del estrecho (1).

(1) Van Cleverskirke, feb. 25 (mar. 6), 1696. Creo confiadamente

XXXV.

Descúbrese el complot.

Pero siempre han tenido en nuestro país un desenlace especial conspiraciones como la de Barclay y Charnock. Los ingleses miran el asesinato desde hace algunos siglos con una repugnancia que les es peculiar. Y es de tal modo inglés este sentimiento, que aun hoy no puede llamarse irlandés, y hasta época muy reciente no fué conocido de los escoceses. Actualmente, en Irlanda, el miserable que hace fuego sobre su enemigo, oculto detrás de una cerca, es con gran frecuencia protegido contra la justicia por la pública simpatía. En Escocia, durante los siglos XVI y XVII, se ejecutaron con frecuencia planes de asesinato, á pesar de ser conocidos de gran número de personas. Los asesinatos de Beaton, de Rizzio, de Darnley, de Murray y de Sharpe son notables ejemplos de esta verdad.

Los realistas que asesinaron á Lislé en Suiza eran irlandeses: los realistas que asesinaron á Ascham en Madrid eran irlandeses: los realistas que asesinaron á Dorislao en el Haya eran escoceses. En Inglaterra, tan pronto como semejante designio deja de ser un secreto oculto en lo más profundo de un corazón ulcerado y tenebroso, el riesgo de la delación y el fracaso

---

que ninguna persona discreta é imparcial, después de leer atentamente la relación que de estas negociaciones hace Berwick, y compararla con la de la *Vida de Jacobo* (II, 544), que está tomada palabra por palabra de las «Memorias Originales», podrá dudar de que Jacobo tenía conocimiento del asesinato que se proyectaba

llega á ser inminente. Felton y Bellingham no pusieron confianza en ningún ser humano, y á eso debieron poder realizar sus malos propósitos. Pero la conspiración de Babington contra Isabel, la de Fawkes contra Jacobo, la de Gerard contra Cromwell; la conspiración de Rye House, la de Cato Street, fueron todas descubiertas, frustradas y castigadas. En realidad, semejantes complóts se hallan aquí expuestos á igual peligro por las buenas y por las malas cualidades de los conspiradores. Apenas se encontrará un inglés, á no estar completamente destituído de conciencia y honor, que se preste á entrar en un complot para matar á un semejante que no recela mal alguno; y el miserable que no tiene conciencia ni honor, probablemente se da á pensar en el peligro que corre siendo fiel á sus cómplices, y en el premio que puede obtener haciéndoles traición. Cierto que hay personas en quienes el fanatismo político y religioso ha destruído toda sensibilidad moral en un punto particular, dejándola, al contrario, intacta en todos los demás. En este número ha de contarse á Digby. No tenía escrúpulo en hacer volar por medio de una explosión al Rey, á los Lores y á los Comunes. Sin embargo, con sus cómplices tenía fidelidad religiosa y caballeresca; y ni el temor del tormento fué parte para arrancarle una palabra que les perjudicara. Pero esta mezcla de depravación y heroísmo es muy rara. La inmensa mayoría de los hombres, ó no son bastante viciosos, ó no tienen virtud bastante para ser miembros leales y devotos de traidoras y crueles confederaciones; y si un solo miembro careciera del vicio ó de la virtud necesarios, toda la confederación está en peligro. El reunir cuarenta ingleses, empedernidos asesinos todos, y sin embargo todos tan íntegros y generosos, que ni la esperanza

de la opulencia ni el temor de la horca pueda tentarlos á que hagan traición á los demás, ha sido hasta aquí, y de esperar es que así sea en adelante, imposible.

Había entre los secuaces de Barclay hombres demasiado malos y demasiado buenos para fiarles un secreto como el suyo. El primero cuyo corazón desfalleció fué Fisher. Aun antes que el tiempo y el lugar del crimen se hubieran fijado, obtuvo una audiencia de Portland, y le dijo que se estaba tramando un complot contra la vida del Rey. Algunos días después Fisher volvió con noticias más precisas. Pero su carácter no le hacía muy digno de crédito; y los embustes de Fuller, de Young, de Whitney y de Taaffe habían hecho muy cauta á la gente de sentido en dar crédito á historias de complóts. Portland, por tanto, aunque en general se alarmaba muy fácilmente en tratándose de la seguridad de su amo y amigo, parece haber dado poca importancia al asunto. Pero en la noche del 14 de febrero recibió la visita de una persona cuyo testimonio no podía tratar con ligereza. Era éste un caballero católico, de conocido valor y honradez, llamado Pendergrass. El día precedente había llegado á Londres del Hampshire, á consecuencia de un mensaje urgente de Porter, el cual, á pesar de ser hombre disoluto y sin moralidad, con Pendergrass había sido muy buen amigo y casi un padre. En una insurrección jacobita, Pendergrass hubiera sido probablemente uno de los primeros. Pero supo con horror que pretendían que tomara parte en un hecho infame y vergonzoso. Se encontró en una de esas situaciones que más cruelmente atormentan un carácter noble y susceptible. ¿Qué debía hacer? ¿Cometería un asesinato? ¿Dejaría que se cometiera un asesinato que podía impedir? ¿Y había de hacer trai-

ción al que, si bien era culpable, le había colmado de beneficios? ¿No sería posible salvar á Guillermo sin perjudicar á Porter? Pendergrass determinó hacer la tentativa. «Milord—dijo á Portland—si estimáis la vida del Rey Guillermo, no le dejéis ir de caza mañana. Es enemigo de mi religión: sin embargo, mi religión me obliga á darle este aviso. Pero los nombres de los conspiradores estoy resuelto á ocultarlos: algunos de ellos son mis amigos; uno especialmente es mi bienhechor, y yo no quiero hacerles traición.»

Portland fué inmediatamente á ver al Rey; pero el Rey recibió la noticia muy fríamente, y se mostró resuelto á no privarse de un buen día de caza por el miedo que le produjera semejante historia. En vano fueron los argumentos y súplicas de Portland. Finalmente, se vió obligado á amenazarle con hacer público en seguida lo que sabía, á menos que S. M. consintiera en no salir de palacio al otro día; y esta amenaza le dió buen resultado (1).

Llegó el sábado, 15 de febrero. Los cuarenta estaban todos dispuestos á montar á caballo, cuando tuvieron noticia por los espías que vigilaban el palacio de Kensington de que el Rey no iba de caza aquella mañana. «El zorro—dijo Chambers con vengativo despecho—no sale de la madriguera.» Y al decir esto abrió la camisa, enseñó la gran cicatriz que tenía en el pecho, y juró tomar venganza de Guillermo.

El primer pensamiento de los conspiradores fué que su designio había sido descubierto. Mas pronto se tranquilizaron. Díjose que el tiempo había impedido al Rey salir de palacio; y en realidad, el día estaba frío y tormentoso. No se notaba en palacio ninguna señal de agitación. No se tomó ninguna precaución

(1) L'Hermitage, feb. 25 (marzo 6).

extraordinaria. No se hizo ninguna prisión. En los cafés no había ningún rumor alarmante. Desagradable era la dilación; pero el sábado, 22, todo quedaría terminado.

Pero antes que llegara el sábado, un tercer delator, De la Rue, se presentó en palacio. Su género de vida no le hacía muy digno de crédito; pero su relación convenía tan exactamente con lo dicho por Fisher y Pendergrass, que hasta Guillermo comenzó á creer que había verdadero peligro.

Á hora muy avanzada de la noche del viernes 21, Pendergrass, que no había dicho todavía ni la mitad de lo que los otros delatores, peró cuya sola palabra valía mucho más que el juramento de ambos, fué llamado al gabinete del Rey. El fiel Portland y el valiente Cutts fueron las únicas personas que presenciaron la singular entrevista del Rey con su generoso enemigo. Guillermo, con cortesía y animación que rara vez mostraba, pero que nunca mostraba sin que hiciera impresión profunda, instó á Pendergrass para que hablase con claridad. «Sois un hombre de verdadera probidad y honor; os estoy profundamente obligado; pero debéis comprender que las mismas consideraciones que os han inducido á decirnos algo deben tambien induciros á decirnos lo demás. Los avisos que nos habéis dado hasta ahora sólo sirven para hacerme sospechar de cuantos se acercan á mí. Son lo bastante para amargar mi vida. Debéis decirme los nombres de esos hombres.» Durante más de media hora el Rey continuó suplicando y Pendergrass negándose á declarar. Por último, Pendergrass dijo que daría las noticias que se le pedían si se le aseguraba que sólo se haría uso de ellas para impedir el crimen, y no para hacer daño á los criminales. «Os doy mi palabra de honor—dijo Guillermo—de que no se hará

uso de vuestra declaración contra nadie sin vuestro libre consentimiento.» Era mucho después de media noche cuando Pendergrass escribió los nombres de los principales conspiradores.

Mientras estas cosas pasaban en Kensington, una gran parte de los asesinos bebían alegremente en una taberna jacobita, en Maiden Lane, donde recibieron las últimas órdenes para el día siguiente. «Mañana ó nunca»—dijo King.—«Mañana, muchachos—exclamó Cassels con una maldición,—será nuestro el botín del campo de batalla.» Llegó el otro día. Todo estaba dispuesto: los caballos estaban ensillados, las pistolas estaban cargadas, las espadas estaban afiladas, los espías estaban ojo alerta. Enviaron noticia temprano desde palacio de que el Rey iba seguramente de caza; habíanse hecho todos los preparativos ordinarios; había salido una sección de guardias, y, rodeando por el puente de Kingston, había llegado á Richmond, los coches reales, tirado cada uno por seis caballos, habían salido de las caballerizas de Charing Cross para Kensington. Los principales asesinos se reunieron llenos de alegría en casa de Porter. Pendergrass, que de orden del Rey estaba entre ellos, fué saludado con feroz contento. «Pendergrass—dijo Porter,—estáis nombrado uno de los ocho que lo han de despachar. Tengo para vos un mosquete que carga ocho balas.» «Mr. Pendergrass—dijo King,—no tengáis miedo de romper los cristales del coche.» Desde la casa de Porter, los amigos se citaron para las Blue Posts, en Spring Gardens, donde pensaban tomar algo antes de marchar para Turnham Green. Estaban á la mesa cuando llegó un mensaje de uno de los espías, de que el Rey había mudado de propósito y no iba de caza; y apenas habían vuelto en sí de la primera sorpresa que

les produjera noticia tan desagradable, cuando Keyes, que había estado fuera oyendo lo que se decía entre sus antiguos camaradas, llegó con noticias aún más desagradables. «Los coches han regresado á Charing Cross. Los guardias que fueron enviados á Richmond acaban de regresar á Kensington á todo galope con los caballos cubiertos de espuma. He hablado un momento con uno de los Azules, el cual me dijo que corren extraños rumores.» Entonces los rostros de los asesinos palidecieron y su corazón desfalleció. Porter hizo una débil tentativa para disfrazar su inquietud. Cogió una naranja y la exprimió. «Lo que no puede hacerse un día se hará otro. ¡Ea, señores, bebamos una copa antes de separarnos, porque la naranja *(orange)* podrida sea exprimida!» El brindis fué correspondido, y la reunión se dispersó (1).

Aun pasaron algunas horas antes que los conspiradores perdieran toda esperanza. Consoláronse algunos con el rumor de que el Rey se había puesto malo, y que este era el único motivo de que no fuera á Richmond. Si era así, aun podía darse el golpe. Había habido dos sábados desgraciados, pero bien cerca estaba el domingo. Podría realizarse uno de los planes que primero habían sido discutidos y abandonados. Se podía atacar al usurpador en el ángulo de Hyde Park, cuando fuera á la capilla. Charnock estaba dispuesto á cualquier empresa, por desesperada que fuera. Si el Rey no quería ir de caza, era preferible morir combatiendo y peleando hasta el último instante, que dejarse despedazar sin resisten-

(1) Mi relación de estos sucesos está tomada principalmente de los procesos y delaraciones. Véase también Burnet, II, 165, 166 y 167; y Blackmore, *Historia verdadera é imparcial*, compilada bajo la dirección de Shrewsbury y Somers; y Boyer, *Historia del Rey Guillermo III*, 1703.

cia ó sin venganza. Reunió alguno de sus cómplices en una de las muchas casas en que se alojaba, y trató de reanimarlos á fuerza de brindis por el Rey, por la Reina, por el Príncipe y por el gran Monarca, como llamaban á Luis XIV. Pero el terror y desesperación de la gavilla eran superiores al poder del vino, y eran tantos los que habían huído, que los que quedaban no podían hacer nada. En el curso de la tarde se supo que habían reforzado la guardia en Palacio, y poco después de cerrar la noche mensajeros del Secretario de Estado recorrían las calles con antorchas, acompañados de filas de mosqueteros. Antes que amaneciera el domingo, Charnock estaba arrestado. Un poco más tarde Rookwood y Bernardi fueron encontrados durmiendo en una cervecería jacobita, en Tower Hill. Otros diez y siete traidores fueron cogidos antes de mediodía, y tres de los Azules arrestados. Aquella mañana se celebró un consejo, y tan pronto como se levantó salió un expreso para que volvieran á Inglaterra algunos regimientos de Flandes; Dorset salió para Sussex, donde era Lord Lugarteniente; Romney, que era guardián de los Cinco Puertos, salió para la costa de Kent, y Russell se embarcó apresuradamente en el Támesis, saliendo á tomar el mando de la escuadra. Por la noche se reunió de nuevo el Consejo. Algunos de los prisioneros fueron interrogados y encarcelados. El Lord Mayor asistió también; se le dió noticia de lo que se había descubierto, y se le encargó especialmente que velara por el mantenimiento del orden en la capital (1).

El lunes por la mañana todas las milicias de la City estaban sobre las armas. El Rey fué con gran aparato

(1) Portland á Lexington, marzo 3 (13) 1696; Van Cleverskirke, febrero 25 (marzo 6); L'Hermitage en igual fecha.

á la Cámara de los Lores, hizo venir á los Comunes, y desde el trono dijo al Parlamento que, á no haber sido por la benéfica protección de la Providencia, en aquel momento sería cadáver y el reino estaría invadido por un ejército francés. El peligro de invasión, añadía, era todavía grande; pero esperaba que las órdenes que había dado bastarían para la protección del reino. Algunos traidores habían sido arrestados; se había dictado auto de prisión contra otros; cumpliría con su deber en esta circunstancia, y esperaba que las Cámaras harían el suyo (1).

XXXVI.

Acuerdos del Parlamento respecto al complot de asesinato.

Las Cámaras votaron inmediatamente un acta suscrita por Lores y Comunes, en la cual reconocían, llenos de agradecimiento, la divina bondad que había conservado la vida del Rey para su pueblo, suplicándole que tomara más precauciones que de ordinario para el cuidado de su persona. Terminaban exhortándole á que arrestara y pusiera á buen recaudo á todas las personas que le parecieran peligrosas. El mismo dia fueron presentados en los Comunes dos importantes bills. Por uno de ellos quedaba en suspenso la ley de *Habeas Corpus*. El otro disponía que no se disolviera el Parlamento aun cuando ocurriera la muerte de Guillermo. Sir Rowland Gwyn, honrado caballero del campo, hizo una moción cuyas importantes consecuencias en modo alguno pudo prever. Propuso que

(1) *Commons' Journals*, feb. 24, 1695.

los diputados formaran una asociación para la defensa del Soberano y del país. Montague, que antes que nadie sabía sacar partido de cualquier indicación, comprendió desde luego la importancia que semejante sociedad daría al Gobierno y al partido whig (1). Redactóse inmediatamente un documento por el cual cada uno de los representantes del pueblo reconocía individualmente con toda solemnidad á Guillermo como rey legítimo y de derecho, obligándose á defenderle y á defenderse mutuamente contra Jacobo y sus partidarios. Ultimamente, declaraban que si la vida de S. M. era abreviada por la violencia, tomarían señalada venganza de sus asesinos, y por unanimidad prestarían firme apoyo al orden de sucesión establecido por el Bill de Derechos. Se anunció que á la mañana siguiente se pondría á votación nominal (2). La concurrencia fué numerosa: la moción, inserta en un pergamino, estaba sobre la mesa, y los diputados fueron subiendo, uno tras otro, condado por condado, á inscribir sus nombres (3).

XXXVII.

Estado de la opinión pública.

Pronto fueron pregonados por todas las calles de la capital y salían por todos los correos el discurso del Rey, la instancia de ambas Cámaras, la Asociación formada por los Comunes, y un bando que conte-

(1) *Los enemigos de Inglaterra expuestos al público*, 1701.
(2) *Commons' Journals*, feb. 24, 1695-96.
(3) *Commons' Journals*, feb. 25, 1695-96; Van Cleverskirke, febrero 28 (marzo 9); L'Hermitage, en igual fecha.

nía la lista de los conspiradores y ofrecía una recompensa de mil libras por la captura de cada uno. Donde quiera que llegó la noticia sublevó todo el país. Aquellas dos odiosas palabras, asesinato, invasión, obraron como un talismán. No fué necesario hacer ninguna leva. Los marineros, abandonando sus escondrijos, acudían á millares á tripular la escuadra. Sólo tres días después de haber apelado el Rey á la nación salía Russell del Támesis con una gran flota. En Spithead había otra dispuesta á entrar en acción. La milicia de todos los condados marítimos, desde el Wash hasta el Land's End, estaba sobre las armas. Había en general mucha simpatía por las personas acusadas solamente de delitos políticos. Pero la banda de asesinos de Barclay fueron cazados como lobos por toda la población. El aborrecimiento con que los ingleses miraban desde hacía muchas generaciones las visitas domiciliarias y todos aquellos impedimentos que la policía de los Estados del Continente suele poner á los viajeros, quedó por algún tiempo en suspenso. Las puertas de la City de Londres estuvieron cerradas durante muchas horas, mientras dentro se practicaba un escrupuloso registro. Los magistrados de casi tedas las ciudades muradas del reino siguieron el ejemplo de la capital. Apostáronse en todos los caminos partidas de hombres armados, con orden de detener á los viajeros de aspecto sospechoso. Durante algunos días fué casi imposibls viajar sin pasaporte ó procurarse caballos de posta sin autorización de un justicia de paz. Y ni una sola voz se levantó contra estas precauciones. El pueblo llano, en efecto, se mostraba, si era posible, más deseoso que los funcionarios públicos por llevar los traidores á la justicia. Este celo debe, tal vez, atribuirse, en parte, á las grandes recompensas prometidas por el bando del Rey. El

odio que todo buen protestante sentía por los asesinos papistas era grandemente atizado por las canciones en que los poetas populares celebraban la suerte dél cochero de alquiler que había cogido un traidor, había recibido sus mil libras y ahora vivía hecho un caballero (1). En algunos sitios costó trabajó hacer que el celo del populacho no traspasara los límites de la ley. En la casa de campo de Parkyns, en Warwickshire se encontraron armas y monturas suficientes para equipar un escuadrón de caballería. Tan pronto como se supo esto, se reunió una furiosa multitud, derribó la casa y devastó completamente los jardines (2). Parkyns fué encontrado en un desván, en el Temple. Porter y Keyes, que habían huído á su vez, fueron perseguidos, detenidos por los campesinos cerca de Leatherhead, y después de una débil muestra de resistencia, asegurados y puestos en prisión. Friend fué encontrado oculto en casa de un cuákero. Knightley fué cogido en traje de dama elegante, y reconocido á pesar de sus lunares y pinturas. Á los pocos días estaban presos todos los principales conspiradores, excepto Barclay, que consiguió huir á Francia.

Al mismo tiempo algunos descontentos de los más conocidos eran detenidos permaneciendo presos durante algún tiempo. El viejo Rogerio Lestrange, que tenía á la sazón ochenta años, fué cogido. A Ferguson le encontraron oculto debajo de una cama en Gray's Inn Lane, y con general alegría fué encerrado en

---

(1) Según L'Hermitage, feb. 28 (mar. 9), hubo dos cocheros de alquiler que tuvieron esta fortuna. Cierto que el que fuera astuto y vigilante tenía muchas probabilidades, por la naturaleza de su profesión, de conseguir resultado en esta clase de caza. En los periódicos se encuentran abundantes pruebas del general entusiasmo.

(2) *Postman*, mar. 5, 1695-96.

Newgate (1). En tanto se dictaba una orden especial para que fueran juzgados los traidores. Los testimonios no faltaban, pues entre los conspiradores que habían sido cogidos, diez ó doce estaban dispuestos á salvarse declarando contra sus cómplices. Ninguno había sido más criminal y á ninguno inspiraba la muerte tan abyecto terror como á Porter. El Gobierno consintió en perdonarle, y así obtuvo no sólo su testimonio, sino el testimonio mucho más respetable de Pendergrass. Este no corría peligro alguno; no había cometido ningún delito; su fama era intachable; y su testimonio sería de mucho más peso para un jurado que el testimonio de una multitud de criminales que declarasen por salvar la cabeza. Pero tenía la real palabra de honor de que no sería testigo si no quería serlo, y estaba firmemente resuelto á no ser testigo, sino con la seguridad de que Porter se salvaría. Porter estaba ahora seguro, y Pendergrass no tuvo el menor escrúpulo que le impidiera referir toda la verdad.

XXXVIII.

Procesos de Charnock, King y Keyes.

Charnock, King y Keyes fueron los primeros que aparecieron en la barra. Los presidentes de los tres tribunales de Derecho común, y otros varios jueces, estaban entre el banco, y en el auditorio había muchos miembros de ambas Cámaras del Parlamento.

Era el 11 de marzo. La nueva acta que reglamentaba el procedimiento en casos de alta traición no debía

(1) *The Postman*, feb. 29, marzo 2, marzo 12, marzo 14, 1695-96.

ponerse en vigor hasta el día 25. Los acusados alegaron que, puesto que la legislatura al aprobar aquella acta había reconocido la justicia de que se les concediera ver su acusación y que aprovecharan la asistencia de un abogado, el tribunal debía ó concederles lo que la autoridad suprema había declarado razonable indulgencia, ó diferir la vista por quince días. Los jueces, sin embargo, no quisieron consentir en dilación alguna. Háseles acusado por esto, por escritores posteriores, de atenerse á la letra de la ley para hacer morir á algunos hombres que, si la ley se hubiera interpretado según su espíritu, hubieran tenido algunas probabilidades de salvación. Esta acusación es injusta. Los jueces indudablemente ejecutaron la verdadera intención de la legislatura, y de cualquier injusticia que hayan cometido, la legislatura, y no los jueces, debe ser responsable. Las palabras «25 de marzo» no se habían deslizado en el acta por mera inadvertencia. Todos los partidos del Parlamento estaban conformes desde mucho atrás en cuanto al principio que había producido las nuevas reglas. El único punto que era objeto de disputa se refería á la época en que aquellas reglas debían ponerse en vigor. Después de discusiones que habían durado varias legislaturas, después de muchas votaciones con vario resultado, se había hecho una transacción, y no tocaba seguramente á los tribunales alterar las condiciones de aquel compromiso. Puede, pues, afirmarse confiadamente, que si las Cámaras hubieran previsto el complot de asesinato, hubieran dilatado, en vez de anticipar, el día en que había de comenzar a regir el nuevo sistema. No hay duda que el Parlamento, y especialmente el partido whig, se hicieron acreedores á seria censura. Pues si las antiguas reglas de procedimiento no daban á la Corona

ventaja contraria á la equidad, no había razón para alterarlas; y si, como se creía generalmente, daban injusta ventaja á la Corona contra un acusado en un juicio de pena capital, no debían haber permitido que continuaran en vigor ni un solo día. Pero no debe censurarse á los tribunales por no obrar en directa oposición con la letra y el espíritu de la ley.

El Gobierno podía, en efecto, haber aplazado la vista hasta que la nueva ley estuviera en vigor, y hubiera sido prudente, al mismo tiempo que justo, el hacerlo así, pues los reos nada hubieran ganado con la dilación. Tratábase de uno de esos casos en que todo el ingenio de la curia nada puede hacer. Porter, Pendergrass, De la Rue y otros prestaron declaraciones á las que nada había que oponer. Charnock dijo lo poquísimo que tenía que decir, sin dificultad y con presencia de ánimo. El jurado declaró culpables á todos los acusados. No es muy honroso para aquel siglo que el anuncio del veredicto fuera recibido con grandes aclamaciones por la multitud que rodeaba el edificio. Los grupos se renovaron cuando los tres infelices, después de haber oído su sentencia, salieron entre los guardias (1).

Charnock no había dado hasta aquí muestras de debilidad; pero cuando se vió otra vez en el calabozo, su fortaleza le abandonó. Pidió gracia con insistencia. Se contentaría, dijo, con pasar el resto de sus días en holgada prisión. No pedía más que la vida. Si le dejaban la vida, prometía descubrir todo lo que sabía de los planes de los jacobitas contra el Gobierno. Si resultaba que se valía de algún engaño ó que supri-

---

(1) *Postman*, mar. 12, 1696; Vernon á Lexington, marzo 13; Van Cleverskirke, mar. 13 (23). Se da cuenta minuciosa de los procesos en la *Colección de Causas de Estado*.

mía alguna cosa, estaba dispuesto á sufrir todo el rigor de la ley. Este ofrecimiento produjo mucha excitación y fué causa de que se dividieran las opiniones entre los consejeros de Guillermo. Pero el Rey decidió, como solía hacerlo en tales casos, mostrarse prudente y magnánimo. Vió que el descubrimiento del complot había cambiado completamente el estado de las cosas. Su trono antes vacilante se apoyaba ahora en una base inconmovible. Su popularidad había subido de pronto como en la época de su marcha de Torbay á Londres. Muchos que estaban descontentos de su administración, y que en su disgusto se habían comunicado con Saint-Germain, se horrorizaron al ver que en cierto modo habían estado unidos con asesinos. Guillermo no quiso que la situación de estas personas fuera desesperada. No quiso siquiera exponerlas á la vergüenza. No sólo no serían castigadas, pero ni tendrían que sufrir la humillación de ser perdonadas. No quiso saber que habían delinquido. Charnock fué abandonado á su suerte (1). Cuando vió que no tenía probabilidades de ser recibido como desertor, asumió la dignidad de mártir, y desempeñó su parte resueltamente hasta el fin. Para con más decoro despedirse del mundo, se mandó hacer una hermosa casaca para la ejecución, y en su último día hizo empolvar y rizar cuidadosamente su peluca (2). En el momento de subir á la horca entregó á los sheriffs un papel en el que declaraba que había conspirado contra la vida del Príncipe de Orange, negando

(1) Burnet, II, 171; *Examen de la situación actual de Inglaterra;* la respuesta titulada *Los enemigos de Inglaterra expuestos al público*, 171; L'Hermitage, mar. 17 (27), 1696. L'Hermitage dice: «Charnock a fait de grandes instances pour avoir sa grace, et a offert de tout déclarer: mais elle lui a esté refusée.»

(2) L'Hermitage, marzo 17 (27).

solemnemente que Jacobo hubiera dado orden alguna que autorizase aquel asesinato. Esta negativa era, á no dudar, exacta en cuanto á la letra; pero Charnock no negaba, ni con verdad hubiera podido hacerlo seguramente, que había visto un despacho escrito y firmado por Jacobo que contenía palabras que podían sin violencia interpretarse, según realmente lo fueron por cuantos las llegaron á ver, como una autorización para la traidora emboscada de Túrnham Green.

Cierto que Charnock, en otro papel que todavía se conserva, pero que nunca ha sido impreso, empleaba lenguaje muy diferente. Dice con toda claridad que por razones bien fáciles de comprender para ser mencionadas, no pudo decir toda la verdad en el papel que había entregado á los sheriffs. Reconocía que el complot en que había entrado parecía, aun á muchos súbditos leales, altamente criminal. Llamábanle asesino y sicario. Y, sin embargo, ¿qué había hecho él, sino imitar la conducta de Mucio Scevola? Más aún, ¿qué había hecho él, sino lo que cuantos estaban en armas contra el Príncipe de Orange? Si un ejército de veinte mil hombres hubiera desembarcado repentinamente en Inglaterra y sorprendido al usurpador, esto se hubiera llamado guerra legítima. ¿Dependía solamente la diferencia entre la guerra y el asesinato del número de combatientes? ¿Cuál era, pues, el número menor que legalmente podía sorprender al enemigo? ¿Era cinco mil, ó mil, ó ciento? Jonatán y su escudero no eran más que dos; sin embargo, hicieron una gran matanza de filisteos. ¿Fué aquello asesinato? Lo que hace al homicidio asesinato, decía Charnock, no es el mero acto, sino la causa. Seguíase de aquí que no era un asesinato matar á aquel—y aquí el moribundo daba suelta á todo su odio—que había declarado guerra de exterminio contra los súb-

ditos leales, que ahorcaba, arrastraba y descuartizaba á todo el que se levantara en defensa del derecho, y que había devastado Inglaterra para enriquecer á los holandeses. Charnock admitía que su empresa hubiera sido injustificable á no estar autorizada por Jacobo; pero sostenía que había sido autorizada, si no expresamente, de una manera implícita. Cierto que S. M. había prohibido anteriormente semejantes tentativas; pero las había prohibido, no porque en sí mismas fueran criminales, sino únicamente por ineficaces en este ó aquel estado de los negocios. Las circunstancias habían cambiado. Nada más natural que considerar como retirada la prohibición. Los súbditos fieles de S. M. no tenían más que atenerse á las palabras de su Real despacho; y aquellas palabras, sin duda alguna, autorizaban plenamente un ataque contra la persona del usurpador (1).

(1) Hállase este curiosísimo documento en los MSS. Nairne de la Biblioteca Bodleiana. En la *Vida de Jacobo*, II, 155, se hallará un extracto breve y no muy exacto. La razón por que Macpherson, que ha impreso tantos documentos de menor interés, no ha impreso éste, es fácil de adivinar. Copiaré dos ó tres frases de las más importantes: «Fácilmente se comprende que lo que S. M. había rechazado en una ocasión lo aceptara en otra, cuando su propio bien ó el bien público necesariamente lo exigieran.—Pues yo no pude entenderlo como una prohibición general de que en ningún tiempo se hubiera de tocar al Príncipe de Orange..... — Nadie que crea á S. M. rey legítimo de Inglaterra puede dudar que en virtud de su orden de hacer guerra al Príncipe de Orange y sus partidarios, el atacar la persona del Príncipe no es un hecho justificable, tanto por las leyes del país, debidamente interpretadas y explicadas, como por la ley de Dios.»

XXXIX.

Ejecución de Charnock, King y Keyes.

King y Keyes fueron ejecutados al mismo tiempo que Charnock. King se portó con firmeza y decoro. Reconoció su crimen, y dijo que se arrepentía de él. Creyóse obligado por la Iglesia de que formaba parte, y que había deshonrado con su conducta, á declarar que se había extraviado, no por ningún razonamiento casuístico acerca del tiranicidio, sino solamente por la violencia de sus malas pasiones. El pobre Keyes estaba lleno de terror. Sus lágrimas y lamentaciones movieron á lástima á algunos de los espectadores. Díjose entonces, y después se ha repetido frecuentemente, que el criado á quien su amo arrastra al crimen es acreedor á la Real clemencia. Pero los que han censurado la severidad con que fué tratado Keyes, han pasado completamente por alto la importante circunstancia que le distinguía de todos los demás conspiradores. Él había formado parte de los Azules. Había estado siempre en relación con sus antiguos camaradas. El mismo día fijado para el asesinato se había mezclado con ellos para recoger noticias. El regimiento se había hecho de tal modo desleal, que había sido necesario encerrar á algunos soldados y licenciar á muchos más. Seguramente, caso de hacer algún escarmiento, debía ejecutarse en el agente que había puesto en relación á los que querían matar al Rey con los encargados de custodiarlo.

XL.

Proceso de Friend.

Vióse después la causa de Friend. Su crimen no era tan grave como el de los tres conspiradores que acababan de ser ejecutados. Cierto que había invitado á enemigos extranjeros á invadir el reino y había hecho preparativos para unirse á ellos. Pero, aunque había tenido conocimiento del plan de asesinato, no había tenido parte en él. Su gran fortuna, sin embargo, y el uso que, según todos sabían, hacía de ella, le señalaban como digno de castigo. Pidió abogado, como lo había pedido Charnock, y, como Charnock, lo pidió en vano. Los jueces no podían violentar la ley, y el Fiscal general no quiso aplazar la vista. Los sucesos de aquel día suministran un poderoso argumento en favor de la ley de cuyo beneficio se vió Friend excluído. Es imposible leerlos, aun después de tanto tiempo, sin sentir compasión por un hombre ignorante é inculto, abatido por la extremidad del peligro, y obligado á luchar con fríos, astutos y experimentados antagonistas. Charnock se había defendido á sí mismo y á los que fueron juzgados con él, con toda la habilidad de un legista de profesión. Pero el pobre Friend era inofensivo como un niño. Casi no dijo más, sino que era protestante y que los testigos contra él eran papistas, que tenían dispensa de sus confesores para perjurar, y que creían que jurar en falso para hacer morir á los herejes era obra meritoria. Su ignorancia de la historia y del derecho llegaba hasta imaginar que el estatuto de

traiciones aprobado en el reinado de Eduardo III, en una época en que no había más que una religión en la Europa occidental, contenía una cláusula estableciendo que ningún papista pudiera ser testigo, y obligó al Secretario del tribunal á leer toda el acta, desde el principio al fin. Respecto á su delito, no era posible abrigar la menor duda. Fué declarado convicto, como lo hubiera sido aun en el caso de concederle los privilegios que había pedido.

XLI.

Proceso de Parkyns.

Llegó luego el turno á Parkyns. Éste había tenido gran participación en lo más tenebroso del complot, y era, en un respecto, menos excusable que ninguno de sus cómplices, porque los demás eran todos *nonjurors*, y él había prestado juramento de obediencia al Gobierno existente. También él insistió en que debía ser juzgado con arreglo á las disposiciones de la nueva ley. Pero el abogado de la Corona se mostró inexorable en lo que era de su derecho, y la petición del acusado fué denegada. Como era hombre de gran talento, y había seguido la carrera del foro, dijo probablemente en su defensa cuanto por él hubiera podido decir un abogado; mas todo esto resultó muy poco. Fué declarado culpable y sentenciado á muerte, el 24 de marzo al anochecer, seis horas antes del tiempo en que la ley cuyo beneficio había pedido en vano comenzaba á regir (1).

La ejecución de los dos caballeros era ansiosamente

(1) Se hallarán los procesos de Friend y Parkyns excelentemente referidos en las *Causas de Estado*.

esperada por la población de Londres. Los Estados Generales fueron informados por su corresponsal, que no había espectáculo más agradable para los ingleses que el de una ejecución, y que de cuantas se recordaban, ninguna había excitado tan gran interés como la de Friend y Parkyns. La multitud estaba irritada contra Friend, por ciertos rumores acerca de la detestable calidad de la cerveza que fabricaba. Hasta se decía que, en su celo por la causa jacobita, había envenenado todos los toneles que había suministrado á la armada. Una innumerable multitud se reunió, pues, en Tyburn. Habíase levantado un tablado que formaba un inmenso anfiteatro alrededor de la horca. En este tablado estaban los espectadores más ricos, en gradas, y la expectación había llegado al colmo cuando se anunció que el espectáculo quedaba aplazado. La multitud se disolvió de muy mal talante, y no sin muchas riñas entre los que habían dado dinero por sus puestos y los que se negaban á devolverlo (1).

La causa de tan triste desengaño fué una resolución aprobada repentinamente por los Comunes. Un diputado había propuesto que se enviase á la Torre una comisión, autorizándola para examinar los presos y hacerles esperar que por medio de una confesión ingenua y completa podrían obtener la intercesión de la Cámara. Según los escasos informes que han llegado hasta nosotros, el debate debe haber sido muy curioso. Diríase que los partidos habían trocado los papeles. Parecía natural que los whigs se mostraran inexorablemente severos, y que si alguien debía sentir compasión por los infelices acusados serían los tories. Pero es lo cierto que muchos de los whigs creían, perdonando la vida á dos criminales que no

(1) L'Hermitage, abril 3 (13), 1696.

podían hacer daño alguno, descubrir y destruir numerosos criminales de alto rango y empleos elevados. Por otra parte, todo el que hubiera tenido algún trato directo ó indirecto con Saint-Germain, ó que tuviese interés por cualquier persona que se encontrara en este caso, miraba con espanto las revelaciones que bajo la terrible impresión de la muerte pudieran hacer los prisioneros. Seymour, por la sencilla razón de haber ido más lejos en sus traiciones que casi todos los demás miembros de la Cámara, gritaba más que ningún otro contra toda indulgencia con sus colegas de traición. ¿Querrían usurpar los Comunes la más sagrada prerrogativa de la Corona? Á Su Majestad tocaba, y no á ellos, juzgar si hombres justamente condenados á muerte podían, sin peligro, ser perdonados. Los whigs, sin embargo, consiguieron su propósito. Una comisión formada de los consejeros privados de la Cámara salió inmediatamente para Newgate. Friend y Parkyns fueron interrogados, pero inútilmente. Después de oir su sentencia habían mostrado al principio algunos síntomas de debilidad; pero las exhortaciones de los teólogos no juramentados á quienes se había dejado entrar en la prisión, habían fortalecido su valor. Corría el rumor de que Parkyns hubiera cedido, si no fuera por las súplicas de su hija, que le exhortó á sufrir varonilmente por la buena causa. Los criminales confesaron haber cometido el crimen de que habían sido convictos; pero, con una resolución que es tanto mas digna de respeto por cuanto parece engendrada, no por atrevimiento natural, sino por sentimientos de honor y de religión, se negaron á decir nada que pudiera comprometer á otras personas (1).

(1) *Commons' Journals*, abril, 1 y 2, 1696; L'Hermitage, abril 3 (13), 1696; Van Cleverskirke, igual fecha.

XLII.

Ejecución de Friend y de Parkyns.

A las pocas horas la multitud se reunía en Tyburn, y esta vez los espectadores no vieron defraudadas sus esperanzas. Contemplaron ciertamente un espectáculo que no esperaban y que produjo mayor sensación que la ejecución misma. Jeremías Collier y otros dos eclesiásticos no juramentados de menor fama, llamados Cook y Snatt, habían asistido á los prisioneros en Newgate, y estaban en la carreta al pie de la horca. Cuando terminaron las oraciones, y en el momento que el verdugo se disponía á hacer su oficio, los tres sacerdotes cismáticos se levantaron y pusieron sus manos sobre las cabezas de los moribundos, que continuaron de rodillas. Collier pronunció una fórmula de absolución tomada del oficio de la visitación de los enfermos, y sus hermanos exclamaron: «Amén.»

Esta ceremonia produjo un gran tumulto, que se hizo todavía mayor cuando pocas horas después de la ejecución se publicaron los papeles que los dos traidores habían entregado á los sheriffs. Se había supuesto que Parkyns manifestaría por lo menos algún arrepentimiento del crimen que le había llevado á la horca. Cierto que ante la Comisión de los Comunes dijo que el complot de asesinato no era justificable. Pero en su última declaración confesaba haber tenido parte en aquel complot, no sólo sin una palabra que indicara remordimiento, sino con algo que parecía satisfacción. ¿Debía este hombre haber sido absuelto

por sacerdotes cristianos, absuelto á la vista de millares de personas, absuelto con ritos evidentemente encaminados á atraer la atención pública, con ritos de que no había huella en el *Libro de Rezo Comun* ni en la práctica de la Iglesia anglicana?

En diarios, folletos y hojas sueltas era censurada severamente la insolencia de los tres levitas, según se les llamaba. No tardaron en salir autos de prisión contra ellos. Cook y Snatt fueron cogidos y encarcelados; pero Collier pudo ocultarse, y valiéndose de una de las imprentas que estaban al servicio de su partido, publicó desde su escondrijo una defensa de su conducta. Declaró que aborrecía el asesinato tanto como los que más furiosamente lo atacaban, y en esta parte su vida entera puede garantizar la sinceridad de esta declaración. Pero el acto de impremeditación que el espíritu de partido le había hecho realizar, proporcionó á sus adversarios razones muy plausibles para poner en duda su sinceridad. Aparecieron en su defensa una multitud de respuestas. Entre éstas la de más importancia fué un solemne manifiesto firmado por los dos arzobispos y por todos los obispos que estaban entonces en Londres, en número de doce. Hasta Crewe, de Durham, y Sprat, de Rochester, pusieron sus nombres en este documento. Condenaban los actos de los tres sacerdotes *nonjurors* como irregulares en la forma y en la esencia impíos. Remitir las culpas de pecadores impenitentes era un abuso profano del poder que Cristo había delegado en sus ministros. No se negaba que Parkyns hubiera tratado de cometer un asesinato. No se pretendía que hubiera declarado el menor arrepentimiento por semejante acto. La deducción inmediata era que los sacerdotes que le absolvieron no consideraban como un pecado el asesinar al rey Guillermo. Collier repli-

có; pero aunque obstinado polemista, en esta ocasión rehuyó la lucha, refugiándose lo mejor que pudo bajo una nube de citas de Tertuliano, Cipriano y Jerónimo, Albaspineo y Hammond, el concilio de Cartago y el concilio de Toledo. La opinión pública se mostraba muy irritada contra los tres sacerdotes. El Gobierno, sin embargo, determinó prudentemente no conferirles el honor del martirio. El gran jurado de Middlesex lanzó un bill contra ellos, pero no se les sometió á proceso. Cook y Snatt fueron puestos en libertad después de una breve detención, y Collier hubiera sido tratado con igual lenidad si hubiera consentido en prestar fianza. Pero estaba determinado á no hacer nada que pudiera interpretarse como un reconocimiento del gobierno del usurpador. Fué, pues, declarado fuera de la ley, y cuando murió, más de treinta años después, aun no había sido revocada esta sentencia (1).

XLIII.

Procesos de Rookwood, Cranburne y Lowick.

Parkyns fué el último inglés á quien se juzgó por alta traición según el antiguo sistema de procedimiento. El primero á quien se juzgó por el nuevo sistema fué Rookwood. Defendíale sir Bartolomé Shower, que en el reinado precedente había cobrado fama nada envidiable de cruel y servil parásito, que

---

(1) L'Hermitage, abril 7 (17), 1696. La Declaración de los Obispos, la defensa de Collier, y la Nueva defensa y un largo alegato en favor de Cock y Snatt, se hallarán en la *Colección de causas de Estado.*

había conseguido de Jacobo el nombramiento de *Recorder* de Londres cuando Holt renunció dignamente este cargo, y que mientras lo desempeñó envió á algunos soldados á la horca por faltas de disciplina militar. Esta servil crueldad le había valido el sobrenombre de cazador de hombres. Shower merecía como nadie ser exceptuado del acta de indemnidad y abandonado al mayor rigor de aquellas leyes que tan descaradamente había conculcado. Mas le salvó la clemencia de Guillermo, clemencia que él había pagado con pertinaz y maligna oposición (1). Shower fué elegido en esta ocasión á causa, indudablemente, de su conocida afición á las ideas jacobitas. Opuso algunas objeciones técnicas que el tribunal rechazó. Respecto á la cuestión principal no pudo decir nada en descargo del reo. El jurado pronunció veredicto de culpabilidad. Cranburne y Lowick fueron declarados convictos. Sufrieron la pena de muerte en unión de Rookwood, y aquí terminaron las ejecuciones (2).

XLIV.

La Asociación.

La actitud de la nación era tal, que el Gobierno hubiera podido derramar mucha más sangre sin incurrir en el reproche de crueldad. Los sentimientos que había suscitado el descubrimiento del complot continuaron durante varias semanas aumentando de día

(1) Véase el *Cazador de hombres*, 1690.
(2) *Causas de Estado.*

en día. Supieron aprovechar singularmente semejante estado de la opinión los hombres entendidos que estaban á la cabeza del partido whig. Vieron que si se dejaba sin dirección el entusiasmo público, se agotarían aclamaciones, brindis y hogueras, pero que sabiamente guiado serviría para producir efectos grandes y duraderos. La asociación que había formado la Cámara de los Comunes cuando aún resonaba en sus oídos el discurso del Rey, proporcionó los medios de combinar cuatro quintas partes de la nación en un vasto club para la defensa del orden de sucesión, con el cual estaban inseparablemente unidas las más caras libertades del pueblo inglés, y de establecer una prueba que serviría para distinguir á los que fueran celosos por aquel orden de sucesión de los que de mala gana y con repugnancia lo habían aceptado. De los quinientos treinta miembros de la Cámara Baja, unos cuatrocientos veinte suscribieron voluntariamente el documento que reconocía á Guillermo como rey legítimo y legal de Inglaterra. Propúsose en la Alta Cámara que se adoptara la misma fórmula, pero los toríes opusieron algunas objeciones. Nottingham, siempre concienzudo, pundonoroso y de estrecho criterio, declaró que no podía admitir las palabras *legítimo y legal.* Seguía sosteniendo, como siempre, que el Príncipe que tenía la Corona, no por nacimiento, sino otorgada por la Convención, no podía propiamente ser designado así. Guillermo era, á no dudar, rey de hecho, y, como tal, era acreedor á la obediencia de los cristianos. «Nadie—decía Nottingham—ha servido ni servirá á S. M. más fielmente que yo; pero no puedo firmar este documento.» Lenguaje semejante emplearon Rochester y Normanby. Monmouth, en un discurso de dos horas y media, exhortó vehementemente á los Lores á marchar de

acuerdo con los Comunes. Burnet habló con calor en igual sentido. Wharton, que por muerte de su padre, ocurrida recientemente, era ahora lord Wharton, aparecía en primera fila entre los Pares whigs. Pero nadie se distinguió más en el debate que aquel cuya vida pública y privada había sido una larga serie de faltas y desastres, el incestuoso amante de Enriqueta Berkeley, el infortunado lugarteniente de Monmouth. Poco antes había cesado de usar el mancillado nombre de Grey de Wark, llamándose ahora Conde de Tankerville. Habló aquel día con gran fuerza y elocuencia en favor de las palabras *legítimo y legal*. Leeds, después de manifestar su pesar de que una mera cuestión de palabras hubiera sido causa de disensión entre aristócratas que eran todos igualmente afectos al Soberano reinante, hizo el oficio de mediador. Propuso que sus señorías, en vez de reconocer á Guillermo como rey legal y legítimo, declarasen que Guillermo tenía derecho por la ley á la corona inglesa, y que ninguna otra persona tenía derecho alguno á aquella corona. Cosa extraña: casi todos los Pares tories admitieron con suma satisfacción lo que Leeds había indicado. Entre los whigs hubo alguna repugnancia en admitir un cambio que, aunque leve, podría indicar diferencia de opinión entre las dos Cámaras èn una cuestión de grave importancia. Pero Devonshire y Portland se dieron por contentos; su autoridad prevaleció, y la alteración quedó hecha. Cómo ha de distinguirse un poseedor legal y legítimo de aquel á quien la ley concede derecho exclusivo, es una cuestión que bien pueden los whigs, sin gran mortificación, declarar fuera del alcance de su inteligencia, dejándola para que la discutan los partidarios de la alta Iglesia. Ochenta y tres Pares suscribieron inmediatamedte el acta de asociación así

enmendada, y entre ellos se encontraba Rochester. Nottingham, aun no del todo satisfecho, pidió tiempo para pensarlo (1).

Fuera del recinto del Parlamento se hizo caso omiso de esta cuestión de palabras. El lenguaje de la Cámara de los Comunes fué adoptado por todo el país. La City de Londres fué la primera en dar el ejemplo. Treinta y seis horas después de haberse publicado el acta de la asociación bajo la dirección del Speaker fué suscrita por el Lord Mayor, por los *aldermen* y por casi todos los miembros del Municipio. Las corporaciones municipales en casi todo el reino imitaron el ejemplo dado por la capital. Los tribunales de primavera acababan de abrirse; y en todas las ciudades de condado los grandes jurados y los justicias de paz anotaron sus nombres. Pronto acudieron á millares, á las mesas donde estaban los pergaminos, tenderos, artesanos, *yeomen*, colonos, labradores. En Westminster hubo treinta y siete mil firmas, en Tower Hamlets ocho mil, en Southwark diez y ocho mil. Los distritos rurales de Surrey presentaron diez y siete mil. En Ipswich firmaron todos los electores, excepto dos. En Warwick firmaron todos los varones que habían cumplido diez y seis años, excepto dos papistas y dos cuákeros. En Taunton, donde aún estaba reciente la memoria del Tribunal de Sangre, todos los que sabían escribir firmaron su adhesión al Gobierno. Todas las iglesias y todas las casas de congregación de la ciudad estaban más concurridas que nunca de gente que acudía á dar gracias á Dios por haber conservado á

(1) La mejor y realmente la única buena relación de estos debates puede verse en L'Hermitage, feb. 28 (mar. 9), 1696. Dice con mucha verdad: «La difference n'est qu'une dispute de mots, le droit qu'on a à une chose selon les loix estant aussy bon qu'il puisse estre.»

aquel á quien cariñosamente llamaban Guillermo el Libertador. El más jacobita de todos los condados de Inglaterra era el Lancashire. Y, sin embargo, en Lancashire se recogieron cincuenta mil firmas. De todas las grandes ciudades de Inglaterra, Norwich era la más jacobita. Suponíase que los magistrados de aquella ciudad figuraban en el partido de la dinastía desterrada. Los *nonjurors* eran numerosos, y justamente antes del descubrimiento del complot habían mostrado inusitada animación y se habían permitido libertades que antes no se tomaban nunca. Uno de los principales teólogos del cisma había predicado allí un sermón que dió margen á extrañas sospechas. Habíale servido de texto el versículo en que el profeta Jeremías anuncia que el día de la venganza está cercano, que la espada se embriagará de sangre, que el Señor Dios de los Ejércitos tenía un sacrificio en el país al Norte del Eufrates. Muy pronto se supo que en el tiempo en que se pronunciaba este discurso se afilaban, en efecto, las espadas, bajo la dirección de Barclay y Parkyns, para un sacrificio sangriento en la orilla septentrional del Támesis. La indignación del pueblo llano de Norwich no conoció límites. Acudieron en multitud, á pesar de la frialdad de las autoridades municipales, á empeñar su fe á Guillermo. En Norfolk el número de firmas ascendió á cuarenta y ocho mil. En Suffolk á setenta mil. Más de quinientos pergaminos llegaron á Londres de todas partes de Inglaterra. Según la *Gaceta*, el número de nombres inscritos en veintisiete de estos pergaminos, fué de trescientos catorce mil. Descontando cuanto pudiera haber de fraude, parece resultar que se adhirieron á la asociación la gran mayoría de los adultos de Inglaterra que sabían firmar. La corriente del sentimiento popular era tan poderosa, que uno de quien se supo

que no había firmado corrió imninente peligro de ser afrentado en público. En muchos sitios nadie se presentaba sin llevar en el sombrero una cinta roja donde estaban bordadas las palabras: «Asociación General por el rey Guillermo». Una vez un grupo de jacobitas tuvo el valor de recorrer procesionalmente una calle de Londres llevando un emblema que parecía indicar su desprecio por la nueva Solemne Liga y Alianza. Fueron inmediatamente puestos en derrota por la multitud, y su caudillo más que medianamente rociado. El entusiasmo se extendió hasta islas apartadas, á factorías de países extranjeros, á remotas colonias. La asociación fué firmada por los rudos pescadores de las islas Sorlingas, por los comerciantes ingleses de Málaga y de Génova, por los ciudadanos de Nueva York, por los plantadores de tabaco de Virginia, y por los plantadores de azúcar de las Barbadas (1).

Envalentonados por el triunfo, los caudillos whigs se aventuraron á dar un paso más. Presentaron en la Cámara Baja un bill para atender á la seguridad de la real persona y del Gobierno. Por este bill se establecía que todo el que, mientras durase la guerra, viniera de Francia á Inglaterra sin real permiso, incurriera en la pena de traición; que la suspensión de la ley de *Habeas Corpus* continuaría hasta terminar el año 1696, y que todos los funcionarios nombrados por Guillermo continuaran en sus puestos, aunque muriese el Rey, hasta que su sucesor quisiera separarlos. El acta de Asociación adoptada por la Cámara de los Comunes fué solemnemente ratificada, y se estable-

(1) Véase la *Gaceta de Londres*, números de varias semanas; L'Hermitage, marzo 17 (27), marzo 24, abril 3, abril 14 (24), 1696; *Postman*, abril 9, 25 y 30.

ció que nadie pudiera formar parte de la Cámara ni desempeñar ningún empleo civil ni militar sin firmarla. Dejóse á los Lores usar la fórmula por ellos establecida, y no se dijo nada acerca del clero.

Los toríes, capitaneados por Finch y Seymour, se quejaron amargamente de esta nueva prueba, y se aventuraron una vez á pedir votación; pero fueron derrotados. Finch al parecer fué oído pacientemente; pero á pesar de toda la elocuencia de Seymour, el tono despreciativo con que habló de la Asociación, levantó una tormenta contra la cual no pudo sostenerse. Oyéronse fuertes gritos de «¡A la Torre, á la Torre!» A pesar de su carácter altivo é imperioso, hubo de explicar sus palabras, y consiguió difícilmente, disculpándose como no solía hacerlo, salvarse de la humillación de ser llamado á la barra y recibir postrado de hinojos una reprimenda. Mandóse el bill á los Lores, y fué aprobado con gran rapidez, á pesar de la oposición de Rochester y Nottingham (1).

XLV.

Bill reglamentando las elecciones.

Ilustra notablemente la naturaleza y extensión del cambio que el descubrimiento del complot de asesinato había producido en la actitud de la Cámara de los Comunes y de la nación, la historia de un bill titulado Bill para reglamentar en lo sucesivo las elecciones de miembros del Parlamento. El capital era

(1) *Diarios de los Lores y de los Comunes*; L'Hermitage. abril 7 (17), 10 (20), 1696.

casi en totalidad whig, siendo, por tanto, mirado con disgusto por los toríes. La creciente influencia de los capitalistas era, en general, objeto de envidia por parte de los propietarios, tanto que fueran whigs como toríes. Había algo de extraño y monstruoso en ver á un comerciante de Lombard Street, á quien ningún vínculo unía al suelo de la isla, y cuya riqueza era enteramente personal y mueble, salir para Devonshire ó Sussex con una maleta llena de guineas, presentarse candidato por un distrito enfrente de un caballero del país cuyos antepasados venían siendo elegidos siempre con regularidad desde las guerras de las Dos Rosas, y salir luego á la cabeza de la lista. Y aun no era esto lo peor. Decíase que más de un distrito había sido vendido en una mesa del café de Garraway. El comprador no había tenido que cumplir siquiera la fórmula de presentarse á los electores. Sin salir de su escritorio en Cheapside, había sido elegido para representar un distrito que nunca había visto. Tales cosas eran intolerables. Decíase que nadie debía formar parte de la legislatura inglesa sin poseer algunos centenares de acres de terreno inglés (1). Presentóse, pues, un bill para que todo miembro de la Cámara de los Comunes hubiera de poseer una cierta extensión de tierra. En un caballero de condado se exigía una renta de quinientas libras anuales, y doscientas en el representante de ciudad. A principios de febrero este bill fué leído por segunda vez y pasó á una comisión especial. Hubo una moción para que se encargara á la comisión que agregara una cláusula estableciendo que todas las elecciones se hicieran por bolas. No he-

(1) Véase el *Alegato del elector contra la corrupción en las elecciones del Parlamento*, y las *Consideraciones sobre la corrupción en las elecciones de miembros del Parlamento*. Ambos folletos fueron publicados en 1701.

mos podido averiguar si era whig ó tory el autor de esta moción, ni con qué argumentos fué apoyada ó en qué se fundaron para combatirla. Sólo sabemos que fué rechazada sin votación.

Antes que el bill volviera de la comisión, algunos de los más respetables distritos del reino habían levantado su voz contra la nueva restricción á que se proponía sujetarlos. En general había habido muy poca simpatía entre las ciudades comerciales y las universidades. Porque las ciudades comerciales eran los centros más importantes del partido whig y de las doctrinas disidentes, y las universidades eran celosas defensoras de la Corona y de la Iglesia. Ahora, sin embargo, Oxford y Cambridge hacían causa común con Londres y Brístol. Era muy duro, decían los académicos, que una persona grave y sabia, enviada por un cuerpo numeroso de hombres graves y sabios al gran consejo de la nación, no pareciera tan digno de formar parte de aquel consejo como un rústico ignorante que apenas sabía lo suficiente para poder desempeñar un beneficio eclesiástico. Era muy duro, decían los mercaderes, que un príncipe del comercio que había sido primer magistrado de la primera ciudad del mundo, cuyo nombre escrito al dorso de una letra inspiraba entera confianza en Smirna y en Génova, en Hamburgo y Amsterdam, que tenía en la mar barcos cada uno de los cuales valía un castillo, y que repetidas veces, siempre que la libertad y la religión del reino habían estado en peligro, anticipara al Gobierno, en término de una hora, cinco ó diez mil libras, se creyera que no tenía tanta parte en la prosperidad de la república como el *squire* que vendía sus reses y su lúpulo en la mesa de una taberna en la inmediata ciudad de mercado. En el informe se propuso que las universidades que-

daran exceptuadas; pero la moción se perdió por ciento cincuenta y un votos contra ciento cuarenta y tres. En la tercera lectura se propuso que la City de Londres quedara exceptuada; pero no pareció prudente pedir votación. La cuestión final de si se aprobaba el bill se resolvió favorablemente por ciento setenta y tres votos contra ciento cincuenta la víspera de descubrirse el complot de asesinato. Los Lores dieron su aprobación al bill sin ponerle ninguna enmienda.

Guillermo tuvo que detenerse á considerar si debía otorgar ó no su sanción. Las ciudades comerciales del reino, y entre ellas la City de Londres, que siempre le habían defendido resueltamente y que muchas veces le habían sacado de grandes apuros, imploraban su protección. Representábanle que los Comunes distaban mucho de opinar unánimemente en este asunto; que en el último trámite, estando llena la Cámara, la mayoría no había sido más que de veintitrés; que la moción para exceptuar las universidades había sido desechada por una mayoría sólo de ocho. Después de meditarlo detenidamente, resolvió no aprobar el bill. Nadie, decía, podría acusarle de obrar con egoísmo en esta ocasión: no se trataba de su prerrogativa, y no tenía más objeción que oponer á la ley propuesta sino que era perjudicial para su pueblo.

Así, pues, el 10 de abril de 1696, el Secretario del Parlamento recibió orden de informar á las Cámaras que el Rey examinaría el bill relativo á la reglamentación de las elecciones. Algunos violentos toríes de la Cámara de los Comunes se lisonjeaban de poder hacer aprobar una resolución censurando la conducta del Rey. Propusieron que todo el que había aconsejado á S. M. que negara su asentimiento al bill era

enemigo del Rey y de la nación. Nunca se cometió mayor torpeza. La actitud de la Cámara era ahora muy diferente del día que se había votado por aclamación la instancia contra la concesión hecha á Portland. El descubrimiento de un complot de asesinato, el temor de una invasión francesa habían hecho que todo cambiara. El Rey era popular. Todos los días ponían á sus pies diez ó doce fardos de pergaminos cubiertos con las firmas de los que se adherían á la Asociación. Nada más imprudente que proponer en ocasión semejante un voto de censura mal disfrazado contra él. Los toríes moderados se apartaron, pues, de sus violentos y poco razonables amigos. La moción fué rechazada por doscientos diez y nueve votos contra setenta, y la Cámara mandó publicar la proposición y el número de votantes en pro y en contra, para que el mundo pudiera ver cuán completamente había fracasado la tentativa para indisponer al Rey con el Parlamento (1).

XLVI.

Acta estableciendo un Banco Territorial.

Tal vez los caballeros del campo hubieran mostrado mayor sentimiento por la derrota de su proposición, á no haberles puesto de muy buen talante otro bill al cual atribuían todavía mayor importancia. Habíase hecho renacer el proyecto de Banco Territorial, no

(1) Se hallará la historia de este bill en el *Diario de la Cámara de los Comunes*, y en un interesantísimo despacho de L'Hermitage, abril 14 (24), 1696.

en la forma en que dos años antes había sido sometido al examen de la Cámara de los Comunes, sino en una forma no tan contraria al sentido común ni tan ocasionada al ridículo. Cierto que Chamberlayne protestaba altamente contra todas las modificaciones de su plan, y anunciaba con no disminuída confianza que haría ricos á todos sus compatriotas, sólo con que se le dejara hacer. No era él el primer gran descubridor á quien príncipes y hombres de Estado miraban como un soñador. Enrique VII se había negado en mal hora á prestar oídos á Cristóbal Colón; la consecuencia había sido que Inglaterra perdiese las minas de Méjico y el Perú; y, sin embargo, ¿qué eran las minas de Méjico y el Perú en comparación de las riquezas de una nación que tuviera el beneficio de una cantidad ilimitada de papel moneda? Pero la fuerza unida de la razón y el rídiculo habían reducido la secta un tiempo numerosa de los que seguían á Chamberlayne á un grupo pequeño y escogido de tontos incorregibles. Pocos, aun entre los *squires*, creían ahora en sus dos grandes doctrinas, la doctrina de que el Estado puede, con sólo llamar á un fajo de papeles viejos diez millones de libras esterlinas, añadir diez millones de libras á la riqueza de la nación, y la doctrina de que un arriendo de tierras por un número de años puede valer muchas veces la renta de un año. Pero seguía siendo opinión general entre los caballeros del campo que un banco cuyo negocio especial consistiera en anticipar dinero sobre tierras, sería un gran beneficio para la nación. Harley y el Speaker Foley propusieron ahora que se estableciera un banco de esta clase por acta del Parlamento, y prometieron que si su plan era adoptado, el Rey tendría dinero en abundancia para la próxima campaña.

Los caudillos whigs, y especialmente Montague,

vieron que este plan era una alucinación que debía fracasar pronto, y que antes que esto sucediera podría tal vez causar la ruina de su institución favorita, el Banco de Inglaterra. Pero en este punto tenían en contra suya no sólo todo el partido tory, sino también á su amo y á muchos de sus servidores. Las necesidades del Estado eran urgentes. Los ofrecimientos de los proyectistas eran tentadores. El Banco de Inglaterra, en cambio de la carta, sólo había adelantado al Estado un millón al ocho por ciento. El Banco Territorial adelantaría más de dos millones y medio al siete. Guillermo, cuyo principal objeto era procurarse dinero para las atenciones del año, estaba poco inclinado á encontrar defectos en cualquier fuente de donde pudiera sacar dos millones y medio. Sunderland, que generalmente empleaba su influencia en favor de los jefes whigs, los abandonó en esta ocasión. Los caballeros del campo whigs estaban llenos de contento á la idea de poder reparar sus caballerizas, proveer sus bodegas y dotar á sus hijas. Era imposible luchar contra tantas fuerzas unidas. Aprobóse un bill autorizando al Gobierno á hacer un empréstito de dos millones quinientas sesenta y cuatro mil libras al siete por ciento. Creóse un fondo, basado principalmente en un nuevo impuesto sobre la sal, para atender al pago de los intereses. Si antes de 1.° de agosto estaba cubierta la suscrición de la mitad del empréstito, y si la mitad de la suma suscrita había sido pagada á la Hacienda, los accionistas formarían una corporación con el nombre de Banco Territorial de la nación. Como este banco se creaba expresamente para negociar con los caballeros del campo, se prohibía severamente que prestara dinero sobre ninguna seguridad particular que no fuera hipoteca de tierras, y el mínimum de lo que estaba

obligado á prestar anualmente sobre hipotecas, era medio millón. El interés de este medio millón no debía pasar de tres y medio por ciento, si los pagos se hacían por trimestres, ó de cuatro si se hacían semestralmente. En aquel tiempo la cuota general del interés sobre las mejores hipotecas era de seis por ciento. Los sagaces observadores de la Embajada holandesa creyeron, pues, que los capitalistas esquivarían toda relación con un negocio que necesariamente debía ser ruinoso, y que nunca llegaría á cubrirse la mitad de la suscrición, y parece extraño que haya habido quien en su sano juicio hubiera pensado de otro modo (1).

Inútil fué, sin embargo, razonar contra la general alucinación. Los tories, llenos de entusiasmo, anunciaban que el banco de Roberto Harley eclipsaría por completo el banco de Carlos Montague. El bill fué aprobado en ambas Cámaras. El 27 de abril recibió la regia sanción, é inmediatamente después fué prorrogado el Parlamento.

---

(1) El acta es la 7 y 8 de Guillermo, 3 C. 31. Su historia puede trazarse con los *Diarios*.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

1696-1697.

I.

Operaciones militares en los Países Bajos.

El 7 de mayo de 1696 desembarcó Guillermo en Holanda (1). Desde allí siguió á Flandes, poniéndose al frente de las fuerzas aliadas, que estaban reunidas en las cercanías de Gante. Villeroy y Boufflers estaban ya en campaña. Toda Europa aguardaba con impaciencia grandes nuevas de los Países Bajos, pero aguardó en vano. No se hizo ningún movimiento agresivo. El objeto de los generales de una y otra parte era impedir que sus tropas muriesen de hambre; objeto que en modo alguno era fácil de conseguir. Los tesoros, tanto de Francia como de Inglaterra, estaban exhaustos. Luis XIV, durante el invierno, había creado con gran dificultad y grandes gastos un almacen gigantesco en Givet, en la frontera de su reino. Los edificios eran cómodos y de vasta extensión. La cantidad de heno y grano reunida allí para

(1) *London Gazette*, mayo 4, 1696.

los caballos era inmensa. Calculábase generalmente que el número de raciones para los soldados ascendería de tres á cuatro millones. Pero á principios de la primavera Athlone y Cohorn, por un movimiento hábil y atrevido, habían sorprendido Givet, y habían destruído completamente los almacenes y provisiones (1). Francia, que difícilmente podía ya sostenerse, se encontró imposibilitada para reparar semejante pérdida. Sitios como los de Mons y Namur eran operaciones demasiado costosas para los medios de que disponía. Así, pues, el objeto de su ejército actualmente no era vencer, sino subsistir.

No era menos dolorosa la situación á que se veía reducido el ejército de Guillermo. Cierto que la riqueza material de Inglaterra no había sufrido gran quebranto por los gastos ocasionados por la guerra; pero sufría penosamente por el estado defectuoso del instrumento que servía para distribuir la riqueza material.

II.

Crisis comercial en Inglaterra.

El Parlamento había resuelto que el sábado 2 de mayo fuera el último día en que las coronas, medias coronas y chelines cercenados pasaran por todo su valor en el pago de los impuestos (2). El Tesoro estaba asediado desde el alba hasta media noche por

---

(1) Ibid., marzo 12 y 16, 1696; *Monthly Mercury* de marzo, 1696.

(2) La ley disponía que el dinero mermado fuera entregado antes del 4 de mayo. Como el 3 era domingo, el 2 era realmente el último día.

una inmensa multitud. Fué necesario hacer venir los guárdias para que mantuvieran el orden. El lunes siguiente comenzó una cruel agonía de pocos meses, á la cual debían suceder muchos años de casi no interrumpida prosperidad (1).

La mayor parte de la plata antigua había desaparecido. La nueva apenas comenzaba á salir. Unos cuatro millones de libras esterlinas en lingotes y moneda vieja yacían en las bóvedas del Tesoro; y en tanto las piezas nuevas iban saliendo con mucha lentitud de la Casa de la Moneda (2). Los alarmistas predecían que el reino más rico y más ilustrado de Europa sería reducido al estado de aquellas sociedades bárbaras donde se compra una estera á cambio de un hacha, y un par de abarcas por un trozo de venado.

Cierto que había algunas piezas antiguas que se habían librado de la mutilación; y las de seis peniques que no tuvieran cercenado el círculo más interior, todavía corrían. Esta moneda vieja juntamente con la nueva hacían una pequeña cantidad de plata, que con ayuda del oro debía servir á la nación durante el verano (3). Los fabricantes en general pudieron, si bien con mucha dificultad, pagar á sus obreros en dinero (4). La mayor porte de las clases superiores vivían, á lo que parece, á crédito. Aun personas opulentas rara vez tenían medios de abonar

(1) L'Hermitage, mayo 5 (15), 1696; Carta noticiera de Londres, mayo 4 y 6. En la carta noticiera se menciona el 4 de mayo como «el día de que tanto se ha hablado, por la universal importancia que tiene para la gente.»

(2) Carta noticiera de Londres, mayo 21, 1696; Old Postmaster, Junio 25; L'Hermitage, mayo 19 (29).

(3) Haynes, *Breves Memorias*; Lansdowne MSS. 807.

(4) Véase la petición de Birmingham en los *Commons' Journals*, nov. 12, 1696; y la petición de Leicester, nov. 21.

las cuentas semanales del panadero y el carnicero (1). Sin embargo, un pagaré suscrito por personas de esta clase era recibido sin dificultad en el distrito donde su fortuna y su honradez eran conocidas. Los billetes de los ricos cambistas de Lombard Street circulaban por todas partes (2). El papel del Banco de Inglaterra fué de mucha utilidad, y de más hubiera sido todavía sin el lamentable error en que Harley y Foley habían hecho incurrir recientemente al Parlamento. La confianza que al público había inspirado aquella poderosa y opulenta compañía fuera conmovida por el acta que establecía el Banco Territorial. Era, en realidad, dudoso, que pudieran subsistir á un tiempo las dos instituciones rivales; y de las dos, la más joven parecía ser la favorecida del Gobierno y de la legislatura. Las acciones del Banco de Inglaterra habían bajado rápidamente desde ciento diez hasta ochenta y tres. Al mismo tiempo, los joyeros, que desde el principio se habían mostrado hostiles á aquella gran corporación, estaban conspirando contra ella. Reunieron de todas partes el papel del Banco, y el 4 de mayo, cuando el Tesoro acababa de absorber la mayor parte de la moneda vieja, y cuando apenas comenzaba á salir la nueva, acudieron en masa á Grocers'Hall, é insistieron en que se les había de pagar en el acto. Un solo joyero pedía treinta mil libras. Los directores, en tal extremidad, obraron con dis-

---

(1) «La moneda escaseaba de tal modo, que no se pagaba ni se cobraba nada: todo se hacía á crédito.» Evelyn; mayo 13. Y otra vez el 11 de junio: «Falta moneda corriente para las compras menos importantes, y hasta para comprar las provisiones del día en los mercados.»

(2) L'Hermitage, mayo 22 (junio 1). Véase una carta de Dryden a Tonson, que Malone, con razón fundada, supone escrita en este tiempo.

creción y firmeza. Se negaron á hacer efectivos los valores que tan maliciosamente les presentaban, dejando que los tenedores fueran á buscar remedio á Westminster Hall. Otros acreedores que venían de buena fe á buscar su dinero fueron pagados. Los conspiradores fingían haber triunfado de la poderosa corporación, que odiaban y temían. El Banco que recientemente había comenzado á existir bajo tan brillantes auspicios, que había parecido destinado á hacer una revolución en el comercio y en la hacienda, que había sido orgullo de Londres y envidia de Amsterdam, estaba ya arruinado, deshonrado, insolvente. Publicáronse terribles pasquines: la «Tentativa de asesinato del Banco Territorial contra el Banco de Inglaterra;» el «Testamento del Banco de Inglaterra;» el «Epitafio del Banco de Inglaterra,» la «Información acerca del Banco de Inglaterra.» Pero á pesar de todo este clamor y todos estos ataques, los corresponsales de los Estados Generales escribían que el Banco de Inglaterra no había perdido realmente en la estimación pública, y que la conducta de los joyeros era condenada generalmente (1).

Pronto encontraron los Directores que no era posible procurarse plata suficiente para satisfacer todas las reclamaciones que les hacían de buena fe. Acudieron entonces á un nuevo expediente. Solicitaron un veinte por ciento de los accionistas, y de este modo levantaron una suma que les permitió dar á cada reclamante en moneda nueva el quince por ciento de lo que se le debía. A cada uno le devolvían su nota

(1) L'Hermitage á los Estados Generales, mayo 8 (18); *Gaceta de Paris*, junio 2 (12). *Proceso y condenación del Banco Territorial en Exeter-Change por asesinar el Banco de Inglaterra en Grocers' Hall*, 1696. El *Testamento* y el *Epitafio* se hallarán en el Proceso.

después de haber escrito en ella que se había abonado una parte (1). Aun se conservan algunos billetes así anotados en los archivos del Banco, en memoria de aquel año terrible. El papel de la corporación siguió circulando; pero el valor fluctuaba violentamente de uno á otro día, y hasta de hora en hora, porque el espíritu público se hallaba en tal estado de excitación que la más absurda mentira que un agiotista pudiera inventar bastaba para hacer subir ó bajar la cotización. En una ocasión el descuento era sólo de seis por ciento, en otra era de veinticuatro por ciento. Un billete de diez libras que por la mañana se había tomado por más de nueve, con frecuencia, antes de la noche, valía menos de ocho (2).

Otra manera, en aquella ocasión más eficaz, de suplir la falta de metálico, fué debida al ingenio de Carlos Montague. Había conseguido introducir en el bill relativo al Banco Territorial de Harley un artículo que autorizaba al Gobierno á emitir papel negociable con un interés de tres peniques al día sobre cada cien libras. En medio de la general penuria y confusión aparecieron los primeros billetes del Tesoro, de diferentes valores, desde cien libras hasta cinco. Estos documentos, fueron distribuídos rápidamente por el reino por medio del correo, y en todas partes fueron bien acogidos. Los jacobitas se pronunciaban violentamente en todos los cafés contra este papel, y escri-

(1) L'Hermitage, junio 12 (22). 1696.

(2) Para este punto véase la *Breve historia del último Parlamento*, 1699; *Diario de Narciso Luttrell*; los periódicos de 1696, *passim*, y las cartas del L'Hermitage *passim*. Véase también la petición de los fabricantes de paños de Gloucester en los *Commons' Journals*, nov. 27, 1696. Oldmixon, que había sido uno de los pacientes, escribe sobre este punto aun con más acritud de la que es en él ordinaria.

bieron gran cantidad de versos detestables atacándolo, mas todo fué inútil. El éxito fué tan grande, que los Ministros resolvieron emitir billetes de veinte chelines y hasta de quince para pagar las tropas. Mas no resulta que esta resolución se haya llevado á efecto (1).

Es difícil imaginar cómo hubiera podido gobernarse el país sin la emisión de los billetes del Tesoro. Todas las fuentes cuyo producto iba á parar á la Hacienda habían sido afectadas por el estado de la moneda, y una de ellas, en la que el Parlamento había contado confiadamente para sufragar más de la mitad de los gastos de la guerra, no había producido un solo maravedí.

---

(1) Véase L'Hermitage, junio 12 (22), junio 23 (julio 3), junio 30 (julio 10), agosto 1 (11), agosto 28 (set. 7), 1696. El *Postman* del 51 de agosto menciona el gran beneficio hecho por los billetes de Tesoro. El *Pegaso* de 24 de agosto dice: «Los billetes del Tesoro tienen cada vez más favor con el público, y no es extraño.» El *Pegaso* de 28 de agosto dice: «Pasan como el dinero, de mano en mano: se observa que los que tratan de desacreditarlos son gente poco afecta al Gobierno.» «La experiencia demuestra—dice el *Postman* de 7 de mayo siguiente—que son de extraordinaria utilidad para los comerciantes y fabricantes de la City de Londres, y de todas las demás partes del reino.» Daré una muestra de las antimétricas y casi ininteligibles coplas que los poetas jacobitas publicaron sobre este asunto:

Pray, Sir, did you hear of the late proclamation,
Of sending paper for payment quite thro' the nation?
Yes, Sir, I have: they're your Montague's notes,
Tinctured and coloured by your Parliament votes.
But't is plain on the people to be but a toast,
They come by the carrier and go by the post.

III.

Crisis financiera.

La suma que se esperaba del Banco Territorial ascendía á cerca de dos millones y seiscientas mil libras. De esta suma la mitad debía estar suscrita, y pagada, la cuarta parte, en 1.° de agosto. El Rey en el momento de partir había firmado una orden nombrando una comisión, cuyos miembros más eminentes eran Harley y Foley, para recibir los nombres de los accionistas (1). Celebróse una gran reunión de las personas interesadas en el salón del Middle Temple. Establecióse una oficina en Exeter Change, otra en Mercers'Hall. Enviáronse al campo cuarenta agentes encargados de anunciar á los propietarios de todos los condados que se acercaba la edad dorada de pingües rentas y bajo interés. El Consejo de Regencia, para dar ejemplo á la nación, apuntó el nombre del Rey por cinco mil libras, y los periódicos aseguraron al público que muy pronto estaría cubierta la suscrición (2). Mas cuando hubieron pasado tres semanas se vió que no se habían agregado más que mil quinientas libras á las cinco mil con que había contribuído el Rey. Esto maravilló á muchos; sin embargo, no había motivo para asombrarse. La suma que los amigos del proyecto se habían comprometido á levantar, sólo los enemigos del proyecto podían darla. Los caballeros del campo deseaban que el plan

(1) *Commons' Journals*, nov. 25, 1696.

(2) L'Hermitage, junio 2 (12), 1696; *Commons' Journals*, noviembre 25; *Postman*, mayo 5, junio 4, julio 2.

de Harley saliera bien, pero deseaban que saliera bien porque querían tomar dinero prestado en buenas condiciones; y, por consiguiente, si necesitaban tomar dinero, no podían darlo. Sólo la clase acaudalada podía dar lo necesario para la existencia del Banco Territorial, y el objeto manifiesto de aquel Banco era disminuir las utilidades, destruir la influencia política y rebajar la posición social de la clase acaudalada. Como los usureros no quisieron sufragar los gastos que el destruir la usura requería, el proyecto fracasó de una manera que á haber sido menos alarmante el aspecto de los negocios públicos, hubiera parecido perfectamente ridícula. El día se acercaba. Las bien ordenadas páginas del libro de accionistas en Mercers'Hall continuaban en blanco. Los individuos de la comisión estaban espantados. En su angustia acudieron al Gobierno pidiendo indulgencia. Muchos grandes capitalistas, decían, deseaban suscribirse, pero se mantenían apartados porque las condiciones eran muy desventajosas. Debía hacerse alguna concesión. ¿Por qué no hacía el Consejo de Regencia una rebaja de trescientas mil libras? El estado de la hacienda era tal, y las cartas en que el Rey hacía presentes sus necesidades eran tan urgentes, que el Consejo de Regencia vaciló. Se preguntó á la comisión si se comprometía á reunir toda la suma con esta rebaja. Su respuesta no fué nada satisfactoria. No se aventuraron á asegurar que podrían reunir más de ochocientas mil libras. La negociación fué, pues, interrumpida. Llegó el 1.º de agosto, y el total con que la nación entera contribuyó á la magnífica empresa de que tanto se había esperado fué dos mil cien libras esterlinas (1).

(1) L'Hermitage, julio 3 (13), 10 (20), 1696; *Commons' Journals.*

En esta ocasión llegó Portland del Continente. Enviábale Guillermo con encargo de obtener dinero á toda costa y de cualquier parte. El Rey había acudido á su crédito particular en Holanda para procurar pan á su ejército. Pero todo era insuficiente. Escribió á sus ministros que si no le enviában pronto socorro, sus tropas se amotinarían ó desertarían á millares. Sabía, dijo, que sería aventurado reunir el Parlamento durante su ausencia. Pero si no se encontraba ningún recurso, sería preciso correr aquel azar (1). El Consejo de Regencia, en situación tan apurada, deseó ya que las condiciones ofrecidas por la comisión de Mercers'Hall, no obstante ser tan desventajosas, fueran aceptadas. Se reanudó la negociación. Shrewsbury, Godolphin y Portland, en calidad de agentes del Rey, celebraron varias conferencias con Harley y Foley, que recientemente habían pretendido que había ochocientas mil libras para inscribirse en el Banco Territorial. Los Ministros aseguraron que si en esta coyuntura se anticipaba siquiera la mitad de aquella suma, los que hicieran este servicio al Estado, en la legislatura inmediata, formarían un Banco Territorial Nacional. Harley y Foley prometieron al principio, con aire de confianza, levantar la suma pedida. Mas no tardaron en volverse atrás; se mostraron muy quisquillosos y difíciles en cuestiones insignificantes; por último, las ochocientas mil libras se quedaron en cuarenta mil, y aun las cuarenta mil sólo se obtuvieron con gran trabajo (2). Así

---

noviembre 25; *Gaceta de París*, junio 30, agosto 25; *Old Postmaster*, julio 9.

(1) Guillermo á Heinsius, julio 30, 1696; Guillermo á Shrewsbury, julio 23, 30 y 31.

(2) Shrewsbury á Guillermo, julio 28 y 31, agosto 4, 1696; L'Hermitage, agosto 1 (11).

terminó esta gran decepción del Banco Territorial. Caducó la concesión, y las oficinas se cerraron.

Entonces el Consejo de Regencia, reducido casi á la desesperación, acudió al Banco de Inglaterra. Doscientas mil libras eran lo menos que necesitaba el Rey para sus más urgentes necesidades. ¿Querría el Banco de Inglaterra anticipar aquella suma? Los capitalistas que tenían más importancia en aquella sociedad se mostraban mal dispuestos, y no sin motivo. Pero no escasearon las buenas palabras, las vehementes súplicas y las grandes promesas; se empleó toda la influencia de Montague, que era entonces grande; los directores prometieron hacer cuanto estuviera en su mano, pero temían que les fuera imposible reunir el dinero sin hacer un segundo llamamiento de veinte por ciento á sus asociados. Fue necesario someter la cuestión á una corte general; en semejante corte tenían derecho á votar más de seiscientas personas, y el resultado podía muy bien parecer dudoso. Citóse á los accionistas para el 15 de agosto en Grocers'Hall. Durante el ansioso intervalo de suspensión, Shrewsbury escribió á su amo en lenguaje más trágico del que suele emplearse en las cartas oficiales. «Si esto no produce buen resultado, Dios sabe lo que habrá que hacer. Todo debe intentarse y aventurarse antes que ceder y morir» (1). El 15 de agosto, día que forma una gran época de la historia del Banco, se celebró la corte general. Ocupaba la presidencia el gobernador Sir Juan Houblon, que era también Lord Mayor de Londres, y el cual además, cosa que en nuestro tiempo hubiera parecido extraña, era Comisario del Almirantazgo. Sir Juan, en un dis-

(1) Shrewsbury á Guillermo, agosto 7, 1696; L'Hermitage, agosto 14 (24); *London Gazette*, agosto 13.

curso cada una de cuyas palabras habían sido escritas y cuidadosamente examinadas por los directores, expuso la cuestión de que se trataba, é imploró de la asamblea que ayudara al rey Guillermo. Al principio hubo algunos murmullos. «Si nuestros billetes sirvieran, decían, de muy buena gana asistiríamos á S. M.; pero doscientas mil libras en metálico en un tiempo como este...» El Gobernador anunció explícitamente que sólo con oro ó plata se podía atender á las necesidades del ejército de Flandes. Finalmente se procedió á votar, y todos los asistentes levantaron la mano para que se enviara el dinero. Las cartas de la Embajada holandesa informaron á los Estados Generales de que los sucesos de aquel día habían unido en estrecha alianza al Banco y al Gobierno, y que varios Ministros, inmediatamente después de la reunión, habían comprado papel con objeto de dar una prueba de su adhesión á la sociedad que tan gran servicio prestara al Estado (1).

IV.

Esfuerzos para restaurar la moneda.

Al mismo tiempo se hacían vigorosos esfuerzos para apresurar la reacuñación. Desde el tiempo de la Res-

(1) L'Hermitage, agosto 18 (28), 1696. En los archivos del Banco se conserva una resolución de los directores prescribiendo las mismas palabras que sir Juan Houblon había de usar. La opinión de Guillermo sobre el servicio prestado por el Banco en esta ocasión aparece en su carta á Shrewsbury de agosto 24 (set. 3). En una carta acerca del Banco, impresa en 1697, dice uno de los directores: «Los directores no podían haber respondido de esto á los accionistas, á no tratarse de cuestión tan importante como la conservación del reino.»

tauración, la Casa de la Moneda había sido, como todos los demás establecimientos públicos del reino, un nido de holgazanes y agiotistas. El importante cargo de inspector (Warden), que producía de seiscientas á setecientas libras al año, se había convertido en una sinecura y había estado desempeñado por una sucesión de elegantes caballeros muy conocidos en la sala de juego de Whitehall, pero que nunca se habían dignado acercarse á la Torre. Este puesto acababa de quedar vacante, y Montague lo había conseguido para Newton (1). El talento, la laboriosidad y estricta honradez del gran filósofo pronto produjeron una revolución completa en todo el departamento que estaba sometido á su dirección (2). Se consagró

(1) Haynes, *Breves Memorias*; Lansdowne MSS. 801. La amistosa carta de Montague á Newton anunciándole el nombramiento, ha sido impresa repetidas veces. Lleva la fecha de 19 de marzo de 1695-96.

(2) Tengo un gran placer en citar las palabras de Haynes, hombre hábil, experimentado y práctico, que había trabajado al lado de Newton. Creo que nunca se han impreso. «Mr. Isaac Newton, profesor público de matemáticas en Cambridge, el mayor filósofo, y uno de los hombres mejores de este siglo, fué recomendado al favor del difunto Rey por un grande y sabio estadista para inspector de la moneda y de los cambios, para lo cual tenía especial aptitud, en razón de su extraordinaria pericia en los números y de su gran integridad; la primera de cuyas cualidades le permitió juzgar de las cuentas y negociaciones de la moneda tan pronto como entró á desempeñar su cargo; y la última—quiero decir su integridad—dejó un modelo de conducta á todos los empleados y dependientes de la Casa de la Moneda. Mucho hubiera ganado el público si hubiera entrado en aquel empleo algunos años antes.» Es interesante comparar este testimonio de un hombre profundamente versado en todo lo relativo á la moneda, con la infantil crítica de Pope. «Sir Isaac Newton—decía Pope—aunque tan profundo en álgebra y en fluxiones, no podía hacer con rapidez los cálculos más comunes; y cuando fué jefe de la Casa de la Moneda solía tener á su lado quien le hiciera las cuentas.» Algunos de los hombres de Estado con quienes vivió Pope hubieran

á su empresa con una actividad que no le dejaba tiempo para aquellas investigaciones en que había aventajado á Arquímedes y Galileo. Hasta que la gran obra estuvo completamente terminada, resistió firmemente, y casi con enojo, á cuantas tentativas hacían los hombres de ciencia, aquí ó en el Continente, por apartarle de sus deberes oficiales (1). Los antiguos empleados de la Casa de la Moneda creían que era una gran hazaña acuñar plata por valor de quince mil libras esterlinas en una semana. Cuando Montague habló de que se acuñaran treinta ó cuarenta mil, esta gente apegada á la forma y á la tradición, declaró la cosa impracticable. Pero la energía del joven Canciller de Hacienda y de su amigo el inspector hicieron cosas mucho mayores. Pronto se encontraron funcionando á un tiempo en la Torre diez y nueve molinos. Tan pronto era adiestrada la gente en la obra en Londres, eran enviados por secciones á otras partes del reino. Se establecieron Casas de Moneda en Brístol, York, Exeter, Norwich y Chester. Esta medida fué popular en el más alto grado. Las máquinas y los obreros eran recibidos en los nuevos centros de fabricación con salvas y repiques de campanas. La emisión semanal se aumentó, primero hasta sesenta mil libras, luego hasta ochenta mil, luego hasta cien mil, y por último hasta ciento veinte mil (2). Pero todavía esta emisión, aunque grande, no

podido decirle que no siempre por ignorar la aritmética, las personas colocadas al frente de grandes departamentos, dejan á funcionarios inferiores la resolución de libras, chelines y peniques.

(1) «No me gusta—escribía á Flamsteed—estar imprimiendo á cada momento, mucho menos ser importunado y molido por extranjeros en cuestiones de matemáticas, ó que imaginen nuestros compatriotas que estoy malgastando lastimosamente el tiempo cuando me ocupo en el servicio del Rey.»

(2) Hopton Haynes. *Breves Memorias;* Lansdowne MSS. 801;

sólo sin precedente, sino también superior á lo que se esperaba, era escasa comparada con las necesidades de la nación. Ni tampoco era puesta en circulación toda la plata recién acuñada; porque durante el verano y el otoño, los políticos que pretendían elevar el valor nominal de la moneda, trabajaron y gritaron mucho, y generalmente se esperaba que tan pronto como el Parlamento volviera á reunirse, el tipo volvería á bajar. Como era natural, todo el que creía probable que en un día no muy lejano podría pagar una deuda de una libra con tres coronas en vez de cuatro, procuraba reservar las coronas para cuando aquel día llegase. La mayor parte de las nuevas monedas eran, pues, guardadas por el público (1). Trascurrieron los meses de mayo, junio y julio sin que se notara ningún aumento perceptible en la cantidad de moneda buena. Hasta agosto no pudo advertir el observador más perspicaz los primeros débiles signos de que la prosperidad volvía (2).

V.

Triste condición del pueblo; su actitud y conducta.

Terrible fué la miseria entre el pueblo, y se agravó con las indiscretas medidas de los magistrados y las malas artes de los descontentos. Un *squire* que perte-

el *Old Postmaster*, julio 4, 1696; el *Postman*, mayo 30, julio 4, setiembre 12 y 19, octubre 8; Despachos de L'Hermitage durante el verano y el otoño de este año, *passim*.

(1) *Gaceta de París*, agosto 11, 1696.

(2) El 7 de agosto observa L'Hermitage por primera vez que se nota más abundancia de moneda.

necía á la junta de jueces consideraba en algunas ocasiones que estaba obligado á administrar á sus vecinos, en esta época de prueba, lo que á él le parecía justicia equitativa; y como entre todos estos pretores rurales no había dos cuya noción de lo equitativo fuera la misma, sus edictos venían á añadir nueva confusión á la confusión reinante. En una parroquia se amenazaba á los vecinos, cometiendo una ultrajante violación de la ley, con ponerlos en el cepo si se negaban á tomar los chelines mermados por su valor nominal. En la parroquia inmediata era peligroso pagar con tales chelines como no fuera por peso (1). Los enemigos del Gobierno, al mismo tiempo, trabajaban infatigablemente en pro de sus intereses. Arengaban en todos los lugares donde se reunía el público, desde la chocolatería de Saint-James's Street hasta la enarenada cocina de la cervecería de la aldea. En prosa y verso incitaban á la multitud que sufría á que se levantase en armas. De los folletos que publicaron en este tiempo, el más notable fué obra de un sacerdote destituído llamado Grascombe, de cuya violencia y grosería hacía tiempo que estaban avergonzados los más respetables *nonjurors*. Este, pues, trató de incitar al populacho á que hiciera pedazos á los miembros del Parlamento que habían votado por la restauración de la moneda (2). Sería

(1) Compárese la carta de Edmundo Bochu á Carey de 31 de julio de 1696 con la *Gaceta de París* de igual fecha. La descripción que Bon hace del estado de Norfolk está exagerada, sin duda, por su temperamento melancólico y por el resentimiento con que no sin motivo miraba la Cámara de los Comunes. Sus estadísticas no son de fiar; y sus predicciones fueron señaladamente desmentidas. Pero puede creérsele, en general, respecto á hechos ocurridos en su inmediata vecindad.

(2) Acerca del carácter de Grascombe, y la opinión que de él tenían los más estimables jacobitas, véase la *Vida de Kettlewell*.

extraño que la maliciosa habilidad de este hombre y de otros como él no hubiera producido efecto en una población que indudablemente se veía sometida á duras pruebas. Hubo tumultos en diferentes partes del país, pero no fué difícil sofocarlos, y á juzgar por los datos existentes, sin derramar una gota de sangre (1). En un lugar una multitud de pobres ignorantes, incitados por algún perverso agitador, sitiaron la casa de un diputado whig reclamando á grandes gritos que les cambiara el dinero mermado. El diputado consintió, preguntándoles á cuánto ascendía el dinero que traían. Después de alguna dilación no pudieron presentar cercenada más que una pieza de media corona (2). Tumultos de este género eran representados lejos de Inglaterra como rebeliones y matanzas. En París se afirmaba gravemente, en letras de molde, que en una ciudad de Inglaterra, que no se nombraba, un soldado y un carnicero habían reñido por una moneda; que el soldado había dado muerte al carnicero; que el criado del carnicero, sacando la cuchilla de cortar la carne, había dado muerte al soldado; que había seguido una gran lucha, y que habían quedado cincuenta cadáveres en el suelo (3). Es lo cierto, sin embargo, que la conducta de la gran mayoría del pueblo fué superior á todo elogio. Los

---

parte tercera, sección 55. Lee, el compilador de la *Vida de Kettlewell*, menciona con justa censura algunos de los escritos de Grascombe, pero no alude á la peor de todas sus obras, la *Relación de los acuerdos de la Cámara de los Comunes respecto á la reacuñación de la moneda cercenada y á la baja en el valor de las guineas*. Se probó que Grascombe era el autor, ante un comité de la Cámara de los Comunes. Véanse los *Journals*, nov. 30, 1696.

(1) L'Hermitage, junio 12 (22), julio 7 (17), 1696.

(2) Véase la respuesta á Grascombe, titulada «Reflexiones sobre un libelo escandaloso.»

(3) *Gacela de París*, set. 15, 1696.

jueces, al regresar en setiembre de recorrer sus distritos, refirieron que la actitud de la nación era excelente (1). En todas partes se mostraba la gente tan paciente, tan razonable, tan bien dispuesta, con tan buena fe como nadie hubiera esperado. Todos comprendían que sólo la mutua asistencia y la paciencia mutua podrían impedir la disolución de la sociedad. El acreedor de corazón duro, que exigía estrictamente que se le pagase el día fijado en moneda nueva, era señalado con el dedo en las calles, y se veía de tal modo asediado por sus propios acreedores que pronto tenía que entrar en razón. Se había temido mucho la actitud que pudieran tomar las tropas. Era casi imposible pagarles con regularidad; si no se les pagaba con regularidad, era muy de temer que atendieran á sus necesidades por medio de la rapiña; y era seguro que la nación, sin hábito alguno de las exacciones y de la opresión militar, no sufriría pacientemente semejante azote. Mas por extraño que parezca, durante este año de prueba las relaciones entre los soldados y el resto de la población fueron más cordiales que nunca. La *gentry*, los labradores, los tenderos, suministraron lo necesario á los soldados de una manera tan amistosa y liberal que no hubo riñas ni atropellos. «A pesar de haberse sentido de una manera tan terrible estas dificultades—escribe L'Hermitage—han producido un feliz resultado: han hecho ver cuán bueno es el espíritu del país. Nadie hubiera esperado, por muy favorable opinión que tuviera de los ingleses, que una época tan calamitosa hubiera pasado con tranquilidad tan completa» (2).

---

(1) L'Hermitage, oct. 2 (12), 1696.
(2) L'Hermitage, julio 20 (30), oct. 2 (12), 9 (19), 1696.

Los que gustan de encontrar, en la tan complicada madeja de las cosas humanas, las huellas de una sabiduría más que humana, opinaban que, á no haber sido por la intervención de una providencia magnánima, el plan tan elaboradamente ideado por grandes estadistas y grandes filósofos hubiera fracasado por completo y de modo ignominioso. Muchas veces, después de la revolución, se habían mostrado los ingleses descontentos y quejosos, envidiosos sin razón de los holandeses, y dispuestos á interpretar de la peor manera posible todos los actos del Rey. Si tal hubiera sido la actitud de nuestros antepasados, el 4 de mayo, no puede dudarse que la terrible miseria, irritando los ánimos, que ya estaban en situación irritable, hubiera producido un levantamiento que habría conmovido y tal vez derribado el trono de Guillermo. Felizmente en el tiempo en que la lealtad de la nación fué sometida á la más severa prueba, el Rey era más popular que lo había sido nunca desde el día que le ofrecieron la corona en la Sala del Trono. El complot tramado contra su vida había excitado generalmente disgusto y horror. Sus maneras reservadas, sus amistades y trato con extranjeros fueron dados al olvido. Habíase hecho objeto de interés personal y de personal afección para su pueblo. Donde quiera, acudían en multitudes á firmar el documento que les obligaba á defenderle y á vengarle. En todas partes ostentaban en el sombrero las divisas de su lealtad á Guillermo. Costó trabajo impedir que impusieran castigo sumario á los pocos que aún se atrevían á poner en duda abiertamente su título. Jacobita era ahora sinónimo de asesino. Jacobitas laicos de nota acababan de intentar un infame asesinato. Sacerdotes, jacobitas de nota, habían aprobado aquel asesinato á la luz del día, administrando un so-

lemne sacramento de la religión. Muchos hombres honrados y piadosos, que se creían todavía obligados á obedecer á Jacobo, habían roto llenos de indignación todo vínculo con fanáticos en cuya opinión, según parecía, el fin justificaba los medios más reprobados. Tal fué el estado de la opinión pública durante el verano y el otoño de 1696; y por tanto, aquellas calamidades que en cualquiera de los siete años precedentes hubieran producido seguramente una rebelión, y tal vez hubieran traído una contrarrevolución, no produjeron un solo motín que exigiera más que la intervención de la vara del alguacil *(constable)*.

VI.

Negociaciones con Francia.—El Duque de Saboya se separa de la coalición.

Esto no impidió, sin embargo, que en todas las escuadras y ejércitos de la coalición se sintiera el efecto de la crisis comercial y financiera de Inglaterra. La gran fuente de subsidios estaba agotada. No se podía intentar ninguna operación militar de importancia. En tanto, se habían hecho proposiciones encaminadas á conseguir la paz, y se había entablado una negociación. Callieres, uno de los más hábiles de los muchos hábiles diplomáticos al servicio de Francia, había sido enviado á los Países Bajos, y había celebrado muchas conferencias con Dykvelt. Tal vez hubieran conducido estas conferencias á una conclusión rápida y satisfactoria, si no hubiera conseguido Francia por este tiempo una gran victoria diplomática en otra parte. Luis XIV, durante varios años, había tra-

bajado inútilmente por romper la gran coalición de potencias á quienes el temor de su poderío y de su ambición había reunido y mantenía juntas. Pero durante siete años todas sus artes habían sido burladas por la habilidad de Guillermo; y cuando se abrió la octava campaña, ni una sola deserción había debilitado las fuerzas de los confederados. Pronto, sin embargo, comenzó á sospecharse que el Duque de Saboya estaba en tratos secretos con el enemigo. El aseguró solemnemente á Galway, que representaba á Inglaterra en la corte de Turín, que no había el menor fundamento para tales sospechas, y mandó á Guillermo cartas de protestas de celo en pro de la causa común y de vehementes súplicas de que le enviara más dinero. Este disimulo continuó hasta que se presentó en el Piamonte un ejército francés mandado por Catinat. Entonces el Duque arrojó la máscara, hizo paces con Francia, unió sus tropas á las de Catinat, entró en el Milanesado, é hizo saber á los aliados á quienes acababa de abandonar que si no querían tenerle por enemigo debían declarar neutral el territorio de Italia. Las cortes de Viena y de Madrid aceptaron con gran desaliento las condiciones que quiso dictar. En vano fueron las quejas y protestas de Guillermo. Su influencia no era ya lo que había sido. Era opinión general en Europa que las riquezas y el crédito de Inglaterra estaban completamente agotados, y tanto sus confederados como sus enemigos creían poder á mansalva tratarla con desprecio. España, fiel á su invariable máxima de que todo debe hacerse por ella sin que ella haga nada, tuvo el descaro de reconvenir al Príncipe á quien debía no haber perdido los Países Bajos y Cataluña, porque no enviara tropas y bajeles á defender sus posesiones de Italia. Los Ministros del Imperio adoptaron y ejecuta-

ron resoluciones que afectaban gravemente los intereses de la coalición sin consultar al que había sido autor y alma de la coalición (1). Luis XIV, después que fracasó el complot de asesinato, se había resuelto á someterse á la desagradable necesidad de reconocer á Guillermo, y había autorizado á Callieres á hacer una declaración en tal sentido. Pero la defección de Saboya, la neutralidad de Italia, la desunión de los aliados, y sobre todo las calamidades de Inglaterra, según aparecían exageradas en todas las cartas que los jacobitas de Saint-Germain recibían de los jacobitas de Londres, produjeron un cambio. El tono de Callieres se hizo altanero y arrogante y se retractó de su palabra, negándose á dar ninguna prenda de que su amo reconocería al Príncipe de Orange como rey de la Gran Bretaña. Hubo gran alegría entre los *nonjurors*. Nunca habían dudado, decían, de que el gran Monarca pudiera olvidar su propia gloria y el interés común de los soberanos hasta el punto de abandonar la causa de sus infortunados huéspedes y dar á un usurpador el título de hermano. Sabían por las mejores fuentes que S. M. Cristianísima había dado recientemente, en Fontainebleau, las más satisfactorias seguridades en este punto al rey Jacobo. Y, en realidad, no falta motivo para creer que el proyecto de una nueva invasión de nuestra isla fuera otra vez seriamente discutido en Versalles (2). El ejército de Catinat no tenía ahora enemigos. Francia, libre de todo temor del lado de Saboya, podía disponer de veinte

---

(1) *Monthly Mercuries;* Correspondencia entre Shrewsbury y Galway; Guillermo á Heinsius, julio 23 y 30, 1696; Memoria del Marqués de Leganés.

(2) Guillermo á Heinsius, agosto 27 (set. 6), nov. 15 (25), nov. 17 (27), 1696; Prior á Lexington, nov. 17 (27); Villiers á Shrewsbury, nov. 13 (23).

mil hombres para hacer un desembarco en Inglaterra; y si la miseria y el descontento aquí eran tan grandes como generalmente se decía, tal vez la nación estuviera dispuesta á recibir con los brazos abiertos á los libertadores extranjeros.

Tal era la triste perspectiva que se ofrecía á los ojos de Guillermo cuando, en el otoño de 1696, dejó el campamento de los Países Bajos para volver á Inglaterra. Sus servidores de este reino aguardaban al mismo tiempo su llegada con muy fuertes y muy varias emociones. Todo el mundo político había caído en la mayor confusión por una causa que al principio no pareció proporcionada á tal efecto.

VII.

Pesquisas en busca de conspiradores jacobitas en Inglaterra.—Sir John Fenwick.

Durante su ausencia no se habían interrumpido las pesquisas en busca de los jacobitas complicados en los complóts del invierno precedente, y de estos jacobitas ninguno corría mayor peligro que sir Juan Fenwick. Su cuna, sus relaciones, los altos puestos que había ocupado, la infatigable actividad con que durante varios años había trabajado por derribar el Gobierno, y la insolencia personal con que había tratado á la Reina difunta, le señalaban como persona á propósito para hacer un escarmiento. Consiguió, sin embargo, ocultarse de los agentes de la justicia hasta que pasó el primer calor de la persecución. En su escondrijo, imaginó una ingeniosa estratagema que po-

dría salvarle, según él creía, de la suerte de sus amigos Charnock y Parkyns. Se necesitaban dos testigos para dar validez á la acusación. De lo que había sucedido en los procesos de sus cómplices, resultaba que sólo había dos personas que pudieran probar su delito: Porter y Goodman. Su vida estaba segura si se hacía que cualquiera de estos dos hombres se ocultase.

No era Fenwick la única persona que tenía razones poderosas para desear que Porter ó Goodman, ó ambos, fueran inducidos á salir de Inglaterra. Aylesbury había sido detenido y encerrado en la Torre, y bien sabía que si estos testigos declaraban contra él, su cabeza correría grave peligro. Sus amigos y los de Fenwick reunieron una suma que les pareció suficiente, y dos irlandeses, ó según la frase de los periódicos de aquel tiempo, *bogtrotters*, un barbero llamado Clancy, y un capitán separado de las filas llamado Donelagh, pusieron manos á la obra de corrupción.

La primera tentativa se hizo con Porter. Clancy trató de encontrarse con él en una taberna, dejó escapar algunas significativas indicaciones, y encontrando que estas indicaciones eran favorablemente recibidas, entabló una negociación en regla. Las condiciones ofrecidas eran seductoras: trescientas guineas en el acto; trescientas más tan pronto como el testigo estuviera allende el mar; una buena anualidad por toda la vida; completo perdón del rey Jacobo, y un seguro retiro en Francia. Porter pareció inclinado, y tal vez lo estaba realmente, á consentir. Dijo que seguía siendo lo que había sido; que de corazón seguía siendo partidario de la buena causa, pero que le habían sometido á una prueba superior á sus fuerzas. La vida era amable. Fácil era para los

que nunca habían estado en peligro decir que sólo un miserable se salvaría haciendo ahorcar á sus compañeros; pero algunas horas en Newgate, con la próxima perspectiva de un viaje en rastra á Tyburn, enseñaría á semejantes fanfarrones á tener más caridad. Después de conferenciar repetidas veces con Clancy, Porter fué presentado á la esposa de Fenwick, lady María, hermana del Conde de Carlislé. Pronto estuvo todo arreglado. Donelagh hizo los preparativos para la fuga. Un bote estaba aguardando. Las cartas que debían asegurar al fugitivo la protección del rey Jacobo fueron preparadas por Fenwick. Fijáronse la hora y el sitio donde Porter debía recibir la primera cantidad de la recompensa prometida. Pero su corazón fué presa del recelo. En realidad, había ido tan lejos que hubiera sido locura volverse atrás. Había enviado á Charnock, King, Keyes, Friend, Parkyns, Rookwood, Cranburne, á la horca. Era imposible que semejante Judas pudiera ser nunca realmente perdonado. En Francia, entre los amigos y camaradas de aquellos á quienes había hecho perecer, su vida no estaría segura ni un solo día. No había indulto revestido del Gran Sello que pudiera librarle del golpe de un vengador. Y lo que todavía era más, ¿quién le aseguraba que la recompensa ofrecida ahora nó era un cebo para atraer la víctima al lugar donde un terrible castigo le aguardaba? Porter resolvió ser fiel al único Gobierno bajo el cual se podía considerar seguro; llevó á Whitehall noticia de toda la intriga, y recibió plenas instrucciones de los Ministros. La víspera del día fijado para su partida tuvo una reunión de despedida con Clancy en una taberna. Contaron trescientas guineas sobre la mesa. Porter embolsó el dinero é hizo una seña. Inmediatamente varios mensajeros del Secretario de Estado penetraron en la

habitación y presentaron un auto de prisión. El infeliz barbero fué llevado preso, procesado por su delito, convicto y expuesto en la picota (1).

VIII.

Captura de Fenwick.

Este percance hizo la situación de Fenwick más peligrosa que nunca. La primera vez que se reunieron los tribunales de la ciudad de Londres fué acusado de alta traición ante el gran jurado. Porter y Goodman comparecieron como testigos de la Corona, y el bill fué presentado. Fenwick creyó entonces que era ya tiempo de huir al Continente. Hiciéronse preparativos para su fuga. Abandonó su escondrijo y partió hacia Romney Marsh. Allí esperaba encontrar asilo hasta que llegase el barco que debía trasladarle al otro lado del Canal. Pues aunque la casa de Hunt ya no existía, había aún en aquella desolada región contrabandistas que se dedicaban á más de un tráfico ilegal. Ocurrió que dos de estos hombres acababan de ser arrestados por dar asilo á traidores. El agente encargado de prenderlos regresaba con ellos á Londres, cuando en el camino real se encontró de manos á boca con Fenwick. Desgraciadamente para éste, no había en Inglaterra cara más conocida que la suya.

(1) Mi relación de la tentativa para corromper á Porter está tomada del interrogatorio á que se le sometió ante la Cámara de los Comunes en 16 de noviembre de 1696, y de las fuentes siguientes: Burnet, II, 183; L'Hermitage á los Estados Generales, mayo 8 (18), 12 (22), 1696; el *Postboy*, mayo 9; el *Postman*, mayo 9; *Diario de Narciso Luttrell; Gaceta de Londres*, oct. 19, 1696.

«Es sir Juan, dijo el funcionario á los presos: Ayudadme, muchachos, y yo os aseguro que tendréis vuestros indultos y una talega de guineas encíma.» La oferta era demasiado tentadora para no ser aceptada; pero Fenwick estaba mejor montado que sus asaltantes; cruzó por medio de ellos como una flecha pistola en mano, y pronto se perdió de vista. Ellos le persiguieron; dieron voces para que lo detuvieran; las campanas de todas las parroquias del Marsh sonaron la alarma; toda la comarca se puso en movimiento; guardáronse todos los senderos; no quedó espesura ni cabaña sin registrar, y por último, el fugitivo fué encontrado en el lecho. En aquel mismo momento se puso á la vista un barco de aspecto muy sospechoso; pronto se acercó á la orilla y desplegó la bandera inglesa; pero á los ojos experimentados de los pescadores de Kent tenía todo el aspecto de un corsario francés. Fácil era suponer á qué venía. Después de aguardar inútilmente á su pasajero, volvió á hacerse á la mar (1).

Fenwick, desgraciadamente para él, pudo eludir la vigilancia de los encargados de custodiarle, y escribir con lápiz una breve carta á su esposa. Cada renglón de esta carta contenía un testimonio de su delito. Todo estaba perdido, decía: era hombre muerto si los amigos no conseguían su indulto. Tal vez las súplicas unidas de todos los Howards consiguieran este resultado. Él se iría del país; prometería solemnemente no volver á poner el pie en territorio inglés, y no sacar nunca la espada contra el Gobierno. ¿Y no sería también posible sobornar uno ó dos jurados para que hicieran ceder por hambre á los demás? «Esto

(1) *London Gazette; Narciso Luttrell;* L'Hermitage, junio 12 (22); *Postman*, junio 11.

será lo único que pueda salvarme.» Este billete fué interceptado al llevarlo al correo, y enviado á Whitehall. Fenwick fué pronto enviado á Londres y conducido ante los lores justicias. Al principio se expresó en lenguaje altanero, desafiando á sus acusadores. Dijéronle que no había sido siempre tan confiado, y le pusieron delante la carta que había dirigido á su esposa. Hasta aquel momento no había sabido que cayera en poder de otra persona que aquella á quien iba dirigida. Quedó lleno de confusión y de angustia, y comprendió que si le enviaban en seguida ante un jurado, inevitablemente sería declarado convicto. Una probabilidad le quedaba todavía. Si podía dilatar por algún tiempo la vista de su proceso, los jueces saldrían de la ciudad para recorrer sus distritos. Con esto se ganarían algunas semanas, y en el trascurso de ese tiempo tal vez se pudiera hacer algo.

IX.

Confesión de Fenwick.

Se dirigió particularmente al Lord Senescal, Devonshire, con quien había tenido en otro tiempo alguna amistad. El infeliz declaró que se entregaba por completo á la real clemencia, prometiendo revelar cuanto sabía tocante á los planes de los jacobitas. No era dudoso que debía saber mucho. Devonshire aconsejó á sus colegas que aplazaran el proceso hasta que se pudiera conocer la voluntad de Guillermo, y su consejo prevaleció. Informóse al Rey de lo que pasaba, y contestó en seguida ordenando á Devon-

shire que recibiera por escrito la declaración del reo y la enviara inmediatamente á los Países Bajos (1).

Fenwick tuvo, pues, que reflexionar en qué había de consistir su declaración. Si, de acuerdo con su promesa, revelaba cuanto sabía, no hay duda que su testimonio afectaría seriamente á muchos nobles, caballeros y eclesiásticos jacobitas. Pero aunque tenía gran repugnancia á morir, la adhesión á su partido tenía más fuerza en su espíritu que el temor á la muerte. Ocurriósele la idea de que podría inventar una historia que tal vez pareciera suficiente para concederle el indulto, que por lo menos aplazara su sentencia algunos meses, y que, sin embargo, no perjudicara á un solo partidario sincero de la dinastía desterrada, y más aún, que inquietara y molestara á los enemigos de aquella dinastía, y que llenase de temores y animosidades la Corte, el Consejo y el Parlamento de Guillermo. No divulgaría nada que pudiera afectar á aquellos verdaderos jacobitas que repetidas veces habían aguardado con las pistolas cargadas y los caballos ensillados el desembarco del Rey legítimo, acompañado de un ejército francés. Pero si había falsos jacobitas que uno y otro año se habían burlado del desterrado Monarca con protestas de adhesión y promesas de servicio, y que, sin embargo, en todas las grandes crisis habían encontrado alguna excusa para abandonarle, y los cuales en aquel momento figuraban entre los principales apoyos del trono del usurpador, ¿por qué había de perdonarlos? Y Fenwick tenía buenas razones para creer que había algunos de estos falsos jacobitas ocupando altos puestos políticos y militares. Cierto que nada de lo que él pudiera decir

---

(1) *Vida de Guillermo* III, 1703; Declaración de Vernon, prestada desde su puesto en la Cámara de los Comunes, nov. 16, 1696.

contra ellos sería bastante para que un tribunal de justicia los declarase culpables, porque ninguno de ellos le había confiado nunca ningún mensaje ni ninguna carta para Francia, y las noticias que tenía de su traición las había adquirido por segunda y tercera mano. Pero de su delito no tenía la menor duda. Uno de ellos era Marlborough. Después de haber vendido Jacobo á Guillermo, había prometido reparar su falta, vendiendo Guillermo á Jacobo; y, por último, después de una serie de enredos había vuelto á hacer traición á Jacobo y á hacer paces con Guillermo. Godolphin había empleado engaño semejante. Durante largo tiempo había estado enviando buenas palabras á Saint-Germain; en cambio de aquellas buenas palabras había recibido su indulto, y con el indulto guardado en su escritorio secreto había seguido administrando la hacienda del Gobierno existente. El causar la ruina de hombre semejante sería justo castigo de su bajeza, y un gran servicio prestado al rey Jacobo. Más importante era todavía mancillar la fama y destruir la influencia de Russell y Shrewsbury. Ambos eran miembros distinguidos de aquel partido que, con nombres diferentes, había sido, durante tres generaciones, implacable enemigo de los reyes de la casa de Estuardo. Ambos habían tenido gran parte en la revolución. Ambos habían firmado el documento que llamaba á Inglaterra al Príncipe de Orange. Uno de ellos era ahora su ministro de Marina; el otro su principal secretario de Estado; pero ninguno de los dos había sido siempre fiel á Guillermo. Poco después de su advenimiento ambos habían visto con gran enojo su prudente y magnánima imparcialidad, que á sus inteligencias, trastornadas por el espíritu de partido, pareció injusta y desagradecida parcialidad por el partido tory; y ambos, en su enojo, habían prestado oídos á los agen-

tes de Saint-Germain. Russell había jurado por lo más sagrado que él mismo volvería á traer al desterrado soberano; pero había faltado á su promesa con la misma facilidad con que la había pronunciado; y el hombre á quien la real familia había mirado como á un segundo Monk, había destruído en La Hogue las esperanzas de aquella familia. Shrewsbury no había ido tan lejos; pero también él, cuando no había estado bien con Guillermo, había tratado con los agentes de Jacobo. Con el poder y reputación de estos dos grandes señores estaba íntimamente unido el poder y reputación de todo el partido whig. Aquel partido, después de algunas riñas, que en realidad fueron como riñas de novios, se había reconciliado actualmente con Guillermo, ligándose á él por los más fuertes vínculos. Si aquellos vínculos eran disueltos; si se le podía inducir á mirar con desconfianza y aversión el único grupo de hombres que por principio y por entusiasmo era devoto partidario de su causa, sus enemigos hubieran tenido realmente motivo para alegrarse.

Con tales miras, Fenwick entregó á Devonshire un documento tan hábilmente redactado que tal vez hubiera traído alguna gran calamidad sobre el Príncipe á quien iba dirigido, á no haber sido aquel Príncipe hombre de entendimiento singularmente claro y de espíritu singularmente levantado. El documento apenas contenía nada respecto á aquellos complóts jacobitas en que el autor había tenido parte, y cuyos menores detalles conocía íntimamente. No contenía nada que pudiera causar el menor perjuicio á ninguna persona que fuera realmente hostil al actual orden de cosas. Toda la relación se componía de historias, muy ciertas en su mayor parte, pero que no se fundaban en otra autoridad que haberlo oído decir acerca de intrigas de algunos eminentes guerreros y

hombres de Estado que, fuera cualquiera su conducta anterior, eran, ahora por lo menos, firmes partidarios de Guillermo. Godolphin, según el testimonio de Fenwick, había aceptado un puesto en la Dirección del Tesoro con la sanción y para beneficio del rey Jacobo. Marlborough había prometido pasarse con el ejército; Russell pasarse con la armada; Shrewsbury, cuando había estado fuera del Gobierno, había conspirado con Middleton contra el Gobierno y contra el Rey. En efecto, los whigs eran ahora los favoritos en Saint-Germain. Muchos antiguos amigos del derecho hereditario no podían ver sin envidia la preferencia que daba Jacobo á los nuevos conversos. Y, en fin, se había oído decir que esperaba confiadamente que la Monarquía sería establecida de nuevo por los mismos que la habían derribado.

Tal era la confesión de Fenwick. Devonshire la recibió, enviándola por un expreso á los Países Bajos, sin indicar á ninguno de sus colegas del Consejo su contenido. Los Ministros acusados se quejaron después amargamente de este proceder. Devonshire se defendió diciendo que había sido designado especialmente por el Rey para recibir la confesión del preso, y como fiel servidor de la Corona, estaba obligado á trasmitir la declaración á S. M., pero á ninguna otra persona.

El mensajero enviado por Devonshire encontró á Guillermo en Loo. El Rey leyó la confesión, y desde luego comprendió el objeto que el autor se había propuesto. Poco más contenía de lo que de mucho tiempo atrás sabía Guillermo, y de lo que con político y generoso disimulo había fingido ignorar. Si perdonaba y empleaba y hacía prosperar hombres que le habían sido desleales, no era que se dejase engañar por ellos. Su observación fué rápida y justa; su

inteligencia era buena, y desde hacía algunos años había tenido en sus manos pruebas de mucho de lo que Fenwick sólo sabía de oídas. Había parecido extraño á muchos que un Príncipe de levantado espíritu y carácter agrio hubiera tratado á servidores que tan hondamente le habían ofendido, con una benevolencia que hubiera parecido rara en el más bondadoso de los seres humanos. Pero Guillermo era, ante todo, un hombre de Estado. El mal humor, efecto natural y perdonable de muchos sufrimientos físicos y mentales, podía algunas veces impulsarle á dar una respuesta desagradable. Pero nunca, en ocasiones importantes, desahogó su enojo á expensas de los grandes intereses de que era guardián. Por atender á aquellos intereses, á pesar de su natural imperioso y altivo, se sometió pacientemente á mortificantes restricciones, sufrió crueles insultos y desengaños con aparente tranquilidad, y no sólo perdonó, sino hizo como que no veía ofensas que muy bien podían haberle inspirado acerbo resentimiento. Sabía que no le quedaba más recurso que emplear los instrumentos que tenía á su alcance. Si quería gobernar Inglaterra debía emplear los hombres públicos de Inglaterra, y en su tiempo aquellos hombres públicos, al mismo tiempo que tenían una gran habilidad que les era peculiar, eran, como clase, bajos é inmorales. Había indudablemente algunas excepciones. Tales eran Nottingham entre los toríes, y Somers entre los whigs. Pero la mayoría, tanto de los Ministros toríes como de los Ministros whigs de Guillermo, eran hombres cuyos caracteres se habían doblegado en tiempo de la reacción antipuritana. Se habían formado en dos malas escuelas, en la más inmoral de todas las cortes, y en la más inmoral de todas las oposiciones, una corte que tomaba por modelo á Carlos II, y una opo-

sición que tenía por jefe á Shaftesbury. De hombres que así se habían educado no era razonable esperar fidelidad desinteresada y constante á ninguna causa. Pero si no se podía poner confianza en ellos, se les podía emplear y podían ser útiles. No se debía tener confianza alguna en sus principios, pero mucho se podía confiar en sus esperanzas y temores; y de los dos reyes que alegaban derechos á la Corona de Inglaterra, el Rey de quien había más que esperar y que temer era del que estaba en posesión. Si, pues, Guillermo tenía pocos motivos para estimar á estos políticos como fieles amigos, menos tenía todavía para contarlos entre sus enemigos acérrimos. La conducta que habían observado con él, con ser tan reprensible, hubiera podido llamarse honrada, en comparación de la conducta que habían observado con Jacobo. Al monarca reinante, habíanle prestado útiles servicios; al Soberano desterrado, poco más que promesas y protestas de amistad. Shrewsbury podía en un momento de enojo ó de debilidad haber estado en tratos con agentes jacobitas; pero su conducta general había demostrado que estaba más lejos que nunca de ser jacobita. Godolphin había sido pródigo de buenas palabras con la dinastía desterrada; pero había administrado próspera y hábilmente las rentas de la dinastía reinante. Russell había jurado que desertaría con la escuadra inglesa; pero había quemado la escuadra francesa. Hasta las traiciones conocidas de Marlborough (pues de su participación en el desastre de Brest y en la muerte de Talmash nadie tenía la menor sospecha) no habían sido tan perjudiciales como beneficiosa su conducta en Walcourt, en Cork y en Kinsale. Guillermo había resuelto, pues, prudentemente, cerrar los ojos á la perfidia, que, por deshonrosa que pudiera ser, no le había perjudicado, y hasta apro-

vecharse, con las debidas precauciones, de los talentos eminentes que algunos de sus infieles consejeros poseían. Una vez determinado á adoptar esta línea de conducta, y habiéndola seguido con feliz resultado desde hacía mucho tiempo, no pudo menos de sentirse contrariado é irritado por la confesión de Fenwick. Era evidente que sir Juan se creía un Maquiavelo. Si su estratagema salía bien, la Princesa á quien era de la mayor importancia tener contenta, se apartaría del Gobierno por la desgracia de Marlborough. Todo el partido whig, que era el más firme apoyo del Trono, se apartaría de su lado por la desgracia de Russell y de Shrewsbury. Al mismo tiempo, ni uno solo de aquellos conspiradores que, según Fenwick sabía, habían tenido parte principal en los planes de insurrección, de invasión y de asesinato, tendrían que sufrir la menor molestia. Pero el hábil intrigante iba á ver que no trataba con un novicio. Guillermo, en vez de apartar de los empleos á sus acusados servidores, envió la confesión á Shrewsbury para que la presentara á los Lores Justicias. «Me asombra—escribió el Rey—el descaro de ese mozo. Me conocéis demasiado para creer que historias semejantes puedan hacerme la menor impresión. Fijaos en la honrada sinceridad de este hombre. No tiene nada que decir sino contra mis amigos. No hay una sola palabra de los planes de sus colegas los jacobitas.» El Rey terminaba ordenando á los Lores Justicias que enviaran á Fenwick ante un jurado lo más pronto posible (1).

El efecto producido por la carta de Guillermo fué notable. La conducta de cada uno de los acusados fué singularmente característica. Marlborough, el más culpable de todos, mostró una serenidad templada,

(1) Guillermo á Shrewsbury desde Loo, set. 10. 1696.

majestuosa y levemente despreciativa. Russell, casi tan criminal como Marlborough, se entregó á un arrebato de furia, y no respiraba más que venganza contra el infame delator. Godolphin, intranquilo, pero cauto, reservado y dueño de sí mismo, se preparó á mantenerse á la defensiva. Pero Shrewsbury, que de los cuatro era el menos culpable, quedó completamente anonadado. Escribió en un acceso de angustia á Guillermo, reconociendo con ardientes expresiones de gratitud la rara generosidad del Rey, y protestando que Fenwick había exagerado maliciosamente y violentado la significación de cosas sin importancia para darles la apariencia de enormes crímenes. «Cierto que Lord Middleton—tal era en sustancia su carta—estaba en comunicación conmigo hacia el tiempo de la batalla de La Hogue. Somos parientes; nos veíamos á menudo; cenábamos juntos antes que regresara á Francia; yo le prometí servirle aquí en cuanto pudiera; él en cambio me ofreció sus buenos oficios allá; pero yo le dije que mi delito era demasiado grave para ser pordonado, y que yo no me rebajaría á pedir perdón.» Tal era, según Shrewsbury, toda la extensión de su falta (1). Está plenamente probado que su confesión en modo alguno era ingénua, ni tampoco es probable que Guillermo se dejase engañar. Pero estaba resuelto á evitar al traidor arrepentido la humillación de confesar una falta y de aceptar el perdón. «Yo no veo—escribió el Rey—crimen alguno en todo lo que habéis declarado. Estad seguro de que estas calumnias no me han producido impresión desfavorable. Veréis, al contrario, que han robustecido la confianza que tengo en vos» (2). Un

(1) Shrewsbury á Guillermo, set, 18, 1696.
(2) Guillermo á Shrewsbury, set. 25, 1696.

hombre empedernido en la depravación se hubiera mostrado completamente satisfecho con una absolución tan completa, anunciada en tan magnánimo lenguaje. Pero Shrewsbury se sintió completamente abrumado por una dulzura que tenía conciencia de no merecer. Horrorizábale la idea de encontrarse con el amo á quien había engañado y el cual le había otorgado su perdón, y de tener que sostener las miradas de los Pares, entre los cuales su cuna y su talento le habían ganado un puesto del cual se reconocía indigno. La campaña de los Países Bajos había terminado. Se acercaba la apertura del Parlamento. El Rey era esperado con el primer viento favorable. Shrewsbury se ausentó de la ciudad, retirándose á los llanos del Gloucestershire. En aquel distrito, que era sin duda el más inculto del Mediodía de la isla, tenía entonces una pequeña casa de campo, rodeada de agradables estanques y jardines. Guillermo, en su viaje del año anterior, había visitado esta morada, que estaba lejos del camino real y de la ciudad, y le había admirado mucho el silencio y soledad del retiro en que encontró al más agradable y brillante de los cortesanos ingleses.

X.

Regreso de Guillermo á Inglaterra.

Á la una de la mañana del 6 de octubre desembarcó el Rey en Margate. Por la tarde, á última hora, llegó á Kensington. La mañana siguiente, una brillante multitud de ministros y nobles acudió á besarle la mano; pero echó de menos una cara que debía haber

estado allí, y preguntó dónde se hallaba el Duque de Shrewsbury y cuándo se le esperaba en la ciudad. Al día siguiente llegó una carta del Duque, anunciando que acababa de sufrir una caída desgraciada en la caza. Se había hecho daño en el costado; un pulmón se había resentido; había echado sangre por la boca, y no podía aventurarse á viajar (1). Era cierto que había caído y se había hecho daño; pero aun los que más le querían sospechaban, y no sin razón poderosa, que se aprovechaba de su oportuna desgracia, y que si no hubiera temido presentarse en público, hubiera podido hacer el viaje sin gran dificultad. Sus corresponsales le dijeron que si realmente estaba tan malo como creía, debía consultarse con los médicos y cirujanos de la capital. Somers especialmente le suplicó de la manera más encarecida que viniese á Londres. Cada hora de dilación era perjudicial. Era preciso que su Gracia dominara su sensibilidad. No tenía más que arrostrar la calumnia valerosamente para hacer que se desvaneciese (2). El Rey, en algunos renglones cariñosos, manifestó su sentimiento por el accidente ocurrido. «Sois aquí muy necesario—escribía;—estoy impaciente por abrazaros y aseguraros que la estimación que os tengo en nada ha disminuído» (3). Shrewsbury contestó que había resuelto renunciar los Sellos (4). Somers le conjuró á no cometer tan fatal error. Si en aquel momento Su Gracia abandonaba el poder, ¿qué pensaría el mundo, sino que su propia conciencia le condenaba? Esto

(1) *London Gazette*, oct. 8, 1696; Vernon á Shrewsbury, oct. 8; Shrewsbury á Portland, oct. 11.

(2) Vernon á Shrewsbury, oct. 13, 1696; Somers á Shrewsbury oct 15

(3) Guillermo á Shrewsbury, oct. 9, 1696.

(4) Shrewsbury á Guillermo, oct. 11, 1696.

equivalía á declararse culpable; arrojaría una mancha sobre su honor y sobre el honor de cuantos se hallaban bajo la misma acusación. No sería posible continuar calificando de novela la relación de Fenwick. «Perdonadme—escribía Somers—que os hable con esta libertad; pues confieso que apenas puedo dominarme en tratándose de este asunto» (1). Pocas horas después, el mismo Guillermo le escribía con igual objeto: «Os tengo tanto aprecio, que si pudiera os prohibiría positivamente hacer lo que debe traer sobre vos tantas sospechas. En cualquier tiempo sería para mí una desgracia vuestra renuncia; pero os aseguro que en la actualidad, si deseo que permanezcáis en mi servicio, es por vuestro bien más que por el mío» (2). Sunderland, Portland, Russell y Wharton unieron sus súplicas á las de su amo, y Shrewsbury consintió en seguir siendo nominalmente secretario. Pero nada pudo inducirle á presentarse en el Parlamento, que estaba para reunirse. En vano fué que le enviaran de Londres una litera. Se puso en camino; pero declaró que le era imposible proseguir, y se refugió otra vez en su solitaria mansión, entre las montañas (3).

XI.

Reunión del Parlamento.—Estado del país.

Mientras ocurrían estos sucesos iban acudiendo á Westminster de todas partes del reino los miembros

(1) Somers á Shrewsbury, oct. 19, 1696.

(2) Guillermo á Shrewsbury, oct. 20, 1696.

(3) Vernon á Shrewsbury, oct. 13 y 15; Portland á Shrewsbury, oct. 20.

de ambas Cámaras. La apertura del Parlamento era esperada con profunda ansiedad, no sólo en Inglaterra, sino en toda Europa. El crédito público se había resentido hondamente con el fracaso del Banco Territorial. La reacuñación de la moneda aun no estaba ni á medio hacer. La escasez de dinero continuaba siendo grande. Parte considerable de la nueva moneda era enterrada en lugares secretos tan pronto como salía á la circulación. Los políticos que eran partidarios de subir el valor nominal de la moneda habían encontrado auditorio muy dispuesto á escucharles en una población que sufría bajo la más dura carestía, y hubo un momento en que la voz general de la nación había parecido estar de su parte (1). Como era natural, todo el que creía probable que se rebajaría el tipo de la moneda, guardaba todo el dinero que podía, y de este modo, la demanda de piezas de un chelín agravó la necesidad que la había engendrado (2). Tanto los aliados como los enemigos de Inglaterra, imaginaban que sus recursos estaban agotados, que su espíritu estaba quebrantado, que los Comunes, tantas veces quejumbrones y económicos, aun en tiempos tranquilos y prósperos, se negarían ahora positivamente á soportar ninguna nueva carga, insistiendo con importunidad irresistible en que se hiciera la paz á cualquier precio.

---

(1) L'Hermitage, julio 10 (20), 1696.

(2) Lansdowne, MSS. 801.

XII.

Discurso de Guillermo al abrir la legislatura.

Pero todos estos pronósticos fueron burlados por la firmeza y habilidad de los caudillos whigs y por la unión de la mayoría whig. El 20 de octubre se reunieron las Cámaras. Guillermo les dirigió un discurso notable aun entre los notables discursos, en que sus levantados pensamientos y propósitos eran expresados en el majestuoso y claro lenguaje de Somers. Había, dijo el Rey, bastante motivo para congratularse. Cierto que los fondos votados en la legislatura precedente para la continuación de la guerra habían sido insuficientes, y que la reacuñación había producido una gran miseria. Sin embargo, el enemigo no había obtenido ventaja alguna en el exterior; el Estado no se había visto agitado por ninguna convulsión interna; la lealtad que habían mostrado el ejército y la nación en circunstancias tan difíciles habían defraudado todas las esperanzas de los que deseaban el mal de Inglaterra. Habíanse hecho proposiciones de paz. No podía asegurarse cuál hubiera de ser el resultado de estas negociaciones; pero era indudable que una nación que no estuviera preparada á hacer vigorosamente la guerra no podría tener paz segura ni honrosa. «Creo firmemente que todos convendremos en que la única manera de tratar con Francia es con la espada en la mano.»

XIII.

Resoluciones de la Cámara de los Comunes.

Los Comunes volvieron á su Cámara, y Foley leyó el discurso desde la presidencia. Siguióse un debate que tuvo resonancia en toda la cristiandad. Fué aquel el día más glorioso de la vida de Montague, y uno de los días más gloriosos en la historia del Parlamento inglés. En 1798 Burke presentó las resoluciones de aquel día como ejemplo á los hombres de Estado cuyos corazones habían desfallecido en la lucha con el gigantesco poder de la República francesa. En 1822 Huskisson presentó las resoluciones de aquel día como ejemplo á una legislatura que, bajo la presión de una gran miseria, quería alterar el valor de la moneda y faltar á sus compromisos con los acreedores públicos. Antes que la sesión terminara, el joven Canciller de Hacienda, cuyo ascendiente desde el ridículo fracaso del proyecto financiero de los toríes no era por nadie disputado, propuso é hizo adoptar tres memorables resoluciones. La primera, aprobada sin que una sola voz dijese *no*, declaraba que los Comunes apoyarían al Rey contra todos los enemigos de dentro y de fuera, y le pondrían en condiciones de proseguir la guerra con vigor. La segunda, que pasó no sin oposición, pero sin votación, declaraba que el tipo de la moneda no debía alterarse en calidad, peso ni denominación. La tercera, contra la cual ni un solo enemigo del Gobierno se atrevió á levantar la voz, obligaba á la Cámara á abonar todos los déficits de fondos votados por el Parlamento desde el adveni-

miento del Rey. Confióse á una comisión compuesta exclusivamente de whigs el cuidado de redactar la contestación al discurso de la Corona. Montague fué elegido presidente; y todavía puede leerse en el Diario de Sesiones con interés y orgullo el elocuente y animado mensaje que redactó (1).

A los quince días se habían votado dos millones y medio para los gastos del ejército en la próxima campaña, y casi igual cantidad para la marina. Se votaron, sin oposición, municiones de boca, para cuarenta mil marineros. Respecto á la cifra de las fuerzas de tierra, hubo una votación. El Rey pedía ochenta y siete mil soldados, y á los toríes parecía esta cifra demasiado grande. Fué aprobada, sin embargo, por doscientos veintitrés votos contra sesenta y siete.

Los descontentos se lisonjearon durante algún tiempo de que las enérgicas resoluciones de los Comunes no pasarían de tales resoluciones; que sería imposible restablecer el crédito público, obtener adelantos de los capitalistas, ó sacar nuevos impuestos de los arruinados habitantes, y que por tanto los cuarenta mil marineros y los ochenta y siete mil soldados sólo existirían en el papel. Howe, que había estado más prudente de lo que solía el primer día de la legislatura, intentó, una semana después, hacer resistencia al Ministerio. «El Rey—dijo—debe haber sido mal informado; pues, si no, S. M. no hubiera manifestado al Parlamento que debía congratularse por la tranquilidad que reina en el país. Yo vengo de

(1) Mi relación de estos sucesos está tomada de los *Commons Journals*, de los despachos de Van Cleverskirke y L'Hermitage á los Estados Generales, y de la carta de Vernon á Shrewsbury de 27 de octubre de 1696. «No sé—dice Vernon—que la Cámara de los Comunes haya obrado nunca tan de concierto como al presente.»

Gloucestershire. Conozco bien aquella parte del reino. Todos los habitantes están viviendo de limosna ó arruinados por las limosnas. El soldado se provee de lo que necesita espada en mano. Ha habido ya serios tumultos, y se teme que lleguen á ser más serios todavía.» La Cámara manifestó con energía su desaprobación. Varios diputados declararon que en sus condados la tranquilidad era completa. Si Gloucestershire se encontraba en situación más intranquila que el resto de Inglaterra, ¿no podría ser esto producido porque tuviera aquella región la desgracia de poseer un agitador más maligno y destituído de principios que todo el resto de Inglaterra? Algunos diputados de Gloucestershire negaron la exactitud de los hechos citados por Howe. No había semejante miseria, dijeron, ni el descontento ni los alborotos que él había descrito. En aquel condado, como en todos los demás, la gran mayoría de la población estaba firmemente decidida á apoyar al Rey para que hiciera vigorosamente la guerra hasta que pudiera obtener una paz honrosa (1).

XIV.

Renace la prosperidad.

En efecto, el aspecto de las cosas había cambiado ya. Desde el momento en que los Comunes notificaron estar firmemente resueltos á no elevar la denominación de la moneda, el dinero nuevo comenzó á salir de

(1) Vernon á Shrewsbury, oct. 29, 1696; L'Hermitage, oct. 30 (nov. 9). L'Hermitage llama á Howe, Jaques Hart. No hay duda que el francés había oído siempre designar á Howe con el nombre de Jack.

mil cajas de hierro y secretas gavetas. Aun duraba la escasez; pero aquella escasez era menor de día en día. La nación, no restablecida todavía, se mostraba contenta y llena de gratitud. Su estado se asemejaba al del hombre que, habiendo sido largo tiempo torturado por una enfermedad que ha amargado su vida, se ha resuelto por último á someterse al bisturí del cirujano, ha sufrido una operación cruel, y, aunque padeciendo todavía de resultas de la operación, ve delante de sí muchos años de salud y de dicha, y da gracias á Dios por haber salido ya de lo peor. Cuatro días después de reunirse el Parlamento hubo una mejora perceptible en el comercio. El descuento de los billetes de banco había disminuído en una tercera parte. El precio de aquellas tarjas de madera que, según usanza que nos fuera trasmistida de una época de atraso, se daban como recibo de sumas pagadas á la Hacienda, había subido. Los cambios, que desde hacía muchos meses eran contrarios á Inglaterra, comenzaron á serle favorables (1). Pronto se notó en todas las cortes de Europa el efecto de la magnánima firmeza de la Cámara de los Comunes. Tan levantado era, en efecto, el espíritu de aquella asamblea, que con alguna dificultad impidió el Rey á los whigs presentar y hacer aprobar una resolución para que se le presentára un mensaje requiriéndole no entrar en negociación alguna con Francia hasta que le hubiera reconocido como rey de Inglaterra (2).

---

(1) *Postman*, oct. 24, 1696; L'Hermitage, oct. 28 (nov. 2), dice: «On commence déja á ressentir des effets avantageux des promptes et favorables résolutions que la Chambre des Communes prit Mardy. Le discomte des billets de banque, qui estoit le jour auparavant á 18, est revenu á 12, et les actions ont aussy augmenté aussy bien que les taillis.»

(2) Guillermo á Heinsius, nov. 13 (23), 1696.

Semejante mensaje era innecesario. Los acuerdos del Parlamento habían impuesto ya á Luis XIV el convencimiento de que no había probabilidad alguna de contrarrevolución. Tampoco era probable que pudiera llegar á aquel compromiso acerca del cual, en el curso de la negociación, había hecho algunas indicaciones. No era de esperar que ni Guillermo ni la nación inglesa consintieran nunca en que la sucesión á la corona de Inglaterra fuera objeto de una negociación con Francia. Y aun cuando Guillermo y la nación inglesa hubieran estado dispuestos á comprar la paz por semejante sacrificio de la dignidad, hubieran encontrado en otra parte dificultades insuperables. Jacobo no permitía que se le hablase del expediente imaginado por Luis XIV. «Puedo sufrir con cristiana paciencia—decía el desterrado á su bienhechor—el ser robado por el Príncipe de Orange; pero nunca consentiré en ser robado por mi propio hijo.» Luis XIV no volvió á hablar del asunto. Callieres recibió orden de hacer la concesión de que dependía la paz del mundo civilizado. Él y Dykvelt se presentaron juntos en el Haya ante el Barón Lilienroth, representante del Rey de Suecia, cuya mediación habían aceptado las potencias beligerantes. Dykvelt informó á Lilienroth que el Rey Cristianísimo se había comprometido á reconocer, en el momento que se firmase el tratado de paz, al Príncipe de Orange como rey de la Gran Bretaña, y añadía, haciendo una alusión muy inteligible al compromiso propuesto por Francia, que el reconocimiento sería sin restricción, condición ni reserva alguna. Callieres declaró entonces que confirmaba, en nombre de su amo, lo que Dykvelt había dicho (1). Una carta de Prior, conteniendo la buena

---

(1) *Actes et Mémoires des Négotiations de la Paix de Ryswick,*

nueva, fué entregada á Jacobo Vernon, subsecretario de Estado, en la Cámara de los Comunes. La noticia corrió por los bancos—tal es la expresión de Vernon—como el fuego en un campo de rastrojos. Quitóse un peso de todos los corazones, y no hubo mas que triunfo y alegría (1). Bien podían los diputados whigs congratularse, pues á la prudencia y resolución que habían desplegado en un momento de extremo peligro y miseria, debía su país la próxima perspectiva de una paz honrosa.

XV.

Restauración de la Hacienda.

En tanto, el crédito público, que en el otoño había descendido hasta el punto más bajo, renacía rápidamente. Los hacendistas vulgares se llenaron de terror al saber que hacían falta más de cinco millones para cubrir los déficits de años anteriores. Pero Montague no era un hacendista vulgar. Un plan sencillo y atrevido propuesto por él, y vulgarmente llamado la hipoteca general, restableció la confianza. Fijáronse nuevos impuestos; se aumentaron ó prorrogaron los antiguos; y de este modo se formó un fondo consolidado, bastante á satisfacer todas las justas reclamaciones del Estado. Aumentóse al mismo tiempo el Banco de Inglaterra con una nueva suscrición; y las reglas para el pago de la suscrición fueron

1707; Villiers á Shrewsbury, dic. 1 (11), 4 (14), 1696; Carta de Heinsius citada por Mr. Sirtema de Grovestins. De esta carta yo no tengo copia.

(1) Vernon á Shrewsbury, dic. 8, 1696.

establecidas de manera de elevar el valor de los billetes de la sociedad y de las seguridades públicas. Al mismo tiempo las casas de moneda acuñaban la plata nueva con más rapidez que nunca. La escasez que comenzó el 4 de mayo de 1696, que se hizo casi insoportable en los cinco meses siguientes, y que comenzó á disminuir desde el día que los Comunes declararon su resolución inmutable de mantener el antiguo tipo, cesó de ser dolorosamente sentida en marzo de 1697. Algunos meses debían trascurrir todavía antes que el crédito se restableciese por completo del choque más tremendo que jamás había sufrido. Pero ya se habían echado los profundos y sólidos cimientos sobre que había de levantarse la fábrica más gigantesca de prosperidad comercial que el mundo había visto. La gran mayoría de los whigs atribuía el restablecimiento de la salud del Estado al genio y firmeza de su caudillo Montague. Sus enemigos se vieron forzados á confesar, mal de su grado y con desprecio, que todos sus proyectos habían salido bien: la primera emisión de acciones del Banco, la segunda emisión, la reacuñación, la hipoteca general, los billetes del Tesoro. Pero algunos toríes murmuraban que no merecía más elogio que el pródigo que arriesga toda su fortuna á un azar y que ha tenido buena suerte. Cierto que Inglaterra había salido bien de una terrible crisis, y el haberla pasado había contribuído á hacerla más fuerte. Pero había estado en peligro inminente de perecer; y el Ministro que la había expuesto á tal peligro no merecía elogios, sino la horca. Otros admitían que los planes generalmente atribuídos á Montague eran excelentes, pero negaban que fueran suyos. La voz de la detractación quedó, sin embargo, por algún tiempo, ahogada por los ruidosos aplausos del Parlamento y de la City. La autoridad que

el Canciller de Hacienda ejercía en la Cámara de los Comunes era sin precedente y sin rival. En el Gabinete su influencia era mayor cada día. No tenía ya superior en la dirección del Tesoro. A consecuencia de la declaración de Fenwick, el último tory que desempeñaba un cargo eminente y de verdadera importancia en el Estado había sido removido, y hubo al fin un ministerio puramente whig.

XVI.

Efectos de la confesión de Fenwick.

No se había podido evitar que corrieran entre el público algunos rumores acerca de aquella confesión. Cierto que el preso había encontrado medios de comunicarse con sus amigos, é indudablemente les había dado á entender que no había dicho nada contra ellos y mucho contra las hechuras del usurpador. Guillermo quería dejar la solución de este asunto á los tribunales ordinarios, y se mostraba muy refractario á que fuera debatido en ninguna otra parte. Pero sus consejeros, que conocían mejor que él la actitud de asambleas numerosas y divididas, opinaban que una discusión parlamentaria, aunque tal vez no fuera de desear, era inevitable. Un solo miembro de cualquiera de las dos Cámaras tenía derecho á imponer semejante discusión; y en ambas Cámaras había miembros que, ya por creerlo un deber, ya por mero gusto de hacer daño, estaban resueltos á averiguar si, como se murmuraba, el preso había formulado graves cargos contra algunas de las personas más distinguidas del reino. Si había de hacerse una informa-

ción, lo mejor seguramente èra que los estadistas acusados fueran los primeros en pedirla. Había, sin embargo, una gran dificultad. Los whigs, que formaban la mayoría de la Cámara Baja, estaban dispuestos á votar como un solo hombre la entera absolución de Russell y Shrewsbury, y no tenían ningún deseo de arrojar un estigma sobre Marlborough, que no estaba en el poder, y por tanto apenas era objeto de envidia. Mas no había medio de conseguir de un numeroso grupo de honrados *gentlemen*, como Wharton los llamaba, que aprobaran una resolución absolviendo á Godolphin. Había llegado á ser Godolphin su pesadilla. Todos los otros toríes que en los primeros años del reinado de Guillermo habían tenido parte principal en la dirección de los negocios habían sido separados uno á uno. Nottingham, Trevor, Leeds, no estaban ya en el poder. Apenas podía decirse que Pembroke fuese tory, y realmente nunca había estado en el poder. Pero Godolphin todavía conservaba su puesto en Whitehall, y era cosa insoportable para los hombres de la revolución que el que había formado parte de los Consejos de Carlos y de Jacobo y había votado en favor de la regencia fuese el principal ministro de Hacienda. Los que así sentían oyeron con malicioso contento que el primer Lord del Tesoro era nombrado en la confesión de que todo el mundo hablaba, y estaban resueltos á no dejar escapar tan buena oportunidad de arrojarlo del poder. De otro lado, cuantos habían visto la declaración de Fenwick, y en la embriaguez de la animosidad de partido no habían perdido todo sentimiento de razón y justicia, debían haber comprendido que era imposible establecer una distinción entre dos partes de aquel papel, y tratar como falso todo lo relativo á Shrewsbury y Russell, y como verdadero todo lo relativo á Godolphin. Esto lo reconocía

hasta el mismo Wharton, que era de todos los hombres públicos el menos accesible á los escrúpulos ó á la vergüenza (1). Si Godolphin se hubiera negado con firmeza á abandonar su puesto, la situación de los jefes whigs hubiera sido altamente embarazosa. Pero un político de habilidad nada común resolvió sacarlos de estas dificultades. En el arte de convencer y manejar á los hombres nadie igualaba á Sunderland, el cual deseaba ya desde hacía varios años que todos los grandes puestos del reino fueran ocupados por whigs. Gracias á su hábil intervención, Godolphin se dejó inducir á presentarse en el gabinete del Rey y pedirle permiso para retirarse del gobierno; permiso que le concedió Guillermo con una facilidad que tuvo más de sorprendente que de agradable para Godolphin (2).

XVII.

Opinión de los whigs respecto de Fenwick.

Uno de los métodos empleados por la junta whig para establecer y mantener en todas las filas del partido una disciplina antes desconocida, era la celebración frecuente de reuniones de miembros de la Cámara de los Comunes. Algunas de estas reuniones eran numerosas; á otras sólo asistían personas determinadas. Las primeras se celebraban en la Rosa, hos-

(1) Wharton á Shrewsbury, octubre 27, 1696.

(2) Somers á Shrewsbury, octubre 27 y 31, 1696; Vernon á Shrewsbury, oct. 31; Wharton á Shrewsbury, nov. 10. «Creo—dice Wharton—que nunca se desplegó mayor tacto que en llevar aquello á feliz término.»

tería frecuentemente mencionada en los pasquines políticos de aquel tiempo (1); las menos concurridas en casa de Russell, en Covent Garden, ó en casa de Somers, en Lincoln's Inn Fields.

El día que Godolphin hizo renuncia de su alto cargo se celebraron dos reuniones escogidas. Por la mañana el sitio de cita fué la casa de Russell. Por la tarde hubo una reunión más numerosa en casa del Lord Guardasellos. La confesión de Fenwick, que hasta entonces probablemente sólo por algún rumor conocían la mayor parte de los asistentes, fué leída. Excitó fuertemente la indignación del auditorio, en especial un pasaje cuyo sentido parecía indicar que no sólo Russell, no sólo Shrewsbury, sino la gran mayoría del partido whig eran en el fondo, desde hacía mucho, jacobitas. «El canalla insinúa—se decía—que hasta el complot de asesinato era obra de los whigs.» La opinión general era que semejante cargo no debía quedar sin contestación. Debía haber un solemne debate y un acuerdo del Parlamento. El mejor medio era que el Rey viese por sí mismo y examinase al preso, y que Russell solicitase entonces real permiso para tratar la cuestión en la Cámara de los Comunes. Como Fenwick no se fundaba en autoridad alguna para los sucesos que había referido, sino que hablaba meramente de oídas, no sería difícil hacer aprobar una resolución acusándole de calumniador y un mensaje al Trono pidiendo que fuera juzgado como reo de alta traición (2).

---

(1) Véase, por ejemplo, un poema sobre el *Último día de la Tesorería en Kensington*, marzo 7, 1696-97.

(2) Somers á Shrewsbury, oct. 31, 1696; Wharton á Shrewsbury en igual fecha.

XVIII.

Fenwick examinado por Guillermo.

Los Ministros comunicaron á Guillermo la opinión de la reunión, y él consintió, aunque no sin repugnancia, en ver al preso. Fenwick fué conducido al gabinete del Rey en Kensington. Algunos de los grandes funcionarios del Estado y los abogados de la Corona estaban presentes. «Vuestros papeles, sir Juan —dijo el Rey—en modo alguno me satisfacen. En vez de darme cuenta de los complóts formados por vos y por vuestros cómplices, complóts cuyos detalles debéis conocer con exactitud, me referís una multitud de historias, sin autoridad, sin fecha, sin designación de lugares, acerca de nobles y caballeros con los cuales no pretendéis haber tenido trato alguno. En suma, vuestra confesión parece ideada para ocultar á los que realmente abrigan designios contra mí, y hacerme sospechosos y apartar de mi lado aquellos en quienes tengo buenas razones para poner mi confianza. Si esperáis de mí algún favor, dadme en este momento y sin salir de este sitio cuenta exacta y minuciosa de lo que sabéis por vos mismo.» Fenwick dijo que esto le cogía de sorpresa, y pidió que se le concediera algún tiempo. «No, señor—dijo el Rey.—¿Para qué necesitáis el tiempo? Podréis sin duda necesitar tiempo para componer otro documento como éste. Pero lo que yo necesito es una relación sencilla de lo que vos mismo habéis hecho y habéis visto, y esa relación podéis hacerla, si queréis, sin pluma ni tinta.» Entonces Fenwick se negó categóricamente

á decir nada. «Sea así—dijo Guillermo.—No quiero oiros más, ni oir hablar más de vos» (1). Fenwick fué conducido nuevamente á su prisión. En esta audiencia había desplegado un valor y una resolución que llenó de sorpresa á cuantos venían observando su conducta. Desde que estaba preso se había mostrado lleno de ansiedad y desesperación; y ahora, sin embargo, en el momento en que se decidía su destino, había arrostrado el disgusto del Príncipe, cuya clemencia poco antes imploraba con sumisión. Al cabo de muy pocas horas se tuvo la explicación de este misterio. Momentos antes de ser conducido á Kensington, su esposa le había anunciado que su vida no estaba en peligro, que no había más que un testigo contra él, que ella y sus amigos habían conseguido corromper á Goodman (2).

XIX.

Desaparición de Goodman.

Goodman disfrutaba una libertad de que después y no sin motivo, se hizo un cargo al Gobierno. Porque su testimonio era de la mayor importancia; su carácter era notoriamente malo; las tentativas que se habían hecho para seducir á Porter demostraban que si con dinero se podía librar la vida á Fenwick, no faltaría dinero, y Goodman no habia servido de instrumento como Porter para enviar jacobitas á la horca,

(1) Somers á Shrewsbury, nov. 3, 1696. La repugnancia del Rey en ver á Fenwick es mencionada en la carta de Somers del 15 de octubre.

(2) Vernon á Shrewsbury, nov. 3, 1696.

y no estaba, por tanto, como éste, unido á la causa de Guillermo por un lazo indisoluble. Las familias de los conspiradores presos se valieron de la mediación de un sagaz y atrevido aventurero llamado O'Brien. Este conocía bien á Goodman. En efecto, ambos habían pertenecido á la misma banda de salteadores. Reuniéronse en la taberna del Perro, en Drury Lane, lugar frecuentado por gente desesperada y que no tenía nada que perder. O'Brien iba acompañado de otro jacobita de carácter resuelto. La elección ofrecida á Goodman fué bien sencilla: ó se ocultaba, siendo recompensado con una anualidad de quinientas libras, ó perdía la vida en el acto. Consintió, mitad por codicia, mitad por temor. O'Brien no era hombre que se dejase engañar como Clancy. No se apartó de Goodman desde el momento que se hizo el trato hasta que estuvieron en Saint-Germain (1).

En la tarde del día que Fenwick fué examinado por el Rey en Kensington, comenzó á murmurarse entre el público que Goodman había desaparecido. Hacía muchas horas que faltaba de su casa. No se le había visto en los sitios que solía frecuentar. Al principio surgió la sospecha de que había sido asesinado por los jacobitas, y esta sospecha cobró fuerza por una circunstancia singular. Muy poco después de su desaparición, se encontró una cabeza humana separada del tronco, y tan horrorosamente mutilada que no fué posible reconocer las facciones. La multitud, creyendo firmemente que no había crimen que no fuera capaz de cometer un papista irlandés, se inclinaba á creer que el castigo reservado á Godfrey había recaído

(1) Las circunstancias de la fuga de Goodman fueron confirmadas tres años después por el Conde de Manchester, embajador en París, y comunicadas por él á Jersey en una carta fechada á 25 de setiembre (oct. 5), 1699.

en otra víctima. Sin embargo, después de hechas algunas averiguaciones, pareció indudable que Goodman se había ocultado de intento. Publicóse un bando prometiendo mil libras de premio al que detuviera al fugitivo, pero ya era demasiado tarde (1).

Este suceso puso á los whigs completamente fuera de sí. No había jurado que pudiera ahora declarar á Fenwick reo de alta traición. ¿Había de dejársele escapar? ¿Había de quedar impune una larga serie de delitos contra el Estado, solamente porque á aquellos delitos se había agregado ahora el de sobornar un testigo para suprimir su testimonio y abandonar su fianza? ¿No había ningún medio extraordinario para que la justicia pudiera castigar á un criminal que sólo por ser peor que otros criminales estaba fuera del alcance de la ley ordinaria? Semejante medio existía, y era un medio autorizado por numerosos precedentes, medio usado por papistas y protestantes durante los disturbios del siglo XVI, medio usado por *cabezas redondas* y *caballeros* durante los disturbios del siglo XVII, medio que apenas podría condenar sin condenarse á sí mismo ningún jefe del partido tory, medio de que el mismo Fenwick no podía quejarse decorosamente, puesto que pocos años antes había tenido gran empeño en emplearlo contra el infortunado Monmouth. A este medio determinó recurrir el partido ahora imperante en el Estado.

---

(1) *London Gazette*, nov. 9, 1696; Vernon á Shrewsbury, noviembre 3; Van Cleverskirke y L'Hermitage en la misma fecha.

XX.

Acuerdos del Parlamento acerca de las declaraciones de Fenwick.

Poco después de haberse reunido los Comunes, el 6 de noviembre por la mañana, Russell se levantó y solicitó ser oído. La empresa que había acometido requería valor de clase no muy noble; pero no le faltaba á él valor de ninguna clase. Sir Juan Fenwick, dijo, había enviado al Rey un documento en el que se contenían graves acusaciones contra algunos servidores de S. M., y S. M., á instancia de sus acusados servidores, había ordenado magnánimamente que este papel fuera presentado ante la Cámara. Se presentó y se dió lectura á la confesión. Entonces el Almirante, con un valor y dignidad que merecían mejor sujeto, pidió justicia para él y para Shrewsbury. «Si somos inocentes, vindicadnos. Si somos culpables, imponednos el castigo que nuestra culpa merezca. En vosotros confío, así como en mi país, y estoy pronto á salir bien ó á perecer por vuestro veredicto.»

Dióse orden inmediatamente que en el acto fuera traído Fenwick á la barra. Cutts, que era diputado por Cambridgeshire, recibió orden de dar buena escolta, encargándosele especialmente cuidar de que no tuviera el preso oportunidad de dar ni recibir comunicación alguna, oral ni escrita, en el camino desde Newgate hasta Westminster. Suspendióse entonces la sesión hasta la tarde.

Á las cinco, para entonces hora avanzada, se puso otra vez la maza sobre la mesa; se encendieron velas,

y se cuidó de hacer salir de la Cámara y el pasillo á todos los que no fueran diputados Fenwick aguardaba custodiado por fuerte guardia. Hízosele entrar, y el Presidente le exhortó á hacer una confesión ingenua y minuciosa. El preso vaciló y quiso eludir la pregunta. «Yo no puedo decir nada sin permiso del Rey. Tal vez no sea del agrado de S. M. que sepan los demás lo que sólo él debe saber.» Se le dijo que sus temores eran infundados. El Rey sabía muy bien que era un derecho y un deber de sus fieles Comunes el inquirir cuanto se relacionase con la seguridad de su persona y de su Gobierno. «Dentro de pocos días puedo ser juzgado—respondió sir Juan.—No se me debe pedir que diga nada que pueda empeorar mi causa.» «Nada tenéis que temer—contestó el Speaker—si hacéis una relación espontánea y completa. Nadie ha tenido nunca que arrepentirse de haber obrado lealmente con los Comunes de Inglaterra.» Entonces Fenwick pidió que le concedieran algún tiempo. No tenía facilidad de palabra; su memoria era deficiente: necesitaba tiempo para prepararse. Contestósele lo mismo que pocos días antes había oído en el gabinete del Rey: que, preparado ó sin preparación, no podía menos de recordar los principales complóts en que había tenido parte, y los nombres de los cómplices de más nota. Si quería referir honradamente lo que era de todo punto imposible que pudiera haber olvidado, la Cámara le haría todas las concesiones posibles y le dejaría tiempo para recordar detalles de menor cuenta. Tres veces le llevaron de la barra, y tres veces le hicieron volver. Anunciósele solemnemente que ésta sería tal vez la última oportunidad que le quedaba de ganar el favor de los Comunes. Él persistió en su negativa, y fué enviado otra vez á Newgate.

Hízose entonces la moción para declarar falsa y

escandalosa. Coningsby quiso que se añadiera que era un ardid para suscitar desconfianzas entre el Rey y sus buenos súbditos, á fin de ocultar á los verdaderos traidores. Algunos whigs implacables é intransigentes, cuyo odio á Godolphin no había mitigado la renuncia de aquel ministro, indicaron algunas dudas sobre si debía condenarse la confesión en su totalidad. Pero después de un debate en el que se distinguió especialmente Montague, la moción fué aprobada. Una ó dos voces gritaron: *no;* pero nadie se atrevió á pedir votación.

XXI.

Bill acusando á Fenwick de alta traición.

Hasta aquí todo había ido bien; pero á los pocos minutos estalló la tormenta. Las terribles palabras *bill de alta traición* se habían pronunciado, y en el acto se levantaron todas las más fieras pasiones de los dos grandes partidos. Los tories habían sido sorprendidos, y muchos habían abandonado la Cámara. Los que quedaban declaraban á gritos que nunca consentirían en semejante violación de los primeros principios de justicia. Los whigs no se mostraban menos exaltados, y en sus filas reinaba perfecto orden. La moción para presentar el bill acusando de alta traición á sir Juan Fenwick fué aprobada á hora muy avanzada de la noche, por ciento setenta y nueve votos contra sesenta y uno; pero era evidente que la lucha sería larga y empeñada (1).

(1) He tomado la relación de los sucesos de este dia de los *Com-*

En realidad, pocas veces el espíritu de partido había estado más fuertemente excitado. Por ambas partes había, á no dudar, mucho honrado celo, y por ambas partes podía la vista observadora haber descubierto el temor, el odio y la codicia, disfrazados bajo la especiosa apariencia de la justicia y el bien público. El funesto calor de las facciones dió vida rápidamente á venenosos reptiles que durante largo tiempo habían estado adormecidos, expulsados espías y falsarios convictos, las heces del látigo, del hierro candente y de las tijeras. Hasta Fuller esperaba encontrar otra vez tontos que le prestaran oídos. Desde que había sido expuesto en la picota, nadie se había vuelto á acordar de él. Actualmente tuvo el descaro de escribir al Speaker solicitando ser oído en la barra, y prometiendo noticias muy importantes acerca de Fenwick y otros. El 9 de noviembre, el Speaker informó á la Cámara de esta comunicacion; pero los diputados, con muy buen acuerdo, se negaron hasta á dejar leer la carta de tan notorio malvado.

XXII.

Debate en los Comunes sobre el bill de alta traición.

El mismo día, el bill de alta traición, preparado por el Fiscal y Solicitor general, fué presentado y leído

---

mons' Journals; de la importante obra titulada *Deliberaciones del Parlamento contra sir Juan Fenwick, baronet, sobre un bill de alta traición,* 1696; Carta de Vernon á Shrewsbury, nov. 6, 1696, y la carta de Somers á Shrewsbury de 7 de noviembre. De estas dos cartas se deduce claramente que los jefes whigs consiguieron con gran dificultad la absolución de Godolphin.

por primera vez. La Cámara estaba llena, y el debate fué muy empeñado. Juan Manley, diputado por Bossiney, uno de aquellos acérrimos toríes que en la legislatura precedente se habían negado largo tiempo á firmar la Asociación, acusó á la mayoría, en términos poco mesurados, de adular servilmente á la Corte y hacer traición á las libertades del pueblo. Se escribieron sus palabras, y aunque trató de explicarlas, fué enviado á la Torre. Seymour habló con energía contra el bill, y citó el discurso que había pronunciado César en el Senado romano contra la moción para que los cómplices de Catilina fueran condenados á muerte de una manera irregular. Un orador whig observó agudamente que el digno Baronet olvidaba que había vehementes sospechas de que el mismo César había entrado en la conjuración de Catilina (1). En este trámite votaron en pro del bill ciento noventa y seis diputados, y ciento cuatro en contra. Enviósele una copia á Fenwick para que pudiera estar preparado á la defensa. Solicitó que le concedieran un abogado; se accedió á su peticion, y se fijó el 13 para la vista.

Ningún diputado recordaba haber presenciado agitación tan grande en las inmediaciones de la Cámara como en la mañana del 13. Con dificultad se podía mantener libre el tránsito en las cercanías, y no se dejó entrar más que á los diputados y á los pares. Estos acudieron en tan gran número, que su presencia influyó de una manera perceptible en el debate. Hasta Seymour, que por haber sido anteriormente Speaker debía tener especial cuidado en no confundir la categoría de los Comunes, llegó á olvidarla hasta el

(1) *Commons' Journals*, nov. 9, 1696; Vernon á Shrewsbury, nov. 10 El editor de las *Causas de Estado* se engaña al suponer que las citas del discurso de César se hicieron en el debate del 13.

punto de decir en una ocasión: «Milores.» Fenwick, después de haber sido entregado con toda formalidad por los sheriffs de Londres al Sargento de armas, fué conducido á la barra, acompañado de dos abogados, que eran los que generalmente defendían á los reos jacobitas, sir Tomás Powis y sir Bartolomé Shower. En defensa del bill había un abogado nombrado por la Cámara.

El examen de los testigos y los argumentos de los abogados ocuparon tres días. Se hizo comparecer á Porter y fué interrogado. Quedó establecido, no ciertamente por pruebas legales, pero por pruebas morales de las que determinan la conducta de los hombres en los asuntos ordinarios de la vida, que la ausencia de Goodman debía atribuirse á un proyecto ideado y ejecutado por los amigos de Fenwick y con conocimiento de éste. Después de un debate acalorado se admitió prueba accesoria de lo que Goodman hubiera podido probar si hubiera estado presente. Su confesión, hecha bajo juramento y firmada de su puño y letra, fué presentada. Algunos de los individuos del gran jurado que habían lanzado el bill contra sir Juan, dieron cuenta de lo que Goodman había jurado ante ellos; y su testimonio fué confirmado por otros miembros de un pequeño jurado que habían condenado á otro conspirador. No se presentó ningún testimonio en favor del preso. Después de haber oído á los abogados de la acusación y la defensa, volvió el reo á su calabozo (1); y entonces empezó la verdadera lucha. Fué larga y violenta. Hubo algunas sesiones que duraron desde el amanecer hasta cerca de media noche. El Speaker estuvo

(1) *Commons' Journals*, nov. 13, 16, 17; *Proceso de sir Juan Fenwick.*

una vez en la presidencia quince horas sin interrupción. Se dejó entrar libremente al público teniendo en cuenta que ya que la Cámara asumía las funciones de un tribunal de justicia, debía, como los tribunales de justicia, celebrar sus sesiones á puerta abierta (1). Lo esencial de los debates ha sido, pues, conservado en un relato, sucinto, si se le compara con las relaciones de nuestro tiempo, pero de extensión inusitada para aquel siglo. Todas las personas notables de la Cámara tomaron parte en la discusión. El bill fué combatido por Finch con aquella fluída y sonora dicción que le había valido el nombre de lengua de plata, y por Howe con toda la acritud de su ingenio y de su carácter, por Seymour con característica energía, y con característica solemnidad por Harley. De otro lado, Montague desplegó las facultades de un consumado polemista, encontrando celoso apoyo en Littleton. Distinguíanse en las primeras filas de los partidos hostiles dos abogados eminentes, Simón Harcourt y Guillermo Cowper. Los dos eran caballeros de noble cuna. Ambos se distinguían por su buena figura y agradables maneras; ambos tenían fama de elocuentes, y ambos eran amantes del saber y de los sabios. Puede añadirse que en los comienzos de su carrera, ambos habían sido notados de pródigos y amantes de los placeres. La disipación los había empobrecido; la pobreza los había hecho diligentes; y aun cuando eran todavía muy jóvenes, según se cuenta la edad entre la gente de ley, pues Harcourt no tenía más que treinta y seis años y Cowper treinta y dos, habían conseguido ya la primer clientela del foro. Estaban destinados á subir más, á tener la custo-

(1) *Carta á un amigo en vindicación del proceso de sir Juan Fenwick*, 1697.

dia del Gran Sello del reino, y ser los fundadores de casas patricias. En política eran diametralmente opuestas sus opiniones. Harcourt había visto con disgusto la revolución, no había querido formar parte de la Convención, le había costado trabajo reconciliar su conciencia con los juramentos, y había firmado la Asociación tarde y de mala gana. Cowper había tomado las armas por el Príncipe de Orange y el Parlamento libre, y en la breve y tumultuosa campaña que precedió á la fuga de Jacobo, se distinguió por su inteligencia y valor. Desde que Somers había sido trasladado al Saco de Lana, los funcionarios legales de la Corona no habían hecho papel muy distinguido en la Cámara Baja, ni en ninguno otro sitio; y más de una vez había tenido que suplir Cowper sus deficiencias. Gracias á su habilidad, se había obtenido la sentencia de Parkyns, que el descuido del Solicitor general había puesto en peligro por un momento. Había sido elegido diputado por Hertford en las elecciones generales de 1695, y apenas había ocupado su puesto, alcanzó lugar distinguido entre los oradores parlamentarios. Muchos años después, en una de las cartas á su hija, describía Chesterfield á Cowper como un orador que nunca hablaba sin aplauso, pero que apenas razonaba, y que debía la influencia que por largo tiempo ejerció en grandes asambleas al singular encanto de su estilo, de su voz y de su acción. Chesterfield era sin duda alguna hombre de entendimiento bastante claro para juzgar acertadamente en este punto. Pero debe recordarse que el objeto de sus cartas era elogiar el buen gusto y el refinamiento en oposición á cualidades muy superiores. Por eso atribuyó de una manera constante y sistemática el éxito de las personas más eminentes de su tiempo á su superioridad, no en talento y ciencia sólida, sino

en gracias superficiales de dicción y estilo. Representaba á Marlborough como hombre de talento muy vulgar, que sólo por su esmerada educación y buena palabra había ascendido desde la pobreza y la oscuridad á la cumbre del poder y de la gloria. Puede decirse con toda confianza que con Marlborough y Cowper fué injusto Chesterfield. El general que salvó el Imperio y conquistó los Países Bajos era seguramente algo más que un fino caballero; y el juez que presidió durante nueve años el tribunal de la Chancillería con aprobación de todos los partidos, debe haber sido algo más que un buen declamador.

Todo el que estudie con atención é imparcialidad la relación de los debates, será de opinión que, en muchos puntos que fueron discutidos largamente y con gran calor, los whigs tuvieron superioridad decisiva en la polémica; pero en la cuestión principal, estaba la razón del lado de los toríes.

Cierto que se demostró que Fenwick era reo de alta traición con pruebas que no dejarían lugar á duda á ningún hombre de sentido común, y que se hubiera probado su culpabilidad según las estrictas reglas de la ley, si, cometiendo un nuevo crimen, no hubiera eludido la justicia de los tribunales ordinarios. Era verdad que en el mero hecho de declararse arrepentido y de implorar clemencia, había añadido un nuevo delito á sus delitos anteriores; que fingiendo hacer una confesión completamente ingenua, había ocultado, con astuta malicia, todo lo que importaba al Gobierno que divulgase, y hecho público todo aquello que interesaba al Gobierno sepultar en el silencio. Era un gran mal que de este modo se hubiera puesto fuera del alcance de la ley; era evidente que sólo se le podría castigar por medio de un bill condenatorio; y no podía negarse que se habían apro-

bado muchos bills á éste semejantes, ni tampoco que se hubiera aprobado nunca un bill de esta clase siendo tan evidente el delito y después de un proceso más leal.

Los whigs deben haber demostrado plenamente todas estas proposiciones. También tuvieron una ventaja decisiva en la discusión de la regla que exige dos testigos en los casos de alta traición. Lo cierto es que semejante regla es absurda. Es imposible comprender por qué el testimonio que sería suficiente para probar que un hombre ha hecho fuego sobre uno de sus conciudadanos, no ha de ser suficiente á probar de igual modo que ha hecho fuego contra su Soberano. En modo alguno puede establecerse como máxima general que la aserción de dos testigos sea más convincente que la de uno solo. La relación de un testigo puede ser probable. La relación de dos testigos puede ser extravagante. La relación de un testigo puede no ser contradicha por nadie. La relación de dos testigos puede ser contradicha por cuatro. La relación de un testigo puede ser corroborada por una multitud de circunstancias. La relación de dos testigos puede no tener corroboración semejante. El testigo único puede ser Tillotson ó Ken. Los dos testigos pueden ser Oates y Bedloe.

Esto no obstante, los jefes del partido tory mantenían con vehemencia que la ley que exigía dos testigos era de obligación universal y eterna, parte de la ley natural, parte de la ley de Dios. Seymour citó el libro de los Números y el Deuteronomio, para probar que nadie debe ser condenado á muerte por boca de un solo testigo. «Caifás y su Sanhedrín—dijo Harley—estaban muy dispuestos á admitir como necesaria la violación de la justicia.—Ellos decían,—y esto es también lo que hemos oído:—*Debemos matar á este hombre;*

si no, vendrán los romanos y destruirán nuestra ciudad y nuestro pueblo. Sin embargo, ni aun Caifás ni su Sanhedrín en aquel horrendo asesinato jurídico se atrevieron á prescindir de la ley sagrada que exigía dos testigos.» «Ni aun Jezabel—decía otro orador—se atrevió á quitar la vida á Naboth hasta haber sobornado á dos hombres de Belial para que jurasen en falso.» «Si hubiera bastado el testimonio de un grave anciano—se preguntaba,—¿qué hubiera sido de la virtuosa Susana?» Esta última alusión dió origen á los gritos de «Apócrifo, apócrifo», de entre las filas de los partidarios de la baja Iglesia (1).

De estos argumentos, que en realidad apenas pueden haberse impuesto á los mismos que los empleaban, obtuvo Montague una completa y fácil victoria. «¡Ley eterna! ¿Dónde estaba esta ley eterna antes del reinado de Eduardo VI? ¿Dónde está ahora, como no sea en estatutos que sólo se refieren á una clase de delitos muy poco numerosa? Si estos textos del Pentateuco y estos precedentes de la práctica del Sanhedrín prueban algo, es, que toda la legislación criminal del reino es una serie de injusticias é impiedades. Un testigo es suficiente para condenar á un asesino, á un ladrón, á un salteador de caminos, á un incendiario, á un estuprador. Más aún; hay casos de alta traición en que sólo se necesita un testigo. Un testigo puede enviar á Tyburn una gavilla de cercenadores de moneda y de monederos falsos. ¿Estáis, pues, preparados á decir que toda la ley de testimonios según la cual se juzga á los hombres desde hace siglos en nuestro país por delitos contra la vida y la hacienda, es viciosa y debe ser reformada? Si no os atrevéis á decir esto, habréis de admitir que la ley

(1) Este incidente es mencionado por L'Hermitage.

de cuyo cumplimiento queremos eximirnos no es una ordenación divina de aplicación universal y perpetua, sino simplemente una regla inglesa de procedimiento, que no se aplica más que á dos ó tres crímenes, que aun no cuenta ciento cincuenta años de duración, que deriva toda su autoridad de un acta del Parlamento, y que, por tanto, por medio de otra acta puede ser abrogada ó suspendida sin ofender á Dios ni á los hombres.»

Mucho más difícil era responder á los jefes de la oposición cuando ponían de manifiesto el peligro de derribar la barrera que separa las funciones del legislador de las del juez. «Este hombre—decían—podrá ser un mal inglés, y, sin embargo, su causa ser la de todos los buenos ingleses. Todavía el año último hemos aprobado una ley para reglamentar el procedimiento de los tribunales ordinarios en casos de traición. Hemos aprobado aquella ley por considerar que en aquellos tribunales la vida de un súbdito malquisto del Gobierno no estaba entonces suficientemente asegurada. Sin embargo, la vida de un súbdito malquisto del Gobierno estaba entonces mucho más segura que lo estará si esta Cámara asume la judicatura criminal suprema en las causas políticas.» Pronunciáronse calurosos elogios de la antigua costumbre nacional de juzgar por medio de doce hombres buenos y leales; y, en realidad, fácilmente se comprenden las ventajas de semejante procedimiento en cuestiones políticas. El preso puede recusar cualquier número de testigos juramentados con causa, y un número considerable sin motivo fundado. Los doce, desde el momento que son investidos de su breve magistratura, hasta el momento que vuelven á ser meros particulares, se mantienen apartados del resto de la sociedad. Tómanse todo género de precauciones

para impedir que ningún agente del Gobierno pueda entenderse con ellos ó sobornarlos. Cada uno de ellos tiene que oir todas las declaraciones de los testigos y todos los argumentos de una y otra parte. Hace después el resumen un juez que sabe que si incurre en la nota de parcialidad puede ser llamado á rendir cuenta de su conducta ante el gran tribunal informador de la nación. En el proceso de Fenwick, en la barra de la Cámara de los Comunes, faltaban todas estas seguridades. Algunos centenares de diputados, cada uno de los cuales sabía casi lo que había de votar antes que comenzase la vista, hicieron las funciones del juez y del jurado. No estaban cohibidos, como lo está el juez, por la idea de la responsabilidad; porque, ¿quién ha de castigar al Parlamento? No habían sido escogidos, como lo es el jurado, de manera que pudiese el reo excluir á sus enemigos políticos y personales. Los árbitros de su destino podían entrar y salir cuando querían. Oían un fragmento aquí y otro allá de lo que se decía contra él, y un fragmento aquí y otro allá de lo que se decía en su favor. Durante el progreso del bill estuvieron sujetos á influencias de todas clases. Un diputado fué amenazado por los electores de su distrito con no ser reelegido; á otro se le ofreció el mando de una fragata para un hermano, de parte de Russell; el voto de un tercero podría ser asegurado por los halagos y el vino de Borgoña de Wharton. En los debates se empleaban artes y se excitaban pasiones desconocidas en tribunales bien constituídos, pero de las cuales ninguna gran asamblea popular dividida en partidos estuvo ni estará nunca exenta. La oratoria de un diputado hizo prorrumpir en fuertes gritos de: «Oídle.» Á otro le hicieron callar á fuerza de toser y hacer ruido. Un tercero habló fuera de tiempo para que sus amigos, que estaban cenando, llegaran á la

votación (1). Si con la vida del hombre más indigno se pudiera jugar de este modo, ¿estaría segura la vida del hombre más virtuoso?

Cierto que los enemigos del bill no se atrevieron á decir que no pudiera haber peligro público suficientemente grande para justificar un acta de alta traición. Admitían que podría haber casos en que la regla general debía ceder ante una necesidad imperiosa. Pero ¿había de contarse el caso presente como uno de tales? Aun admitiendo que Strafford y Monmouth hubieran sido justamente condenados por actas de alta traición, ¿era Fenwick, como Strafford, un gran ministro que por largo tiempo hubiera gobernado á Inglaterra, al norte de Trent y á toda Irlanda con poder absoluto; que ocupaba alto puesto en el favor real, y cuya capacidad, elocuencia y resolución le hacían temible aun en su caída? ¿Ó era, por ventura, Fenwick, como Monmouth, pretendiente á la Corona é ídolo del pueblo llano? ¿Acudía toda la juventud de tres condados á alistarse bajo sus banderas? ¿Qué era él, sino un conspirador subordinado? Cierto que en otro tiempo había tenido buenos empleos, pero hacía mucho que los había perdido. Había tenido antes una buena hacienda, pero la había malgastado. Talento eminente y carácter respetable, no los había tenido nunca. Cierto que estaba unido por su mujer con una familia nobilísima; pero aquella familia no participaba de sus preocupaciones políticas. ¿Qué importancia tenía entonces, sino la de que sus perseguidores, muy imprudentemente, le estaban derribando todas las barreras que guardan las vidas de los ingleses, con el solo objeto de causar su ruina? Aun

(1) L'Hermitage nos dice que tales cosas ocurrieron en estos debates.

en el caso de que fuera puesto en libertad, ¿qué podría hacer, sino frecuentar los cafés jacobitas, exprimir naranjas y beber á la salud del rey Jacobo y del Príncipe de Gales? Sin embargo, si el Gobierno, apoyado por los Lores y los Comunes, por el Ejército y la Armada, por una milicia fuerte de ciento sesenta mil hombres y por el medio millón de individuos que habían firmado la Asociación, tenía miedo realmente á este pobre Baronet arruinado, podía desde luego privársele del beneficio de la ley de *Habeas Corpus*. Podría ser guardado entre cuatro paredes mientras hubiera la menor probabilidad de que pudiera hacer algún daño. No era posible sostener que fuera un enemigo tan terrible, que el Estado sólo podría considerarse seguro cuando él estuviera en la tumba.

Reconocíase que se podrían encontrar precedentes para este bill, y hasta para un bill que se prestara á más objeciones que el presente. Pero se decía que todo el que ojease nuestra historia se inclinaría á mirar estos precedentes más bien como advertencias que como ejemplos. Había sucedido muchas veces que un acta de traición aprobada en un acceso de servilismo ó animosidad, al cambiar la fortuna ó calmarse las pasiones, había sido revocada y estigmatizada solemnemente calificándola de injusta. Así, en lo antiguo, el acta aprobada contra Rogerio Mortimor en el paroxismo de un enojo no inmotivado, una vez calmados los ánimos había sido rescindida, fundándose en que, por culpable que fuera, no se le había juzgado equitativamente en una causa en que le iba la vida. Así también, según podía recordar todavía la generación existente, la ley que condenó á Strafford había sido anulada sin que una sola voz se levantara en contra. Y se añadía que tampoco se debía olvidar que, fuera por virtud de la ley ordinaria de la causa y el

efecto, ó por el extraordinario juicio de Dios, aquellas personas que habían mostrado empeño en hacer aprobar bills que contenían leyes penales habían perecido con frecuencia por la aplicación de tales bills. Nadie había tenido menos escrúpulos en hacer uso del poder legislativo para destruir á sus enemigos que Tomás Cromwell, y por el empleo del poder legislativo sin ningún escrúpulo, él mismo pereció. Si era cierto que el desdichado *gentleman*, cuyo destino estaba ahora en la balanza, había tenido parte anteriormente en un procedimiento semejante al que ahora se seguía contra él, ¿no debía este mismo hecho hacer reflexionar á sus acusadores? Los que maliciosamente recordaban á Fenwick que había dado su apoyo al bill que condenó á Monmouth, podrían á su vez, en alguna hora terrible y tenebrosa, oir que maliciosamente les recordasen que habían apoyado el bill por cuya virtud Fenwick fuera condenado. «Recordemos cuántas vicisitudes hemos visto. Aprendamos, por tantos ejemplos señalados de la inconstancia de la fortuna, á tener moderación en la prosperidad. ¡Cuán lejos estábamos de imaginar, en la época en que Fenwick era favorito de la corte de Whitehall, general rodeado de la pompa militar en Hounslow, que habíamos de verle en nuestra barra aguardando á oir su sentencia de nuestros labios! ¡Y qué sabemos si no llegará un día en que, sumida el alma en la amargura, no invoquemos vanamente la protección de aquellas templadas leyes que ahora tratamos con tanta ligereza! ¡No quiera Dios que volvamos á vernos sometidos á la tiranía! ¡Mas no permita, sobre todo, que nuestros tiranos puedan nunca alegar, en justificación del peor daño que puedan hacernos, precedentes que nosotros mismos les hayamos suministrado!»

Estos argumentos, hábilmente manejados, produ-

jeron gran efecto en muchos moderados whigs. Montague hizo lo posible por reunir á sus parciales. Todavía poseemos el rudo bosquejo de lo que debe haber sido un discurso de gran efecto. «Se nos dice—estas ó muy parecidas deben haber sido sus palabras—que no proporcionemos al rey Jacobo un precedente que, si alguna vez llega á ser restaurado, podrá emplear contra nosotros. ¿Creen realmente que si día tan aciago hubiera de venir, será esta ley justa y necesaria el modelo que se proponga imitar? No, señor Presidente; su modelo no será nuestro bill de traición, sino el suyo; no nuestro bill que con todo género de pruebas, y después de un proceso leal, impone el merecido castigo á un solo criminal; sino su propio bill, que sin defensa, sin averiguaciones, sin una acusación, condenó cerca de tres mil personas cuyo sólo crimen consistía en ser de sangre inglesa y profesar la religión protestante, los hombres á la horca y las mujeres á la hoguera. Ese es el precedente que él mismo ha establecido y que habrá de imitar. Para que nunca pueda seguirlo, para que el temor de un justo castigo pueda contener á aquellos enemigos de nuestro país que desean verle gobernando en Londres como gobernó en Dublín, doy mi voto en favor de este bill.»

Á despecho de toda la elocuencia é influencia del Ministerio, la minoría iba siendo más fuerte á medida que adelantaban los debates. La cuestión de conceder permiso para presentar el bill había sido aprobada por cerca de tres votos contra uno. Cuando se preguntó si el bill pasaba á una comisión, ciento ochenta y seis dijeron que *sí*, y dijeron que *no* ciento veintiocho. Á la pregunta de si se aprobaba el bill, dijeron que *sí* ciento ochenta y nueve, y ciento cincuenta y seis dijeron que *no*.

XXIII.

El bill de alta traición en la Cámara de los Lores.

El 26 de noviembre el bill fué llevado á la Alta Cámara. Antes de llegar, los Lores se habían preparado á recibirlo. Se había llamado á todos los Pares ausentes. Cuantos desobedecieron el llamamiento sin poder dar explicación satisfactoria de su desobediencia, fueron arrestados por el ujier de la vara negra. El día fijado para la primera lectura la concurrencia de Lores que llenaba los bancos era sin precedente. El número total de Lores temporales, hecha exclusión de los menores, de los católicos y de los *nonjurors*, era próximamente de ciento cuarenta. De éstos, ciento cinco ocupaban sus puestos. Muchos creían que á los obispos se les debía haber permitido, si no exigido, retirarse, pues por un antiguo canon los ministros de Dios tenían prohibición de contribuir á la imposición de la pena capital. En el proceso de un Par acusado de alta traición, los prelados siempre se retiran y dejan que los seglares condenen ó absuelvan al acusado. Y seguramente, si no parece bien que un sacerdote condene á muerte á sus semejantes como juez, todavía peor parecerá que los condene á muerte como legislador. En el último caso, como en el primero, contrae aquella mancha de sangre que la Iglesia mira con horror; y difícilmente se negará que hay algunas graves objeciones al derramamiento de sangre por actas de alta traición que no pueden aplicarse al derramamiento de sangre en el curso ordinario de la justicia. Y, en efecto, cuando se tomó en

consideración el bill condenando á muerte á Strafford, todos los pares espirituales se retiraron. Esta vez, sin embargo, pareció más digno de imitación el ejemplo de Cranmer, que había votado en favor de algunas de las más infames actas de alta traición que jamás fueron aprobadas, y hubo gran concurrencia de prelados. Resolvióse muy oportunamente que en el caso actual quedara en suspenso el privilegio de votar por procuración, que se pasara lista al principio y al fin de cada sesión, y que los miembros que no respondieran á su nombre fueran arrestados (1).

XXIV.

Artificios de Monmouth.

En tanto, en el inquieto espíritu de Monmouth se agitaban extraños designios. Había llegado ya á una época de la vida en que no podía alegar la juventud como excusa de sus faltas; pero era más petulante y excéntrico que nunca, había en su inteligencia como en su carácter moral exuberancia de aquellas bellas cualidades que pueden llamarse de lujo, y deficiencia lamentable de aquellas cualidades sólidas que son de primera necesidad. Tenía brillante ingenio y pronta invención careciendo de sentido común, y generosidad y delicadeza caballerescas careciendo de la común honradez. Era capaz de elevarse hasta la altura del Príncipe Negro, y sin embargo era capaz también de rebajarse hasta el nivel de Fuller. Su vida política fué mancillada por algunas de las accio-

(1) Véanse los *Lords' Journals*, nov. 14, nov. 30, dic. 1, 1696.

nes más deshonrosas; sin embargo, no se halló bajo la influencia de aquellos motivos á que han de atribuirse la mayor parte de las acciones deshonrosas de los hombres políticos. Daba poca importancia al poder, y menos todavía al dinero. Al temor era totalmente insensible. Si alguna vez se rebajó á cometer alguna villanía—pues otra palabra más suave no expresaría la verdad—fué únicamente por divertirse y asombrar á los demás. En las cuestiones civiles como en las empresas militares, era aficionado á las emboscadas, á las sorpresas, á los ataques nocturnos. Imaginó ahora que se le presentaba una brillante oportunidad de hacer sensación, de producir una grán conmoción; y la tentación fué irresistible para un espíritu tan inquieto como el suyo.

Sabía, ó al menos tenía vehementes sospechas de que los sucesos que Fenwick había referido de oídas, y que el Rey, Lores y Comunes, whigs y tories habían convenido en tratar de calumnias, eran, en lo esencial, verdaderos. ¿Podría demostrarse que eran ciertos, obstruir la prudente política de Guillermo, cubrir de oprobio algunos de los hombres más eminentes de ambos partidos, arrojar todo el mundo político en la mayor confusión?

No se podía hacer nada sin la ayuda del preso; y no había medio de comunicarse directamente con él. Fué necesario emplear la intervención de varios agentes del sexo femenino. La Duquesa de Norfolk era de la familia de Mordaunt y prima carnal de Monmouth. Eran notorias sus aventuras galantes, y algunos años atrás había tratado su marido de inducir á los otros Pares sus colegas á que aprobaran un bill disolviendo su matrimonio, pero la tentativa había fracasado, en parte á consecuencia del celo con que Monmouth había peleado en favor de su

prima. Ésta, aunque separada de su marido, vivía con arreglo á su rango y se reunía con muchas damas elegantes, entre otras con lady María Fenwick, y con una parienta de lady María, llamada Isabel Lawson. Por medio de la Duquesa, Monmouth hizo llegar al preso algunos papeles que contenían instrucciones redactadas con mucho arte. Que sir Juan afirme atrevidamente—tales eran en sustancia estas indicaciones—que su confesión es cierta, que ha formulado sus acusaciones, de oídas en verdad, mas no por haberlo oído á cualquiera, que su conocimiento de los hechos que ha afirmado tiene el más alto origen, y que indique la manera de que pueda fácilmente demostrarse su veracidad. Que suplique que los Condes de Portland y Romney, que son bien conocidos como depositarios de la confianza del Rey, sean llamados á declarar si no poseen datos que confirmen lo que él ha redactado. Que suplique que se pida al Rey presentar ante el Parlamento la causa que produjo la súbita desgracia de Lord Marlborough, y todas las cartas interceptadas que venían de Saint-Germain para lord Godolphin. «A menos que sir Juan esté alucinado, dijo Monmouth á las damas que le servían de agentes; á menos que esté completamente fuera de sí, seguirá mi consejo. Si lo hace, su vida y honor están salvados. Si no lo hace, es hombre muerto.» Entonces, este raro intrigante censuró duramente á Guillermo por lo que en realidad constituía uno de los mejores títulos de gloria del Rey. «Es el peor de los hombres. Se ha portado como un villano. Finge no dar crédito á estos cargos contra Shrewsbury, Russell, Marlborough y Godolphin. Y sin embargo, sabe—y Monmouth confirmaba el aserto con un tremendo juramento—que todas las palabras de la acusación son verdad.»

Los papeles escritos por Monmouth fueron entregados por lady María á su marido. Si el consejo que contenían fuera seguido, casi no hay duda que Monmouth hubiera conseguido su objeto. El Rey se hubiera visto hondamente mortificado; hubiera habido pánico general entre los hombres públicos de todos los partidos; hasta la serena fortaleza de Marlborough se hubiera visto sometida á dura prueba, y Shrewsbury probablemente se hubiera suicidado. Pero en modo alguno parece que la situación de Fenwick hubiera mejorado. Tal fué su opinión. Vió que el paso que le instaban á dar era arriesgado. Sabía que le instaban á dar aquel paso, no porque fuera probable su salvación, sino porque era seguro que perjudicaría á otros; y él estaba resuelto á no servir de instrumento á Monmouth.

XXV.

Debates en los Lores sobre el bill de alta traición.

El 1.° de diciembre el bill pasó el primer trámite sin votación. Procedióse entonces á la lectura de la confesión de Fenwick, que de orden del Rey había sido puesta sobre la mesa, y en seguida se levantó Marlborough á hablar. «A nadie extrañará—dijo—que un hombre cuya cabeza está en peligro trate de salvarse acusando á otros. Yo aseguro á VV. SS. que desde el advenimiento del actual Soberano no he tenido trato alguno con sir John, bajo ningún pretexto, y esto lo declaro bajo mi palabra de honor» (1). El

(1) Wharthon á Shrewsbury, dic. 1, 1696; L'Hermitage, en la misma fecha.

aserto de Marlborough podía muy bien ser cierto, pero era perfectamente compatible con todo lo declarado por Fenwick. Godolphin fué más allá. «Cierto que yo continué hasta el último instante—dijo—al servicio del rey Jacobo y de la Reina su esposa, y que era estimado de ambos. Pero no me parece que eso sea un crimen. Es posible que ellos y los que les rodean imaginen que todavía soy afecto á sus intereses Eso yo no puedo impedirlo. Pero es completamente falso que yo haya tenido trato con la corte de Saint-Germain, según dice el papel cuya lectura acaban de oir VV. SS. (1).

Se hizo comparecer en seguida á Fenwick, y se le preguntó si tenía que hacer alguna nueva declaración. Fué interrogado por algunos Lores, pero sin resultado. Monmouth, que no podía creer que los papeles que había enviado á Newgate no habían producido ningún efecto, hizo algunas preguntas en tono amistoso y dando ánimo al acusado, encaminadas á producir respuestas que en modo alguno hubieran sido agradables á los acusados Lores. No pudo, sin embargo, obtener de Fenwick ninguna respuesta semejante. Enfurecido y desengañado, cambió completamente de opinión en el acto, y se hizo más celoso defensor del bill que ninguno de los Lores de la Cámara. Todos advirtieron este rápido cambio de frente. Mas al principio fué atribuído tan sólo á su bien conocida ligereza.

El 8 de diciembre el bill fué tomado nuevamente en consideración; y aquel día asistió Fenwick acompañado de su abogado. Pero antes de hacerle entrar se suscitó una cuestión preliminar. Varios toríes dis-

(1) L'Hermitage, dic. 4 (14), 1696; Wharthon á Shrewsbury, diciembre 1

tinguidos, particularmente Nottingham, Rochester, Normanby y Leeds, dijeron que en su opinión era ocioso inquirir si el preso era culpable ó inocente, á menos que la Cámara opinase que era tan formidable en el caso de ser culpable que debía ser condenado por acta del Parlamento. Dijeron que no deseaban oir ningún testimonio. Pues aun en la suposición de que los testimonios no dejaran duda de su criminalidad, todavía les parecería mejor dejarlo impune que hacer una ley para castigarle (1). El preso y su abogado obtuvieron otra semana para prepararse; y al fin, el 15 de diciembre, comenzó la lucha con vigor.

La historia de la Cámara de los Lores no ofrece ejemplo de debates más largos y vehementes; de votaciones más reñidas, ni de protestas suscritas por tan gran número de firmas. Más de una vez los bancos estuvieron llenos desde las diez de la mañana hasta después de media noche (2). La salud de algunos Lores se resintió gravemente, porque el invierno era extremadamente crudo; pero la mayoría no se mostraba dispuesta á la indulgencia. Una noche Devonshire se sintió mal; logró salir sin ser notado, y se fué á acostar; mas pronto fué el ujier de la vara negra para hacerle volver. Leeds, cuya constitución era en extremo enfermiza, se quejaba altamente. «Está muy bien —decía— para gente joven el sentarse á cenar y á beber vino á las dos de la mañana; pero algunos de los que somos viejos podemos ser de tanta utilidad aquí como ellos, y pronto estaremos en la tumba si nos hacen retirarnos á semejantes horas en esta estación» (3). Tan fuertemente estaba excitado el espí-

(1) *Lords' Journals*, dic. 8, 1696; L'Hermitage, en la misma fecha.

(2) L'Hermitage, dic. 15 (25), 18 (28), 1696.

(3) L'Hermitage, dic. 18 (28), 1696.

ritu de partido, que no se hizo caso de esta reclamación, y la Cámara continuó celebrando sesiones diarias de catorce ó quince horas. Los principales enemigos del bill eran Rochester, Nottingham, Normanby y Leeds. Los principales oradores de la otra parte eran: Tankerville, que, á pesar de las profundas manchas que una vida singularmente infortunada había dejado en su carácter público y privado, habló siempre con una elocuencia que encadenó la atención de sus oyentes; Burnet, que desplegó sus vastos conocimientos históricos; Wharton, cuya ingeniosa y familiar oratoria, adquirida en la Cámara de los Comunes, algunas veces contrastaba con la formalidad de los Lores, y Montmouth, que siempre había llevado la libertad del debate hasta los límites de la licencia, y que actualmente nunca despegaba los labios sin herir los sentimientos de algún adversario. Un número muy corto de nobles de gran peso, Devonshire, Dorset, Pembroke y Ormond, formaban un tercer partido. Querían servirse del bill de alta traición como de un instrumento de tortura para arrancar una confesión completa al preso. Pero estaban resueltos á no dar su voto en último término para enviarlo al cadalso.

La primera votación fué al hacerse la pregunta de si se admitiría prueba accesoria de lo que Goodman podía haber probado. En esta ocasión Burnet cerró el debate con un discurso de gran efecto, que ninguno de los oradores toríes pudo contestar en el acto. Estaban presentes ciento veintiséis Lores, número sin precedente en nuestra historia. Votaron setenta y tres en pro y cincuenta y tres en contra. Treinta y seis individuos de la minoría protestaron contra la decisión de la Cámara (1).

---

(1) *Lords' Journals*, dic. 15, 1696; L'Hermitage, dic. 18 (28); Ver-

El gran ensayo de fuerzas que sucedió á éste fué cuando se preguntó si se leía el bill por segunda vez. Dió amenidad al debate un curioso episodio. Monmouth, en una vehemente peroración, dirigió algunos severos y bien merecidos ataques á la memoria del difunto lord Jeffreys. El título y parte de la mal adquirida riqueza de Jeffreys había pasado á su hijo, disoluto mancebo que hacía muy poco había llegado á la mayor edad, y que se hallaba entonces en la Cámara. El joven montó en cólera al oir insultar á su padre. La Cámara hubo de intervenir, obligando á prometer á los descontentos que la cosa no iría más adelante. En este día se hallaron presentes ciento veintiocho Pares. La segunda lectura fué aprobada por setenta y tres contra cincuenta y cinco, y de éstos, cuarenta y nueve protestaron (1).

Creían muchos entonces que el valor abandonaría á Fenwick. Sabíase que tenía amor á la vida. Hasta aquí podía haberse lisonjeado con la esperanza de que el bill no prosperase. Pero ahora que había sido aprobado en una Cámara, y parecía que también lo sería en la otra, era probable que tratara de salvarse revelando todo lo que sabía. Fué otra vez puesto en la barra é interrogado. Se negó á contestar, fundándose en que sus respuestas podían ser utilizadas contra él por la Corona en el Tribunal de Old Bailey. Se le aseguró que la Cámara le protegería; pero pretendió que esta seguridad no era suficiente: la Cámara no estaba siempre reunida; podía ser procesado durante las vacaciones, y ahorcado antes que las sesiones vol-

---

non á Shrewsbury, dic. 15. En las cifras hay una pequeña diferencia entre Vernon y L Hermitage. He seguido á Vernon

(1) *Lords' Journals*, dic. 18. 1696; Vernon á Shrewsbury, diciembre 19; L'Hermitage, dic. 22 (enero 1). Adopto las cifras de Vernon.

vieran á abrirse. Sólo la palabra del Rey, decía, sería garantía completa. Los Pares le hicieron retirar, é inmediatamente resolvieron que Wharton fuese á Kensington á solicitar de S. M. la prenda que el reo exigía. Wharton salió en el acto á desempeñar su comisión, y no tardó en regresar con una magnánima respuesta. Fenwick fué otra vez puesto en la barra. Díjosele que el Rey había dado su palabra de que nada de cuanto pudiera decir allí sería usado contra él en ningún otro sitio. Todavía el reo puso algunas dificultades. Tal vez después de confesar todo lo que sabía, podrían decirle que se había reservado algo. En resumen, no quiso declarar nada sin tener antes el indulto. Entonces, por última vez, fué solemnemente amonestado desde el saco de lana. Se le aseguró que si se portaba lealmente con los Lores, ellos intercederían por él á los pies del Trono, y que su intercesión no sería infructuosa. Si continuaba obstinado, seguirían adelante con el bill. Se le concedió algún tiempo para decidirse, al cabo del cual, se le exigió la respuesta definitiva. «Ya la he dado—dijo;—no tengo seguridad. Si la tuviera, con mucho gusto satisfaría los deseos de la Cámara.» Volviéronle entonces á su calabozo, y los Pares se separaron, habiendo estado reunidos hasta hora avanzada de la noche (1).

(1) *Lords' Journals*, dic. 25, 1696; L'Hermitage, dic. 26, enero 4. En la correspondencia de Vernon hay una carta de Vernon á Shrewsbury, dando cuenta de los sucesos de este día: pero está erróneamente fechada en 2 de diciembre y colocada con arreglo á esta fecha. Y no es el único error de esta clase. Una carta de Vernon á Shrewsbury, escrita evidentemente el 7 de noviembre de 1696, está fechada y colocada como si fuera de 7 de enero de 1697. Otra de 14 de junio de 1700, está fechada y colocada suponiéndola de 14 de junio de 1690 La correspondencia de Vernon es de gran valor; pero ha sido ordenada con tal descuido, que no se puede ha-

Á mediodía volvieron á reunirse. Propúsose la tercera lectura. Tenison habló en favor del bill con una habilidad que nadie esperaba de él, y Monmouth con tanta violencia como en los debates precedentes. Pero Devonshire declaró que no podía ir más adelante. Había esperado que el temor induciría á Fenwick á hacer una franca confesión; aquella esperanza había desaparecido; la cuestión se reducía ahora simplemente á determinar si el acusado debía ser condenado á muerte por un acta del Parlamento, y á esta pregunta Devonshire dijo que debía contestar negativamente. No es fácil comprender en virtud de qué principio puede haberse creído justificado para amenazar con lo que no se creía justificado para poder hacer. Su ejemplo fué seguido, no obstante, por Dorset, Ormond, Pembroke y otros dos ó tres. Devonshire en nombre de su pequeño partido, y Rochester en nombre de los tories, ofrecieron no presentar objeción alguna al procedimiento seguido, si la pena de muerte se conmutaba por la de prisión perpetua. Pero la mayoría, aunque debilitada por la defección de algunos hombres importantes, seguía siendo mayoría, y no quiso admitir ninguna transacción. La tercera lectura fué aprobada sólo por sesenta y ocho votos contra sesenta y uno. Cincuenta y tres Lores archivaron su disidencia, y cuarenta y uno suscribieron una protesta, en la cual fueron hábilmente resumidos los argumentos en contra del bill (1). Los Pares acusados por Fenwick tomaron diferentes partidos. Marlborough votó siempre con la mayoría, é indujo al príncipe Jorge á hacer lo mismo. Godolphin

---

cer uso de ella sino con mucha precaución, y teniendo constantemente á la vista otras autoridades.

(1) *Lords' Journals*, dic. 23, 1696; Vernon á Shrewsbury; diciembre 24; L'Hermitage, dic. 25 (enero 4).

votó siempre con la minoría; pero con característica prudencia se abstuvo de dar razón alguna de su conducta. Ningún hecho de su vida nos permite atribuir su comportamiento en esta ocasión á ningún motivo levantado. Es probable que habiendo sido arrojado del poder por los whigs, y obligado á refugiarse entre los toríes, le pareciera conveniente seguir con su partido (1).

XXVI.

Acuerdos contra Monmouth.

Tan pronto como se dió la tercera lectura del bill, hubo de fijarse la atención de los Pares en una cuestión que interesaba profundamente al honor de todos los de su orden. La conducta de Monmouth había excitado, y no sin motivo, el más profundo resentimiento de lady María Fenwick. Después de manifestar gran deseo de salvar á su marido, había de pronto hecho un cambio de frente, convirtiéndose en el más implacable de sus perseguidores; y todo esto solamente porque el infortunado preso no quiso servir de instrumento para la realización de sus insensatos y pérfidos proyectos. La conducta de lady María, al considerar que la venganza sería agradable, no deja de tener excusa. En su furor enseñó al Conde de Carlisle, que era pariente suyo, los papeles que había recibido de la Duquesa de Norfolk. Carlisle sometió la cuestión á los Lores. Fueron presentados los papeles. Lady María declaró que los había recibido de la Duquesa. La

(1) Vernon á Shrewsbury, dic. 24. 1696.

Duquesa declaró que los había recibido de Monmouth. Isabel Lawson confirmó el testimonio de sus dos amigas. Repitiéronse todas las cosas que el petulante Conde había dicho de Guillermo. La cólera de las dos grandes facciones estalló con indomable violencia. Los whigs estaban exasperados al descubrir que Monmouth había estado trabajando secretamente por sumir en la vergüenza y la ruina á dos hombres eminentes, con cuya reputación estaba unida la reputación de todo el partido. Los toríes le acusaban de haber obrado traidora y cruelmente con el preso y con su esposa. Tanto entre los whigs como entre los toríes se había hecho Monmouth, por sus burlas é invectivas, numerosos enemigos personales, á quienes el temor de su ingenio y de su espada había tenido en silencio hasta entonces (1). Todos estos enemigos se mostraron ahora abiertamente contra él. Había gran curiosidad por saber lo que podría decir en su defensa «Su elocuencia—escribía el corresponsal de los Estados Generales—ha molestado á otros muchas veces. Toda le hará falta ahora para defenderse» (2). Aquella elocuencia, en efecto, se prestaba mucho más al ataque que á la defensa. Monmouth habló cerca de tres horas de una manera confusa y desordenada: alabó hasta la extravagancia los servicios y sacrificios que había hecho; dijo á la Cámara que había tenido gran parte en la revolución, que había hecho cuatro viajes á Holanda en los malos tiempos, que después había rehusado grandes empleos, que siempre había

(1) Dohna, que conocía bien á Monmouth, le describe de este modo: «Il avoit de l'esprit infiniment, et méme du plus agréable; mais il y avoit un peu trop de haut et de bas dans son fait. Il ne savoit ce que c'étoit que de ménager les gens; et il turlupinoit á l'outrance ceux qui ne lui plaisoient pas.»

(2) L'Hermitage, enero 12 (22), 1697.

despreciado el lucro. «Yo no he comprado ninguna gran finca—dijo volviéndose de una manera significativa hacia Nottingham;—no he edificado ningún palacio; tengo veinte mil libras menos que cuando entré en la vida pública. Mi antigua casa solariega se vendrá abajo el mejor día. ¿Quién, recordando cuanto he hecho y he sufrido por S. M podrá creer que yo he hablado con poco respeto de su persona?» Declaró solemnemente—y esta fué la más grave de las muchas faltas graves de su larga y turbulenta vida—que no tenía nada que ver con los papeles que habían producido tan gran escándalo. Los papistas, dijo, le odiaban; habían trazado aquel plan para causar su ruina; su ingrata parienta había consentido en servirles de instrumento, y había recompensado los enérgicos esfuerzos que él había hecho por defender el honor de ella, tratando de mancillar el suyo. Cuando terminó hubo un largo silencio. Preguntó á SS. SS. si deseaban que se retirase. Entonces Leeds, á quien en otro tiempo había profesado gran afecto, pero á quien había abandonado con característica inconstancia y atacado con su petulancia característica, aprovechó la ocasión para vengarse. «Es completamente innecesario—dijo el astuto y viejo estadista—que el noble Conde trate ahora de retirarse. La cuestión que ahora debemos decidir es únicamente si estos papeles merecen ó no nuestra censura. El averiguar quién los haya escrito, es para tratado después.» Propúsose entonces, quedando aprobado por unanimidad, que los papeles eran escandalosos, y que el autor se había hecho reo de gran crimen y desacato *(high crime and misdemeanour)*. Gracias á esta hábil táctica, el mismo Monmouth se vió obligado á condenar también su propia obra (1).

(1) *Lords' Journals*, enero 9, 1696-97; Vernon á Shrewsbury en en igual fecha; L'Hermitage, enero 12 (22).

Entonces la Cámara procedió á examinar el cargo formulado contra él. La reputación de su prima la Duquesa no era muy brillante; pero su testimonio fué confirmado á la vez por pruebas directas y circunstanciadas. El Duque, su marido, dijo con amarga ironía que daba entero crédito á la declaración de su esposa. «Milord Monmouth la creyó bastante buena para esposa mía; y si es bastante buena para esposa mía, yo también la creo bastante buena para declarar contra él.» De unos ochenta Pares que había en la Cámara, solo ocho ó diez parecían dispuestos á mostrar algún favor á Monmouth. Fué declarado culpable del acto de que de la manera más solemne había protestado ser inocente; enviáronle á la Torre; fué destituído de todos sus empleos, y su nombre fué borrado del Libro de los Consejeros Privados (1). Podría parecer que la ruina de su fama y de su fortuna era irreparable. Pero había en su naturaleza una elasticidad que nada podía subyugar. Cierto que en la prisión se mostró tan violento como un halcón recién enjaulado, y que si le hubieran tenido preso mucho tiempo, se hubiera muerto de pura impaciencia. Sólo encontraba solaz imaginando planes insensatos y románticos para salir de las dificultades en que se encontraba y tomar venganza de sus enemigos. Cuando recobró la libertad se encontró solo en el mundo, sin honor, más aborrecido de los whigs que ningún tory, y de los tories que ningún whig, reducido á tal grado de pobreza, que hablaba de retirarse al campo á hacer vida de labrador, dedicando á la Condesa su mujer á hacer manteca y quesos en la casa de vacas. Sin embargo, aun después de esta caída, aquel indomable espíritu vol-

(1) *Lords' Journals*, enero 15, 1696-97; Vernon á Shrewsbury, en igual fecha; L'Hermitage, en igual fecha.

vió á levantarse, y se elevó á más altura que nunca. Cuando volvió á presentarse ante el mundo, había heredado el condado del jefe de su familia; había cesado de llamarse por el mancillado nombre de Monmouth, y pronto añadió nuevo lustre al nombre de Peterborough. Continuó siendo puro aire y fuego. Su fácil ingenio y su indomable valor le hicieron formidable; algunas cualidades amables que contrastaban extrañamente con sus vicios, y algunas grandes hazañas cuyo efecto realzó la negligente ligereza con que las llevó á cabo, le hicieron popular; y sus compatriotas olvidaron de buen grado que el heroe de cuyos hechos estaban orgullosos y en quien el talento y el valor se unían con la generosidad y cortesía, se había rebajado á cometer acciones dignas de la picota.

XXVII.

Posición y sentimientos de Shrewsbury.

Es interesante é instructivo comparar el destino de Shrewsbury con el de Peterborough. El honor de Shrewsbury estaba sin mancha. Había salido triunfante de las acusaciones contenidas en la confesión de Fenwick. Poco después salió más triunfante todavía de una acusación aún más odiosa. Un miserable espía llamado Smith, que no se creyó suficientemente recompensado y quería vengarse, afirmó que Shrewsbury había recibido noticia con anticipación del complot de asesinato, pero que había fingido ignorarlo todo y no había tomado medida alguna para impedir á los conspiradores la realización de su de-

signio. Nadie que haya examinado los testimonios podrá dudar que ésta era una infame calumnia. El Rey declaró que él podía probar la inocencia de su Ministro; y los Pares, después de examinar á Smith, declararon la acusación infundada. Shrewsbury fué vindicado cuanto la Corona y el Parlamento le podían vindicar. Tenía poder y riqueza, el favor del Rey y el favor del pueblo. Nadie contaba mayor número de amigos leales. Era el ídolo de los whigs, y sin embargo, los tories no le tenían enemistad personal. Parecía que su situación era de aquellas que Peterborough hubiera podido envidiar. Pero la felicidad y la desgracia las lleva cada uno dentro de sí mismo. Peterborough estaba dotado de un alma en la cual las heridas más profundas curan y no dejan señal. El alma de Shrewsbury era de aquellas en que el más leve rasguño se encona y produce la muerte. Había sido acusado en público de comunicarse con Saint-Germain; y aunque el Rey, los Lores y Comunes le habían declarado inocente, su conciencia le decía que era culpable. Los elogios que sabía que no había merecido le sonaban como reproches. Nunca recobró la perdida paz del espíritu. Abandonó el poder; pero un cruel recuerdo le acompañó en su retiro. Salió de Inglaterra; pero aquel cruel recuerdo le persiguió allende los Alpes y los Apeninos. Cierto que en un día memorable, ansioso de la suerte de su país, después de muchos años pasados en la inacción y la oscuridad, volvió á ser el Shrewsbury de 1688. Apenas hay nada más triste en la historia que aquel último y solitario resplandor que ilumina el término de una existencia cuya alborada había sido tan espléndida, y que tan pronto se había enturbiado y oscurecido para siempre.

XXVIII.

Es aprobado el bill de alta traición.

El día que los Lores aprobaron el bill de alta traición suspendió la Cámara sus trabajos por ser las vacaciones de Navidad. La suerte de Fenwick estuvo, pues, durante más de quince días, en suspenso. En el intervalo se trazaron planes de evasión, y se juzgó necesario poner una fuerte guardia militar en derredor de Newgate (1). Algunos jacobitas conocían tan mal á Guillermo que le enviaron anónimos amenazando con matarlo á tiros ó á puñaladas si se atrevía á tocar á un cabello de la cabeza del preso (2). El 11 de enero por la mañana aprobó el bill. Al mismo tiempo dió su aprobación á otro en que se autorizaba al Gobierno para tener presos á Bernardi y algunos otros conspiradores durante un año. Aquella misma tarde un suceso tristísimo era objeto de todas las conversaciones en Londres. La Condesa de Aylesbury había seguido con profunda ansiedad el proceso contra sir Juan. Su esposo era tan reo de traición como sir Juan, estaba también preso, y como sir Juan había tenido participación en la fuga de Goodman. Había sabido con espanto que había una manera de castigar al criminal que estaba fuera del alcance de la ley ordinaria. Su terror había ido en aumento á cada uno de los trámites del bill de alta traición. El día que debía darse la regia sanción fué mayor su agita-

(1) *Postman*, dic. 29 y 31, 1696.
(2) L'Hermitage, enero 12 (22), 1697.

ción de lo que sus fuerzas podían resistir. Cuando oyó el estampido de los cañones que anunciaban que el Rey se dirigía á Westminster, cayó víctima de un accidente y murió á las pocas horas (1).

XXIX.

Tentativas para salvar á Fenwick.

Aun después que el bill se convirtió en ley, se hicieron vigorosos esfuerzos por salvar á Fenwick. Su esposa se arrojó á los pies de Guillermo y le presentó una petición. El Rey la tomó y dijo con mucha afabilidad que la examinaría, pero que se trataba de un asunto de interés público, y que tenía que deliberar con sus Ministros antes de decidir (2). Entonces se dirigió á los Lores. Díjoles que su marido no creía que estaba sentenciado á la última pena, que no había tenido tiempo de prepararse á morir, que durante su larga prisión no había visto un sacerdote. Indújoles fácilmente á que le concedieran una semana de plazo; fue concedido el plazo; pero cuarenta y ocho horas antes de que espirase, lady María presentó á los Lores otra petición, suplicándoles que intercedieran con el Rey para que el castigo de su marido fuera conmutado en la pena de destierro. La Cámara fué cogida de sorpresa, y con dificultad se logró hacer triunfar por dos votos una moción para que la sesión fuera suspendida (3). Al día siguiente, que era el último de

(1) Van Cleverskirke, enero 12 (22), 1697; L'Hermitage, enero 15 (25).

(2) L'Hermitage, enero 15 (25), 1697.

(3) *Lords' Journals*, enero 22 y 26, 1696-97; Vernon á Shrewsbury, enero 26.

vida de Fenwick, se presentó una petición semejante á los Comunes. Pero los jefes whigs estaban prevenidos; la asistencia era muy numerosa, y se aprobó por ciento cincuenta y dos votos contra ciento siete una moción para que se leyera la orden del día (1). En realidad, ninguna de las dos ramas de la legislatura podía, sin condenarse á sí misma, pedir á Guillermo la vida de Fenwick. Los jurados que en el cumplimiento de un penoso deber han declarado culpable á un acusado, pueden con perfecta consistencia recomendarle á la favorable indulgencia de la Corona. Pero las Cámaras no debían haber aprobado el bill de alta traición á menos de estar convencidas, no sólo de que sir Juan era reo de alta traición, sino también de que no podía dejársele con vida sin grave peligro para la república. No se le podía hacer objeto de semejante bill y al mismo tiempo declararle digno de la real clemencia.

XXX.

Ejecución de Fenwick.

El 28 de enero se verificó la ejecución. Por respeto á las nobles familias con que Fenwick estaba emparentado, se dieron las órdenes convenientes para que el ceremonial fuera, en todos respectos, el mismo que si se tratara de un Par del reino. Se levantó un cadalso en Tower Hill, y se adornó con colgaduras

(1) *Commons' Journals*, enero 27, 1696-97. La noticia de los *Journals*, que fácilmente puede pasar inadvertida, está explicada por una carta de L'Hermitage escrita en 29 de enero (feb. 8).

negras. El preso fué traído desde Newgate en el coche de su deudo el Conde de Carlisle, rodeado de un escuadrón de guardias de Corps. Aunque el día era frío y tormentoso, la multitud de espectadores era inmensa; pero no hubo ningún desorden, ni señal de que la multitud simpatizase con el criminal. Él mostró una firmeza que nadie había esperado. Subió al cadalso con paso firme, é hizo una cortés inclinación á las personas allí reunidas, pero no habló á ninguna, excepto á White, el obispo destituído de Peterborough. White oró con él durante una media hora. En las oraciones el Rey fué encomendado á la protección divina, pero no se pronunció nombre alguno que pudiera ofender. Fenwick entregó luego un papel sellado á los sheriffs, se despidió del Obispo, se arrodilló, puso la cabeza en el tajo, y exclamó: «Señor mío Jesucristo, recibe mi alma.» Su cabeza fué separada del tronco de un solo golpe. Sus restos fueron colocados en un rico ataúd, y sepultados aquella noche, á la luz de las antorchas, bajo el pavimento de la iglesia de San Martín. Desde aquel día nadie ha sufrido la muerte en Inglaterra por acta de alta traición (1).

XXXI.

Bill reglamentando las elecciones.

En tanto habíase discutido una cuestión importante, acerca de la cual la opinión pública estaba muy excitada. Tan pronto como se reunió el Parlamento,

---

(1) L'Hermitage, enero 29 (feb. 8), 1697; *London Gazette*, feb. 1; *Gaceta de Paris;* Vernon á Shrewsbury, enero 28; Burnet, II, 193.

un bill reglamentando las elecciones, que en lo esencial se diferenciaba muy poco del que no había querido aprobar el Rey en la legislatura precedente, fué presentado en la Cámara de los Comunes, acogido con entusiasmo por los caballeros del campo y apoyado en todos sus trámites. Al leer el informe, se propuso que para poder representar una ciudad ó distrito bartaría tener cinco mil libras en bienes personales. Pero esta enmienda fué rechazada. En la tercera lectura se añadió un artículo adicional permitiendo al comerciante que poseyera cinco mil libras representar la ciudad en que residía, estableciéndose al mismo tiempo que nadie pudiera ser considerado como comerciante por ser accionista del Banco ó de la Compañía de la India Oriental. La lucha fué empeñada. Cowper se distinguió entre los adversarios del bill. Sus punzantes observaciones sobre los rústicos cazadores que deseaban conservar en sus manos todo el trabajo de la legislación excitaron algunas violentas réplicas de la gente del campo. Un *squire* sin instrucción, le dijeron, podía servir tan bien al país como el más elocuente abogado que por una guinea estaba dispuesto á probar que lo negro era blanco. Al hacerse la pregunta de si se aprobaba el bill, dijeron que *sí* doscientos, y ciento sesenta dijeron que *no* (1).

Un año antes los Lores habían aceptado sin dificultad un bill semejante; pero desde entonces habían examinado nuevamente el asunto y cambiado de opinión. Es lo cierto que si pudiera hacerse cumplir estrictamente una ley que obligase á todos los miembros de la Cámara de los Comunes á poseer en tierras una hacienda que produjera algunos centenares de libras

(1) *Commons' Journals*, dic. 19, 1696; Vernon á Shrewsbury, nov. 22, 1696.

al año, semejante ley hubiera sido muy ventajosa para los caballeros del campo de mediana fortuna, pero en modo alguno lo hubiera sido para los grandes del reino. Un señor de un pequeño castillo hubiera representado la ciudad cerca de la cual vivía su familia desde hacía siglos, sin el menor temor de que le hiciera guerra cualquier *alderman* de Londres á quien los electores no habían visto nunca antes del día de la elección y cuyo título principal á su favor consistía en una cartera llena de billetes de Banco. Pero un gran aristócrata, cuyas tierras rentaban quince ó veinte mil libras al año, y que dominaba en dos ó tres distritos, no podría ya hacer entrar á su hijo menor ó á su hermano ó á su agente de negocios en el Parlamento, ni ganar una Jarretiera, ni subir un grado en la nobleza dando un distrito á un Lord del Tesoro ó á un Fiscal General. En esta ocasión, pues, el interés de los jefes de la aristocracia, Norfolk y Somerset, Newcastle y Bedford, Pembroke y Dorset, coincidía con el de los ricos comerciantes de la City y con el de los ambiciosos jóvenes de talento del Temple, y estaba en directa oposición con el interés de un *squire* que tuviera mil ó mil doscientas libras al año. El día fijado para la segunda lectura asistió gran número de Lores. Fueron presentadas y leídas varias peticiones de algunos distritos que veían con disgusto que se impusiera una nueva restricción al ejercicio de la franquicia electoral. Después de un debate de algunas horas, el bill fué rechazado por sesenta y dos votos contra treinta y siete (1). Sólo tres días después, un fuerte partido de la Cámara de los Comunes, movido por el resentimiento, propuso

(1) *Lords' Journals*, enero 23, 1693-97; Vernon á Shrewsbury, enero 23; L'Hermitage, enero 26 (feb. 5).

hacer sufrir la misma suerte al bill que los Pares acababan de rechazar que al del impuesto territorial. Esta moción tal vez hubiera sido aprobada si Foley no hubiera ido algo más allá de los deberes de su cargo, y so pretexto de llamar al orden no hubiera hecho ver que semejante acto hubiera sido sin precedente en la historia parlamentaria. Cuando se hizo la pregunta fué tal el vocerío de los que dijeron que *sí*, que se creyó que estaban en mayoría; pero al votar se vió que no eran más que ciento treinta y cinco. Dijeque *no* ciento sesenta y tres (1).

XXXII.

Bill relativo á la prensa.

Merecen mencionarse otros acuerdos tomados por el Parlamento en esta legislatura. Mientras los Comunes se ocupaban con diligencia en la gran obra de restaurar la hacienda, ocurrió un incidente que por breve tiempo pareció que iba á ser fatal á la incipiente libertad de imprenta, pero que por casualidad proporcionó los medios de confirmar aquella libertad. Entre los muchos periódicos que se habían establecido desde la supresión de la censura, había uno titulado *La Posta Volante*. El director, Juan Salisbury, era instrumento de una banda de agiotistas de la City

(1) *Commons' Journals*, enero 26, 1696 97; Vernon á Shrewsbury, y Van Cleverskirke á los Estados Generales en la misma fecha. Es curioso que el Rey y los Lores hayan sostenido lucha tan empeñada contra los Comunes en defensa de uno de los cinco puntos de la Carta del Pueblo.

que tenían interés en desacreditar las garantías públicas. Un día publicó una noticia falsa y maliciosa encaminada evidentemente á hacer desconfiar de los billetes del Tesoro. Del crédito de los billetes del Tesoro dependía en aquel momento la grandeza política y la prosperidad comercial del reino. La Cámara de los Comunes se mostró altamente irritada. El Speaker dictó auto de prisión contra Salisbury. Se resolvió sin votación presentar un bill prohibiendo la publicación de noticias sin licencia. Cuarenta y ocho horas después el bill fué presentado y leído. Pero los diputados habían tenido tiempo de calmarse. Apenas había uno cuyos solaces no hubieran entretenido agradablemente en el campo, el verano anterior, los periódicos de Londres. Por despreciables que parezcan aquellos periódicos á quien diariamente encuentra sobre la mesa el *Times* al ir á almorzar, eran para aquella generación una nueva y abundante fuente de placeres. Ningún *gentleman* de Devonshire ó de Yorkshire, fuera whig ó tory, deseaba tener que acudir otra vez durante siete meses de cada año, para las noticias de todo lo que ocurría en el mundo, á las cartas noticieras. Si el bill se aprobaba, las hojas que ahora se aguardaban con tanta impaciencia dos veces á la semana en todas las casas de campo del reino, no contendrían más que lo que al Secretario de Estado conviniera publicar; serían, en rigor, otras tantas *Gacetas* de Londres, y el más asiduo lector de la *Gaceta* de Londres podía ignorar por completo los acontecimientos más importantes de su tiempo. Oyéronse, sin embargo, algunas voces en favor de la censura. «Estos periódicos—se decía—contienen á veces cosas perjudiciales.» «Entonces, ¿por qué no se les persigue?—era la respuesta.—¿Ha hecho el Fiscal General alguna información contra cualquiera de ellos?

¿Y no es absurdo pedirnos un nuevo remedio por medio de un estatuto, sin haber ensayado nunca el efecto del antiguo que suministra el derecho común?» Al hacerse la pregunta de si el bill pasaba á la segunda lectura, sólo respondieron afirmativamente diez y seis, y negativamente doscientos (1).

XXXIII.

Bill aboliendo los privilegios de los barrios de Whitefriars y Saboya.

Otro bill que tuvo mejor fortuna debe mencionarse como muestra del lento, pero constante progreso de la civilización. Las antiguas inmunidades que disfrutaban algunos distritos de la capital, entre los cuales era el de Whitefriars el mayor y el más infame, habían producido abusos que no se podían soportar por más tiempo. Los legistas que ocupaban un lado del barrio de Alsacia, y los ciudadanos que ocupaban el otro, desde hacía largo tiempo venían reclamando del Gobierno y de la legislatura que acabaran con tan monstruoso abuso. Sin embargo, limitado al Oeste por la

(1) *Commons Journals*, abril 1 y 3, 1697; *Diario de Narciso Luttrell*; L Hermitage, abril 2 (12), 6 (16). L'Hermitage dice: «La plupart des membres, lorsqu ils sont á la campagne, estant bien aises d'estre informez par plus d'un endroit de ce qui se passe et s'imaginant que la Gazette se fait sous la direction d'un des Sécrétaires d'Etat, ne contiendroit pas autant de choses que fait celle cy, ne sont pas fachez que d'autres les instruisent.» Para las cifras de la votación sigo á L'Hermitage. En los *Diarios* no se encuentran, pero es porque entónces no se llevaban con tanta exactitud como al presente.

gran escuela inglesa de jurisprudencia, y al Este por el gran mercado del comercio inglés, se hallaba este laberinto de casuchas miserables y ruinosas completamente atestadas desde el sótano al desván de miserables cuya vida era una larga guerra contra la sociedad. La parte mejor de la población la formaban los deudores que andaban huídos de los alguaciles. Los demás eran procuradores borrados de la lista, testigos que llevaban paja en los zapatos para informar al público que por media corona estaban dispuestos á jurar en falso, estafadores, encubridores de objetos robados, cercenadores de moneda, falsificadores de billetes de Banco, y mujeres de vistosa apariencia, coloreadas á fuerza de pintura y aguardiente, que cuando se irritaban hacían uso de las uñas y de las tijeras, pero cuya furia no era tan temible como sus caricias. Éstos eran los miserables que poblaban las callejuelas del santuario El ruido de los dados, las voces pidiendo más ponche y más vino, y las blasfemias y cantos licenciosos no cesaban en toda la noche. Los abogados de Inner Temple no pudiendo tolerar por más tiempo el escándalo y las molestias de semejante vecindad, hicieron tapiar la puerta que conducía á Whitefriars. Los del barrio de Alsacia se reunieron en gran número, atacaron á los albañiles, dieron muerte á uno de ellos, echaron abajo la muralla, derribaron al Sheriff que vino á poner paz, y le arrebataron la cadena de oro, que sin duda no tardó en pasar á manos del fundidor. Fué necesaria la intervención de una compañía de guardias de á pie para poner término al motín. Este atropello excitó general indignación. La City, irritada por el ultraje inferido al Sheriff, clamaba pidiendo justicia. Sin embargo, tan difícil era hacer cualquier pesquisa en las madrigueras de Whitefriars, que transcurrieron cerca de dos años

antes que pudieran prender uno solo de los jefes del motín (1).

El barrío de Saboya era un lugar semejante, de menor extensión y nombradía, pero habitado de una población que no le iba en zaga á la del otro barrio. Un desgraciado sastre que se atrevió á penetrar allí para reclamar el pago de una deuda, se vió perseguido por toda la multitud de estafadores, rufianes y cortesanas. Ofreció á su deudor remisión completa de la deuda y convidar á la multitud, pero todo fué inútil. Había violado sus franquicias, y no era éste de los crímenes que ellos perdonaran; lo arrojaron al suelo, le despojaron de sus vestidos, lo untaron de alquitrán y lo emplumaron. En completo estado de desnudez y con una cuerda á la cintura, lo pasearon por las calles del barrio, en medio de los gritos de: «¡El alguacil, el alguacil!» Finalmente, le obligaron á arrodillarse y á maldecir á su padre y á su madre. Después de cumplida esta ceremonia se le permitió—y esto fué censurado por muchos de los del barrio—escapar á su casa completamente desnudo (2). El pantano de Allen, los desfiladeros de los Grampianes, no eran más peligrosos que este pequeño grupo de callejuelas, rodeado por los palacios de los más grandes nobles de un reino ilustrado y floreciente.

Por último, en 1697, fué aprobado en ambas Cámaras, y recibió la regia sanción, un bill aboliendo los privilegios de estos lugares. Los alsacianos y saboyanos estaban furiosos. Los miembros del Parlamento que más se habían distinguido por el celo con que habían apoyado el bill, recibían anónimos conteniendo amenazas de muerte; pero semejantes ame-

---

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, junio 1691, mayo 1693.

(2) *Commons' Journals*, dic. 30, 1695; *Postman*, julio 4, 1696.

nazas sólo contribuyeron á dar más fuerza á la convicción general de que era tiempo de destruir estos nidos de canallas y rufianes. Concedióse una quincena de gracia, y se hizo saber que, transcurrido aquel plazo, el reptil que había sido la mayor plaga de Londres sería arrojado de su madriguera y perseguido sin piedad Hubo una fuga tumultuosa á Irlanda, á Francia, á las colonias, á sótanos y desvanes en partes menos notorias de la capital, y cuando, el día prescrito, los agentes del Sheriff se atrevieron á pasar los límites de estos barrios, encontraron aquellas calles, donde algunas semanas antes el simple grito de ¡Una citación! hubiera reunido millares de enfurecidos matones y mujerzuelas, tranquilas y silenciosas como el claustro de una catedral (1).

XXXIV.

Fin de la legislatura.—Ascensos y nombramientos.

El 16 de Abril cerró el Rey la legislatura con un discurso en que daba calurosas y bien merecidas gracias á las Cámaras por la firmeza y discreción con que habían sacado al país de dificultades comerciales y financieras sin precedente en nuestra historia. Antes de salir para el Continente confirió algunos nuevos honores é hizo algunas reformas en el Ministerio. Todos los miembros de la junta whig fueron distinguidos con alguna notable muestra del favor real. Somers entregó el Sello cuya guarda le estaba con-

(1) *Postman*, abril 22, 1697; *Diario de Narciso Luttrell.*

fiada; fuéle entregado de nuevo con el título más alto de Canciller, é inmediatamente entró en el ejercicio de sus funciones sellando un nombramiento por el cual era creado Barón Somers de Evesham (1). Russell fué hecho Conde de Oxford y Vizconde de Barfleur. Ningún título inglés se había tomado hasta entonces de un lugar de batalla situado en país extranjero. Pero el precedente establecido entonces se ha seguido repetidas veces, y hoy los sucesores de grandes generales llevan los títulos de San Vicente, Trafalgar, Camperdown y Duero. Russell debe haber aceptado el condado á su modo, no sólo sin agradecerlo, sino murmurando y como si le hicieran una gran ofensa. ¿Qué era para él un título nobiliario? No tenía hijos á quien transmitírselo. La única distinción que hubiera aceptado era la Jarretiera, y la Jarretiera había sido concedida á Portland. Naturalmente, tales cosas eran para los holandeses, y era extraña presunción en un inglés aun cuando hubiera ganado una victoria que había salvado al país, esperar que sus pretensiones fueran atendidas mientras todos los *Mynheers* de Palacio no estuvieran servidos (2).

Wharton, conservando el puesto de Interventor de la Real Casa, obtuvo el lucrativo empleo de Chief Justice en Eyre, al mediodía del Trent, y su hermano, Godwin, fué hecho lord del Almirantazgo (3).

Aunque la renuncia de Godolphin había sido aceptada en octubre, no salió ningún nuevo nombramiento del Tesoro hasta después de la suspensión de

---

(1) *London Gazette*, abril 26 y 29, 1697.

(2) *London Gazette*, abril 29, 1697; L'Hermitage, abril 23 (mayo 3).

(3) *London Gazette*, abril 26 y 29, 1697; L'Hermitage, abril 23 (mayo 3).

sesiones. El determinar quién hubiera de ser primer Comisario fué una cuestión larga y fieramente debatida. Porque á Montague le habían creado sus faltas muchos enemigos, y sus méritos muchos más. Estúpidos formalistas se burlaban de él considerándolo como hombre de ingenio y como un poeta que tenía, sin duda, habilidad en el debate, pero que había sido elevado ya mucho más de lo que sus servicios merecían ó de lo que su cerebro podía resistir. Hubiera sido absurdo poner aquel joven elegante, sólo porque hablaba con facilidad y hablaba bien, en un empleo del cual dependía el bienestar del reino. Seguramente sir Esteban Fox era de todos los Lores del Tesoro el más á propósito para ocupar la presidencia. Era hombre de edad, grave, experimentado, exacto, laborioso, y no había hecho un verso en toda su vida. El Rey vaciló durante bastante tiempo entre los dos candidatos; pero el tiempo era precisamente lo que más favorecía á Montague, pues desde el primero hasta el último día de la legislatura, su fama había ido creciendo constantemente. La voz de la Cámara de los Comunes y de la City le designaban como preeminentemente apto para ser el principal Ministro de Hacienda. Por último, sir Esteban Fox se retiró de la competencia aunque no de muy buena gana. Deseaba que se anunciase en la *Gaceta de Londres* que se le había ofrecido el puesto de Primer Lord y que él no había querido aceptar. Semejante anuncio hubiera sido una afrenta para Montague, y Montague, embriagado con la prosperidad y la gloria, no estaba dispuesto á tolerar afrentas. Por fin se llegó á un compromiso. Montague fué hecho primer Lord del Tesoro, y el puesto vacante en la Dirección, fué ocupado por sir Tomás Littleton, uno de los whigs más hábiles y consecuentes de la Cámara de los Comunes. Mas por considera-

ción á Fox, estos nombramientos no salieron en la *Gaceta* (1).

Dorset renunció el cargo de chambelán, mas no porque estuviera disgustado, y se retiró colmado de muestras del favor real. Sucedióle Sunderland, que también fué nombrado uno de los Lores Justicias, nombramiento que dió lugar á muchas murmuraciones en diferentes lugares (2). Para los toríes, Sunderland solo era objeto de aborrecimiento. Algunos de los jefes whigs no habían podido resistir á sus maneras insinuantes, y otros estaban agradecidos á los servicios que últimamente había prestado al partido. Pero los jefes no podían contener á sus parciales. Hombres sencillos, celosos defensores de la libertad civil y de la religión protestante, que estaban libres de la irresistible fascinación que ejercía Sunderland, y que sabían que había formado parte de la Comisión eclesiástica, contribuído á la Declaración de Indulgencia presentando testimonio contra los siete Obispos, y recibido la hostia de manos de un sacerdote papista, no podían, sin indignación y vergüenza, verle de pie, con la vara en la mano, cerca del trono. Más monstruoso aún parecia que á semejante hombre se confiase la administración del gobierno durante la ausencia del Soberano. Guillermo no comprendía estos sentimientos. Sunderland era hábil, era útil; cierto que carecía de moralidad, pero eso pasaba á todos los políticos ingleses de la

(1) Conocemos la opinión del público por una carta escrita por L'Hermitage inmediatamente después de la renuncia de Godolphin, nov. 3 (13), 1696: «Le public tourne plus la veue sur le Sieur Montegu, qui a la secon le charge de la Trésorerie, que sur aucun autre.» El extraño silencio de la *Gaceta de Londres* se explica en una carta de Vernon á Shrewsbury, fechada en 1.º de mayo, 1697.

(2) *London Gazette*, abril 22 y 23, 1697.

generación que había aprendido, bajo la severa tiranía de los Santos, á no creer en la virtud, y que durante el insensato jubileo de la restauración se habían entregado en cuerpo y alma al vicio. Él era un buen ejemplar de su clase, un poco peor, tal vez, que Leeds ó Godolphin, y casi tan malo como Russell ó Marlborough. El Rey no podía comprender por qué se le había de arrojar del rebaño.

Á pesar del descontento producido por la elevación de Sunderland, Inglaterra disfrutó, durante este verano, de completa tranquilidad, manteniéndose en una áctitud excelente. Todos, á excepción de los fanáticos jacobitas, estaban llenos de alegría por el rápido renacimiento del comercio y la próxima perspectiva de la paz. Y no estaban Irlanda y Escocia menos tranquilas.

XXXV.

Estado de Irlanda.

Nada había ocurrido en Irlanda que merezca relatarse con minuciosidad desde que Sidney había cesado de ser Lord Lugarteniente. El Gobierno había dejado á los colonos dominar sin obstaculo la población nativa, y los colonos en cambio se habían mostrado profundamente obsequiosos con el Gobierno. Los acuerdos de la legislatura local que se reunía en Dublín en modo alguno habían sido más importantes ó interesantes que los acuerdos de la asamblea de las Barbadas. Tal vez el acontecimiento principal de la historia parlamentaria de Irlanda en este tiempo fué una disputa entre las dos Cámaras, producida por una

colisión entre el coche del Speaker y el coche del Canciller. Había, sí, facciones, pero facciones que no tenían otro fundamento que la ambición y las enemistades personales. Los nombres de whig y tory habían sido trasportados al otro lado del Canal de San Jorge, pero en el camino habían perdido su verdadera significación. El que en Dublín era llamado tory hubiera pasado en Westminster por whig tan acérrimo como Wharton. Los más firmes partidarios de la alta Iglesia, en Irlanda. aborrecían y temían tanto el papismo que estaban dispuestos á considerar como hermanos á todos los protestantes. Recordaban con profundo resentimiento la tiranía de Jacobo, los robos, los incendios, las confiscaciones, el dinero de bronce, la ley de alta traición. Honraban á Guillermo como á su libertador y defensor, y hasta no podían menos de sentir cierto respeto por la memoria de Cromwell, pues, fuera lo que quisiera, había sido campeón y vengador de su raza. Así, pues, entre las divisiones de Inglaterra y las divisiones de Irlanda apenas había nada de común. En Inglaterra había dos partidos de la misma raza y religión luchando uno contra otro. En Irlanda había dos castas de diferentes razas y religiones oprimiendo la una á la otra.

XXXVI.

Estado de Escocia.—El Parlamento de Edimburgo.

Escocia también estaba tranquila. Cierto que la cosecha del año anterior había sido muy escasa, habiendo, por tanto, mucha miseria. Pero el espíritu de la nación se mantenía inquebrantable, merced á insensatas es-

peranzas que habían de acabar en crueles desengaños. Tan completamente ocupaba la mente de todos una espléndida quimera de riqueza y poderío, que apenas sentían la miseria presente. Cuál fué el origen de aquel sueño, y el terrible despertar que lo interrumpió, se relatará más adelante.

En el otoño de 1696 reuniéronse en Edimburgo los Estados de Escocia. La asistencia de diputados fué escasa, y la legislatura sólo duró cinco semanas. Se votó un subsidio por valor de poco más de cien mil libras esterlinas. Aprobáronse dos actas para la seguridad del Gobierno. Una de ellas obligaba á todos los empleados públicos á firmar una Asociación semejante á la que había tenido tan gran número de firmas en el Mediodía de la isla. La otra acta establecía que el Parlamento de Escocia no se disolviera por la muerte del Rey.

XXXVII.

Ley relativa á las escuelas.

Pero el acontecimiento de verdadera importancia de esta breve legislatura fué la aprobación del acta relativa á las escuelas. Por esta memorable ley se estatuía y ordenaba, según la frase escocesa, que en cada parroquia del reino hubiera una casa destinada á escuela y se pagara un moderado estipendio al maestro. El efecto de esta medida no se pudo sentir inmediatamente. Antes que hubiera pasado una generación comenzó á ser evidente que el pueblo llano de Escocia era superior en inteligencia al pueblo llano de cualquier otro país de Europa. Á cualquier tierra

que el escocés pudiera emigrar, á cualquier profesión que se dedicara, en América ó en la India, en el comercio ó en la guerra, la ventaja que derivaba de la enseñanza que había recibido en la niñez, le hacía superior á sus competidores. Si entraba de mozo en un almacén, pronto era hecho capataz. Si se alistaba en el ejército, no tardaba en llegar á sargento. Escocia, en tanto, á pesar de la esterilidad del suelo y de lo rigoroso del clima, hizo en la agricultura, en la industria, en el comercio, en las letras, en la ciencia, en todo lo que constituye la civilización, progresos que el mundo antiguo no ha igualado jamás, y que el nuevo apenas ha podido aventajar.

Este maravilloso cambio ha de atribuirse no únicamente, es cierto, pero sí principalmente al sistema nacional de educación. Pero á los hombres que establecieron aquel sistema no debe la posteridad gratitud alguna. Ignoraban lo que estaban haciendo. Fueron instrumentos inconscientes para ilustrar las inteligencias y humanizar los corazones de millones de individuos. Pero sus entendimientos eran tan oscuros y sus corazones tan crueles como los de los familiares de la Inquisición de Lisboa. El mismo mes que fué tocada con el cetro el acta relativa á las escuelas, los jefes de la Iglesia y el Estado en Escocia emprendieron con vigor dos persecuciones dignas del siglo x: una persecución de brujas y una persecución de infieles. Una multitud de infelices cuyo solo delito consistía en ser viejas y miserables, fueron acusadas de comercio con el diablo. El Consejo Privado no se avergonzó de dictar una orden para que fueran juzgadas veintidós de estas infelices (1). Registráronse escrupulosamente las librerías de Edimburgo en busca de

(1) *Postman*, enero 26 y marzo 7 y 11, 169 -97, abril 8, 1697.

obras heréticas. Los libros impíos, entre los cuales los sabios del presbiterianismo colocaban la *Teoría sagrada de la tierra*, fueron severamente prohibidos (1). Pero la destrucción sólo de papel y badana no satisfacía á los fanáticos. Su odio requería víctimas que pudieran sentir, y no se apaciguó hasta que hubieron perpetrado un crimen, único, desde entonces, en los anales de la isla.

XXXVIII.

Proceso de Tomás Aikenhead.

Un estudiante de diez y ocho años, llamado Tomás Aikenhead, estudioso y de moral irreprochable, había tropezado en el curso de sus lecturas con algunos de los ordinarios argumentos contra la Biblia. Creyó haber dado en una mina de sabiduría que había estado oculta al resto de la humanidad, y con la presunción de que rara vez están exentos los jóvenes de imaginación viva, comunicó sus descubrimientos á cuatro ó cinco de sus compañeros. Ser uno y trino, decía, era contradicción tan grande como un círculo cuadrado. Ezra era el autor del Pentateuco. El Apocalipsis era un libro alegórico acerca de la piedra filosofal Moisés había aprendido la magia en Egipto. El cristianismo era una alucinación que terminaría antes del año 1800. Por esta insensata relación, de que, según todas las probabilidades, él mismo se hubiera avergonzado mucho antes de llegar á los veinticinco años, fué perseguido por el Lord Procurador. El Lord Procurador era aquel

(1) *Postman*, oct. 29, 1696.

Jacobo Stewart que tantas veces había sido whig y tantas veces jacobita, que es difícil llevar cuenta de sus apostasías. Era ahora whig por tercera, si no por cuarta vez. Aikenhead podía, indudablemente, ser castigado por la ley de Escocia con encarcelamiento, hasta que se retractara públicamente de sus errores é hiciera penitencia ante la congregación de su parroquia, y á toda persona de sentido común y humanidad hubiera parecido éste, castigo suficiente para la ociosa charla de un muchacho precoz. Pero Stewart, tan cruel como vil, quería sangre. Había entre los estatutos de Escocia uno que declaraba crimen capital el insultaó maldecir al Ser Supremo ó cualquiera de las personas de la Trinidad. Nada de lo que Aikenhead había dicho podía, á menos de violentar el sentido de la ley de una manera extraordinaria, caer dentro del estatuto. Pero el Lord Procurador desplegó toda su sutileza. El pobre mancebo que estaba en la barra no tenía abogado, así que no le fué posible defender convenientemente su própia causa. Fué declarado convicto y sentenciado á morir en la horca y ser sepultado al pie del patíbulo. En vano fué que con lágrimas en los ojos abjurase sus errores y pidiera gracia en tono lastimero. Algunos de los que le visitaron en su calabozo creyeron que su retractación era sincera; y ciertamente, no deja de ser probable que en él. como en otros muchos pretendidos filósofos que imaginan haberse emancipado completamente de la religión de la infancia, la próxima perspectiva de la muerte haya producido un entero cambio de creencias. Hizo una petición al Consejo Privado para que, si no le podían perdonar la vida, le concedieran un breve plazo para reconciliarse con el Dios á quien había ofendido. Algunos de los consejeros opinaban por que se le concediera esta pequeña indulgencia. Otros

creían que no se le debía conceder si no intercedían los ministros de Edimburgo. Los dos partidos estaban equilibrados, y la cuestión fué decidida contra el reo por el voto decisivo del Canciller. El Canciller era un hombre á quien con frecuencia se ha mencionado en el curso de esta historia, y á quien nunca se ha mencionado con honor. Era aquel sir Patricio Hume cuyas disputas y carácter revoltoso habían causado la ruina de la expedición de Argyle y habían ocasionado no pocos inconvenientes al Gobierno de Guillermo. En el Club que se había opuesto al Rey y que había dominado en el Parlamento, él había sido el republicano más bullanguero. Pero un título y un empleo hicieron una conversión maravillosa. Sir Patricio se llamaba ahora lord Polwarth; estaba encargado de custodiar el Gran Sello de Escocia; era presidente del Consejo Privado, y gracias á esto pudo realizar la acción peor de su mala vida.

Faltaba ver la conducta del clero de Edimburgo. Parecerá casi increíble que los sacerdotes se mostraran sordos á las súplicas de un penitente que pide, no perdón, sino algún tiempo más para recibir sus instrucciones y pedir al cielo aquella clamencia que no hay para él en la tierra. Sin embargo, así fué. Los ministros pidieron no sólo la muerte del pobre joven, sino su muerte inmediata, aun cuando hubiera de ser su condenación eterna. Hasta desde los púlpitos clamaban por que se le hiciese morir. Es probable que el verdadero motivo de que le negasen un plazo de algunos días era su temor de que las circunstancias del suceso pudieran llegar á Kensington, y que el Rey, que al prestar el juramento de la coronación había declarado desde el trono que no sería perseguidor, enviara órdenes terminantes de que no se ejecutara la sentencia. Aikenhead fué ahorcado entre Edimburgo

y Leith. Mostró profundo arrepentimiento, y sufrió la muerte con la Biblia en la mano. El pueblo de Edimburgo, para el cual seguramente no se trataba de un delito leve, fué movido á compasión por su juventud, su arrepentimiento y por el cruel apresuramiento con que fué arrebatado del mundo. Parece que se temía alguna tentativa en favor del reo, porque había sobre las armas un fuerte cuerpo de fusileros para ayudar al poder civil. Los predicadores, que eran los asesinos del mancebo, le rodearon en la horca, y mientras luchaba en la última agonía insultaban al cielo con plegarias más blasfemas que cuanto el infeliz había dicho jamás. Wodrow no ha referido historia más tenebrosa de Dundee (1).

XXXIX.

Operaciones militares en los Países Bajos.

Puede decirse que, desde hacía diez años, no habían estado las Islas Británicas tan libres de disturbios interiores como cuando Guillermo, á fines de abril de 1697, salió para el Continente. La guerra en los Países Bajos era con poca diferencia casi tan lánguida como el año precedente. Los generales franceses abrieron la campaña tomando la pequeña ciudad de Aeth. Entonces meditaron una conquista mucho más importante. Hicieron un rápido movimiento sobre Bruselas, y probablemente habrían conseguido su designio á no haber sido por la actividad de Guillermo. Hallábase acampado en un terreno que se descubre desde

(1) Howell, *Causas de Estado; Postman*, enero 9 (19), 1696 97.

el León de Waterloo, cuando recibió á última hora de la tarde noticia del peligro en que se hallaba la capital de los Países Bajos. Inmediatamente puso sus fuerzas en movimiento; marchó durante toda la noche, y después de atravesar el campo destinado á adquirir, ciento veintiocho años más tarde, terrible nombradía, y habiendo pasado los largos desfiladeros de la selva de Soignies, á las diez de la mañana se encontró en el sitio desde donde había sido bombardeada Bruselas dos años antes, y de donde, si se hubiera retrasado tres horas nada más, hubiera sido bombardeada de nuevo. Aquí se rodeó de trincheras que el enemigo no se atrevió á atacar. Este fué el acontecimiento militar más importante que durante aquel verano ocurrió en los Países Bajos. En ambos campos había repugnancia á correr ningún gran riesgo en vísperas de una pacificación general.

XL.

Condiciones de paz ofrecidas por Francia.

A principios de la primavera, Luis XIV, por la primera vez durante su largo reinado, ofreció espontáneamente á sus enemigos condiciones equitativas y honrosas. Había declarado estar dispuesto á abandonar las conquistas que había hecho en el curso de la guerra, á ceder la Lorena á su Duque, á devolver Luxemburgo á España y Strasburg al Imperio y á reconocer el Gobierno existente en Inglaterra (1). Los

(1) Véase el Protocolo de 10 de febrero de 1697 en las *Actes et Mémoires des Négociations de la paix de Ryswick,* 1707.

que recordaban los grandes males que su desleal é implacable ambición habían traido sobre Europa, podían muy bien sospechar que esta inusitada moderación no debía atribuirse á sentimientos de justicia ó humanidad. Pero fuera cualquiera el motivo que le indujera á proponer tales condiciones, era indudablemente interés y deber de la confederación el aceptarlas. Porque había pocas esperanzas realmente de arrancarle por la guerra mayores concesiones que las que él ofrecía ahora como el precio de la paz. El más confiado de sus enemigos apenas podía esperar una larga serie de campañas tan afortunadas como la campaña de 1695. Y sin embargo, en una larga serie de campañas tan afortunadas como la de 1695, apenas podrían recobrar los aliados todo lo que él ahora se mostraba dispuesto á devolver. Guillermo, que, como de ordinario veía claramente la situación con ojos de hombre de Estado, dió ahora su voto tan decididamente por que se concluyera la paz, como en años anteriores lo había dado por que se prosiguiera vigorosamente la guerra; y fué apoyado por la opinión pública, tanto en Inglaterra como en Holanda. Más por desgracia, justamente en la época en que las dos únicas potencias que, de todas las que componían la coalición, habían cumplido virilmente su deber en la larga lucha, comenzaban á regocijarse con la próxima perspectiva del reposo, algunos de aquellos Gobiernos que nunca habían dado todos sus contingentes, que nunca habían estado dispuestos á tiempo, que constantemente habían estado enviando excusas en vez de subsidios, comenzaron á suscitar dificultades que parecían tender á eternizar las calamidades de Europa.

XLI.

Conducta de España.

España, como Guillermo en su enojo había escrito á Heinsius, no había contribuído á la causa común sino con fanfarronadas. No había hecho ningún esfuerzo vigoroso ni aun para defender su territorio contra la invasión. Hubiera perdido Flandes y Brabante á no haber sido por los ejércitos de Inglaterra y Holanda. Hubiera perdido Cataluña á no haber sido por las escuadras inglesa y holandesa. Salvó el Milanesado, no con las armas, sino haciendo, á despecho de las representaciones del Gobierno inglés y del Gobierno holandés, un tratado ignominioso de neutralidad. No tenía un barco de guerra capaz de resistir un viento algo fuerte. No tenía un regimiento que no estuviera mal pagado y mal disciplinado, vestido de harapos y muerto de hambre. Sin embargo, repetidas veces, en los dos últimos años, había tratado á Guillermo y á los Estados Generales con una impertinencia que demostraba cuán completa era su ignorancia del puesto que ocupaba entre las naciones. Mostróse ahora muy escrupulosa; exigió de Luis XIV concesiones que los acontecimientos de la guerra no le daban derecho á esperar, y pareció encontrar mal que los aliados á quienes constantemente había tratado con desprecio, no estuvieran dispuestos á prodigar su sangre y sus tesoros por ella durante ocho años más.

XLII.

Conducta del Emperador.

La conducta de España ha de atribuirse únicamente á arrogancia y ligereza. Pero la repugnancia del Emperador á admitir aun los mejores términos de acomodamiento, era efecto de egoísta ambición. El Rey Católico no tenía hijos; estaba enfermo; apenas podría contarse con que viviera tres años, y cuando llegara á morir, sus dominios serían disputados por una multitud de competidores. Tanto la casa de Austria como la casa de Borbón, tenían derecho á aquella inmensa herencia. Convenía evidentemente á los intereses de la Casa de Austria que el día importante, cuando quiera que ocurriese, encontrara una gran coalición europea en armas contra la Casa de Borbón. El objeto del Emperador era, pues, que la guerra se continuase como hasta aquí, á poca costa para él y á gran costa para Inglaterra y Holanda, no hasta que se obtuvieran justas condiciones de paz, sino simplemente hasta que el Rey de España muriese. «Los Ministros del Emperador—escribía Guillermo á Heinsius—debían estar avergonzados de su conducta. Es intolerable que un Gobierno que por todos los medios está procurando hacer fracasar las negociaciones no contribuya en absoluto á la común defensa» (1).

No es extraño que en semejantes circunstancias hiciera pocos progresos la obra de pacificación. El derecho internacional tiene, como cualquier otro dere-

(1) Guillermo á Heinsius, dic. 11 (21), 1696. Expresiones semejantes se encuentran en otras cartas escritas por el Rey hacia el mismo tiempo.

cho, sus artificios curialescos, sus alegatos sutiles, sus formas técnicas, que pueden muy fácilmente emplearse para hacer ineficaz su esencia. Así, pues, aquellos litigantes que no quieren que el litigio termine pronto, pueden sin dificultad interponer recursos dilatorios. Hubo una larga disputa acerca del lugar donde habían de celebrarse las conferencias. El Emperador propuso que fuera Aix-la-Chapelle. Los franceses objetaron y propusieron que fuera el Haya. Entonces el Emperador objetó á su vez. Por último, se estableció que los Ministros de las potencias aliadas se reunieran en el Haya, y que los Plenipotenciarios franceses fijaran su residencia á cinco millas de distancia, en Delft (1). Hacia allí, pues, se dirigió Harlay, hombre distinguido por su ingenio y educación esmerada, perteneciente á una de las grandes familias de la toga; Crecy, sagaz, paciente y laborioso diplomático; y Callieres, que, aunque era nombrado el tercero en las credenciales, estaba mucho mejor informado que cualquiera de sus colegas acerca de todos los puntos que se podrían debatir (2). En el Haya estaban el Conde de Pembroke, y Eduardo, Vizconde de Villiers, en representación de Inglaterra. Prior los acompañaba en calidad de secretario. Al frente de la Legación imperial estaba el Conde Kaunitz; al frente de la Legación española estaba D. Francisco Bernardo de Quirós. Sería prolijo enumerar los ministros de rango inferior (3).

---

(1) Véanse los documentos redactados en Viena, fechados á 16 de setiembre de 1696 y 14 de marzo de 1697. Véase también el protocolo del Haya de marzo 18 - 28, 1697. Se hallarán estos documentos en las *Actes et Mémoires des Négociations de la Paix de Ryswick*, 1707.

(2) En Saint-Simon se hallarán descritos los caracteres de los tres ministros franceses.

(3) *Actes et Mémoires des Négociations de la Paix de Ryswick.*

XLIII.

Congreso de Ryswick.

En la mitad del camino entre Delft y el Haya, se encuentra una aldea llamada Ryswick, y cerca de ella había, en un jardín rectangular limitado por rectos canales, y dividido en pequeños bosques, cuadros de flores y de melones, un palacio del Príncipe de Orange. La casa parecía haber sido construída expresamente para alojar un grupo de diplomáticos como los que iban á reunirse allí. En el centro había una gran sala pintada por Honthorst. Á derecha é izquierda se extendían dos alas del edificio que correspondían exactamente la una con la otra. Cada una de estas alas tenía entrada por su puente especial, su puerta y su avenida. Un ala fué asignada á los aliados, la otra á los franceses; el salón del centro al mediador (1). Arregláronse, no sin dificultad, algunas cuestiones preliminares de etiqueta; y, por último, el 9 de mayo, se dirigieron al palacio por diferentes caminos gran número de carrozas de seis caballos, acompañadas de batidores, pajes y lacayos. El Ministro de Suecia se apeó en la gran entrada. La procesión que venía del Haya entró por la alameda lateral de la derecha. La que venía de Delft entró por la de la izquierda. En la primera reunión los representantes de los Gobiernos beligerantes entregaron sus plenos

(1) Se hallarán en las *Actes et Mémoires* un grabado y un plano del palacio.

poderes al mediador. En la segunda reunión, cuarenta y ocho horas después, el mediador cumplió la ceremonia de cambiar estos plenos poderes. Después se emplearon varias sesiones en fijar el número de coches, de caballos, de lacayos, de pajes, que cada Ministro tendría derecho á traer á Ryswick; si los servidores usarían bastones, si usarían espadas, si llevarían pistolas en las pistoleras; quién tendría la precedencia en los paseos públicos, y qué carruaje llevaría ventaja en las calles. Pronto se vió que el mediador tendría que mediar no sólo entre la coalición y los franceses, sino también entre los diferentes miembros de la coalición. Los Embajadores imperiales decían tener derecho á sentarse á la cabecera de la mesa. El Embajador de España no quiso admitir esta pretensión y trató de colocarse entre dos de ellos. Los Embajadores imperiales se negaron á dar el tratamiento de excelencia á los Representantes de los electores y repúblicas. «Si no me dan el tratamiento de excelencia—dijo el Ministro del Elector de Brandemburgo—mi amo retirará sus tropas de Hungría.» Los Embajadores imperiales insistieron en tener una habitación para ellos en el edificio, y un puesto especial para sus carruajes en el patío. Todos los demás Ministros de la confederación declararon que esta demanda era de lo más injustificable, y toda una sesión se malgastó en esta disputa pueril. Fácilmente puede suponerse que aliados que eran tan quisquillosos en su trato unos con otros, no habían de resultar muy amables en sus relaciones con el enemigo común. La principal ocupación de Harlay y Kaunitz era vigilarse mutuamente las piernas. Ninguno de ellos creía compatible con la dignidad de la Corona que servía avanzar hacía el otro más de lo que el otro hubiera avanzado hacia él. Si, pues, uno de

ellos notaba que inadvertidamente había adelantado demasiado de prisa, retrocedía hacía la puerta y el solemne minué comenzaba de nuevo. Los Ministros de Luis XIV redactaron un documento en su lengua nacional. Los hombres de Estado alemanes protestaron contra esta innovación, contra este insulto á la dignidad del Sacro Romano Imperio, contra este atentado á los derechos de las naciones independientes, y no quisieron saber nada de aquel documento hasta que fué traducido de buen francés en mal latín. Á mediados de abril todo el mundo sabía en el Haya que Carlos XI, rey de Suecia, había muerto, y que le había sucedido su hijo; pero era contrario á la etiqueta que ninguno de los enviados reunidos se diera por sabedor del suceso mientras Lilienroth no lo hubiera anunciado oficialmente: no era menos contrario á la etiqueta que Lilienroth hiciera semejante anuncio hasta que sus trenes y sus servidores estuvieran de luto y trascurrieron algunas semanas antes que sus constructores de coches y sus sastres hubieran terminado la tarea. Por último, el 12 de junio, se presentó en Ryswick en una carroza enlutada, acompañado de criados que vestían negras libreas, y allí, en pleno congreso, declaró que Dios se había dignado llamar a su seno al muy poderoso rey Carlos XI. Todos los Embajadores entonces le dieron el pésame por la triste é inesperada nueva, retirándose á sus habitaciones para quitarse los bordados y vestirse de luto. En tan solemnes frivolidades pasaban una y otra semana. No se hacía ningún progreso verdadero. Lilienroth no tenía deseo de apresurar las cosas. Mientras durase el congreso, su posición era de gran importancia. De buena gana hubiera estado haciendo de mediador perpetuamente, y para que él pudiera tener que mediar era preciso que los partidos colocados á

su derecha y á su izquierda continuaran en sus vanas querellas (1).

En junio comenzó á debilitarse la esperanza de paz. Se recordaba que la última guerra había continuado uno y otro año mientras el congreso estaba reunido en Nimega. Los mediadores habían hecho su entrada en aquella ciudad en febrero de 1676; el tratado no se había firmado hasta febrero de 1679. Y, sin embargo, la negociación de Nimega no había marchado con más lentitud que la negociación de Ryswick. Parecía muy probable que el siglo XVIII encontrase grandes ejércitos frente á frente en el Mosa y en el Rhin, poblaciones industriosas abrumadas todavía por los impuestos, fértiles provincias devastadas todavía, el Océano todavía intransitable por los corsarios, y los plenipotenciarios todavía cambiando notas, redactando protocolos y disputando por el lugar donde este Ministro debía sentarse, y por el tratamiento que se debía dar á aquel.

XLIV.

Entabla Guillermo una negociación por separado.

Pero Guillermo estaba firmemente decidido á hacer terminar pronto esta farsa. Quería tener la paz ó la guerra. Cualquiera de las dos era, en su opinión, mejor que este estado intermedio que reunía las desventajas de ambas. Mientras las negociaciones estu-

---

(1) Todo el que desee conocer con minuciosidad las ociosas controversias y pantomimas en que el Congreso malgastaba el tiempo, puede consultar las *Actes et Mémoires*.

vieran pendientes, no podían disminuir las cargas que oprimían á su pueblo, y sin embargo no podía esperar ninguna acción enérgica de sus aliados. Si Francia estaba realmente dispuesta á concluir un tratado en buenas condiciones, era preciso hacerlo á despecho de la imbecilidad del Rey católico, y á despecho de la egoísta astucia del Emperador. Si Francia no obraba con sinceridad, cuanto más pronto se supiera la verdad, cuanto más pronto terminase la farsa que se estaba representando en Ryswick, cuanto más pronto se dijese al pueblo de Inglaterra y Holanda—pues de ellos todo dependía—que debían resolverse á hacer grandes esfuerzos y sacrificios, cuanto más pronto se hiciera todo esto, sería mejor.

Aunque Pembroke y Villiers tenían ahora la ayuda de un diplomático veterano, sir José Williamson, poco ó nada podían hacer por apresurar los acuerdos del congreso. Pues aunque Francia había prometido que siempre que se hiciera la paz reconocería al Príncipe de Orange como rey de la Gran Bretaña é Irlanda, aun no lo había reconocido. Sus Ministros no habían tenido, pues, comunicación directa con Harlay, Crecy y Callieres. Guillermo, con el criterio y decisión de un verdadero hombre de Estado, determinó ponerse en comunicación con Luis XIV, por uno de los mariscales franceses que mandaban en los Países Bajos. De aquellos mariscales, era Villeroy el de superior categoría. Pero Villeroy era débil, arrebatado, altanero, irritable. Semejante negociador era mucho más á propósito para embrollar la cuestión que para traerla á un arreglo amistoso. Boufflers era hombre de buen sentido y carácter, y, afortunadamente, durante los pocos días que había pasado en Huy, después de la rendición de Namur, había estado confiado al cuidado de Portland, el cual le había tra-

tado con la mayor cortesía y afecto. El preso y su guarda se habían hecho amigos. Ambos eran bravos soldados, nobles caballeros, servidores fieles. Guillermo pensó acertadamente que era mucho más fácil que ellos llegaran á una inteligencia que Harlay y Kaunitz, aun con la ayuda de Lilienroth. Portland reunía, en efecto, todas las cualidades esenciales de un excelente diplomático. En Inglaterra el pueblo le miraba con preocupación por ser extranjero: su condado, su Jarretiera, sus lucrativos empleos, su riqueza, que crecía rápidamente, excitaban la envidia; su dialecto no era comprendido; sus maneras no se parecían á las de los elegantes que se habían formado en Whitehall; su talento era, pues, juzgado con gran injusticia, y era lo general calificarle de estúpido y decir que no servía más que para trasmitir mensajes. Pero en el Continente, donde no era juzgado con malevolencia, producía impresión muy diferente. Es un hecho digno de notarse que este hombre, que en los salones y cafes de Londres era descrito como torpe y estúpido, un *Hogan Mogan*—tal era la frase de aquel tiempo, fuese considerado en Versalles como cortesano eminentemente fino y expertísimo negociador (1). Su

(1) Saint-Simon era, en verdad, tan competente para juzgar á los hombres como cualquiera de aquellos murmuradores ingleses que calificaban á Portland de tonto y estúpido. Saint-Simon, además, tuvo las mejores oportunidades para formar juicio exacto, por haber visto a Portland en una situación erizada de dificultades; y Saint-Simon dice en un pasaje: «Benting, discret, secret, poli aux autres, fidele á son maitre, adroit en affaires, le servit trés utilement;» en otro: «Portland parut avec un éclat personnel, une politesse, un air de monde et de cour, une galanterie et des grâces qui surprirent: avec cela, beaucoup de dignité, même de hauteur, mais avec discernement et un jugement prompt, sans rien de hasarde.» Boufflers elogia también la urbanidad y tacto de Portland.—Boufflers á Luis XIV, julio 9 1697. Hállase esta carta en el

principal recomendación, sin embargo, consistía en su incorruptible integridad. Era cierto que los intereses confiados á su cuidado le serían tan caros como la propia vida, y que todo lo que comunicase á su amo sería exacto al pie de la letra.

XLV.

Entrevistas de Portland y Boufflers.

Á fines de junio Portland envió á Boufflers un mensaje amistoso, pidiéndole una entrevista de media hora. Boufflers inmediatamente envió un expreso á Luis XIV, y recibió contestación en el más breve plazo en que un correo podía ir en posta á Versalles y volver. Luis XIV mandaba al mariscal, con satisfacción de Portland, decir lo menos posible y enterarse de todo lo que pudiera (1). El 28 de junio, según el antiguo estilo, se efectuó la entrevista en las cercanías de Hal, ciudad que está á unas diez millas de Bruselas, en el camino de Mons. Después de cambiadas las primeras fórmulas de cortesía, Boufflers y Portland se apearon; se retiraron los servidores, y los dos negociadores quedaron solos en una huerta Allí estuvieron paseando durante dos horas, en cuyo tiempo hicieron adelantar mucho más la negociación que los plenipotenciarios de Ryswick en tantos meses como llevaban reunidos (2).

Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia. Está traducida en la valiosa colección publicada por M. Grimblot.

(1) Boufflers á Luis XIV, junio 21 (julio 1), 1697; Luis XIV á Boufflers, junio 22 (julio 2); Boufflers á Luis XIV, junio 25 (julio 5).

(2) Boufflers á Luis XIV, junio 28 (julio 8), junio 29 (julio 9), 1697.

Hasta este tiempo el Gobierno francés había abrigado la sospecha natural, es verdad, pero completamente errónea, de que Guillermo quería prolongar la guerra, que había consentido en tratar por no poder aventurarse á ir contra la opinión pública de Inglaterra y Holanda, pero que deseaba que la negociación abortase y que la perversa conducta de la Casa de Austria y las dificultades que habían surgido en Ryswick debían atribuirse principalmente á sus maquinaciones. Esta sospecha quedó actualmente desvanecida. Se cambiaron cumplimientos, fríos, austeros y llenos de dignidad, pero muy respetuosos, entre los dos grandes Príncipes cuya enemistad había tenido á Europa durante veinticinco años en constante agitación. La negociación entre Boufflers y Portland prosiguió con toda la rapidez que la necesidad de recibir frecuentes instrucciones de Versalles permitía. Las cinco primeras conferencias fueron al aire libre; pero á la sexta se retiraron á una pequeña casa donde Portland había hecho poner mesas, plumas, tinta y papel, y aquí pusieron por escrito el resultado de sus trabajos.

Los puntos de verdadera importancia que habían sido objeto de disputa eran cuatro. Guillermo había pedido al principio dos concesiones á Luis XIV, y Luis XIV había pedido dos concesiones á Guillermo.

La primera demanda de Guillermo era que Francia se obligase á no dar ayuda ni protección, directa ni indirectamente, á ninguna tentativa que pudieran hacer Jacobo ó sus partidarios por alterar el existente orden de cosas en Inglaterra.

La segunda demanda de Guillermo era que no se permitiera por más tiempo á Jacobo residir en un lugar cuya vecindad era tan peligrosa para Inglaterra como Saint-Germain

A la primera de estas demandas replicó Luis XIV que estaba perfectamente dispuesto á obligarse por los más solemnes compromisos á no asistir ni proteger en manera alguna ninguna tentativa para alterar el existente orden de cosas en Inglaterra; pero que era incompatible con su honor que el nombre de su pariente y huésped apareciese en el tratado.

A la segunda demanda respondió Luis XIV que él no podía negar la hospitalidad á un infortunado rey que se había refugiado en sus dominios, y que ni siquiera podía prometer que indicaría á Jacobo el deseo de que abandonase á Saint Germain. Pero Boufflers, hablando como por cuenta propia, aunque indudablemente no diciendo nada que no supiera estar conforme con los deseos de su amo, indicó que eso probablemente podría arreglarse, y citó Avignon como el sitio donde la familia desterrada podría residir sin inspirar ningún recelo al Gobierno inglés.

De otro lado Luis XIV pedía: primero, que se concediera una amnistía general á los jacobitas; y segundo, que María de Módena recibiera su viudedad de cincuenta mil libras anuales.

Guillermo se negó rotundamente á satisfacer la primera de estas peticiones. Siempre estaría pronto, de su propia y libre voluntad, á perdonar á aquellos que se mostraran dispuestos á vivir pacíficamente en lo futuro bajo su gobierno; pero no podía consentir en hacer que el ejercicio de su prerrogativa de gracia fuera objeto de estipulación con ninguna potencia extranjera. La anualidad reclamada por María de Módena, de buena gana la pagaría, con sólo estar satisfecho de que no se había de gastar en maquinaciones contra su trono y su persona, en sostener en la costa de Kent otro establecimiento semejante al de Hunt, ni en comprar armas y caballos para una empresa

como la de Turnham Green. Boufflers había hablado de Avignon. Si Jacobo y la Reina quisieran establecer allí su residencia, no habría dificultades acerca de la viudedad.

XLVI.

Arréglanse las condiciones de paz entre Francia é Inglaterra.

Por último se arreglaron todas las cuestiones que eran objeto de disputa. Después de mucho discutir, se redactó un artículo por el cual Luis XIV empeñaba su palabra de honor de que no favorecería en modo alguno ninguna tentativa para alterar ó derribar el gobierno existente en Inglaterra. Guillermo, en cambio, le prometió no permitir ninguna tentativa contra el gobierno de Francia. Esta promesa no la había solicitado Luis XIV, y al principio pareció inclinado á considerarla como una afrenta. Su trono, decía, estaba perfectamente seguro; su título no era de nadie disputado. No había en sus dominios vasallos que se hubieran negado á jurarle fidelidad, ni conspiradores; y no creía compatible con su dignidad entrar en un pacto que parecía indicar que temía complóts é insurrecciones de los que una dinastía salida de la revolucion era natural que temiese. Cedió, sin embargo, en este punto; y se convino en que los pactos fueran estrictamente recíprocos. Guillermo accedió á que Jacobo no fuera mencionado expresamente y Luis XIV no exigió que se concediera amnistía á los partidarios de Jacobo. Se resolvió no decir nada en el tratado ni acerca del lugar donde hubiera de

residir el desterrado Rey de Inglaterra, ni acerca de la pensión de su esposa; pero Guillermo autorizó á sus plenipotenciarios en el congreso á declarar que María de Módena tendría cuanto legalmente debía tener. Lo que legalmente debía tener era una cuestión que á todo Westminster Hall hubiera costado trabajo determinar. Pero sobreentendíase que recibiría sin ninguna dificultad el máximum de lo que tuviera algún derecho á reclamar, tan pronto como en unión de su marido se retirase á Provenza ó á Italia (1).

---

(1) Me he servido principalmente para la historia de esta negociación de los despachos del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia. Pueden verse traducidos en la obra de M. Grimblot. Vease también Burnet, II, 200, 201.

Se ha asegurado con frecuencia que Guillermo prometió dar cincuenta mil libras al año á María de Módena. Todo el que se tome la molestia de leer el Protocolo de 16 (20) de setiembre de 1697, que se encuentra entre las actas de la paz de Ryswick, verá que mi relato es exacto. Prior entendió evidentemente el protocolo tal como yo lo entiendo, pues en una carta á Lexington de 17 de setiembre de 1697, dice: «El número 2 es lo que el Rey concede en la cuestión de la reina María. Se le da lealmente cuanto la ley permite. El mediador dictará este documento á los franceses, y le hará formar parte de su protocolo; y así creo que saldremos *á bon marché* en cuanto á este artículo.»

Corrió el rumor en aquel tiempo (véase Boyer, *Historia del Rey Guillermo*, III, 1703) que Portland y Boufflers habían convenido en un artículo secreto por el cual se estipulaba que, después de la muerte de Guillermo, el Príncipe de Gales ocuparía el trono de Inglaterra. Esta fábula se ha repetido con frecuencia, pero nunca ha encontrado crédito entre las personas de buen sentido, y desde la publicación de las cartas que se cruzaron entre Luis XIV y Boufflers, apenas puede encontrarlo ni aun entre las de más escaso criterio. Dalrymple y otros escritores imaginaron haber encontrado en la *Vida de Jacobo* (II, 574 y 575) la prueba de que la historia del artículo secreto era cierta. El pasaje en que se fundan no ha sido escrito por Jacobo, ni bajo su dirección; y la autoridad de aquellos pasajes de la *Vida* que no fueron escritos por él, ni bajo

XLVII.

Dificultades ocasionadas por España y el Emperador.

Antes de fin de julio todas las cuestiones pendientes entre Francia é Inglaterra estaban arregladas.

---

su dirección, es muy escasa. Además, examinando este pasaje, encontramos que no sólo no indica la historia del artículo secreto, sino que evidentemente la contradice. El compilador de la *Vida* nos refiere que después que declaró Jacobo que jamás consentiría en comprar el trono de Inglaterra para su posteridad, haciendo renuncia de sus derechos, no se volvió á hablar más del asunto. Ahora bien; está fuera de duda que Jacobo, en su Memorial publicado en marzo de 1697, Memorial que se hallará en la *Vida* (II, 566) y en las *Actas de la Paz de Ryswick*, declaró á toda Europa que nunca descendería á acción tan baja y degradante como permitir que reinara el Príncipe de Orange á condición de que el Príncipe de Gales fuera su sucesor. Dedúcese, pues, de aquí que no puede haberse dicho nada de este asunto después de marzo de 1697. Nada, pues, debe haberse hablado acerca de esto en las conferencias de Boufflers y Portland, que no comenzaron hasta fines de junio

¿Carecía, pues, la historia, en absoluto, de fundamento? Yo creo que tenía uno; y he referido ya los hechos que han servido de base á esta ficción. Es indudable que en 1693 Luis XIV insinuó á los aliados, por medio del Gobierno de Suecia, su esperanza de que se pudiera encontrar algún expediente de reconciliación entre los Príncipes que pretendían la corona de Inglaterra. El expediente que indicaba era, á no dudar, que el Príncipe de Gales sucediera á Guillermo y María. Es posible que, como dice el compilador de la *Vida de Jacobo*, Guillermo «no haya mostrado gran oposición» á este arreglo. No tenía ningún motivo público ni privado que le hiciera preferir su cuñada á su cuñado, con tal que éste se educara en la religión protestante. Pero Guillermo no podía hacer nada sin el concurso del Parlamento; y es altamente probable que ni él ni el Parlamento hubieran consentido nunca que la sucesión á la corona de Inglaterra fuera objeto de

Entretanto, los Ministros reunidos en Ryswick tuvieron conocimiento de que Boufflers y Portland se habían visto repetidas veces en Brabante, y que estaban negociando de la manera más irregular é indecorosa, sin credenciales, ni mediación, ni notas, ni protocolos, sin que cada uno contase los pasos del otro, y sin darse el tratamiento de excelencia. A tal extremo llegaba su bárbara ignorancia de los rudimentos de la noble ciencia de la diplomacia, que habían casi terminado la obra de devolver la paz á la Cristiandad paseando en una alameda á la sombra de algunos manzanos. Los ingleses y holandeses aplaudían altamente la prudencia y decisión de Guillermo. Había cortado el nudo que el congreso no había hecho más que retorcer y enredar. Había hecho en un mes lo que todos los formalistas y pedantes reunidos en el Haya no hubieran hecho en diez años. Ni tampoco se mostraban descontentos los plenipotenciarios franceses. «Es curioso—decia Harlay, hombre de ingenio y buen sentido—que mientras los embajadores hacen la guerra, estén los generales haciendo la paz» (1). Pero España conservaba el mismo aire de arrogante indiferencia; y los Ministros del Emperador, olvidando al parecer que su amo había hecho pocos meses antes un tratado de neutralidad para Italia sin

---

una estipulación con Francia. No podemos, sin embargo, asegurar lo que hubiera hecho ó dejado de hacer, porque Jacobo se negó á admitir toda condición. Luis XIV hubo, pues, de renunciar á todo pensamiento de efectuar una transacción, y prometió, como hemos visto, reconocer á Guillermo como rey de Inglaterra «sin ninguna dificultad, restricción, condición, ni reserva.» Parece cierto que después de esta promesa, que fué hecha en diciembre de 1696, no se volvió á mencionar al Príncipe de Gales en las negociaciones.

(1) Prior MS.; Williamson á Lexington, julio 20 (30), 1697; Williamson á Shrewsbury, julio 23 (agosto 2).

consultar á Guillermo, consideraban la cosa más extraordinaria que Guillermo se atreviera á negociar sin consultar á su amo. Hízose cada día más evidente que la Corte de Viena pretendía prolongar la guerra. El 10 de julio, los Ministros franceses propusieron nuevamente condiciones de paz honrosas y equitativas, pero añadiendo que si para el 21 de agosto no eran aceptadas aquellas condiciones, el Rey Cristianísimo no se consideraría obligado por su ofrecimiento (1). En vano exhortó Guillermo á sus aliados á que fueran razonables. El insensato orgullo de una rama de la Casa de Austria, y la política egoísta de la otra, resultaron á prueba de todos los argumentos. Llegó el 31 de agosto, y el tratado no había sido firmado; Francia quedó en libertad de elevar sus pretensiones, y así lo hizo. Pues justamente por este tiempo se tuvo noticia de dos grandes golpes que había recibido España, uno en el antiguo y otro en el nuevo mundo. Un ejército francés, mandado por Vendome, se había hecho dueño de Barcelona. Una escuadra francesa saliendo de Brest, había burlado la vigilancia de las escuadras aliadas, había cruzado el Atlántico, había saqueado á Cartagena de Indias, y había regresado á Francia cargada de riquezas (2). El Gobierno español pasó repentinamente de la más altanera apatía al más abyecto terror, y se mostró dispuesto á aceptar todas las condiciones que el vencedor quisiera dictar. Los Plenipotenciarios franceses anunciaron al Congreso que su amo estaba resuelto á conservar á Strasburgo, y que á menos que las condiciones que había ofrecido, así modificadas, se aceptaran para el 10 de

(1) La nota de los Ministros franceses, fechada en julio 10 (20), 1697, se hallará en las *Actes et Mémoires*.

(2) *Monthly Mercury* de agosto y setiembre, 1697.

setiembre, se reservaría la libertad de insistir en nuevas modificaciones. Nunca se había visto el carácter de Guillermo sujeto á más duras pruebas. Veíase provocado por las impertinencias de sus aliados y por el imperioso lenguaje del enemigo. No pudo resolverse sino después de una lucha empeñada, y con gran dolor, á consentir en las nuevas proposiciones de Francia. Pero comprendió que sería de todo punto imposible, aun cuando fuera conveniente, conseguir de la Cámara de los Comunes y de los Estados Generales que continuaran la guerra sin más objeto que arrancar á Francia una sola fortaleza, fortaleza por la cual ni Inglaterra ni Holanda tenían interés inmediato, fortaleza además que se habia perdido para el imperio á consecuencia tan sólo de la insensata obstinación de la Corte imperial. Guillermo determinó aceptar las condiciones así modificadas, ordenando á su Embajador en Ryswick que firmara el tratado el día prescrito. Los Embajadores de España y Holanda recibieron instrucciones semejantes. No había duda que el Emperador, á pesar de sus murmuraciones y protestas, seguiría pronto el ejemplo de sus confederados. A fin de que tuviera tiempo de resolverse, se estipuló que sería incluído en el tratado si notificaba su adhesión para el 1.° de noviembre.

XLVIII.

Tentativas de Jacobo para impedir una pacificación general.

En tanto, Jacobo era objeto de risa y de lástima en toda Europa por sus lamentaciones y amenazas. En vano había insistido en su derecho, como único rey verdadero de Inglaterra, á enviar un ministro al con-

greso (1). En vano había dirigido á todos los príncipes católicos un memorial, en el que los conjuraba á unirse con Francia en una cruzada contra Inglaterra con objeto de restituirle su herencia y de anular aquel impío bill de derechos que excluía del trono á los miembros de la verdadera Iglesia (2). Cuando vió que su llamamiento era desatendido, publicó una solemne protesta contra la validez de todos los tratados en que el Gobierno existente de Inglaterra tuviera parte. Declaró nulos y de ningún valor todos los compromisos en que hubiera entrado su reino desde la revolución. Anunció que si recobraba el poder, no se consideraría obligado por ninguno de aquellos compromisos. Admitía que rompiendo aquellos compromisos podría traer grandes calamidades sobre sus dominios y sobre toda la Cristiandad. Mas declaraba que de aquellas calamidades no se creía responsable ante Dios ni ante los hombres. Casi increíble parece que aun un Estuardo, y el peor y más estúpido de los Estuardos, hubiera creído que el primer deber, no sólo de sus súbditos, sino de toda la humanidad, era sostener sus derechos; que franceses, alemanes, italianos y españoles se hacían reos de un crimen si no derramaban su sangre y prodigaban sus riquezas, uno y otro año, por su causa; que los intereses de los sesenta millones de seres humanos, para quienes la paz sería un beneficio, no tenían importancia, en absoluto, en comparación de los intereses de un solo hombre (3).

(1) *Vida de Jacobo*, II, 565.

(2) *Actes et Mémoires des Nègociations de la Paix de Ryswick*; *Vida de Jacobo*, II, 566.

(3) La protesta de Jácobo se hallará en su *Vida*, II, 572.

XLIX.

Fírmase el tratado de Ryswick.—Ansiedad en Inglaterra.

A despecho de sus protestas, el día de la paz se acercaba. El 10 de setiembre los Embajadores de Francia, Inglaterra, España y las Provincias Unidas se reunieron en Ryswick. Debían firmarse tres tratados, y hubo una larga disputa acerca de la importante cuestión de cuál se firmaría primero. Era más de la una de la mañana cuando se decidió que el tratado entre Francia y los Estados Generales debía tener la preferencia; y estaba amaneciendo y todavía no se habían firmado todos los documentos. Después los plenipotenciarios, haciéndose muchas cortesías, se felicitaron mutuamente por haber tenido el honor de contribuir á tan gran obra (1).

Una balandra aguardaba á Prior. Marchó á bordo inmediatamente, y al tercer día, después de haber tenido que luchar con un viento de equinoccio, desembarcó en la costa de Suffolk (2).

Muy pocas veces había sido mayor la excitación en Londres que durante el mes que precedió á su llegada. Cuando el viento del Oeste retrasó la venida de los paquetes holandeses, la ansiedad del pueblo llegó á ser intensa. Todas las mañanas se levantaban cientos de millares de personas esperando oir que se había firmado el tratado; y cuantos correos llegaban sin traer la buena nueva, producían un triste desen-

(1) *Actes et Mémoires des Négociations de la Paix de Ryswick*; Williamson á Lexington, set. 14 (24), 1697); Prior MS.

(2) Prior, MS.

gaño. Los descontentos, en efecto, aseguraban sin reparo que no habría paz, y que la negociación, á pesar de hallarse tan avanzada, sería rota. Uno decía que había visto una persona recién llegada de Saint-Germain; otro había tenido el privilegio de leer una carta escrita de puño y letra de S. M. la Reina; y todos se mostraban confiados en que Luis XIV no reconocería nunca al usurpador. Muchos de los que empleaban este lenguaje eran víctimas de tan fuerte alucinación, que apoyaban sus afirmaciones con apuestas cuantiosas. Cuando se tuvo noticia de la toma de Barcelona, en todas las tabernas donde se reunían los traidores reinaba la mayor animación, viéndose á los sacerdotes *nonjurors* reir á carcajadas, hablando en voz alta y dándose apretones de manos (1).

L.

Llega á Inglaterra la nueva de la paz.—Desesperación de los jacobitas.

Por último, en la tarde del 13 de setiembre, algunos especuladores de la City recibieron, por conducto particular, noticia cierta de que se había firmado el tratado antes del amanecer del día 11. Guardaron el secreto y se apresuraron á sacar partido de él; pero su afán en adquirir papel del Banco, y los altos precios que ofrecían, excitaron las sospechas; y fué general la creencia de que al día siguiente se anunciaría algo importante. Al día siguiente, Prior, con el

(1) L'Hermitage. julio 20 (30), julio 27 (agosto 6), agosto 24 (setiembre 3, agosto 27 (setiembre 6), agosto 31 (setiembre 10, 1697; *Postman*, agosto 31.

tratado, se presentó ante los Lores Justicias en Whitehall. Inmediatamente se izó una bandera en la Abadía y otra en la iglesia de San Martín. Los cañones de la Torre proclamaron la alegre nueva. Todas las torres y campanarios, desde Greenwich hasta Chelsea, contestaron. No era aquel día de periódicos; mas por primera vez se vendieron en las calles números extraordinarios, encabezados con grandes mayúsculas. El precio de las acciones del Banco subió pronto desde ochenta y cuatro hasta noventa y siete. A las pocas horas comenzaron á levantar arcos triunfales en algunos lugares. Tremendas hogueras ardían en otras. El Embajador holandés anunció á los Estados Generales que trataría de mostrar su alegría con una hoguera digna de la República que representaba; y cumplió su palabra, pues nunca se había visto en Londres fogata semejante. Ciento cuarenta barriles de pez ardían rugientes delante de su casa, en Saint-James's Square, y levantaban una llama que iluminaba Pall Mall y Piccadilly con luz tan brillante como la del mediodía (1).

Grande fué el espanto entre los jacobitas. Algunos de los que habían hecho grandes apuestas en favor de la constancia de Luis XIV emprendieron la fuga. Un infortunado fanático del derecho divino se dió la muerte ahogándose en el río. Mas no tardó el partido en recobrarse de su espanto. Cierto que se había firmado el tratado; pero seguramente no se ratificaría nunca. La ratificación no tardó en venir; la paz fué solemnemente proclamada por los heraldos, y los más obstinados *nonjurors* comenzaron a desespe-

(1) Van Cleverskirke a los Estados Generales, set. 14 (24), 1697; L'Hermitage, set. 14 (24); Postdata al *Postman* de la misma fecha; *Postman* y *Postboy* de 19 (29) de setiembre; *Postman* de 18 (28) de setiembre.

rar. Algunos eclesiásticos, que durante ocho años se habían mantenido fieles á Jacobo, juraron ahora obediencia á Guillermo. Eran probablemente, como Sherlock, partidarios de la doctrina de que todo gobierno establecido, aun cuando sea ilegítimo por su origen, tiene derecho á la obediencia de los cristianos; pero habrían creído que no podía decirse propiamente que el gobierno de Guillermo estuviera asegurado mientras la mayor potencia de Europa no sólo se negaba á reconocerle, sino que prestaba firme apoyo á su competidor (1). Los más fieros y más determinados partidarios de la familia desterrada estaban furiosos contra Luis XIV. Había engañado, había hecho traición á sus huéspedes. Era inútil hablarles de la miseria del pueblo francés. En vano era decir que Luis había agotado todas las fuentes de riqueza, y que en todas las provincias de su reino iba el paisanaje cubierto de harapos y no podía ganar su ración, ni aun del pan más negro y ordinario. Su primer deber era atender á la familia real de Inglaterra. Los jacobitas hablaban y escribían contra Luis XIV de una manera tan desatinada y casi tan ridícula como durante largo tiempo habían hablado y escrito contra Guillermo. Uno de sus libelos era tan indecente, que los Lores Justicias mandaron arrestar al autor y le obligaron á prestar fianza (2).

---

(1) L'Hermitage, set. 17 (27), set. 24 (oct. 4), 1697, oct. 19 (29); *Postman*, nov. 20.

(2) L'Hermitage, set. 21 (oct. 1), nov. 2 (12), 1697; *Gaceta de París*, nov. 20 (30); *Postboy*, nov. 2. Por este tiempo se publicó una pasquinada con el siguiente título: *Sátira contra el Rey de Francia, escrita después de firmada la paz en Ryswick, el año de* 1697, *por un Párroco nonjuror, la cual se dice que le cayó del bolsillo en el café de Sam*. Trascribo algunas de las estrofas más decentes.

Lord! with what monstrous lies and senseless shams
Have we been cullied all along at Sam's!

LI.

Alegría general.

Pero el despecho y la mortificación estaban limitados á una minoría muy corta. Nunca, desde el año de la Restauración, se habian visto semejantes muestras de pública alegría. En todas las partes del reino donde se proclamó la paz, se manifestó la opinión general por medio de banquetes, procesiones, brindis leales, salvas, redobles de tambores, sonido de trompetas y abundantes libaciones. En algunos lugares, toda la población, de propia iniciativa, acudió á las iglesias á dar gracias. En otros se hicieron procesiones de doncellas, vestidas todas de blanco y coronadas de laurel, con banderas en que se leía la inscripción «Dios bendiga al Rey Guillermo.» En todas las capitales de condado una larga cabalgata de los principales *gentlemen*, de muchas millas á la redonda, escoltó al mayor hasta la cruz del mercado. Ni fué bastante un día para expresar alegría tan grande. El 4 de

---

Who could have e'er believed, unless in spite
Lewis le Grand would turn rank Williamite?
Thou that has look'd so fierce and talk'd so big,
In thine old age to dwindle to a Whig!
Of Kings distress'd thou art a fine securer,
Thou mak'st me swear, that am a known nonjuror.
Were Job alive and banter'd by such shufflers,
He'd outrail Oates, and curse both thee and Boufflers.
For thee I've lost, if I can rightly scan'em,
Two livings, worth full eightscore pounds *per annum*,
Bonæ et legalis Angliæ Monetæ.
But now I'm clearly routed by the treaty.

noviembre, cumpleaños del Rey, y el 5, aniversario de su desembarco en Torbay, los repiques de campanas, las aclamaciones y las iluminaciones fueron renovadas, tanto en Londres como en todo el país (1). El día que regresó á su capital nadie trabajó: todas las tiendas estaban cerradas en las dos mil calles de aquel inmenso mercado. Porque aquel día las calles principales habían sido cubiertas milla tras milla de cascajo; todas las compañías habían preparado banderas nuevas; todos los magistrados nuevas togas. Se habían gastado doce mil libras en preparar los fuegos artificiales. De todos los condados vecinos había acudido gran multitud de gente á presenciar el espectáculo. Nunca se había mostrado la City más leal ni más alegre. Los días calamitosos habían pasado ya. La guinea había bajado á veintiún chelines y seis peniques. Los billetes de Banco habían subido y estaban á la par. Las coronas y medias coronas, anchas, con su peso y bien acuñadas, resonaban en todos los mostradores. Después de algunos días de impaciente expectación, súpose, en 14 de noviembre, que S. M. había desembarcado en Margate. El día 15, á última hora, llegó á Greenwich, descansando en el soberbio edificio que, bajo sus auspicios, se estaba convirtiendo de palacio en hospital.

---

(1) *Gaceta de Londres; Postboy* de 18 de noviembre de 1697; L'Hermitage, nov. 5 (15).

LII.

Entrada del Rey en Londres.

A la mañana siguiente, una mañana espléndida y templada, ochenta coches de seis caballos, llenos de nobles, prelados, consejeros privados y jueces, acudieron á aumentar su séquito. En Southwark fué recibido por el Lord Mayor y los aldermen con toda la pompa oficial. La carrera, desde el Borough hasta el puente, estaba cubierta por la milicia de Surrey; desde el puente hasta Walbrook, por tres regimientos de milicia de la City. Todo á lo largo de Cheapside, á derecha é izquierda, se veían los gremios formados con los estandartes de sus oficios. En el extremo oriental del atrio de San Pablo se veían los niños de la escuela de Eduardo VI, vestidos como todavía van hoy, con el traje del siglo XVI. Alrededor de la catedral, bajando por Ludgate, y á lo largo de Fleet-Street, se veían formados tres regimientos más de londonenses. Desde Temple Bar hasta la puerta de Whitehall estaban en armas las milicias de Middlesex y la infantería de la Guardia. Todas las ventanas del tránsito ostentaban tapices, cintas y banderas. Pero la parte mejor del espectáculo era la innumerable multitud de espectadores, todos con la ropa del domingo, que era tan buena como la que en los demás países no se veía sino en las clases superiores. «Nunca he visto—escribía Guillermo aquella noche á Heinsius—tan gran multitud de gente bien vestida.» También llamaron mucho la atención al Rey las muestras de alegría y afecto con que fué saludado desde el princi-

pio hasta el fin de su triunfo. Su coche, desde el momento que se subió á él en Greenwich hasta que se apeó en el patio de Whitehall, fué acompañado de una larga aclamación. Apenas había llegado á su palacio cuando le presentaron mensajes de felicitación de todas las grandes corporaciones de su reino. Se observó que entre ellas figuraba en primer término la Universidad de Oxford. La elocuente composición en que aquel docto cuerpo elogiaba la prudencia, el valor y la virtud de S. M., fué leída con cruel mortificación por los *nonjurors* y con gran entusiasmo por los whigs (1).

LIII.

El día de gracias.

Pero aún no estaban terminados los regocijos. En un consejo celebrado pocas horas después de la entrada pública del Rey, se fijó el 2 de diciembre para dar gracias á la Providencia por la paz. El Capítulo de San Pablo resolvió que su hermosa catedral, que desde hacía largo tiempo se iba alzando lentamente sobre una sucesión de templos paganos y cristianos, estuviese abierta aquel día al culto público. Guillermo manifestó sus deseos de figurar entre los fieles. Pero se le hizo presente que de hacerlo así se reunirían trescientas mil almas para verle pasar, y todas las iglesias parroquiales de Londres quedarían desiertas. Asistió, pues, á los oficios divinos en

(1) *London Gazette*, nov. 18 y 22, 1697; Van Cleverskirke, noviembre 16 (26), 19 (29); L'Hermitage, nov. 16 (26); *Postboy* y *Postman*, nov. 18; Guillermo á Heinsius, nov. 16 (26).

su capilla en Whitehall, y oyó predicar á Burnet, cuyo sermón resultó algo recargado de elogios para aquel sitio (1). En San Pablo se presentaron los magistrados de la City con toda pompa. Compton subió por primera vez á un trono ricamente esculpido por Gibbons, y desde allí exhortó á una numerosa y espléndida asamblea. No se ha conservado su discurso, mas podemos fácilmente adivinar su contenido, pues le sirvió de tema aquel hermoso salmo: «Yo me alegré cuando me dijeron: entremos en la casa del Señor.» Recordó indudablemente á su auditorio que además de la deuda que tenían en común con todos los ingleses, tenían como londonenses una deuda especial de gratitud con la Divina Bondad, que les había permitido borrar hasta la última huella de los estragos del gran incendio, y reunirse una vez más para entonar plegarias y alabanzas, después de tantos años, en aquel sitio consagrado por la devoción de treinta generaciones. En todo Londres, y en todas partes del reino, hasta las más remotas parroquias de Cumberland y Cornwall, estuvieron llenas las iglesias en la mañana de aquel día, y la tarde se celebró como en las grandes festividades (2).

Razón había, en verdad, para alegrarse y dar gracias. Inglaterra había pasado por severas pruebas, de lás cuales había salido con nueva salud y vigor. Diez años antes parecía que su libertad y su independencia habían perecido, y con una revolución justa y necesaria había vindicado su libertad, y con una guerra no menos justa y necesaria había recobrado su independencia. Había defendido victoriosamente el

(1) *Diario de Evelyn*, dic. 2, 1697. El sermón se conserva, y debo declarar que mereció la censura de Evelyn.

(2) *London Gazette*, dic. 6, 1697; *Postman*, dic. 4; Van Cleverskirke, dic. 2 (12); L'Hermitage, nov. 19 (29).

orden de cosas establecido por el bill de Derechos contra la poderosa monarquía francesa, contra la población indígena de Irlanda, contra la hostilidad manifiesta de los *nonjurors*, contra la hostilidad más peligrosa de traidores que estaban prontos á prestar cualquier juramento y á quienes ningún juramento podía ligar. Sus enemigos declarados habían salido victoriosos en muchas batallas campales. Sus enemigos secretos habían tenido el mando de sus escuadras y sus ejércitos, habían estado al frente de sus arsenales, desempeñado el divino ministerio en sus altares, enseñado en sus universidades, poblado las oficinas públicas; habían formado parte del Parlamento, y figurado entre los cortesanos y aduladores en la Cámara del Rey. Más de una vez había parecido imposible que hubiera medio alguno de impedir una restauración que inevitablemente hubiera sido seguida, primero de proscripciones y confiscaciones, de la violación de leyes fundamentales y de una persecución de la religión nacional, y luego de un tercer levantamiento de la nación contra aquella familia á quien dos destronamientos y dos destierros sólo habían hecho más obstinada en el mal. Á los peligros de la guerra y de la traición se habían añadido recientemente los peligros de una terrible crisis comercial y financiera. Pero todos aquellos peligros habían desaparecido. La paz reinaba en el interior y en el exterior. Inglaterra, después de muchos años de ignominioso vasallaje, había recobrado su antiguo puesto en primera línea entre las potencias de Europa. Muchas señales justificaban la esperanza de que la revolución de 1688 sería nuestra última revolución. La antigua Constitución se iba adaptando por un desenvolvimiento natural, gradual y pacífico á las necesidades de la sociedad moderna. Ya existían, en una extensión

desconocida en ninguna edad precedente, la libertad de conciencia y la libertad de discusión. Habíase restaurado la moneda. El crédito público se había restablecido. Había renacido el comercio. El Tesoro estaba rebosando. En todas partes se podía notar el desahogo, desde la Bolsa Real hasta las aldeas más apartadas de las montañas de Gales y hasta los pantanos de Lincolnshire. Los labradores, los pastores, los obreros de las minas de carbón de Northumberland, los tejedores de Norwich y los herreros de Birmingham, sentían el cambio sin comprenderlo, y la alegre animación de todos los puertos y mercados indicaba, con bastante claridad, el comienzo de una era más feliz.

FIN DEL TOMO QUINTO.

ÍNDICE.

CAPÍTULO DÉCIMO.

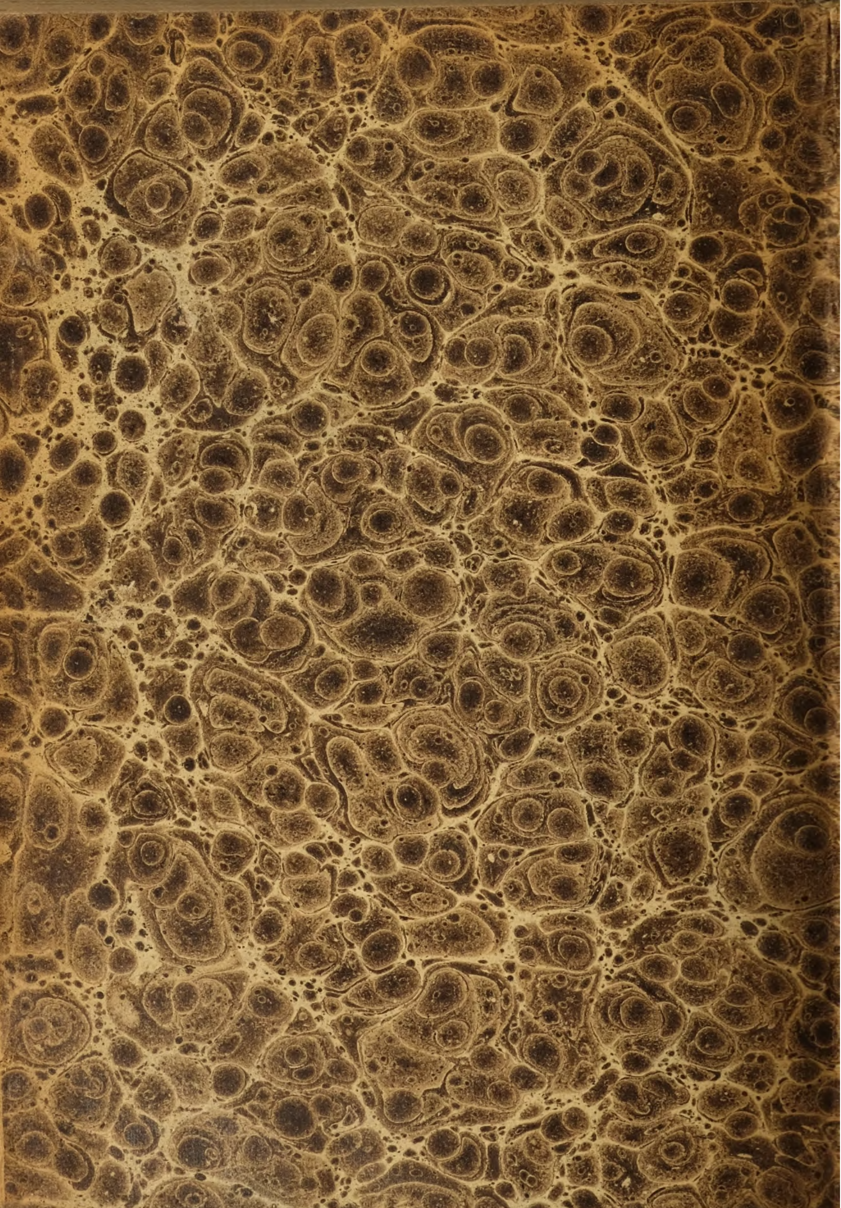
(CONTINUACIÓN.)

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

PÁGS.

PÁGS.




האורכינרים
שרותי ארכיב וגניזה
מס' שליפה: 18634302 רגילה
לקוח: הספרייה הלאומית בע"מ (חל"צ) 7224
מחוז: כללי 1
מחלקה: אוספי הספריה 72240100
מיקום: 13-11-0970-9 גובה: 5 דרישה: 68471343
תיבה: 722426073-1085 תיק: 6
פרטים: 286077450
תאריכים מ: עד:
ספרורים מ: עד:
סיגנטורה: uthor:Macaulay,Th פרטי הספר 43C123
נתון נוסף: NLI-C-01571 אזור: ירושלים
עמוד 69 מתוך 160 תאריך הפקה 03/11/2020 10:08:47
הספריה הלאומית
43 C 123
Macaulay, Thomas Babington
Historia del reinado de Guillermo III
Vol. 5 C.1
DIN
2860774-50

